

JEFFREY ARCHER

DOCE PISTAS FALSAS

Muy a menudo, las cosas no resultan ser lo que aparentan. Esto les sucede tanto a los delincuentes convencidos de haber dado el golpe perfecto, a funcionarios policiales que logran localizar a un disidente, a mujeres solas que son seguidas, o incluso a maridos que creen que comprando son los más listos.

Doce relatos, doce pistas falsas con una característica común: que realmente no lo son, y que son sus observadores los que las falsean y convierten al lector en cómplice de sus equivocadas apreciaciones.



Jeffrey Archer

Doce pistas falsas

ePub r1.2

Titivillus 31.12.14

más libros en epubgratis.org

Título original: *Twelve red herrings*
Jeffrey Archer, 1994
Traducción: José Manuel Pomares Olivares
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Un error de cálculo

Resulta difícil saber con exactitud por dónde empezar. Pero antes, permítanme explicarles por qué estoy en la cárcel.

El juicio había durado dieciocho días, y los bancos destinados al público estuvieron abarrotados desde el mismo momento en que el juez entró en la sala. El jurado, en el tribunal de Leeds, había estado reunido durante casi dos días, y se difundió el rumor de que sus miembros estaban irreconciliablemente divididos. En el banco de los abogados ya se hablaba de disolverlo y volver a celebrar el juicio, puesto que ya habían transcurrido más de ocho horas desde que el juez Cartwright le había comunicado al presidente del jurado que su veredicto ya no necesitaba ser unánime; una mayoría de diez a dos sería aceptable.

De repente, se produjo una agitación en los pasillos, y los miembros del jurado ocuparon tranquilamente sus asientos. La prensa y el público empezaron a entrar precipitadamente en la sala. Todas las miradas se fijaron en el presidente del jurado, un hombre grueso y bajo de estatura, con aspecto gelatinoso, vestido con un traje de chaqueta cruzada, camisa a rayas y una corbata de lazo de vivo color, que se esforzaba por aparentar una actitud solemne. Parecía la clase de tipo con el que, en circunstancias normales, habría podido disfrutar tomando una jarra de cerveza en el bar local. Pero estas no eran circunstancias normales.

Al subir de nuevo los escalones que conducían al banquillo de los acusados, mis ojos se fijaron en una bonita rubia que había visto en la galería de asistentes durante los días de la vista. Me pregunté si tendría la costumbre de acudir a todos los juicios sensacionalistas por asesinato, o si es que, simplemente, se sentía fascinada por este. No demostró el menor interés por mí y, como todos los presentes, concentraba la atención en el presidente del jurado.

El secretario del tribunal, con peluca y vestido con una larga toga negra, se levantó y leyó en una tarjeta las palabras que, en mi opinión, se sabía de memoria.

—Que se levante el presidente del jurado, por favor. —El hombrecillo gelatinoso se levantó lentamente de su asiento—. Le ruego que conteste a mi siguiente pregunta con un «sí» o un «no». Miembros del jurado, ¿han alcanzado un veredicto con el que estén de acuerdo al menos diez de ustedes?

—Sí, lo hemos alcanzado.

—Miembros del jurado, ¿encuentran al detenido culpable o inocente de los cargos que se le imputan?

Se produjo un silencio total en la sala.

Yo tenía la mirada clavada en el presidente del jurado, con el lazo de color vivo. Se aclaró la garganta y dijo...

Conocí a Jeremy Alexander en 1978, durante un seminario de formación de la CBI en Bristol. Cincuenta y seis empresas británicas que buscaban formas de expandir sus negocios en Europa se habían reunido para asistir a una conferencia informativa sobre legislación comunitaria. En el momento en que inscribí en el seminario a Cooper's, la empresa de la que soy presidente, esta poseía 127 vehículos de distintos pesos y tamaños y se estaba convirtiendo con rapidez en una de las mayores empresas de transporte por carretera de Gran Bretaña.

Mi padre había fundado la empresa en 1931; empezó con tres vehículos, dos de ellos tirados por caballos, y una línea de crédito de hasta diez libras, obtenido del banco local de Martins. En 1967, cuando nos convertimos en Cooper & Son, la compañía ya contaba con diecisiete vehículos de cuatro ruedas o más, y transportaba mercancías por todo el norte de Inglaterra. Pero el viejo seguía negándose a superar su límite de diez libras.

En cierta ocasión, durante una depresión del mercado, expresé el punto de vista de que deberíamos buscar más lejos nuevas oportunidades de negocio, quizá incluso en el mismo

continente. Pero mi padre no quiso saber nada de eso.

—No vale la pena correr ese riesgo —declaró. Desconfiaba de cualquiera que hubiera nacido al sur del Humber, por no hablar de los que vivían al otro lado del Canal—. Si Dios puso una franja de agua entre nosotros, tuvo sin duda sus buenas razones.

Y esas fueron sus últimas palabras sobre el tema. Yo me habría echado a reír de no ser porque me di cuenta de que las había dicho en serio.

Cuando se jubiló, en 1977, de mala gana y a la edad de setenta años, me hice cargo de la dirección, como presidente, y empecé a poner en marcha algunas ideas en las que había trabajado durante la década anterior, aunque sabía que mi padre no las aprobaría. Europa no era más que el principio de mis planes para la expansión de la empresa: deseaba convertirla en sociedad anónima en el término de cinco años. Me di cuenta de que para entonces necesitaríamos una línea de descuento de por lo menos un millón de libras y que, por lo tanto, tendría que trasladar nuestra cuenta a un banco capaz de reconocer que el mundo se extendía bastante más allá de los límites del condado de York.

Fue aproximadamente por entonces cuando oí hablar del seminario de la CBI en Bristol, y solicité una plaza.

El seminario empezó el viernes, con una conferencia inaugural a cargo del jefe del consejo de directores europeos de la CBI. Después de eso, los delegados fueron divididos en ocho pequeños grupos de trabajo, cada uno dirigido por un experto en legislación comunitaria. Mi grupo quedó bajo la dirección de Jeremy Alexander. Lo admiré desde el momento en que empezó a hablar; de hecho, no sería nada exagerado decir que me sentí fuertemente impresionado. Era un hombre totalmente seguro de sí mismo y, según sabría más tarde, era capaz de plantear un argumento convincente sobre casi cualquier tema, y hacerlo sin el menor esfuerzo, desde la superioridad del código napoleónico, hasta la inferioridad del abatanado inglés de tipo medio.

Nos habló durante una hora sobre las diferencias fundamentales, en cuanto a la práctica y el procedimiento, entre los estados miembros de la Comunidad, y luego contestó a nuestras preguntas sobre legislación comercial y empresarial, en medio de lo cual encontró incluso tiempo para explicarnos la importancia de la Ronda Uruguay. Al igual que yo, los otros miembros del grupo no dejaron ni un momento de tomar notas.

Poco antes de la una interrumpimos el trabajo para almorzar y me las arreglé para asegurarme un puesto junto a Jeremy. Ya empezaba a pensar que quizá fuera la persona ideal para asesorarme acerca de cómo actuar para satisfacer mis ambiciones europeas.

Mientras le oía hablar sobre su carrera ante un plato de pescado con pimientos rojos, no dejaba de pensar en el hecho de que, aun cuando teníamos aproximadamente la misma edad, no podríamos haber procedido de ambientes más diferentes. El padre de Jeremy, banquero de profesión, había escapado de Europa oriental apenas unos días antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial. Se había instalado en Inglaterra, anglicanizado su nombre y enviado a su hijo a Westminster. Desde allí, Jeremy había acudido al King's College, en Londres, donde estudió derecho y se graduó con matrícula de honor.

Mi padre era un hombre que se había hecho a sí mismo, oriundo de los valles de Yorkshire, y que había insistido en que dejara la escuela en cuanto hube terminado mis estudios de bachillerato.

—En un mes te enseñaré más sobre el mundo real de lo que puedas aprender en toda una vida de esos tipos de la universidad —solía decirme.

Acepté esa filosofía sin cuestionarla, y dejé la escuela pocos días después de cumplir los dieciséis años. A la mañana siguiente entré a trabajar en Cooper's como aprendiz, y me pasé los tres primeros años en el depósito de vehículos, bajo la atenta mirada de Buster Jackson, el director del taller, quien me enseñó a desmontar los vehículos de la compañía y, lo que es más

importante, a volver a montarlos.

Tras haber pasado por la experiencia del taller, estuve dos años en el departamento de facturación, donde aprendí a calcular costes y a cobrar a los morosos. Pocas semanas después de cumplir los veintiún años pasé el examen para la obtención del carnet de conducir vehículos pesados, y durante los tres años siguientes fui de un lado a otro por las carreteras del norte de Inglaterra, dedicado a entregar toda clase de cosas, desde aves de corral hasta piñas para nuestros clientes. Jeremy se pasó ese mismo período dedicado a profundizar en los secretos de los códigos continentales de derecho en la Sorbona.

Cuando Buster Jackson se jubiló, regresé al depósito de vehículos, en Leeds, para ocupar el puesto de director de taller. Por esa misma época, Jeremy estaba en Hamburgo, preparando una tesis doctoral sobre barreras comerciales internacionales, cuando finalmente abandonó el mundo de los estudios académicos y aceptó su primer trabajo real, como socio en una gran empresa de abogados comerciales en la City, yo ya llevaba ocho años ganándome un salario con mi trabajo.

Aunque Jeremy me impresionó en el seminario, pude percibir, por detrás de aquella superficie de afabilidad, una poderosa combinación de ambición y esnobismo intelectual de la que mi padre, sin duda, habría desconfiado. Tuve la sensación de que solo se mezclaba con nosotros con la esperanza de que, en algún momento, en el futuro, pudiéramos extender algo de mantequilla sobre su pan. Ahora me doy cuenta de que, ya durante nuestra primera reunión, abrigaba la sospecha de que, en mi caso, podría muy bien ser miel en lugar de mantequilla.

Mi opinión sobre el hombre no pudo dejar de verse influida por el hecho de que tenía cinco centímetros de altura más que yo, y unos cuantos menos alrededor de la cintura, por no hablar del hecho de que la mujer más atractiva del curso terminó en su cama aquel mismo sábado por la noche.

Nos encontramos el domingo por la mañana para jugar a squash y me dejó para el arrastre, aparentemente sin sudar apenas.

—Tenemos que volver a vernos —me dijo cuando nos dirigíamos hacia las duchas—. Si piensas realmente en expandirte por Europa, quizá pueda ayudarte.

Mi padre me había enseñado a no cometer nunca el error de imaginar que los amigos y colegas son necesariamente animales de la misma especie. A menudo citaba al gobierno como ejemplo de ello. Así pues, y aunque no me gustaba, me aseguré de disponer de los abundantes números de teléfono y fax de Jeremy antes de abandonar Bristol, al final del ciclo de conferencias.

El domingo por la noche regresé en mi coche a Leeds y cuando llegué a casa subí la escalera corriendo y me senté en el borde de la cama para abrumar a mi medio dormida esposa con una narración de por qué había resultado ser aquel un fin de semana memorable.

Rosemary era mi segunda esposa. La primera, Helen, había estudiado en la escuela superior de Leeds para señoritas en la misma época en que yo asistía a la escuela contigua. Las dos escuelas compartían un gimnasio, y yo me enamoré de ella a la edad de trece años, mientras la observaba jugar a voleibol. Después de eso, encontré todas las excusas que se me presentaron para deambular por el gimnasio, con la esperanza de ver sus zapatillas azules cuando saltaba para enviar la pelota directamente por encima de la red. Comoquiera que las escuelas participaban en diversas actividades conjuntas, empecé a demostrar un interés activo por las producciones teatrales, a pesar de no saber actuar. Asistí a los debates conjuntos, y jamás abrí la boca. Me apunté a la orquesta combinada de las dos escuelas y terminé por tocar el triángulo. Tras dejar la escuela y empezar a trabajar en el depósito de vehículos, seguí viendo a Helen, que continuó sus estudios. A pesar de mi pasión por ella, no hicimos el amor hasta que ella tuvo dieciocho años, aunque ni siquiera entonces estuve seguro de que hubiéramos

consumado algo. Seis semanas más tarde me dijo, entre un mar de lágrimas, que estaba embarazada. En contra de los deseos de sus padres, que habían abrigado la esperanza de que fuera a la universidad, se dispuso una boda un tanto precipitada, pero como por aquel entonces yo no deseaba mirar a ninguna otra chica durante el resto de mi vida, me sentí secretamente encantado con el resultado de nuestra indiscreción juvenil.

Helen murió la noche del 14 de septiembre de 1964, al dar a luz a nuestro hijo, Tom, que solo sobrevivió una semana. Pensé que jamás lograría superarlo, y no estoy muy seguro de haberlo conseguido. Después de su muerte, no miré a ninguna otra mujer durante años, y puse toda mi energía en la empresa.

Tras el funeral de mi esposa e hijo, mi padre, que no es precisamente un hombre blando o sentimental (no se encuentran muchos de esos en Yorkshire), reveló una parte suave de su carácter que yo no le había visto hasta entonces. Me telefoneaba a menudo por la noche, para ver cómo me las arreglaba, e insistió en que me reuniera regularmente con él en el despacho del director, en Ellan Road, los sábados por la tarde. Empecé a comprender, por primera vez, por qué razón le seguía adorando mi madre después de más de veinte años de matrimonio.

Conocí a Rosemary unos cuatro años más tarde, durante un baile celebrado para lanzar el Festival de Música de Leeds. No es que eso fuera un hábitat natural para mí, pero como Cooper's había pagado una página entera de publicidad en el programa y el brigadier Kershaw, alto comisario del condado y presidente del Comité del Baile, nos había invitado a participar como sus invitados, no tuve más remedio que ponerme el raras veces usado esmoquin y acompañar a mis padres al baile.

Me instalaron en la mesa 17, junto a la señorita Kershaw, que resultó ser la hija del alto comisario. Iba elegantemente vestida, con un vestido azul sin tirantes que resaltaba su linda figura, tenía una mata de cabello pelirrojo y una sonrisa que me hizo sentirme como si fuéramos amigos de toda la vida. Mientras tomábamos algo descrito en el menú como «aguacate con hinojo», me dijo que acababa de terminar sus estudios de inglés en la universidad de Durham, y que no estaba muy segura de saber qué haría con el resto de su vida.

—No quiero ser profesora —me dijo—. Y, desde luego, no estoy hecha para ser secretaria.

Charlamos durante el segundo y tercer plato, y pasamos de las personas que estaban sentadas a nuestro lado. Después de tomar el café, me arrastró a la pista de baile, donde me habló de los problemas de considerar cualquier forma de trabajo cuando su diario estaba tan lleno de compromisos sociales.

Me sentí bastante halagado por el hecho de que la hija del alto comisario demostrara el más ligero interés por mí y, para ser honestos, debo decir que no me lo tomé muy en serio cuando, al final de la velada, me susurró junto a la oreja:

—Mantengámonos en contacto.

Pero lo cierto es que, un par de días más tarde, me llamó por teléfono y me invitó a almorzar aquel domingo con sus padres en su casa de campo.

—Y luego quizá podríamos jugar un poco al tenis. Supongo que juegas al tenis, ¿verdad?

El domingo, me dirigí a Church Fenton y descubrí que la residencia de los Kershaw era exactamente lo que habría cabido esperar: grande y decadente, algo que, ahora que lo pienso, no era tampoco una mala descripción del propio padre de Rosemary. A pesar de todo, parecía un tipo bastante agradable. A su madre, sin embargo, no resultaba tan fácil complacerla. Procedía de alguna parte de Hampshire y fue incapaz de ocultar su impresión de que, aun cuando yo pudiera ser bueno para hacer donaciones caritativas ocasionales, no acababa de ser la clase de persona con la que ella esperaba compartir el almuerzo dominical. Rosemary ignoró el extraño e incisivo comentario de su madre, y continuó su charla conmigo acerca de mi trabajo.

Puesto que llovió durante toda la tarde, no tuvimos oportunidad de jugar al tenis, así que

Rosemary empleó su tiempo en seducirme en el pequeño pabellón situado tras el patio. Al principio, me puso nervioso la idea de hacerle el amor a la hija del alto comisario, pero pronto me acostumbré a la idea. No obstante, a medida que pasaron las semanas empecé a preguntarme si era para ella algo más que una «fantasía de conductor de camión». Hasta que empezó a hablar de matrimonio. La señora Kershaw fue incapaz de ocultar su repugnancia ante la simple idea de que alguien pudiera convertirse en su yerno, pero su opinión resultó ser irrelevante, ya que Rosemary se mostró implacable sobre el tema. Nos casamos dieciocho meses más tarde.

Más de doscientos invitados asistieron a la grandiosa boda en la iglesia parroquial de Santa María. Pero debo confesar que cuando me volví para ver a Rosemary avanzar por el pasillo central, no pude hacer otra cosa sino pensar en la ceremonia de mi primera boda.

Durante un par de años, Rosemary hizo todos los esfuerzos posibles por ser una buena esposa. Se interesó por la empresa, aprendió los nombres de todos los empleados, y hasta entabló cierta amistad con las esposas de algunos de los ejecutivos más antiguos. Pero, puesto que yo trabajaba todas las horas que Dios ponía a mi alcance, temo que no siempre pude prestarle toda la atención que ella necesitaba. El caso es que Rosemary anhelaba una vida compuesta de visitas regulares al Gran Teatro de la Ópera, seguidas de fiestas con los amigos del condado que se alargaran hasta altas horas de la madrugada, mientras que yo prefería trabajar los fines de semana, y acostarme antes de las once la mayoría de las noches. Para Rosemary, yo empezaba a convertirme en el esposo del título de la obra de Oscar Wilde que ella me llevó a ver, aunque no me sirvió de mucho, porque me quedé dormido en el segundo acto.

Después de cuatro años sin producir descendencia, y no porque Rosemary dejara de ser muy activa en la cama, empezamos a separarnos poco a poco, cada cual por su camino. Si ella tuvo algún asunto extramatrimonial (y yo ciertamente lo tuve cuando pude encontrar tiempo), lo mantuvo bajo la mayor discreción.

Y fue entonces cuando conoció a Jeremy Alexander.

No fue hasta unas seis semanas después del seminario en Bristol cuando tuve ocasión de telefonear a Jeremy para pedirle consejo. Deseaba cerrar un trato con una compañía quesera francesa para transportar sus mercancías a los supermercados británicos. El año anterior había tenido que soportar una gran pérdida en una empresa similar con una cervecera alemana y no me podía permitir cometer dos veces el mismo error.

—Envíame los detalles —me dijo Jeremy. Estudiaré toda la documentación durante el fin de semana y te llamaré el lunes por la mañana.

Fue fiel a su palabra y cuando me llamó por teléfono mencionó que tendría que estar en York el jueves para asistir a un cliente, y sugirió que nos viéramos al día siguiente para repasar el contrato. Estuve de acuerdo y nos pasamos la mayor parte de ese viernes encerrados en la sala del consejo de Cooper's, dedicados a repasar todos los puntos y las comas del contrato. Fue un verdadero placer ver trabajar a un hombre tan profesional, aunque Jeremy mostraba a veces la irritante costumbre de tamborilear con los dedos sobre la mesa cuando yo no había comprendido con rapidez adónde quería ir a parar.

Resultó que Jeremy ya había hablado con el abogado de la empresa, en Toulouse, para dilucidar las reservas que pudiera tener. Me aseguró que aun cuando *monsieur* Sisley no hablaba inglés, le había hecho ser muy consciente de nuestras preocupaciones. Me sorprendió el uso que hizo del «nuestras».

Tras haber repasado la última página del contrato, me di cuenta de que todos los que trabajaban en el edificio se habían marchado para el fin de semana, así que le sugerí a Jeremy que nos acompañara a cenar a Rosemary y a mí. Miró su reloj, consideró la oferta por un momento y luego dijo:

—Gracias, es muy amable por tu parte.

De regreso a casa, pasamos por el Queen's Hotel, para que él pudiera cambiarse.

Rosemary, sin embargo, no se mostró complacida cuando le dije en el último minuto que había invitado a cenar a un completo extraño, sin habérselo advertido antes, aunque le aseguré que Jeremy le gustaría.

Jeremy llamó a la puerta de nuestra casa pocos minutos después de las ocho. Al presentárselo a Rosemary, se inclinó ligeramente ante ella y le besó la mano. Después, no apartaron los ojos el uno del otro durante toda la noche. Solo un ciego no se habría dado cuenta de lo que probablemente sucedería a continuación, pero mi admiración por Jeremy me había dejado, si no completamente ciego, sí al menos bizco.

Jeremy no tardó en encontrar excusas para pasar más y más tiempo en Leeds, y debo admitir que su repentino entusiasmo por el norte de Inglaterra me permitió hacer progresar mis ambiciones para Cooper's con mucha mayor rapidez de lo que antes habría creído posible. Hacía ya algún tiempo que tenía la impresión de que la empresa necesitaba un buen abogado interno, y un año después de nuestro primer encuentro le ofrecí a Jeremy un puesto en el consejo de administración, con el encargo de preparar a la empresa para su salida a Bolsa.

Durante ese período pasé buena parte de mi tiempo en Madrid, Amsterdam y Bruselas, entregado a preparar nuevos contratos, y Rosemary, desde luego, no me desanimó en esa tarea. Mientras tanto, Jeremy dirigió con habilidad la empresa y sorteó toda una serie de problemas legales y financieros. Gracias a su diligencia y experiencia, el 12 de febrero de 1980 pudimos anunciar que Cooper's se presentaría, a finales de ese mismo año, en la Bolsa de Londres. Fue entonces cuando cometí mi primer error: invité a Jeremy a convertirse en vicepresidente de la empresa.

Según las condiciones de la salida a Bolsa, Rosemary y yo conservaríamos el cincuenta y uno por ciento de las acciones. Jeremy me explicó que, por razones fiscales, debían ser divididas a partes iguales entre nosotros. Mis contables estuvieron de acuerdo y en aquel momento no me lo pensé dos veces. Las restantes 4 900 000 acciones de una libra fueron rápidamente absorbidas por inversores institucionales y por el público, y pocos días después de que la empresa saliera a Bolsa ya cotizaban a 2,80 libras en el mercado de valores.

Mi padre, que había muerto el año anterior, jamás habría aceptado que pudiera ser posible ganar varios millones de libras de la noche a la mañana. De hecho, creo que habría desaprobado la idea, puesto que en su lecho de muerte todavía estaba convencido de que una línea de descuento de diez libras era perfectamente adecuada para dirigir un buen negocio.

Durante la década de los años ochenta la economía británica mostró un crecimiento continuo y, en marzo de 1984, las acciones de la Cooper's ya habían rebasado el listón de las cinco libras, a lo que siguieron especulaciones en la prensa acerca de una posible venta. Jeremy me aconsejó que aceptara una de las ofertas, pero le dije que jamás permitiría que la Cooper's saliera del control de la familia. Después de eso, tuvimos que dividir las acciones en tres ocasiones distintas y, en 1989, el *Sunday Times* calculó que Rosemary y yo valíamos, juntos, unos treinta millones de libras.

Yo nunca me imaginé ser rico; al fin y al cabo, por lo que a mí se refería las acciones no eran más que trozos de papel mantenidos por Joe Ramsbottom, el abogado de nuestra empresa. Vivía aún en casa de mi padre, conducía un Jaguar de cinco años y trabajaba catorce horas al día. Nunca me preocuparon mucho las vacaciones y no era, por naturaleza, despilfarrador. De algún modo, la riqueza me parecía irrelevante. Me habría sentido feliz de poder seguir viviendo como vivía, de no haber llegado inesperadamente una noche a casa.

Tomé el último avión de regreso a Heathrow después de una negociación particularmente prolongada y ardua en Colonia y, en un principio, tuve la intención de quedarme a pasarla noche en Londres. Pero para entonces ya estaba lo suficientemente harto de hoteles y lo único

que deseaba era llegara casa, a pesar del prolongado viaje de regreso en coche. Al llegar a Leeds, pocos minutos después de la una, encontré el BMW blanco de Jeremy aparcado en la acera.

Si aquel mismo día hubiera llamado por teléfono a Rosemary, posiblemente no habría terminado en la cárcel.

Aparqué el coche junto al de Jeremy y me dirigía hacia la puerta principal cuando observé que solo había una luz encendida en toda la casa, en la habitación delantera del primer piso. No se necesitaría a un Sherlock Holmes para explicar lo que tenía lugar en aquella habitación en particular.

Me detuve y miré hacia las cortinas corridas durante un rato. Nada se agitó, de modo que, evidentemente, no habían oído llegar el coche y no conocían mi presencia. Regresé sobre mis pasos y me alejé tranquilamente con el coche, hacia el centro de la ciudad. Al llegar al Queen's Hotel le pregunté al recepcionista de servicio si el señor Jeremy Alexander había reservado una habitación para pasar la noche. Comprobó el registro de clientes y me confirmó que así era.

—En ese caso, la ocuparé yo mismo —le dije—. El señor Alexander se aloja en algún otro lugar por esta noche.

Mi padre se habría sentido orgulloso de mí ante un uso tan frugal de los recursos de la empresa.

Me tumbé en la cama de la habitación del hotel, incapaz de dormir, al tiempo que mi cólera se incrementaba a cada hora que pasaba. A pesar de que ya no sentía gran cosa por Rosemary y que incluso había aceptado que quizá nunca sintiera nada por ella, ahora detestaba a Jeremy. Pero no fue hasta el día siguiente cuando descubrí hasta qué punto le detestaba.

A la mañana siguiente llamé por teléfono a mi secretaria y le dije que regresaría a la oficina directamente desde Londres. Ella me recordó que había prevista una reunión del consejo para las dos y que el señor Alexander había tenido la intención de presidirla.

Me alegré de que no pudiera observar la sonrisa de satisfacción que se extendió por mi rostro. Durante el desayuno, un rápido vistazo a la agenda me permitió comprender con toda claridad por qué Jeremy había deseado presidir esa reunión en particular. Pero sus planes ya no me importaban demasiado. Había decidido comunicar a mis directores en qué andaba metido él, y asegurarme de que fuera despedido del consejo en cuanto eso fuera factible.

Llegué a Cooper's poco después de la una y media y aparqué en el espacio marcado como «Presidente». Para cuando llegó el momento de iniciarse la reunión, había tenido tiempo suficiente para comprobar mis archivos y fui dolorosamente consciente de la cantidad de acciones de la empresa controladas ahora por Jeremy; y de lo que él y Rosemary tuvieron que haber planeado desde hacía algún tiempo.

Sin hacer el menor comentario, Jeremy abandonó la silla de la presidencia en cuanto yo entré en la sala, y no demostró ningún interés en particular por los procedimientos hasta que se abordó el tema de la futura emisión de acciones. Fue entonces cuando intentó presionar para plantear una moción aparentemente inocua que, en último término, habría tenido como resultado que Rosemary y yo perdiéramos el control de la empresa y, en consecuencia, fuéramos incapaces de resistir una futura oferta de adquisición. Yo quizá habría caído en la trampa si la noche anterior no se me hubiera ocurrido conducir hasta Leeds y encontrar su coche aparcado ante mi casa, y la luz encendida en mi dormitorio. Cuando ya creía haber logrado que todos estuvieran de acuerdo en aprobar la moción, pedí a los contables de la empresa que prepararan un informe completo para la siguiente reunión del consejo, antes de tomar ninguna decisión al respecto. Jeremy no demostró la menor señal de emoción. Se limitó a tamborilear con los dedos sobre la mesa del consejo. Yo estaba decidido a que aquel informe significara su caída.

De no haber sido por mi temperamento impaciente habría podido elaborar, con el tiempo,

una forma más sensata de desembarazarme de él.

Puesto que nadie tuvo «ningún otro asunto» que plantear, cerré la reunión a las 17.40 y le sugerí a Jeremy que nos acompañara a cenar a Rosemary y a mí. Deseaba verlos juntos. Jeremy no se mostró muy entusiasmado, pero después de algunos comentarios a regañadientes sobre mi falta de comprensión hacia su propuesta de nuevas acciones, se mostró finalmente de acuerdo, quizá con la sensación de que mi esposa intervendría de algún modo en el asunto. Cuando llamé a Rosemary para decirle que Jeremy vendría a cenar, ella pareció todavía menos entusiasmada que él ante la idea.

—Quizá debierais salir a cenar los dos juntos —me sugirió ella—. De ese modo, Jeremy podría informarte más plenamente de lo que ha estado haciendo mientras tú estabas fuera. —Intenté no echarme a reír al oír sus palabras—. En estos momentos no tenemos mucha comida en casa —añadió.

Le dije que no era precisamente la comida lo que me preocupaba.

De un modo poco característico en él, Jeremy llegó tarde, pero yo ya le había preparado su habitual *whisky* con soda en cuanto cruzó la puerta. Debo decir que realizó una actuación brillante durante toda la cena, aunque Rosemary fue algo menos convincente.

Mientras tomábamos café en el salón, me las arreglé para provocar la confrontación que Jeremy había evitado tan hábilmente en la reunión del consejo.

—¿Por qué te muestras tan impaciente con respecto a esa nueva colocación de acciones? —le pregunté una vez que iba ya por el segundo *brandy*—. Seguramente, te darás cuenta de que eso nos quitaría el control de la empresa a Rosemary y a mí. ¿No te das cuenta de que en menos de nada podríamos ser objeto de una oferta hostil de compra de acciones?

Intentó tranquilizarme con unas pocas frases bien ensayadas.

—Es en el mejor interés de la empresa, Richard. Debes darte cuenta de que *Cooper's* se expande con demasiada rapidez. Ya no se trata de una empresa familiar. A largo plazo, este tiene que ser el curso más prudente que podéis seguir vosotros dos, por no hablar de los accionistas.

Me pregunté a qué accionistas se refería en concreto.

Me sorprendió poco ver que Rosemary no solo le apoyaba, sino que incluso demostraba una notable comprensión de los detalles más exquisitos de la colocación de acciones, incluso después de que Jeremy se burlara de ella de una forma demasiado evidente. Se mostró extremadamente versada en los argumentos planteados por él, lo que no dejó de llamarme la atención, sobre todo si tenía en cuenta el poco interés que había demostrado en el pasado acerca de las transacciones de la empresa. Fue entonces cuando se volvió hacia mí y me dijo:

—Tenemos que considerar nuestro futuro, cariño. En ese momento, perdí la compostura.

Los hombres de Yorkshire son bien conocidos por su franqueza, y la siguiente pregunta que planteé hizo honor a esa fama.

—¿Por casualidad estáis teniendo una relación vosotros dos?

Rosemary se puso escarlata. Jeremy se echó a reír, un poco demasiado fuerte, y luego dijo:

—Creo que esta noche te has tomado una copa de más, Richard.

—Ni una gota —le aseguré—. Estoy más sobrio que un juez. Como lo estaba anoche, cuando llegué a casa a última hora y encontré tu coche aparcado delante.

Por primera vez, desde que le conocía, había logrado sorprender a Jeremy, aunque solo fuera por un momento. Empezó a tamborilear con los dedos sobre la mesa de cristal, por delante de él.

—Simplemente, le estaba explicando a Rosemary el tema de las nuevas acciones —dijo, sin amilanarse apenas—. Que es precisamente lo exigido por las normas del mercado de valores.

—¿Y existe alguna norma del mercado de valores que exija que tales explicaciones deban darse en la cama?

—Oh, no seas absurdo —exclamó Jeremy—. Pasé la noche en el Queen's Hotel. Llama a recepción si quieres —añadió al tiempo que tomaba el teléfono y me lo ofrecía—. Allí te confirmarán que tuve reservada mi habitación de siempre.

—Estoy seguro de que lo confirmarán —repliqué—. Pero también confirmarán que fui yo mismo quien pasó la noche en tu cama de siempre.

En medio del silencio que siguió a mis palabras me saqué del bolsillo de la chaqueta la llave de la habitación del hotel y la hice tintinear delante de él. Inmediatamente, Jeremy se puso en pie de un salto.

Yo también me levanté de la silla, algo más lentamente y me enfrenté a él, sin dejar de preguntarme cuál sería su próximo movimiento.

—Todo es por culpa tuya, estúpido idiota —terminó por balbucear—. En primer lugar, deberías haber demostrado más interés por Rosemary, y no dedicarte a viajar continuamente por Europa. No es extraño que estés en peligro de perder la empresa.

Curiosamente, no fue el hecho de que Jeremy se hubiera acostado con mi esposa lo que me hizo reaccionar repentinamente, sino que él tuviera la arrogancia de pensar que también podía arrebatarme la empresa. No dije nada, y me limité a avanzar un paso hacia él y lanzarle un fuerte puñetazo contra su barbilla perfectamente afeitada. Quizá tuviera cinco centímetros de altura menos que él, pero después de veinte años de habérmelas tenido que ver con camiones pesados, aún era capaz de propinar un golpe decente. Jeremy se tambaleó primero hacia atrás, y luego hacia delante, antes de derrumbarse sobre mí. Al caer, se golpeó la sien derecha contra la mesa de cristal y derribó el *brandy* sobre el suelo. Después, permaneció inmóvil delante de mí, mientras la sangre goteaba lentamente sobre la alfombra.

Debo admitir que me sentí bastante complacido conmigo mismo, sobre todo cuando Rosemary se precipitó a su lado y empezó a gritarme improperios.

—Ahórrate el aliento para tu amante —le dije—. Y cuando recupere el conocimiento dile que no se moleste en acudir al Queen's Hotel, porque esta noche volveré a dormir en su cama.

Salí de la casa y me dirigí en coche al centro de la ciudad. Dejé el jaguar en el aparcamiento del hotel. Al entrar, el vestíbulo del Queen's estaba desierto y tomé el ascensor para subir directamente a la habitación de Jeremy. Me tumbé sobre la cama, demasiado agitado como para poder dormir.

Empezaba a dormitar cuando cuatro policías irrumpieron en la habitación y me sacaron a rastras de la cama. Uno de ellos me dijo que estaba detenido y me leyó mis derechos. Sin mayores explicaciones, me condujeron a la comisaría de policía de Millgarth, donde, pocos minutos después de las cinco, fui entregado al funcionario encargado de la cárcel, me arrebataron todas mis posesiones personales y las metieron en un abultado sobre marrón. Se me dijo que tenía derecho a hacer una llamada telefónica, así que llamé a Joe Ramsbottom, desperté a su esposa y le pedí que Joe se reuniera conmigo en la comisaría lo antes posible. Luego, me encerraron en una pequeña celda y me dejaron a solas.

Me senté en el banco de madera y traté de dilucidar por qué había sido detenido. No podía creer que Jeremy hubiera sido lo bastante estúpido como para acusarme de haberle golpeado. Unos cuarenta minutos más tarde, cuando llegó Joe, le conté exactamente lo que había ocurrido aquella noche. Me escuchó con expresión seria, pero no me ofreció su opinión. Una vez que hube terminado, me dijo que intentaría descubrir de qué me acusaba la policía.

Una vez que se marchó Joe, empecé a temer la posibilidad de que Jeremy hubiera sufrido un ataque al corazón, o que incluso hubiera resultado muerto como consecuencia del golpe que se dio en la cabeza contra el canto de la mesa. Mi imaginación se desbocó, mientras consideraba las peores posibilidades, y empezaba a sentirme más y más desesperado por saber lo que había ocurrido, cuando se abrió la puerta de la celda y entraron dos inspectores vestidos de paisano. Joe les seguía, a un paso de distancia.

—Soy el inspector jefe Bainbridge —dijo el más alto de los dos—. Y este es mi colega, el sargento Harris.

Mostraban expresión de cansancio en los ojos, y tenían las ropas arrugadas. Parecía como si hubieran estado de servicio durante toda la noche, ya que a los dos les habría venido muy bien un afeitado. Me toqué la barbilla y me di cuenta de que lo mismo podría decirse de mí.

—Nos gustaría hacerle unas preguntas sobre lo que sucedió anoche, en su casa —dijo el inspector jefe. Miró a Joe, quien asintió con un leve gesto de la cabeza—. Señor Cooper, ayudaría mucho a nuestras investigaciones si cooperara con nosotros —siguió diciendo el inspector jefe—. ¿Está dispuesto a hacernos una declaración, ya sea por escrito o grabada?

—Me temo que mi cliente no tiene nada que decir por el momento, inspector jefe —intervino Joe—. Y no tendrá nada que decir hasta que yo no haya recibido más información.

Me sentí bastante impresionado. Jamás había visto a Joe mostrarse tan firme con nadie, excepto con sus hijos.

—Simplemente quisiéramos tomarle declaración, señor Ramsbottom —le dijo el inspector jefe Bainbridge a Joe, como si yo no existiera—. Nos parece muy bien que usted esté presente.

—No —replicó Joe con firmeza—. O bien acusan formalmente a mi cliente, o nos dejan a solas... inmediatamente.

El inspector jefe vaciló un momento y luego hizo un gesto a su colega. Los dos se marcharon sin decir nada más.

—¿Acusarme? —pregunté una vez que se hubo cerrado la puerta de la celda tras ellos—. ¿De qué, por el amor de Dios?

—Sospecho que de asesinato —contestó Joe—. Después de lo que les ha dicho Rosemary.

—¿De asesinato? —repetí, casi incapaz de formular la palabra—. Pero...

Escuché con incredulidad a Joe mientras me contaba lo que había podido averiguar de la declaración que mi esposa había hecho ante la policía durante las primeras horas de la mañana.

—Pero no fue eso lo que sucedió —protesté—. Seguramente, nadie creería una historia tan monstruosa.

—Quizá la crean cuando sepan que la policía ha encontrado un rastro de sangre que va desde el salón hasta el lugar donde dejaste aparcado el coche, en la acera —dijo Joe.

—Eso no es posible. Cuando salí del salón Jeremy seguía inconsciente en el suelo.

—La policía también encontró rastros de sangre en el portamaletas de tu coche. Parecen estar bastante seguros de que se corresponderá con la de Jeremy.

—Oh, Dios mío —exclamé—. Es listo. Sí, es muy listo. ¿Es que no te das cuenta de lo que traman?

—No, si quieres que te sea sincero, no lo comprendo —admitió Joe—. Esta no es exactamente la clase de trabajo que espera encontrar un abogado de empresa como yo. Pero esta mañana he logrado ponerme en contacto por teléfono, antes de que saliera de su casa, con *sir* Matthew Roberts, un excelente abogado. Es el más destacado criminalista de la zona nororiental. Hoy tiene que actuar en el tribunal de York y ha estado de acuerdo en reunirse con nosotros en cuanto haya terminado la sesión del tribunal. Si eres inocente, Richard, no tendrás nada que temer, sobre todo si cuentas con *sir* Matthew para defenderte. De eso puedes estar seguro.

Aquella misma tarde fui formalmente acusado del asesinato de Jeremy Anatole Alexander; la policía admitió ante mi abogado que todavía no habían encontrado el cuerpo, pero confiaban en poder hacerlo en el plazo de las próximas horas. Yo sabía que no podrían encontrarlo. Al día siguiente Joe me dijo que durante las últimas veinticuatro horas habían excavado en mi jardín más de lo que había hecho yo en veinticuatro años.

Hacia las siete de aquella noche se abrió de nuevo la puerta de mi celda y entró Joe, acompañado por un hombre de constitución pesada y aspecto ciertamente distinguido. *Sir*

Matthew Roberts tenía más o menos la misma altura que yo, pero pesaba unos buenos quince kilos más. A juzgar por sus mejillas rubicundas y por la cálida sonrisa que me dirigió parecía la clase de hombre que disfrutaba con una buena botella de vino, en compañía de gente divertida. Tenía una abundante mata de cabello oscuro, que seguía peinándose al estilo de los viejos anuncios de Denis Compton Brylcreem, e iba ataviado con la vestimenta característica de su profesión, un traje de tres piezas y una corbata gris plateada. Me gustó desde el momento en que se presentó. Sus primeras palabras fueron para expresar el deseo de que hubiéramos podido conocernos en circunstancias mucho más agradables.

Me pasé el resto de la noche con *sir* Matthew, dedicado a repasar mi historia una y otra vez. Me di cuenta de que no creía una sola palabra de lo que le decía, a pesar de lo cual parecía suficientemente feliz de representarme. Pocos minutos después de las once, él y Joe se marcharon y me dispuse a pasar la noche entre rejas.

Permanecí en custodia hasta que la policía procesó todas las pruebas y las presentó ante el departamento de la fiscalía pública. Al día siguiente, un magistrado me convocó a juicio ante el tribunal de Leeds y, a pesar del elocuente ruego planteado por *sir* Matthew, no se me concedió la libertad bajo fianza.

Cuarenta minutos más tarde fui trasladado a la prisión de Armley.

Las horas se convirtieron en días, los días en semanas y las semanas en meses. Casi me cansé de decirle a todo aquel que quisiera escucharme que jamás encontrarían el cuerpo de Jeremy, porque no había ningún cuerpo que encontrar.

Nueve meses más tarde, cuando el caso llegó finalmente al tribunal de Leeds, aparecieron las hordas de periodistas, que siguieron con fruición cada una de las palabras que se dijeron en el juicio. Un multimillonario, una posible relación adúltera y un cuerpo inexistente eran demasiado como para que ellos pudieran resistirlo. La prensa amarilla se superó a sí misma al describir a Jeremy como el lord Lucan de Leeds, y a mí como el camionero excesivamente impulsado por el sexo. Habría disfrutado hasta de la última sílaba de lo que se publicó, si no hubiera sido yo el acusado.

En su discurso de apertura, *sir* Matthew planteó una magnífica lucha en mi nombre. Sin un cuerpo, ¿cómo podía acusarse de asesinato a su cliente? ¿Y cómo podía haber ocultado el cuerpo si había pasado toda la noche en el Queen's Hotel? Cómo lamentaba no haber encontrado a nadie en recepción aquella segunda vez, y haberme dirigido directamente a la habitación de Jeremy. No me ayudó el hecho de que la policía me encontrara sobre la cama, completamente vestido.

Observé los rostros del jurado al final del discurso de apertura de la acusación. Se mostraban perplejos y, evidentemente, dudaban de mi culpabilidad. Esa duda se mantuvo hasta que Rosemary subió al estrado de los testigos. No pude soportar el mirarla y dirigí la vista hacia una rubia espectacular que había permanecido sentada en la primera fila de los bancos destinados al público durante cada uno de los días del juicio.

Durante una hora, el fiscal guió suavemente a mi esposa para que contara lo que había ocurrido esa noche, hasta el momento en que golpeé a Jeremy. Hasta ese preciso momento, estuve de acuerdo con todo lo que ella dijo.

—¿Y qué ocurrió después, señora Cooper? —preguntó el fiscal de la Corona.

—Mi esposo se inclinó y comprobó el pulso del señor Alexander —susurró Rosemary—. Luego, se puso blanco y lo único que dijo fue: «Está muerto. Lo he matado».

—¿Qué hizo el señor Cooper a continuación?

—Tomó el cuerpo, se lo cargó sobre el hombro y empezó a dirigirse hacia la puerta. Yo le grité: «¿Qué estás haciendo, Richard?».

—¿Qué respondió él?

—Me dijo que iba a disponer del cuerpo mientras todavía fuera de noche, y que yo debía

asegurarme de que no quedaba el menor rastro de que Jeremy hubiera estado en casa esa noche. Como no había nadie en la oficina cuando salieron de allí, todos supondrían que Jeremy había regresado a Londres a primera hora de aquella noche. «Asegúrate de que no quedan rastros de sangre», fueron las últimas palabras que recuerdo que dijo mi esposo antes de abandonar la sala, con el cuerpo de Jeremy cargado sobre el hombro. Creo que fue entonces cuando me desvanecí.

En el banco de los acusados, *sir* Matthew me miró con, una expresión burlona. Yo sacudí la cabeza vigorosamente. Su aspecto era ceñudo cuando el fiscal regresó a su asiento.

—¿Desea hacer alguna pregunta a la testigo, *sir* Matthew? —preguntó el juez.

Sir Matthew se levantó lentamente.

—Desde luego, señoría —contestó. Se irguió en toda su estatura, se dio un tirón de la toga miró directamente a su adversaria—. Señora Cooper, ¿describiría usted al señor Alexander como un amigo?

—Sí, pero solo en el sentido en que era colega de mi esposo —contestó Rosemary con serenidad.

—¿Quiere eso decir que no se veían cuando su esposo estaba lejos de Leeds, o incluso cuando salía del país por cuestión de negocios?

—Solo le veía en acontecimientos sociales, a los que acudía acompañada de mi marido, o si pasaba por el despacho para recoger su correspondencia.

—¿Está segura de que esas fueron las únicas veces que le vio, señora Cooper? ¿No hubo otras ocasiones en que pasara una considerable cantidad de tiempo a solas con el señor Alexander? Por ejemplo, en la noche del 17 de septiembre de 1989, antes de que su esposo regresara inesperadamente de un viaje a Europa. ¿No la visitó el señor Alexander en esa ocasión durante varias horas, mientras usted se encontraba a solas en la casa?

—No. Pasó a verme después del trabajo para dejarme un documento que tenía que estudiar, pero ni siquiera tuvo tiempo para quedarse a tomar una copa.

—Pero su esposo dice... —empezó a sugerir *sir* Matthew.

—Sé lo que dice mi esposo —le interrumpió Rosemary como si hubiera ensayado la frase cientos de veces.

—Entiendo —asintió *sir* Matthew—. Centrémonos en el asunto, ¿le parece, señora Cooper? ¿Mantén una relación sentimental con Jeremy Alexander en el momento de su desaparición?

—¿Es eso importante, *sir* Matthew? —interrumpió el juez.

—Le puedo asegurar que sí, señoría, porque aborda el mismo núcleo del caso —contestó mi abogado en un tono todavía más sereno.

Ahora, todas las miradas se posaban sobre Rosemary. Deseé que dijera la verdad. Pero ella no vaciló.

—Desde luego que no —contestó—, aunque no era la primera vez que mi esposo me había acusado injustamente.

—Entiendo —dijo *sir* Matthew. Tras una pausa, preguntó—: ¿Ama usted a su esposo, señora Cooper?

—¡Vamos, *sir* Matthew! —exclamó el juez, incapaz de ocultar su irritación—. Debo preguntarle una vez más si eso es importante.

—¿Importante? —explotó *sir* Matthew—. Es absolutamente vital, señoría, y no me veo ayudado por los velados intentos de su señoría para intervenir en favor de la testigo.

El juez estaba a punto de estallar de indignación cuando Rosemary dijo serenamente:

—Siempre he sido una buena y fiel esposa, pero no puedo seguir siéndolo bajo unas circunstancias que suponen un asesinato.

Los miembros del jurado dirigieron sus miradas hacia mí. La mayoría de ellos me dieron la

impresión de que estarían dispuestos a introducir de nuevo la pena de muerte.

—Si ese es el caso, no me queda más remedio que preguntarle por qué esperó dos horas y media para ponerse en contacto con la policía —preguntó *sir* Matthew—. Sobre todo si, como afirma, estaba convencida de que su esposo había cometido un asesinato y pretendía ocultar el cuerpo.

—Como ya he explicado, me desmayé poco después de que él saliera de la habitación. Llamé a la policía en cuanto me hube recuperado.

—Qué conveniente —dijo *sir* Matthew—. O quizá la verdad es que utilizó ese tiempo en preparar la trampa para su esposo, a la vez que permitía que su amante se quitara de en medio.

Un murmullo recorrió la sala.

—*Sir* Matthew —dijo el juez, volviendo a intervenir—. Va demasiado lejos.

—Con todos mis respetos, señoría, yo no lo creo así.

De hecho, no voy lo suficientemente lejos. —Se giró en redondo y volvió a mirar a mi esposa—. Afirmando, señora Cooper, que Jeremy Alexander era su amante, y todavía lo es, y que es usted perfectamente consciente de que está vivo y se encuentra bien.

A pesar de los balbuceos del juez y de los murmullos que se extendieron de nuevo por la sala, Rosemary tenía bien preparada su respuesta.

—Solo desearía que así fuera —dijo en un tono de voz suave y afable—. De ese modo podría presentarse ante este tribunal para confirmar la verdad de lo que digo.

—Pero usted ya sabe la verdad, señora Cooper —dijo *sir* Matthew al tiempo que levantaba la voz gradualmente—. La verdad es que su esposo salió de la casa a solas. Luego se dirigió al Queen's Hotel, donde pasó el resto de la noche, mientras usted y su amante empleaban ese tiempo en dejar pistas por toda la ciudad de Londres, pistas que, debo añadir, perseguían incriminar a su esposo. Pero lo que no podían dejar era un cuerpo porque, como bien sabe, el señor Jeremy Alexander sigue con vida y ustedes dos fabricaron toda esta historia ficticia simplemente para conseguir sus propios fines. ¿No es esa la verdad, señora Cooper?

—¡No, no! —gritó Rosemary con un entrecortado tono de voz antes de estallar finalmente en lágrimas.

—Oh, vamos, señora Cooper. Esas son lágrimas fingidas, ¿verdad? —dijo *sir* Matthew con tranquilidad—. Ahora que ha sido descubierta, el jurado decidirá si su angustia es genuina.

Miré hacia el jurado. No solo habían caído víctimas de la actuación de Rosemary, sino que ahora me despreciaban por permitir que mi insensible abogado atacara a una mujer tan afable y que tanto había sufrido. Ante cada una de las preguntas planteadas por *sir* Matthew, Rosemary se mostró perfectamente capaz de ofrecer respuestas que a mí me revelaban todas las características del experto asesoramiento de Jeremy Alexander.

Cuando me llegó el turno de subir al estrado de los testigos, la rubia despampanante volvía a ocupar su asiento, en la fila delantera de los bancos reservados al público. Parecía disfrutar con cada minuto de mi propio tormento.

Incluso mientras *sir* Matthew me interrogaba, tuve la sensación de que mi historia sonaba menos convincente que la de Rosemary, a pesar de que era la verdad.

El discurso final del fiscal fue mortalmente apagado, pero no por ello menos mortal. El de *sir* Matthew fue bastante más sutil y espectacular, pero me temo que bastante menos convincente.

Después de pasar otra noche en la prisión de Armley regresé al tribunal para estar presente cuando el juez convocara a las partes. Estaba claro que él no abrigaba la menor duda en cuanto a mi culpabilidad. Su selección de las pruebas que eligió revisar fue desequilibrada e injusta y cuando terminó diciendo que su propia opinión no debía ser sopesada por el jurado, no hizo sino añadir hipocresía a su actitud sesgada.

Después de su primer día completo de deliberaciones, el jurado tuvo que ser alojado en un

hotel para pasar la noche, irónicamente en el Queen's, y cuando al gelatinoso hombre gordo del lazo se le preguntó finalmente: «Miembros del jurado, ¿consideran al detenido culpable o inocente de los cargos de que se le acusa?», no me sorprendió nada cuando él contestó con voz suficientemente alta para que todos lo oyeran:

—Culpable, señoría.

De hecho, me sorprendió que el jurado no hubiera alcanzado una decisión unánime. A menudo me he preguntado qué dos miembros se sintieron lo bastante convencidos como para declarar mi inocencia. Me habría gustado darles las gracias.

El juez se me quedó mirando, mientras leía la sentencia.

—Richard Wilfred Cooper, ha sido encontrado culpable del asesinato de Jeremy Anatole Alexander...

—Yo no le maté, señoría —interrumpí con voz serena—. En realidad, no está muerto. Solo espero que viva usted lo suficiente como para darse cuenta de la verdad.

Sir Matthew parecía ansioso cuando un murmullo se levantó entre los presentes. El juez impuso silencio y su voz se hizo todavía más dura al decir:

—Permanecerá en prisión durante el resto de su vida. Esa es la sentencia prescrita por la ley. Llévenselo.

Dos funcionarios de prisiones se adelantaron, me sujetaron con firmeza por los brazos, me hicieron bajar los escalones traseros del banquillo de los acusados, y me llevaron a la celda que había ocupado cada mañana durante los dieciocho días que duró el juicio.

—Lo siento, amigo —me dijo el policía que había estado a cargo de mi bienestar desde que se iniciara el caso—. Fue esa zorra de esposa la que se ocupó de que todo se le pusiera en contra.

Cerró de golpe la puerta de la celda e hizo girar la llave en la cerradura antes de que tuviera la oportunidad de estar de acuerdo con él. Pocos momentos más tarde la puerta se abrió de nuevo y entró *sir* Matthew.

Me miró fijamente durante un rato, antes de decir una sola palabra.

—Se ha cometido una terrible injusticia, señor Cooper —dijo finalmente—. Nos pondremos a trabajar inmediatamente para apelar contra el veredicto. Puede estar seguro de que no descansaré hasta que hayamos encontrado a Jeremy Alexander y lo hayamos llevado ante la justicia.

Por primera vez, me di cuenta de que *sir* Matthew sabía que yo era inocente.

Fui encerrado en una celda con un delincuente de poca monta llamado Dedos Jenkins. ¿Se imaginan que cuando ya nos acercamos al siglo *xxi* pueda haber alguien que se llame Dedos? Aun así, Jenkins se había ganado el nombre. Momentos después de entrar en la celda, Dedos ya se había hecho con mi reloj. Me lo devolvió inmediatamente, antes de que me diera cuenta de que me lo había quitado.

—Lo siento —dijo—, considéralo solo como un hábito.

La prisión podría haber resultado mucho peor de no haber sido por el hecho de que mis compañeros sabían que yo era millonario y estaba dispuesto a pagar algo extra por disfrutar de ciertos privilegios. Cada mañana me entregaban el *Financial Times*, lo que me daba la oportunidad de estar enterado de lo que sucedía en la City. Casi sentí náuseas cuando me enteré de la oferta hostil que se había hecho por *Cooper's*. No por la oferta en sí, que se elevó a 12,50 libras la acción, lo que me hizo aún más rico, sino porque era dolorosamente evidente que eso era lo que habían perseguido Jeremy y Rosemary. Ahora, las acciones de Jeremy valdrían varios millones de libras, un dinero que jamás podría haber conseguido si yo hubiera estado allí para impedir la venta.

Pasé muchas horas al día tumbado en mi jergón, enfrascado en repasar cada palabra publicada en el *Financial Times*. Cada vez que se mencionaba a *Cooper's* por algo, repasaba

las frases tantas veces que terminé por sabérmelas de memoria. Finalmente, la compañía fue vendida, pero no antes de que el precio de mercado por la acción subiera a 13,43 libras. A partir de entonces seguí sus actividades con gran interés y me sentí cada vez más angustiado ante la calidad de la nueva dirección, cuando empezaron a despedir a algunos de los miembros más experimentados de mi personal, incluido a Joe Ramsbottom. Una semana más tarde, di instrucciones a mis agentes de Bolsa para que vendieran mis acciones en cuanto se presentara la oportunidad.

Fue al principio de mi cuarto mes en prisión cuando pedí papel para escribir. Decidí que había llegado el momento de empezar a anotar todo lo que me había sucedido desde aquella noche en que había regresado inesperadamente a mi casa. Cada día, el funcionario de prisiones de mi galería me traía nuevas hojas de papel a rayas azules, que yo llenaba, con una escritura de rasgos alargados, con la crónica que ahora está usted leyendo. Un beneficio añadido fue que eso me ayudó a planificar mi siguiente movimiento.

Ante mi petición, Dedos llevó a cabo una encuesta entre los demás detenidos para averiguar quién era el mejor detective con el que hubieran tenido que enfrentarse alguna vez. Tres días más tarde me comunicó el resultado: el superintendente jefe Donald Hackett, conocido como Don, apareció en primer lugar en la mayoría de las listas. Pensé que aquello era mucho más fiable que una encuesta Gallup.

—¿Qué hace que Hackett aparezca por delante de todos los demás? —le pregunté a Dedos.

—Es honesto, es justo, no se le puede sobornar. Y una vez que el bastardo sabe que uno es un villano, no le importa lo mucho o poco que tarde en ponerle entre rejas.

Se me informó que Hackett era natural de Bradford. Según los rumores difundidos entre los compañeros más veteranos, había rechazado el puesto de subinspector jefe de West Yorkshire. Lo mismo que un fiscal que no deseaba convertirse en juez, prefería permanecer en el tajo de la mina.

—Solo disfruta deteniendo a criminales —dijo Dedos, y era evidente que sabía de qué hablaba.

—Me parece que es el hombre que busco —dije—. ¿Qué edad tiene?

Dedos reflexionó un momento.

—Ahora debe de tener algo más de cincuenta años —contestó—. Al fin y al cabo me metió en la trena por haber empleado un juego de herramientas, y eso fue... —Se detuvo de nuevo, antes de añadir—: Hace algo más de veinte años.

Al lunes siguiente, cuando *sir* Matthew acudió a visitarme, le dije lo que había pensado, y le pregunté cuál era su opinión sobre Don. Deseaba conocer el punto de vista profesional.

—Es un testigo muy difícil de interrogar, de eso puede estar seguro —contestó mi abogado.

—¿Por qué?

—No exagera en nada, no pierde el tiempo ni vacila, y nunca le he pillado en una mentira, lo que hace que sea difícil de atrapar. No, la verdad es que nunca he logrado sacarle lo mejor al superintendente jefe. Debo decir, sin embargo, que dudo mucho de que esté dispuesto a relacionarse con un delincuente convicto, al margen de lo que usted le ofrezca.

—Pero yo no soy...

—Lo sé, señor Cooper —me interrumpió *sir* Matthew, que todavía parecía incapaz de tutearme—. Pero Hackett tendrá que ser convencido de eso antes incluso de que esté de acuerdo en entrevistarse con usted.

—Pero ¿cómo puedo convencerle de que soy inocente mientras estoy metido en prisión? —pregunté.

—Intentaré influir sobre él en su nombre —dijo *sir* Matthew tras pensárselo un momento. Luego, añadió—: Ahora que lo pienso, me debe un favor.

Aquella noche, una vez que se hubo marchado *sir* Matthew, pedí más papel y empecé a

redactar una carta con un texto cuidadosamente elegido para el superintendente jefe Hackett, de la que varias versiones acabaron en el suelo de mi celda. Mi esfuerzo final dio el siguiente resultado:

Señor superintendente jefe:

Como puede ver, me encuentro actualmente detenido y a disposición de Su Majestad. A pesar de todo, me pregunto si sería usted tan amable como para visitarme, ya que tengo una cuestión privada que me gustaría discutir con usted y que afectaría al futuro de ambos. Le puedo asegurar que mi propuesta es tan legal como honesta, y confío en que pueda apelar igualmente a su sentido de la justicia. Cuento también con la aprobación de mi abogado, sir Matthew Roberts, con quien, según tengo entendido, se ha encontrado usted de vez en cuando en el desempeño de sus actividades profesionales. Naturalmente, estoy dispuesto a reembolsarle cualquier gasto que pueda causarle este inconveniente.

A la espera de sus noticias, me despido atentamente.

Leí la carta de nuevo, corregí un error y garabateé mi firma al pie.

En cumplimiento de mis instrucciones, sir Matthew le entregó la carta a Hackett en mano. Según le dije, se había convertido con ello en el primer cartero en la historia del Correo Real en cobrar mil libras por la simple entrega de una carta.

Al lunes siguiente, sir Matthew me informó de que había entregado personalmente la carta al superintendente jefe. Después de que Hackett la leyera por segunda vez, su único comentario fue que tendría que hablar con sus superiores. Prometió que comunicaría a sir Matthew su decisión en el término de una semana.

Desde el momento en que fui condenado, sir Matthew se dedicó a preparar mi apelación, y aunque en ningún momento me hizo abrigar esperanzas, fue incapaz de ocultar su satisfacción tras lo que había logrado descubrir después de efectuar una visita a la oficina de testamentos.

Resultó que, en su última voluntad, Jeremy se lo había dejado todo a Rosemary, lo que incluía acciones de la Cooper por un valor superior a los tres millones de libras, aunque, según la ley, ella no podría disponer de ese dinero en el término de siete años.

—Es posible que un jurado inglés le haya encontrado culpable de asesinato —declaró sir Matthew—, pero la Hacienda pública no se deja convencer tan fácilmente. No entregarán los valores de Jeremy Alexander hasta que hayan visto su cuerpo, o hayan transcurrido al menos siete años. ¿Creen acaso que Rosemary habría podido asesinarle por su dinero para luego disponer de...?

—No, no —me interrumpió sir Matthew casi riendo ante la sugerencia—. Lo que sucede es que, puesto que tienen derecho a esperar siete años, según la ley, van a seguir en posesión de sus valores, sin correr el riesgo de que Alexander pueda estar vivo aún. En cualquier caso, si su esposa lo hubiera matado no habría tenido una respuesta preparada para todas las preguntas que le hice en el estrado de los testigos, de eso estoy seguro.

Sonreí. Por primera vez en mi vida me alegré de que los inspectores de Hacienda hubieran metido las narices en mis asuntos.

Sir Matthew me prometió que me mantendría informado en cuanto surgiera algo nuevo.

—Buenas noches, Richard —se despidió antes de salir de la sala de entrevistas.

Y aquel tuteo también fue la primera vez.

Por lo visto, mucho antes de que yo lo supiera, todo el mundo en la prisión sabía que el superintendente jefe Hackett me haría una visita.

Fue Dave Adams, un viejo compañero de una celda contigua, el que me explicó por qué creían los reclusos que Hackett iba a visitarme.

—A un buen policía nunca le gusta que alguien pague por lo que no ha hecho. Hackett llamó

el pasado martes al director de la prisión y, según Maurice, mantuvo una larga conversación con él sobre el contenido de su carta —añadió Dave misteriosamente.

Me habría interesado saber cómo se las había arreglado el director para estar enterado de eso, pero llegué a la conclusión de que no era aquel el momento más adecuado para hacer preguntas irrelevantes.

—Hasta los tipos más duros de por aquí están convencidos de que eres inocente —siguió diciendo Dave—. Ya están impacientes porque llegue el día en que el señor Jeremy Alexander ocupe tu celda. Puedes estar seguro de que los reclusos con condenas más prolongadas le darán una cálida bienvenida.

A la mañana siguiente me llegó una carta de Bradford. «Querido Cooper», empezaba diciendo el superintendente jefe, para pasar a informarme de que tenía la intención de hacerme una visita en la prisión a las cuatro de la tarde del domingo siguiente. Dejó bien claro que no se quedaría más de media hora e insistió en que hubiera presente un testigo durante el transcurso de nuestra conversación.

Empecé a contar el paso de las horas por primera vez desde que me encontraba en la cárcel. Las horas no son tan importantes cuando uno tiene reservada la habitación para cumplir una sentencia de cadena perpetua.

Aquel domingo por la tarde, cuando vinieron a buscarme a la celda y me acompañaron a la sala de entrevistas, recibí varios mensajes de mis compañeros para que se los transmitiera al superintendente jefe.

—Dale mis mejores recuerdos a Don —dijo Dedos—, y dile lo mucho que siento no tropezarme con él en esta ocasión.

—Cuando haya terminado contigo, pregúntale si quiere pasar por mi celda para tomar una taza de té y charlar sobre los viejos tiempos.

—Dale a ese bastardo una buena patada en los cojones, y dile que me sentiría feliz de cumplir una condena extra si pudiera dársela yo mismo.

Uno de los reclusos sugirió incluso una cuestión para la que yo ya sabía la respuesta.

—Pregúntale si va a jubilarse, porque yo no saldré de aquí hasta el día después.

Cuando entré en la sala de entrevistas y vi al superintendente jefe por primera vez, pensé que debía de haberse producido algún error. No se me había ocurrido preguntarle a Dedos qué aspecto tenía Don, y durante los últimos días me había hecho la idea de que su imagen debía de ser la de una especie de supermán. Pero el hombre que estaba ante mí era unos cinco centímetros más bajo que yo y llevaba gafas con montura de concha y cristales gruesos, lo que hacía que ofreciera la impresión de estar medio ciego. Lo único que necesitaba era una gabardina mugrienta para haber sido erróneamente confundido por un cobrador de morosos.

Sir Matthew se adelantó para presentarnos. Estreché con firmeza la mano del policía.

—Gracias por haber venido a visitarme, superintendente jefe —empecé a decir—. ¿Quiere sentarse? —añadí, como si acabara de entrar en mi casa para tomar una copa de jerez.

—*Sir* Matthew es muy persuasivo —dijo Hackett con un intenso acento de Yorkshire que no parecía corresponder con su cuerpo—. Bien, Cooper, ¿qué se imagina que puedo hacer por usted? —me preguntó después de sentarse frente a mí, en un tono de voz en el que detecté un atisbo de cinismo.

Abrió una libreta de notas y la dejó sobre la mesa cuando ya me disponía a empezar a contarle mi historia.

—Solo para mi uso personal —explicó—, por si acaso tuviera necesidad de recordar algunos hechos relevantes en el futuro.

Veinte minutos más tarde había terminado de contarle la abreviada versión de la vida y milagros de Richard Cooper. En la celda, durante la semana anterior, había repasado mentalmente la historia en varias ocasiones, para estar seguro de que no tardaría mucho en

exponerla. Deseaba disponer de tiempo suficiente para que Hackett me hiciera preguntas.

—Si debo creer en lo que acaba de contarme —dijo—, y solo «si» lo creo, todavía no me ha explicado qué piensa que puedo hacer por usted.

—Por lo que tengo entendido, se jubilará usted dentro de cinco meses —le dije—. Me preguntaba si tendría planes una vez que se hubiera jubilado.

Él vaciló. Evidentemente, le había pillado por sorpresa.

—Se me ha ofrecido un trabajo en el Grupo Cuatro, como director de zona para West Yorkshire.

—¿Y cuánto le pagarán? —le pregunté directamente.

—No será a tiempo completo —contestó—. Tres días a la semana para empezar. —Vaciló de nuevo—. Veinte mil al año, garantizados durante tres años.

Yo le pagaré cien mil al año, pero espero que se dedique al trabajo siete días a la semana. Supongo que necesitará una secretaria y un ayudante... Ese inspector Williams, que se jubila al mismo tiempo que usted, podría encajar en esto, de modo que le entregaré dinero suficiente para pagar a su personal, así como para el alquiler de un despacho.

Un parpadeo de respeto apareció por primera vez en el rostro del superintendente jefe. Tomó algunas notas más en su libreta.

—¿Y qué espera que haga a cambio de una suma tan grande de dinero? —preguntó.

—Es muy sencillo. Espero que encuentre a Jeremy Alexander.

En esta ocasión no vaciló.

—Dios mío —exclamó—. Realmente, es usted inocente. Tanto *sir* Matthew como el director de la prisión trataron de convencerme de que lo era.

—Y si lo encuentra dentro de los próximos siete años —añadí, ignorando su comentario, le pagaré otras quinientas mil libras en cualquier sucursal bancaria del mundo que usted me indique.

—El Midland, en Bradford, me parecería bien —replicó—. Solo a los delincuentes les parece necesario llevarse el dinero al extranjero. En cualquier caso, tengo que estar en Bradford cada dos sábados por la tarde, por lo que *puedo* estar por ahí para vigilar lo que ocurre en la City. —Hackett se levantó y me miró intensamente durante un tiempo—. Una cosa más, señor Cooper. ¿Por qué siete años?

—Porque después de ese período mi esposa podrá vender las acciones de Alexander, con lo que él se convertiría en multimillonario de la noche a la mañana.

El superintendente jefe asintió con un gesto de comprensión.

—Gracias por haberme pedido que nos veamos —dijo—. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba tanto por visitar a alguien en la cárcel, sobre todo a alguien convicto de asesinato. Reflexionaré seriamente sobre su oferta, señor Cooper, y le haré conocer cuál es mi decisión antes de finales de la semana que viene.

Después, se marchó sin añadir nada más.

Hackett me escribió tres días más tarde, aceptando mi oferta.

No tuve que esperar cinco meses para que empezara a trabajar para mí, porque presentó su renuncia con un preaviso de quince días, aunque después de haberse asegurado de que yo estaría dispuesto a pagar sus contribuciones a la seguridad social, así como las de los dos colegas que deseaba que abandonaran el cuerpo para unirse a él. Ahora que había vendido todas mis acciones de la *Cooper's*, los intereses de mi cuenta a plazo fijo me permitían ganar más de cuatrocientas mil libras al año, y puesto que no tenía que pagar alquiler, la petición de Hackett no fue más que una consideración menor para mí.

Habría compartido con ustedes y con todo detalle lo que me ocurrió a lo largo de los meses siguientes, pero estuve tan preocupado durante ese tiempo que solo llené tres páginas de mi papel rayado azul de la prisión.

No obstante, debo mencionar que estudié varios libros de leyes para asegurarme de entender perfectamente el significado del término legal *autrefois acquit*.

La siguiente fecha importante de mi diario fue la sesión de apelación del juicio.

Matthew, a quien por petición propia hacía tiempo que había dejado de llamarle «*sir*», intentó valerosamente no demostrar que cada vez se sentía más confiado en el resultado, pero yo empezaba ya a conocerle tan bien que no pudo ocultarme sus verdaderos sentimientos. Me dijo lo encantado que se sentía con la composición del tribunal de revisión del caso.

—Perfectamente justo —repitió varias veces.

Algo más tarde, aquella misma noche, me dijo con gran tristeza que su esposa Victoria había muerto de cáncer varias semanas antes.

—Una larga enfermedad y un alivio cuando se llegó al final —dijo.

Por primera vez, me sentí culpable en su presencia. Durante los últimos dieciocho meses no habíamos hecho otra cosa que hablar de mis problemas.

Tuve que haber sido uno de los pocos reclusos de Armley que llegó a recibir la visita de un sastre profesional en mi celda. Matthew sugirió que debería disponer de un traje nuevo antes de aparecer ante el tribunal, pues había perdido casi diez kilos desde que estaba en la cárcel. Cuando el sastre terminó de tomarme medidas y empezó a enrollar la cinta, insistí en que Dedos le devolviera el mechero, aunque le permití conservar los cigarrillos.

Diez días más tarde, cuando fui escoltado desde mi celda, a las cinco de la mañana, mis compañeros reclusos hicieron sonar las tazas de metal contra las puertas cerradas, la forma tradicional de indicar al personal de la prisión su convicción sobre la inocencia del hombre que se marchaba para asistir a su juicio. Eso elevó mi estado de ánimo, como si se tratara de una gran sinfonía.

Fui conducido a Londres en un coche de la policía, acompañado por dos funcionarios de prisiones. No nos detuvimos una sola vez en todo el viaje y llegamos a la capital poco después de las nueve. Recuerdo que miraba por las ventanillas y observaba a los que acudían a iniciar su jornada de trabajo. Cualquiera de ellos que me hubiera visto sentado en el asiento trasero del coche, con mi nuevo traje, y que no hubiera visto las esposas, habría llegado a la conclusión de que yo era por lo menos un inspector jefe.

Matthew me esperaba a la entrada del Old Bailey, con un montón de documentos debajo de cada brazo.

—Me gusta el traje —dijo, antes de conducirme por unos escalones que subían hacia la sala donde se decidiría mi destino.

Una vez más, me sentí impasiblemente en el banquillo de los acusados, mientras *sir* Matthew, se levantaba de su lugar para dirigirse a los tres jueces del tribunal de apelación. Su declaración inicial le ocupó casi una hora, y para entonces ya tenía la impresión de que hasta yo mismo podría haberla pronunciado igual de bien, aunque quizá no con la misma elocuencia y, desde luego, no de una forma tan persuasiva. Recalcó mucho cómo Jeremy había dejado todos sus bienes terrenales a Rosemary, quien a su vez había vendido la casa de nuestra familia en Leeds, así como todas sus acciones de Cooper's, poco después de que la empresa fuera adquirida, presentó una rápida demanda de divorcio y luego desapareció de la faz de la tierra con aproximadamente siete millones de libras. No pude evitar preguntarme en cuánto de esa cantidad habría puesto sus manos Jeremy.

Sir Matthew recordó repetidas veces la incapacidad de la policía para encontrar el cuerpo, a pesar de que a estas alturas daba la impresión de que hubieran excavado en medio Leeds.

Me sentí más esperanzado con cada nuevo dato que Matthew presentaba ante los jueces. Pero, una vez que hubo terminado, aún tuve que esperar otros tres días para conocer el resultado de sus deliberaciones, Apelación rechazada. Razones reservadas.

El viernes, Matthew viajó a Armley para decirme cuál era, en su opinión, la razón por la que

se había rechazado mi apelación sin la menor explicación. Tenía la impresión de que los jueces se encontraban divididos y necesitaban más tiempo para aparentar que no lo estaban.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté.

—Mi impresión es que te dejarán en libertad condicional dentro de pocos meses. Evidentemente, se vieron influidos por el fracaso de la policía para encontrar el cuerpo, no se dejaron impresionar por la síntesis que les presentó el juez del caso, y sí se sintieron impresionados por la fuerza de tu caso.

Le di las gracias a Matthew, quien, por una vez, abandonó la sala con una sonrisa en el rostro.

Quizá se pregunten qué había hecho mientras tanto el superintendente jefe Hackett, o más bien el exsuperintendente jefe Hackett.

No había permanecido ocioso. El inspector Williams y Jenny Kenwright abandonaron el cuerpo de policía el mismo día que él. Una semana más tarde ya habían abierto una pequeña oficina sobre el Constitutional Club, en Bradford, e iniciado sus investigaciones. Don me informaba a las cuatro de la tarde de cada domingo.

Al cabo de un mes ya disponía de un grueso expediente sobre el caso, con *dossiers* detallados sobre Rosemary, Jeremy, la empresa y yo mismo. Dedicué horas a leer la información que había acumulado y hasta pude ayudarle al proporcionarle detalles sobre algunos puntos oscuros. No tardé en apreciar por qué era tan respetado Don entre mis compañeros reclusos. Siguió todas y cada una de las pistas, recorrió hasta el final cada uno de los callejones laterales sin salida, por muy inútiles que le parecieran, porque, tal como se encargó de demostrar el tiempo, algunos de ellos resultaron ser verdaderas autopistas.

El primer domingo de octubre, después de que Hackett llevara cuatro meses entregado a su trabajo, me dijo que creía haber localizado el paradero de Rosemary. Una mujer de su descripción vivía en una pequeña propiedad al sur de Francia, en una casa llamada Villa Fleur.

—¿Cómo ha logrado localizarla? —le pregunté.

—Por una carta echada al correo por su madre en el buzón local. El funcionario de correos me permitió amablemente echar un vistazo a la dirección del sobre, antes de proceder a su envío —contestó Hackett—. No se puede imaginar la gran cantidad de horas que tuvimos que vigilar, cuántas cartas tuvimos que repasar y a cuántas puertas hemos tenido que llamar durante los últimos cuatro meses solo para encontrar esta pista. Por lo visto, la señora Kershaw es una corresponsal compulsiva, aunque esta fue la primera vez que le escribía a su hija. Y, a propósito —añadió—, su esposa ha recuperado su apellido de soltera. Ahora se hace llamar señora Kershaw. —Asentí con un gesto, pues no deseaba interrumpirle—. El miércoles, Williams partió para Cannes y se ha instalado en el pueblo más cercano, bajo la apariencia de un turista más. La casa de la señora Kershaw está rodeada por un muro de piedra de tres metros de altura, y tiene más perros guardianes que árboles. Por lo visto, las gentes de por allí saben menos de ella que nosotros. Pero esto, al menos, es un principio.

Por primera vez, tuve la impresión de que Jeremy Alexander podría haber encontrado la horma de su zapato, pero tuvieron que transcurrir otros cinco domingos, y cinco informes intermedios más, para que una tenue sonrisa apareciera en el rostro de labios habitualmente apretados de Hackett.

—La señora Kershaw ha puesto un anuncio en el periódico local —me informó—. Por lo visto, necesita un nuevo mayordomo. Al principio, pensé que deberíamos interrogar a fondo al antiguo mayordomo en cuanto este se marchara, pero no podía arriesgarme a que la noticia llegara hasta ella. Así que, en lugar de eso, decidí que el inspector Williams se presentara para cubrir el puesto.

—Pero seguramente ella se dará cuenta enseguida de que no está preparado para desempeñar esa tarea.

—No necesariamente —dijo Hackett con una sonrisa algo más amplia—. Mire, Williams no podrá abandonar su empleo actual hasta que no haya dado un aviso previo de un mes a la condesa de Rutland, y mientras tanto le hemos matriculado para seguir un curso especial acelerado de seis semanas en la Escuela Ivor Spencer para Mayordomos. Williams siempre ha sido muy rápido a la hora de aprender.

—Pero ¿y las referencias?

—Para cuando Rosemary Kershaw le entreviste ya tendrá preparadas una serie de referencias que dejarían impresionada hasta a una duquesa.

—Según se me dijo no era usted de los que hacía nada ilegal.

—Así es, siempre que trate con personas honestas, señor Cooper. Pero no cuando tengo que enfrentarme con un par de sinvergüenzas como estos. Voy a conseguir meterlos entre rejas, aunque sea lo último que haga.

No era el momento para hacerle saber a Hackett que el capítulo final de esta historia, tal como lo tenía planeado, no concluía precisamente con Jeremy metido en la cárcel.

Una vez que Williams quedó incluido en la corta lista de personas que se presentaron para ocupar el puesto de mayordomo solicitado por Rosemary, representé mi pequeño papel en asegurarle el trabajo. Al volver a leer las condiciones del contrato propuesto, se me ocurrió una idea.

—Dígale a Williams que pida un salario de quince mil francos al mes, y cinco semanas de vacaciones —le sugerí a Hackett cuando él y Matthew me visitaron al domingo siguiente.

—¿Por qué? —preguntó el exsuperintendente jefe—. Ella solo ofrece once mil y tres semanas de vacaciones.

—Puede permitirse pagar la diferencia, y con unas referencias como estas —dije al tiempo que indicaba el expediente—, ella podría abrigar sospechas si él pidiera menos.

Matthew sonrió y asintió.

Finalmente, Rosemary ofreció el trabajo a Williams por trece mil francos al mes, con cuatro semanas anuales de vacaciones, algo que Williams terminó por aceptar después de haberlo considerado durante cuarenta y ocho horas. Pero no acudió a trabajar durante un mes, y para entonces ya había aprendido a planchar los periódicos, preparar las cosas con tiralíneas y conocer la diferencia entre una copa de oporto, otra de jerez y otra de licor.

Supongo que yo esperaba resultados inmediatos en cuanto Williams ocupara el puesto como mayordomo de Rosemary. Pero eso no era precisamente realista, como se encargó de señalarme Hackett domingo tras domingo.

—Williams necesita tomarse su tiempo —explicó Don—. Necesita ganarse su confianza y no darle motivos para que abrigue ni la más ligera sospecha. En cierta ocasión tardé cinco años en atrapar a un traficante de drogas que solo vivía a poco más de medio kilómetro de mi casa.

Quise recordarle que era yo quien estaba metido en la cárcel, y que cinco días me habrían parecido mucho mejor, pero sabía lo duramente que trabajaban todos en mi nombre, e intenté no demostrar mi impaciencia.

Al cabo de un mes Williams nos había suministrado las fotografías e historiales de todo el personal que trabajaba en la propiedad, junto con descripciones de todos aquellos que visitaron a Rosemary, incluido el sacerdote local, que acudió para solicitar una donación para las asociaciones francesas no gubernamentales que trabajaban en Somalia.

El cocinero: un tal Gabrielle Pascal, no sabía inglés, excelente cocina, procedía de Marsella; familia comprobada. El jardinero: Jacques Reni, estúpido y no particularmente imaginativo con los macizos de rosas, local y bien conocido. La doncella personal de Rosemary: Charlotte Merieux, hablaba un poco de inglés, habilidosa, sexual, procedía de París; todavía se la estaba comprobando. Todo el personal había sido empleado por Rosemary desde la llegada de esta al sur de Francia y no parecían tener ninguna relación entre sí o con su vida pasada.

—Ah exclamó Hackett mientras estudiaba la fotografía de la doncella personal de Rosemary. Yo enarqué una ceja. Me preguntaba cómo se comportará Williams después de encontrarse en la misma casa con Charlotte Merieux día tras día y, sobre todo, noche tras noche. —Tras una breve pausa, explicó—: Habría llegado a superintendente si no hubiera tonteado tanto por ahí. Sin embargo, confiemos en que en esta ocasión las cosas nos favorezcan.

Permanecí tumbado en mi cama, dedicado a estudiar las fotografías del personal, hora tras hora, pero no me revelaron nada. Leí una y otra vez las notas sobre todos y cada uno de los que habían visitado Villa Fleur, pero a medida que transcurrieron las semanas daba cada vez más la impresión de que nadie relacionado con su pasado supiera dónde estaba Rosemary, a excepción de su propia madre, o si lo sabía no hacía el menor intento por ponerse en contacto con ella. Desde luego, no se detectaba la menor señal de la presencia de Jeremy Alexander.

Empezaba a temer que ella y Jeremy hubieran terminado por separarse, hasta que Williams informó de que sobre la mesita de noche, junto a la cama del dormitorio de Rosemary, había una fotografía de un hombre moreno y atractivo. Una fotografía en la que se leía: «Siempre estaremos juntos... J.».

Durante las semanas que siguieron a la vista de mi apelación fui constantemente entrevistado por funcionarios encargados de la vigilancia de la libertad condicional, asistentes sociales y hasta el psiquiatra de la prisión. Me esforcé por mantener la sonrisa cálida y sincera que, según me había advertido Matthew, era necesaria para lubricar las chirriantes ruedas de la burocracia.

Tuvo que haber sido aproximadamente unas once semanas después de la vista de mi apelación cuando un día se abrió la puerta de mi celda y el funcionario de mayor antigüedad de mi galería me anunció:

—El director desea verte, Cooper.

Dedos me miró, receloso. Cada vez que oía pronunciar esas palabras significaban, invariablemente, una temporada de confinamiento en solitario.

El corazón me latía con fuerza mientras era conducido por el largo pasillo hacia el despacho del director. El funcionario de prisiones llamó con suavidad a la puerta antes de abrirla. El director se levantó de detrás de la mesa, extendió la mano hacia mí y dijo:

—Me siento encantado de ser la primera persona en darle la buena noticia.

Hizo que me sentara en una cómoda silla frente a su mesa de despacho y me leyó las condiciones de mi libertad condicional. Mientras lo hacía, me sirvieron café, como si fuéramos viejos amigos.

Alguien llamó a la puerta en ese momento y Matthew entró; llevaba consigo un montón de documentos que había que firmar. Me levanté, al tiempo que él los dejaba sobre la mesa del director y, sin la menor advertencia, se volvió hacia mí y me dio un enorme abrazo. No se trataba de algo que esperara que hiciera todos los días.

Una vez que hube firmado hasta el último documento, Matthew me preguntó:

—¿Qué será lo primero que hagas una vez que te hayan puesto en libertad?

—Voy a comprar un revólver —le contesté con naturalidad.

Matthew y el director de la prisión se echaron a reír.

Tres días más tarde la gran puerta de la prisión de Armley se abrió para mí. Salí del edificio llevando conmigo la única y pequeña maleta de cuero con la que había llegado. No miré hacia atrás. Detuve un taxi y le pedí al conductor que me llevara a la estación, pues no tenía el menor deseo de permanecer en Leeds ni un momento más de lo estrictamente necesario. Compré un billete de primera clase, telefoneé a Hackett para advertirle que iba de camino, y subí al siguiente tren con destino a Bradford. Saboreé el desayuno de los Ferrocarriles Británicos que no era servido en un plato de hojalata y leí un ejemplar del *Financial Times* que me ofreció una

guapa dependienta y no un delincuente de la prisión. Nadie se fijó en mí, pero ¿por qué iban a hacerlo si yo me acomodaba en el vagón de primera y llevaba puesto mi traje nuevo? Miré a todas las mujeres que pasaron por mi lado, al margen de cómo fueran vestidas, pero ellas, claro está, no tenían forma de saber por qué las miraba.

Cuando el tren llegó a Bradford, Don y su secretaria, Jenny, ya me esperaban en el andén. El exsuperintendente jefe me había alquilado un pequeño piso amueblado en las afueras de la ciudad y una vez que hube sacado mis cosas de la maleta, lo que no representó un gran trabajo, me llevaron a almorzar. En cuanto terminamos de decirnos amabilidades y después de que Jenny me hubiera servido un vaso de vino, Don me hizo una pregunta que no esperaba.

—Ahora que está en libertad, ¿sigue siendo su deseo que continuemos buscando a Jeremy Alexander?

—Sí —contesté sin la menor vacilación. Estoy más decidido que nunca ahora que puedo saborear la libertad de la que él ha disfrutado en los tres últimos años. No olvide que ese hombre me robó mi libertad, al mismo tiempo que mi esposa, mi empresa y más de la mitad de mis posesiones. Oh, sí, Donald, no descansaré hasta que me vea frente a frente con Jeremy Alexander.

—Bien —asintió Don—, porque Williams tiene la impresión de que Rosemary empieza a confiar en él y hasta es posible que, con el transcurso del tiempo, llegue a hacerle alguna que otra confidencia. Parece ser que se ha hecho indispensable.

Me pareció ciertamente irónica la idea de que Williams se embolsara dos salarios al mismo tiempo, por uno de los cuales yo era el responsable, mientras que Rosemary pagaba el otro. Pregunté si se tenía alguna noticia de Jeremy.

—Todavía no sabemos nada —contestó Donald—. Es evidente que ella no le llama por teléfono desde la casa y estamos bastante seguros de que él nunca intenta ponerse en contacto directo con ella. Pero Williams nos ha dicho que todos los viernes, al mediodía, tiene que llevarla al Majestic, el único hotel que existe en el pueblo. Ella entra y no reaparece durante por lo menos cuarenta minutos. Williams no se ha atrevido a seguirla porque ella le da instrucciones concretas para que espere en el coche. Y no se puede permitir el lujo de desobedecer sus órdenes y arriesgarse a perder el trabajo. —Asentí con un gesto—. Eso, sin embargo, no le ha impedido tomar alguna que otra copa ocasional en el bar del hotel, durante su día libre, y ha conseguido reunir pequeños fragmentos de información. Está convencido de que Rosemary emplea el tiempo que permanece en el hotel para realizar una llamada telefónica a larga distancia. A menudo, antes de entrar en el Majestic, pasa por el banco, de donde sale con un pequeño paquete de monedas. El *barman* le ha dicho a Williams que siempre utiliza una de las dos cabinas telefónicas que hay en el pasillo, frente a la recepción. Nunca permite que la llamada pase por la centralita del hotel, y siempre marca el número directamente.

—¿Cómo vamos a descubrir a quién llama? —pregunté.

—Esperaremos a que Williams encuentre una oportunidad para utilizar algunas de esas habilidades que no aprendió precisamente en la escuela de mayordomos.

—Pero ¿cuánto tiempo puede tardar en hacer eso?

—No hay forma de saberlo, pero Williams dispone de un permiso para dentro de un par de semanas, así que entonces nos pondrá al corriente.

Cuando Williams regresó a Bradford, a finales de mes, empecé a hacerle preguntas, antes incluso de que tuviera tiempo de dejar la maleta en el suelo. Disponía de mucha información interesante sobre Rosemary y hasta los más mínimos detalles me fascinaron.

Había aumentado de peso, lo que me complació. Parecía solitaria y deprimida, lo que me encantó. Gastaba mi dinero con rapidez, ante lo que no me sentí precisamente extasiado. Pero, más en concreto, Williams me convenció de que si Rosemary mantenía algún contacto con

Jeremy Alexander tenía que ser cuando visitaba el hotel todos los viernes y hacía aquella llamada telefónica directa. Sin embargo, todavía no había encontrado una forma de descubrir a quién o adónde llamaba.

Unos quince días más tarde, cuando Williams regresó al sur de Francia, yo sabía sobre mi exesposa muchas más cosas de las que había sabido mientras estuvimos casados.

Tal como sucede a menudo en el mundo real, el siguiente movimiento se produjo cuando menos lo esperaba. Fue poco después de las dos y media de la tarde de un lunes cuando sonó el teléfono.

Donald contestó y se sorprendió al oír la voz de Williams al otro lado de la línea. Apretó el interruptor del altavoz y dijo:

—Los tres te estamos escuchando, así que será mejor que empieces por decir por qué llamas cuando hoy no es tu día libre.

—He sido despedido —fueron las primeras palabras de Williams.

—Seguramente, has jugueteado con la doncella, ¿no es así? —fue la primera reacción de Donald.

—Lo habría deseado, jefe, pero me temo que se trata de algo mucho más estúpido que eso. Esta mañana conducía a la señora Kershaw a la ciudad cuando tuve que detenerme ante un semáforo, delante del Majestic. Mientras esperaba a que cambiara el semáforo, un hombre cruzó la calzada, por delante del coche. Se detuvo de pronto y me miró. Le reconocí inmediatamente y recé para que la luz del semáforo cambiara antes de que él pudiera reconocermme a mí. Pero el hombre regresó, volvió a mirarme y sonrió. Le dirigí un gesto negativo con la cabeza, pero se acercó a la ventanilla del conductor, dio unos golpecitos en ella y preguntó: «¿Cómo está usted, inspector Williams?».

—¿Quién era? —preguntó Donald.

—Neil Case. ¿Lo recuerda, jefe?

—¿Podría olvidarlo? El Descuidado Neil —dijo Donald.

—Debería haberlo imaginado.

—Yo no admití conocerlo, claro, y cuando la señora Kershaw no dijo nada pensé que había logrado salir bien librado. Pero en cuanto regresamos a la casa me dijo que fuera a verla a su despacho, y sin pedirme ninguna explicación me despidió allí mismo. Me ordenó que recogiera todas mis cosas y saliera de la casa en el plazo de una hora si no quería que llamara a la policía.

—Maldita sea. Volvemos a estar como cuando empezamos —dijo Donald.

—No del todo —dijo Williams.

—¿Qué quieres decir? Si no estás en la casa ya no disponemos de un contacto. Y, lo que es peor, ya no podemos emplear de nuevo la carta del mayordomo, porque a partir de ahora ella estará sobre aviso.

—Sé muy bien todo eso, jefe —dijo Williams—, pero la sospecha de que yo era un policía hizo que sintiera pánico, se dirigió directamente a su dormitorio e hizo una llamada telefónica. Puesto que yo ya no tenía miedo de que me descubrieran, tomé la extensión del pasillo y escuché. Lo único que oí fue la voz de una mujer que dio un número de Cambridge y luego se interrumpió la comunicación. Supongo que Rosemary esperaba que fuera otra persona quien contestara al teléfono y colgó en cuanto oyó una voz extraña.

—¿Qué número era? —preguntó Donald.

—Seis, cuatro, cero, siete, otro número que no entendí y siete.

—¿Qué quieres decir con «que no entendí»? —ladró Donald al tiempo que anotaba los números.

—No tenía a mano nada donde anotarlo, así que tuve que confiar en mi memoria.

En aquel momento me alegré de que Williams no pudiera ver la expresión del rostro de Don.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó.

—Encontré un bolígrafo en un cajón y me anoté en la mano lo que aún recordaba del número. Apenas un momento después tomé de nuevo el teléfono y oí a una mujer diferente en la línea, que dijo: «El director no está en este momento, pero espero que regrese dentro de una hora». Entonces tuve que colgar con rapidez, porque alguien se acercaba por el pasillo. Era Charlotte, la doncella de Rosemary. Deseaba saber por qué me habían despedido. No se me ocurrió ninguna respuesta convincente hasta que ella me acusó de haberme propasado con la señora. Dejé que lo pensara así y, a cambio de todos mis problemas, terminé por recibir un buen bofetón. —Me eché a reír, pero Don y Jenny no demostraron ninguna reacción. Luego, Williams preguntó—: ¿Qué hago ahora, jefe? ¿Regreso a Inglaterra?

—No —dijo Donald—. Quédate ahí por el momento. Alójate en el Majestic y vigíla las veinticuatro horas del día. Comunícame en cuanto haga algo fuera de lo habitual. Mientras tanto, nosotros nos vamos a Cambridge. En cuanto nos hayamos instalado en un hotel, te llamaré.

—Comprendido, señor —dijo Williams, y colgó.

—En ese caso, ¿nos vamos mañana a Cambridge? —le pregunté a Donald una vez que hubo colgado el teléfono.

—No, esta misma noche —contestó—. Pero no antes de haber hecho unas pocas llamadas telefónicas.

Don marcó diez números de Cambridge, utilizando los que Williams había logrado anotar, y para cubrir el número que faltaba insertó en el hueco del cero al nueve, sucesivamente.

El 0223 640707 resultó ser una escuela.

—Lo siento, me he equivocado —dijo Donald.

El 717 correspondía a una farmacia; el 727 era un garaje; en el 737 contestó la voz de un anciano.

—Lo siento, me he equivocado —repitió Don.

El 747 era un agente de noticias; el 757 la esposa de un policía local (intenté no reír, pero Donald se limitó a emitir un gruñido); en el 767 contestó una voz de mujer.

—Lo siento, me he equivocado —dijo de nuevo Don.

El 777 era el número del colegio de Santa Catalina; en el 787 sonó la voz de una mujer en el contestador automático y el 797 era una peluquería.

—¿Desea una permanente, o solo un rizado?

Donald comprobó su lista.

—Tiene que ser el 737, el 767 o el 787. Creo que ha llegado el momento de tirar de algunos hilos.

Marcó entonces un número de Bradford y se le comunicó que el comisario jefe de Cambridgeshire había sido trasladado el año anterior a la policía de West Yorkshire.

Leeke. Allan Leeke —dijo Donald sin necesidad de que nadie le presionara. Se volvió a mirarme—. Era sargento cuando a mí me nombraron inspector.

Dio las gracias a su contacto en Bradford y luego llamó a información para solicitar el número de la comisaría central de policía de Cambridge. Luego marcó otro número con el prefijo 0223.

—Policía de Cambridge. ¿En qué puedo servirle? —preguntó una voz femenina.

—¿Puede ponerme con el vicecomisario jefe, por favor? —preguntó Donald.

—¿De parte de quién?

—De Donald Hackett.

La siguiente voz que sonó en la línea dijo:

—Don, esto sí que es una agradable sorpresa. O, al menos, así lo espero porque, conociéndote como te conozco, supongo que no será una llamada de saludo. ¿Andas a la

búsqueda de un trabajo, por casualidad? Oí decir que dejaste el cuerpo.

—Sí, es cierto. He presentado mi dimisión, pero no busco un trabajo, Allan. No creo que la policía de Cambridge pueda pagarme lo que gano ahora.

—Bien, ¿qué puedo hacer por ti, Don?

—Necesito controlar tres números de teléfono en la zona de Cambridge.

—¿Autorizado? —preguntó el vicecomisario.

—No, pero eso podría producir una detención en tu jurisdicción —contestó Donald.

—Eso, y el hecho de que seas tú quien me lo pide, es suficiente para mí.

Donald le dio los tres números y Leeke le pidió que esperara un momento. Mientras tanto, Donald me dijo:

—Lo único que tiene que hacer es apretar unos pocos botones de la sala de control y los números aparecerán en una pantalla delante de él. Las cosas han cambiado mucho desde los tiempos en que yo entré en la policía. En aquel entonces teníamos que caminar mucho.

La voz del vicecomisario volvió a sonar en la línea.

—Bien, el primer número, el 737, es el comandante de ala Danvers Smith. Es la única persona que vive en la casa. —Dio una dirección en Great Shelford que, según explicó, estaba al sur de Cambridge, y Jenny se encargó de anotarla—. El 767 es un tal profesor y señora Balcescu, que también viven en Great Shelford. El 787 es Julia Renaud, la cantante de ópera, que vive en Grantchester. La conocemos muy bien. Apenas está en casa, debido a sus compromisos musicales en todo el mundo. Su casa ha sido robada en tres ocasiones durante el último año, siempre que ella estaba en el extranjero.

—Gracias —le dijo Donald—. Tu colaboración ha sido muy útil.

—¿Hay algo que deseas decirme? —preguntó el vicecomisario jefe con un tono de esperanza en su voz.

—No, por el momento —contestó Donald—. Pero en cuanto haya terminado mi investigación, te prometo que serás la primera persona en ser informada.

—Me parece justo —fue la respuesta, antes de que se cortara la línea.

—Bien —dijo Donald, que volvió su atención hacia nosotros—. Salimos para Cambridge dentro de un par de horas. Eso nos dará tiempo suficiente para preparar la maleta, y para que Jenny nos reserve alojamiento en un hotel cercano al centro de la ciudad. Volveremos a encontrarnos aquí digamos que... —consultó su reloj— a las seis.

Luego salió de la habitación sin añadir nada más. Recuerdo que en aquel momento pensé que mi padre se habría llevado muy bien con él.

Aproximadamente dos horas más tarde, Jenny nos conducía a una velocidad constante de cien kilómetros por hora a lo largo de la A1.

—Ahora es cuando empieza la parte más aburrida del trabajo de un detective —dijo Donald—. Investigación intensa, seguida por largas horas de vigilancia. Creo que podemos dejar de lado a Julia Renaud. Jenny, tú te pones a trabajar sobre el comandante de ala. Deseo conocer detalles sobre su carrera, desde el momento en que abandonó la escuela hasta que se jubiló. Lo primero que puedes hacer mañana es ponerte en contacto con la academia de la RAF en Cranwell y pedir detalles sobre su historial profesional. Yo me encargaré del profesor y empezaré por la biblioteca de la universidad.

—¿Qué hago yo? —pregunté.

—Por el momento, señor Cooper, será mucho mejor que se mantenga a cubierto. Es posible que el comandante de ala o el profesor nos conduzcan a Alexander, así que no hay necesidad de dejarse ver por ninguno de los sospechosos y asustarlos.

Aunque de mala gana, estuve de acuerdo.

Aquella noche me instalé en una *suite* del Garden House Hotel; una habitación algo más refinada que la de la prisión, pero a pesar de los almohadones de plumas y de un cómodo

colchón no pude conciliar el sueño. A la mañana siguiente me levanté temprano y pasé la mayor parte del día dedicado a ver interminables boletines informativos en Sky News, episodios de varias telenovelas australianas y una «Película de la semana» cada dos horas. Pero mi mente iba continuamente de la academia de la RAF en Cranwell a la biblioteca de la universidad y viceversa.

Aquella noche, cuando nos reunimos en la habitación de Donald, él y Jenny confirmaron que, según sugería su investigación inicial, los dos hombres parecían ser quienes decían ser.

—Estaba seguro de que uno de ellos resultaría ser Jeremy —dije, incapaz de ocultar mi desilusión.

—Las cosas serían muy agradables si resultaran siempre tan fáciles, señor Cooper —observó Donald—. Pero eso no quiere decir que uno de ellos no pueda conducirnos a Jeremy. —Se volvió hacia Jenny—. En primer lugar, repasemos lo que has descubierto sobre el comandante de ala.

Comandante de ala Danvers Smith, Cruz de Vuelo Distinguido, graduado en Cambridge en 1938; durante la Segunda Guerra Mundial sirvió en el segundo escuadrón, en Binbrook, Lincolnshire. Efectuó varias misiones sobre Alemania y la Francia ocupada. Fue condecorado con la Cruz de Vuelo Distinguido por su valor en 1941. Dejó de volar en 1958 y se le asignó un puesto como instructor en las instalaciones de la RAF en Cottesmore, Gloucestershire. Su último puesto en activo fue el de vicecomandante en jefe de la RAF en Locking, Somerset. Se jubiló en 1977, cuando él y su esposa se trasladaron de nuevo a Great Shelford, donde él se había criado.

—¿Por qué vive ahora solo? —preguntó Donald.

Su esposa murió hace tres años. Tiene dos hijos, Sam y Pamela, ambos casados, pero ninguno de los dos vive en la misma zona. Le visitan ocasionalmente.

Hubiera deseado preguntarle a Jenny cómo había logrado reunir tanta información sobre el comandante de ala en tan poco tiempo, pero no dije nada. Estaba más interesado por saber qué había descubierto Don sobre el profesor Balcescu.

Donald tomó un montón de notas que había dejado en el suelo, a sus pies.

—Bien, veamos cuál ha sido el resultado de mis investigaciones sobre un profesor muy distinguido —empezó a decir—. El profesor Balcescu escapó de Rumanía en 1989, después de que Ceaucescu lo sometiera a arresto domiciliario. Fue sacado clandestinamente del país por un grupo de estudiantes disidentes, a través de Bulgaria primero y luego de Grecia. Su huida está bien documentada en los periódicos de la época. Solicitó asilo en Inglaterra y se le ofreció un puesto docente en el Colegio Gonville y Caius, en Cambridge, y tres años más tarde fue nombrado presidente del departamento de estudios europeos orientales. Asesora al gobierno en cuestiones relacionadas con Rumanía y ha escrito un libro erudito sobre el tema. El año pasado, con motivo del cumpleaños de la reina, se le concedió el título de comendador de la Orden del Imperio Británico.

—¿Cómo es posible que cualquiera de estos dos hombres pueda conocer a Rosemary? —pregunté—. Williams tiene que haber cometido un error al anotar el número.

—Williams no comete errores, señor Cooper —dijo Don—. De otro modo no lo habría empleado. Su esposa llamó a uno de esos números y lo único que tenemos que hacer es descubrir a cuál. En esta ocasión necesitamos su ayuda.

Murmuré una disculpa, pero no por ello me sentí convencido. Hackett asintió con un breve gesto y se volvió hacia Jenny.

—¿Cuánto tiempo tardaríamos en llegar a casa del comandante de ala?

—Unos quince minutos, señor. Vive en una pequeña casa en Great Shelford, al sur de Cambridge.

—Está bien, empecemos por él. Les veré a los dos en el vestíbulo a las cinco de la mañana.

Aquella noche volví a dormir mal, convencido de que nos habíamos embarcado en una búsqueda inútil.

Pero al día siguiente al menos, se me permitiría ir con ellos, en lugar de quedarme encerrado en mi habitación, condenado a ver más telenovelas australianas.

No necesité la llamada para despertarme a las 4.30, y ya estaba en la ducha cuando sonó el teléfono. Los tres salimos del hotel poco después de las cinco, tratando de no aparentar que intentábamos marcharnos sin haber pagado la cuenta. Hacía una mañana fría y me estremecí al subir al asiento trasero del coche.

Jenny nos condujo fuera de la ciudad y tomamos la carretera en dirección a Londres. Al cabo de un par de kilómetros giró a la izquierda y entró en un pequeño y encantador pueblo residencial, con casas bien conservadas a ambos lados de la calzada. Pasamos junto a una zona ajardinada que dejamos a la izquierda, avanzamos casi otro kilómetro y, de repente, Jenny hizo dar la vuelta al coche y aparcó en un apartadero. Apagó el motor y señaló una pequeña casa con una puerta azul de la RAF.

—Ahí es donde vive —dijo—. En el número cuarenta y siete.

Donald enfocó unos pequeños binoculares hacia la casa.

Algunos madrugadores ya salían de sus casas y dirigían sus coches hacia la estación para tomar el primer tren a Londres. El típico repartidor de periódicos resultó ser una vieja señora que empujaba lentamente una bicicleta sobrecargada a través del pueblo y que iba dejando sus entregas en cada casa. A continuación apareció el lechero, con el traqueteo de su vehículo eléctrico, dos botellas aquí, una allí, la ocasional media docena de huevos o el cartón de zumo de naranja dejados delante de las puertas. Las luces empezaron a encenderse por todo el pueblo.

—El comandante de ala ha recibido ante su puerta una botella de leche etiqueta roja y un ejemplar del Daily Telegraph —dijo Donald, Hubo gente que salió de las dos casas situadas a ambos lados del número 47 antes de que una luz se encendiera en una habitación del primer piso, en el hogar del comandante de ala. Una vez que se encendió aquella luz, Donald se irguió en su asiento y no apartó la mirada de la casa ni un instante.

Empecé a sentirme aburrido y creo que en algún momento dormité en el asiento de atrás. Al despertar, confié en que nos tomaríamos un descanso para desayunar, pero aquella clase de consideraciones mundanas no parecían preocupar a los dos profesionales que se sentaban delante. Continuaron concentrados en cualquier movimiento que pudiera producirse alrededor del número 47, y apenas intercambiaron una sola palabra.

A las 10.19 un hombre delgado y anciano, vestido con una chaqueta Harris de *tweed* y unos pantalones grises de franela, salió por la puerta del 47 y echó a andar por el camino, con paso vivo. Todo lo que pude ver desde aquella distancia fue un enorme y poblado bigote blanco. Parecía como si todo el cuerpo de aquel hombre hubiera sido diseñado alrededor del bigote.

Donald mantuvo los binoculares enfocados hacia él.

—¿Lo ha visto antes alguna vez? —preguntó al tiempo que me pasaba los binoculares.

Enfoqué las lentes sobre el comandante de ala y lo estudié cuidadosamente.

—Nunca —contesté al tiempo que el hombre se detenía junto a un destartado y viejo Austin Allegro—. ¿Cómo podría alguien olvidar ese bigote?

—Desde luego, no le ha crecido la semana pasada —admitió Donald, mientras Danvers-Smith dirigía su coche hacia la carretera principal.

Jenny lanzó una maldición.

—Pensé que si tomaba el coche se dirigiría probablemente a Cambridge.

Efectuó tres cuartos de giro y luego aceleró con rapidez, tras el comandante de ala. Pocos minutos más tarde había logrado situarse a dos coches de distancia de él.

Danvers-Smith no demostró ser la clase de conductor que suele sobrepasar el límite de velocidad.

—Evidentemente, hace ya mucho tiempo que dejó atrás sus días como piloto de pruebas —comentó Donald mientras seguíamos al Allegro a una prudente distancia hasta el pueblo siguiente.

Un kilómetro más adelante, entró en una gasolinera.

—Síguelo —dijo Donald.

Jenny siguió al Allegro, entró en la zona de la gasolinera y se detuvo ante la bomba situada directamente detrás de Danvers-Smith.

—Procure agachar la cabeza, señor Cooper —dijo Don, al tiempo que abría la portezuela—. No queremos que él lo vea.

—¿Qué va a hacer? —le pregunté mirando a hurtadillas entre los asientos delanteros.

—Emplear un viejo truco —contestó Donald.

Se bajó del coche y desenroscó el tapón del depósito en el momento en que el comandante de ala introducía la boca de la manguera en el depósito del Allegro.

Donald empezó a hacer lo mismo, lentamente, con nuestro depósito, ya casi lleno. De repente, se volvió hacia el anciano.

—¿Comandante de ala Danvers-Smith? —preguntó en un tono de voz pastoso. El hombre levantó la mirada inmediatamente y una expresión de extrañeza apareció en su curtido rostro—. Soy Baker, señor —dijo Donald—. Teniente de vuelo Baker. Fue usted profesor mío en Locking. Por lo que recuerdo, nos habló de los Vulcan.

—Ah, mala memoria la mía, Baker. Hace ya mucho tiempo de eso —dijo Danvers-Smith—. Encantado de verle, amigo —añadió después de sacar la boca de la manguera y dejarla en la bomba—. ¿En qué anda metido últimamente?

Jenny reprimió una risa.

—Trabajo para los servicios de Tierra, señor. No logré superar la prueba de la vista. Me temo que me han condenado a un maldito trabajo de despacho, pero fue la única oferta que me hicieron.

—Mala suerte, amigo —dijo el comandante de ala, mientras ambos se dirigían hacia la caseta de pagos y ya no podíamos oír lo que decían.

Pocos minutos más tarde, cuando regresaron, charlaban como viejos compañeros y el comandante de ala había pasado un brazo alrededor del hombro de Donald. Al llegar a su coche, se estrecharon las manos y oí a Donald que decía:

—Adiós, señor.

Danvers-Smith subió al Allegro y luego abandonó la gasolinera y regresó hacia su casa. Donald se sentó junto a Jenny y cerró la portezuela del coche.

—Me temo que él no nos conducirá a Alexander —dijo con un suspiro—. Danvers-Smith es lo que parece ser, todo genuino, echa de menos a su esposa, no ve lo suficiente a sus hijos y se siente un poco solo. Incluso me preguntó si no me gustaría almorzar con él.

—¿Por qué no aceptó? —le pregunté.

—Lo habría hecho —contestó Donald tras un corto silencio—, pero cuando le comenté que era de Leeds, me dijo que solo había estado allí una vez en su vida, para asistir a unas pruebas. No, ese hombre jamás ha oído hablar de Rosemary Cooper o Jeremy Alexander. Apostaría mi pensión a que no. Así pues, ahora nos queda el profesor. Regresemos a Cambridge, Jenny. Y conduce despacio. No quiero adelantar al comandante de ala en el trayecto, o terminaré viéndome obligado a almorzar con él.

Jenny hizo girar el coche, cruzó la calzada y se situó en el carril más alejado para dirigirse de regreso hacia la ciudad. Después de unos tres kilómetros, Donald le dijo que aparcara a un lado de la carretera, tras haber visto un cartel en el que se anunciaba el Shelford Rugby Club.

—El profesor y su esposa viven detrás de ese seto —dijo Donald, que señaló hacia el otro lado de la carretera—. Instálese cómodamente, señor Cooper. Es posible que esto dure algún tiempo.

A las 12.30, Jenny bajó del coche y fue a comprar algo de pescado y patatas fritas al pueblo. Los devoré con verdadero apetito. A las tres volvía a sentirme mortalmente aburrido y empezaba a preguntarme durante cuánto tiempo nos quedaríamos por allí antes de que Donald nos permitiera regresar al hotel. Recordé que la serie Días felices se emitía a las seis y media. Con el aburrimiento se recuerdan cosas muy curiosas.

—Nos quedaremos aquí toda la noche si es necesario —dijo Donald como si hubiera leído mis pensamientos—. Mi récord sin dormir son cuarenta y nueve horas. ¿Cuál es el tuyo, Jenny? —preguntó sin apartar los ojos de la casa.

—Treinta y una, señor —contestó ella.

—En ese caso, quizá sea esta la oportunidad de batir su propio récord.

Un momento después, una mujer que conducía un BMW blanco asomó el morro del coche por el camino de la casa, y se detuvo al borde de la calzada. Miró en ambas direcciones, cruzó la carretera y giró en dirección a Cambridge. Al pasar ante nosotros, vi fugazmente a una rubia con un bonito rostro.

—He visto antes a esa mujer —balbuceé.

—Síguela, Jenny —dijo Donald inmediatamente—. Pero mantén la distancia. —Luego se volvió a mirarme—. ¿Dónde la ha visto? —me preguntó, y me entregó los binoculares.

—No lo recuerdo —contesté y traté de enfocarlos sobre la parte de atrás de una mata de pelo rubio y ensortijado.

—Piense, hombre, piense. Es la mejor oportunidad que hemos encontrado —dijo Donald, que hizo esfuerzos por no hablarme como si interrogara a un viejo delincuente.

Sabía que había visto aquel rostro en alguna parte, aunque estaba seguro de que no nos conocíamos. Tuve que estrujarme el cerebro porque habían transcurrido por lo menos cinco años desde la última vez que viera a una mujer a la que poder reconocer, por no hablar de aquella tan despampanante. Pero mi mente permaneció en blanco.

—No deje de pensar —dijo Don—, mientras yo intento descubrir algo un poco más sencillo. Y Jenny... no te acerques tanto. No olvides que ella tiene espejo retrovisor. Es posible que el señor Cooper no la recuerde, pero ella sí podría recordarle a él.

Donald tomó el teléfono del coche y marcó diez números.

—Recemos para que no se dé cuenta de que ya me he jubilado —murmuró.

—Información policial de Swansea. ¿En qué puedo servirle?

—El sargento Crann, por favor —dijo Donald.

—Enseguida le paso.

—Dave Crann.

—Hola, soy Donald Hackett.

—Buenas tardes, superintendente jefe. ¿En qué puedo ayudarle?

—Un BMW blanco, matrícula K273 SCE —dijo Donald sin apartar la mirada del coche que tenía delante.

—Un momento, por favor. Se lo diré enseguida.

Donald mantuvo la mirada fija en el BMW mientras esperaba. Se encontraba a unos treinta metros por delante de nosotros y avanzaba hacia un semáforo en verde. Jenny aceleró para estar segura de no quedarse atrás si cambiaban las luces, y tuvo que pasar con luz ámbar. El sargento Crann volvió a hablar al otro lado de la línea.

—Hemos identificado el coche, señor —informó—. El propietario registrado es la señora Susan Balcescu, con dirección en The Kendalls, High Street, Great Shelford, Cambridge. Una multa de treinta libras en 1991 por haber sobrepasado el límite de velocidad en zona

urbanizada. Por lo demás, nada conocido.

—Gracias, sargento. Ha sido usted muy útil.

—Ha sido un placer, señor.

—¿Por qué desearía Rosemary ponerse en contacto con los Balcescu? —dijo Donald tras haber dejado el teléfono en su lugar—. ¿Y se pone en contacto con uno de ellos, o con los dos?

Ninguno de nosotros se atrevió a contestar.

—Creo que ha llegado el momento de dejarla marchar —dijo un momento más tarde—. Necesito comprobar varias cosas más antes de arriesgarnos a encontrarnos de frente con cualquiera de ellos. Regresemos al hotel y consideremos cuál debe ser nuestro próximo movimiento.

—Sé que solo es una coincidencia —me aventuré a decir—, pero cuando le conocí, Jeremy tenía un BMW blanco.

—Matrícula F173 BZK —dijo Jenny—. Lo recuerdo del expediente.

Donald se volvió hacia mí.

—Algunas personas son incapaces de dejar de fumar, otras de beber. En el caso de algunas se trata de una marca particular de coche. Aunque es evidente que debe de haber mucha gente que conduzca un BMW blanco —murmuró, casi como si hablara consigo mismo.

Una vez que nos encontramos en la habitación de Donald, empezó a comprobar el expediente que había formado sobre el profesor Balcescu. Según nos dijo, el informe del *Times* sobre su huida de Rumanía era el más detallado.

El profesor Balcescu alcanzó notoriedad por primera vez cuando todavía era un estudiante en la Universidad de Bucarest, donde defendió que se derribara al gobierno elegido. Las autoridades parecieron sentirse aliviadas cuando se le ofreció un puesto en Oxford, quizá con la esperanza de verlo por última vez. Pero tres años más tarde regresó a la Universidad de Bucarest, y ocupó un puesto de profesor de ciencias políticas. Al año siguiente había dirigido una revuelta estudiantil en apoyo de Nicolae Ceaucescu, y después de que él se convirtiera en presidente, Balcescu fue recompensado con un puesto en el gobierno, como ministro de Educación. Pero pronto se sintió desilusionado con el régimen de Ceaucescu y dieciocho meses después había dimitido y regresado a la universidad, como humilde profesor. Tres años más tarde se le ofreció la cátedra de política y economía.

La creciente desilusión del profesor Balcescu con el gobierno se transformó finalmente en cólera, y en 1986 empezó a escribir una serie de panfletos en los que denunciaba a Ceaucescu y a su régimen marioneta. Pocas semanas después de un ataque particularmente virulento contra el régimen establecido, fue expulsado de la universidad y más tarde se le colocó bajo arresto domiciliario. Un grupo de historiadores de Oxford escribió una carta de protesta al *The Times*, pero no se volvió a saber nada del gran erudito durante varios años. Entonces, a finales de 1989, fue sacado clandestinamente de Rumanía por un grupo de estudiantes, y llegó finalmente a Gran Bretaña a través de Bulgaria y Grecia.

Cambridge ganó la batalla que se entabló entre las universidades por ofrecerle un puesto docente y en septiembre de 1990 se convirtió en miembro del personal del Gonville y Caius. En noviembre de 1991, tras la jubilación de *sir* Halford McKay, Balcescu se hizo cargo de la cátedra de estudios europeos orientales.

Donald levantó la mirada.

—Hay una fotografía suya cuando estaba en Grecia, pero es demasiado borrosa como para sernos útil.

Estudié la foto en blanco y negro de un hombre de edad mediana, con barba, rodeado de estudiantes. No se parecía en nada a Jeremy. Fruncí el ceño.

—Otro callejón sin salida —dije.

—Empieza a parecerlo así —admitió Donald—. Sobre todo después de lo que descubrí ayer.

Según su secretaria, Balcescu da su clase semanal todos los viernes por la mañana, de diez a once.

—Pero eso no le impediría recibir una llamada de Rosemary al mediodía —interrumpió Jenny.

—Si me dejas terminar... —dijo Hackett con voz dura. Jenny inclinó la cabeza y él continuó—: A las doce preside una reunión del departamento al completo, en su despacho. Asisten todos los miembros de su equipo.

—Estoy seguro, Jenny, de que, dadas las circunstancias, admitirás que sería bastante difícil que recibiera una llamada personal a esa hora de los viernes. —Donald se volvió hacia mí—. Siento mucho decir que estamos donde empezamos, a menos que pueda usted recordar dónde ha visto a la señora Balcescu.

Sacudí la cabeza con un movimiento negativo.

—Quizá estaba equivocado —admití.

Donald y Jenny pasaron las pocas horas siguientes dedicados a repasar los expedientes y a comprobar por segunda vez cada uno de los números telefónicos.

—¿Recuerda la segunda llamada de Rosemary, señor? —dijo Jenny, desesperada—. «El director no está en estos momentos». ¿Podría ser esa la pista que buscamos?

—Posiblemente —contestó Donald—. Si lográramos descubrir quién es el director, podríamos acercarnos un paso más a Jeremy Alexander.

Antes de salir para dirigirme a mi habitación, recordé las últimas palabras de Jenny:

—Me pregunto cuántos directores puede haber en Gran Bretaña, jefe.

A la mañana siguiente, durante el desayuno en la habitación de Donald, este revisó toda la información que había logrado reunir hasta el momento, pero ninguno de nosotros tuvimos la impresión de habernos acercado más a la solución.

—¿Qué hay de la señora Balcescu? —pregunté—. Quizá sea ella la persona que recibe la llamada cada viernes, al mediodía, porque es el momento en que sabe exactamente dónde está su marido.

—Estoy de acuerdo. Pero ¿es simplemente la mensajera de Rosemary, o es amiga de Jeremy? —preguntó Donald.

—Quizá tengamos que pincharle el teléfono para descubrirlo —dijo Jenny.

Donald ignoró el comentario y comprobó su reloj.

—Es hora de acudir a la conferencia de Balcescu.

—¿Por qué nos molestamos? —pregunté—. Seguramente, tendríamos que concentrarnos en la señora Balcescu.

—Probablemente tiene usted razón —asintió Donald—. Pero no podemos permitirnos dejar de seguir todos los cabos sueltos, y puesto que su próxima conferencia no la dará hasta dentro de una semana, es mejor que atendamos antes esa cuestión. En cualquier caso, habremos salido a las once y si descubrimos que el teléfono de la señora Balcescu está ocupado entre las doce y las doce y media...

Después de que Donald le hubiera pedido a Jenny que trajera el coche hasta la puerta del hotel, regresé a mi habitación para recoger algo que había mantenido oculto en el fondo de la maleta durante varias semanas.

Pocos minutos más tarde me reuní con ellos y Jenny nos sacó del aparcamiento del hotel, efectuó un giro a la derecha y entró en la carretera principal. Donald me miró con expresión recelosa por el espejo retrovisor, mientras yo permanecía en silencio en el asiento de atrás. ¿Acaso tenía aspecto de culpabilidad?, me pregunté.

Jenny descubrió un lugar vacío ante un parquímetro, a un par de cientos de metros de distancia del departamento de estudios europeos, y aparcó allí.

Bajamos del coche y seguimos a los grupos de estudiantes a lo largo de la calzada, para

luego subirla escalera. Nadie se fijó en nosotros. Una vez que entramos en el edificio, Donald se quitó la corbata, que se guardó en el bolsillo de la chaqueta. Tenía más aspecto de marxista revolucionario que la mayoría de la gente joven que se dirigía hacia la sala de conferencias.

La sala estaba claramente señalizada y tenía forma de anfiteatro. Entramos por una puerta del segundo piso, que resultó ser la única forma de entrar o salir.

Inmediatamente, Donald subió los escalones para dirigirse a los asientos de la última fila. Jenny y yo le seguimos y él me dio instrucciones para que me sentara detrás de un estudiante con aspecto de pasarse los sábados por la tarde entrenándose para formar parte del equipo de rugby de la universidad.

Mientras esperábamos a que Balcescu entrara en la sala, empecé a mirar a mi alrededor. El anfiteatro de conferencias formaba un amplio semicírculo, no muy distinto a un anfiteatro griego en miniatura, y calculé que allí debían de haber unos trescientos estudiantes.

Cuando el reloj de la pared de enfrente señalaba las 9.55 apenas si quedaba un solo asiento libre. No se necesitaban más pruebas para atestiguar la fama del profesor.

Sentí que un ligero sudor se me formaba en la frente mientras esperaba a que Balcescu hiciera su entrada.

Cuando el reloj dio las diez, se abrió la puerta inferior de la sala. Me sentí tan desilusionado ante lo que vieron mis ojos que no pude reprimir un gemido en voz alta.

Aquel hombre no podría haberse parecido menos a Jeremy. Me incliné hacia Donald.

—No tiene el mismo color del cabello, ni de los ojos, y pesa unos diez kilos menos.

Don no demostró ninguna reacción.

—Así pues, la conexión tiene que ser la señora Balcescu —susurró Jenny.

—De acuerdo —admitió Donald en voz baja—. Pero tenemos que quedarnos aquí durante la hora siguiente, porque no podemos correr el riesgo de llamar la atención. Tendremos que salir con rapidez una vez que haya terminado la conferencia. Llegaremos a tiempo para comprobar si ella está en la casa para recibir la llamada de las doce. —Tras una breve pausa, añadió—: Debería haber comprobado antes la disposición de este edificio.

Jenny se ruborizó ligeramente porque sabía que eso iba dirigido a ella.

Y fue entonces cuando recordé repentinamente dónde había visto a la señora Balcescu. Estaba a punto de decírselo a Donald cuando la sala quedó en el más completo silencio y el profesor empezó a pronunciar sus palabras iniciales.

—Esta es la sexta de un total de ocho conferencias sobre las recientes tendencias sociales y económicas en Europa oriental —empezó a decir.

Luego, con un fuerte acento centroeuropeo se lanzó a un discurso que sonaba como si hubiera sido pronunciado muchas veces. Los estudiantes empezaron a tomar notas apresuradas en sus cuadernos, pero yo me sentí cada vez más irritado por el continuo zumbido de las vocales nasales del profesor, y estaba impaciente por hablarle a Hackett acerca de la señora Balcescu y por regresar a Great Shelford lo más rápidamente posible. Me di cuenta de que miraba el reloj cada pocos minutos. La situación no era muy diferente a mi época escolar, pensé. Me llevé la mano al bolsillo. Todavía estaba allí, aunque en esta ocasión no me sirviera para ningún propósito útil.

A mitad de la conferencia se bajó la intensidad de las luces para que el profesor pudiera ilustrar con diapositivas tal o cual punto de su disertación. Miré los primeros gráficos a medida que aparecían sobre la pantalla; mostraban los diferentes grupos de ingresos en Europa oriental, relacionados con las balanzas de pagos y las cifras de exportaciones de los distintos países, y no terminé sabiendo más, aunque no por el hecho de haberme perdido las cinco conferencias anteriores.

El ayudante que estaba a cargo del proyector se las arregló para insertar una de las diapositivas al revés, lo que mostraba a Alemania en el fondo del cuadro de exportaciones y a

Rumanía en lo más alto, y provocó una ligera oleada de risa entre los asistentes. El profesor emitió un gruñido y empezó a pronunciar su conferencia a un ritmo más rápido, lo que no hizo sino poner más nervioso al ayudante que colocaba las diapositivas y a dificultar la coincidencia de su inserción con las palabras del profesor.

Una vez más, me sentí aburrido y luego aliviado cuando, a las once menos cinco, Balcescu pidió que se pasara la última diapositiva. La anterior fue sustituida por una pantalla en blanco. Todos empezaron a mirar a su alrededor, en busca del ayudante, que trataba de encontrar desesperadamente la última diapositiva. El profesor se puso irritable a medida que el minuterero del reloj se acercaba a las once. El ayudante, sin embargo, no lograba encontrar la diapositiva que faltaba. Trasteó de nuevo con la ventanilla, pero en la pantalla no apareció nada, lo que dejó al profesor brillantemente iluminado por un rayo de luz. Balcescu se adelantó y empezó a tamborilear impacientemente con los dedos sobre el atril. Luego, se volvió de lado y por primera vez pude verle perfectamente de perfil. Tenía una pequeña cicatriz por encima del ojo derecho, que tendría que haberse desvanecido con el curso de los años, pero que era claramente visible bajo el brillante rayo de luz.

—¡Es él! —le susurré a Donald en el momento en que el reloj dio las once.

Las luces se encendieron y el profesor abandonó la sala sin decir una sola palabra más.

Salté sobre el respaldo del asiento delantero y empecé a dirigirme con rapidez hacia la salida, pero encontré cortado el camino por los estudiantes que ya habían empezado a salir al pasillo. Me abrí paso entre ellos hasta que llegué a la parte inferior y crucé la puerta por la que el profesor había salido de una forma tan brusca. Lo vi al final del pasillo. En ese momento abría otra puerta, y desapareció de mi vista. Corrí tras él, al tiempo que apartaba y sorteaba a los estudiantes que salían.

Al llegar ante la puerta que se acababa de cerrar tras él, miré el cartel que decía:

PROFESOR BALCESCU

DIRECTOR DE ESTUDIOS EUROPEOS

Abrí la puerta de golpe para descubrir a una mujer sentada tras una mesa de despacho que se dedicaba a comprobar unos papeles. Otra puerta se cerraba en ese momento tras ella.

—Necesito ver al profesor Balcescu inmediatamente —le grité, consciente de que si no llegaba hasta él antes de que Hackett me diera alcance, podría perder mi resolución.

La mujer interrumpió lo que hacía y me miró.

—El director espera una llamada del extranjero en cualquier momento, y nadie le puede molestar —dijo—. Lo siento mucho, pero...

Pasé directamente junto a ella, abrí la puerta y entré precipitadamente en la habitación, donde me encontré ante Jeremy Alexander por primera vez desde que lo dejara tumbado en el suelo de mi salón. Hablaba animadamente por teléfono, pero levantó la mirada y me reconoció de inmediato. Cuando saqué el arma del bolsillo, dejó caer el teléfono. Al apuntar, la sangre desapareció repentinamente de su rostro.

—¿Estás ahí, Jeremy? —preguntó una voz agitada al otro lado de la línea.

A pesar del paso del tiempo, no tuve la menor dificultad para reconocer el tono estridente de Rosemary.

—¡No, Richard, no! —gritó Jeremy—. ¡Te lo puedo explicar todo! Créeme, puedo explicártelo.

En ese momento, Donald entró corriendo. Se detuvo de pronto junto a la mesa del profesor, pero no demostró el menor interés por Jeremy.

—No lo hagas, Richard —me rogó—. No harías sino pasarte el resto de la vida lamentándolo.

Recuerdo haber pensado que aquella era la primera vez que me tuteaba.

—Te equivocas, para variar, Donald —le dije sin dejar de apuntar el arma contra el pecho de

Jeremy—. Jamás lamentaré haber matado a Jeremy Alexander. En realidad, ya lo han declarado muerto. Lo sé muy bien, porque yo mismo fui sentenciado por su asesinato. Estoy seguro de que conoces el significado del término *autrefois acquit* y sabrás, por lo tanto, que no se me puede acusar por segunda vez de un crimen por el que ya me han condenado y sentenciado. Aunque esta vez, claro, sí que tendrán un cuerpo.

Desplacé el arma unos pocos centímetros a la derecha, apunté hacia el corazón de Jeremy y apreté el gatillo en el instante en que Jenny entraba precipitadamente en el despacho y se lanzaba contra mis piernas. Jeremy y yo caímos al suelo con un ruido sordo.

Bueno, como ya indiqué al principio de esta crónica, debería explicar por qué estoy en la cárcel o, más exactamente, por qué vuelvo a estar en la cárcel.

Fui juzgado por segunda vez; en esta ocasión por intento de asesinato, a pesar de que solo había rozado el hombro del maldito Jeremy. Sigo acusando a Jenny por haber fallado la puntería.

No crea, porque valió la pena escuchar el discurso final de Matthew, que, ciertamente, comprendía muy bien el significado del término *autrefois acquit*. Se superó a sí mismo con su descripción de Rosemary como una Jezabel malvada y calculadora, y de Jeremy como un hombre motivado por la malicia y la avaricia, dispuesto a presentarse como un héroe nacional mientras su víctima se pudría en la cárcel, a la que había llegado como consecuencia del perjurio de su propia esposa, durante un juicio en el que él había sido la cabeza pensante. Según dijo el furioso Matthew ante el jurado, al cabo de otros cuatro años ambos podrían haberse embolsado varios millones más. Esta vez, el jurado me miró con una considerable simpatía.

—No levantarás falso testimonio contra ningún hombre —fueron las últimas palabras de *sir* Matthew, con un resonante tono de voz que le hacía parecer un profeta del Antiguo Testamento.

La prensa sensacionalista siempre necesita un héroe y un villano. Esta vez se encontró de golpe con un héroe y dos villanos. Habían parecido olvidar todo lo que imprimieron durante el juicio anterior acerca del camionero excesivamente impulsado por el sexo, y sería estúpido sugerir que las páginas y páginas que dedicaron a cada sórdido detalle del engaño de Jeremy y Rosemary no tuvieron la menor influencia sobre el jurado.

Me encontraron culpable, naturalmente, pero solo porque no se les dio ninguna otra alternativa. En su resumen, el juez prácticamente les ordenó hacerlo así.

Pero el presidente del jurado expresó la esperanza de sus compañeros de que, dadas las circunstancias, el juez podría considerar la aplicación de una sentencia leve.

Evidentemente, su señoría, el juez Lampton, no leía los periódicos sensacionalistas, porque me dirigió un discurso de casi una hora, y luego dijo que sería encarcelado durante cinco años.

Matthew se puso en pie inmediatamente y apeló clemencia sobre la base de que ya había cumplido una larga sentencia.

—Este hombre contempla el mundo a través de una ventana de lágrimas —le dijo al juez—. Ruego a su señoría que no vuelva a poner más barrotes ante esa ventana.

El aplauso que estalló entre el público fue tan clamoroso que el juez tuvo que dar instrucciones a los alguaciles para que desalojaran la sala antes de poder responder a la súplica de *sir* Matthew.

—Evidentemente, su señoría necesita un poco de tiempo para pensar —me explicó Matthew en voz baja al pasar junto al banquillo de los acusados.

Después de mucha deliberación en su despacho, el juez Lampton me sentenció a tres años. Más tarde, aquel mismo día, fui enviado a la prisión abierta de Ford.

Tras considerables comentarios de prensa durante las semanas siguientes y lo que *sir* Matthew describió ante un tribunal de apelación como «la aflicción sin precedentes y el

comportamiento ejemplar de mi defendido», terminé por cumplir una condena de solo nueve meses.

Mientras tanto, Jeremy había sido detenido en el hospital Addenbrookes por Allan Leeke, vicecomisario jefe de Cambridgeshire. Después de pasar tres días en una sala, fuertemente vigilado, fue acusado de conspiración para pervertir el curso de la justicia pública y se le transfirió a la prisión de Armley, a la espera de juicio, que se celebrará el mes que viene ante el tribunal de Leeds, y pueden estar seguros de que ocuparé un puesto en la primera fila de los bancos destinados al público y no me perderé ni un solo detalle de la vista. Y, a propósito, Dedos y los chicos le ofrecieron un buen recibimiento. Por lo que me han dicho, ha perdido mucho más peso del que perdió cuando recorrió Europa de un lado a otro en un esfuerzo por hacerse con una nueva identidad.

Rosemary también ha sido detenida y acusada de perjurio. No le han concedido la libertad bajo fianza, y Matthew me informa de que las prisiones francesas, y particularmente la de Marsella, son bastante menos cómodas que la de Armley, una de las pequeñas desventajas de vivir en el sur de Francia. Naturalmente, ella ha entablado una batalla legal para conseguir la orden de extradición, pero Matthew me asegura que no tiene la menor posibilidad de conseguirlo, sobre todo ahora que hemos firmado el Tratado de Maastricht.

Estaba seguro de que algo bueno tenía que desprenderse de eso.

En cuanto a la señora Balcescu, estoy convencido de que ya habrán adivinado ustedes dónde la había visto mucho antes.

Según me han dicho, en el caso de la reina contra Alexander y Kershaw, ella tendrá que declarar en nombre de la parte acusadora. Jeremy cometió un error muy sencillo para un hombre tan astuto y calculador como él. Con objeto de protegerse y no ser identificado puso todos sus bienes materiales a nombre de su esposa. Así pues, la despampanante rubia ha terminado por quedarse con todo y tengo la impresión de que cuando llegue el momento de los interrogatorios ante el tribunal, Rosemary no tendrá el menor deseo de ayudar a Jeremy, sobre todo porque a él se le olvidó contarle el pequeño detalle de que en medio de aquellas llamadas telefónicas semanales él vivía con otra mujer.

Ha resultado muy difícil averiguar qué sucedió con el verdadero profesor Balcescu, porque desde la caída de Ceaucescu nadie está realmente muy seguro de saber qué le ocurrió al distinguido académico. Incluso los rumanos están convencidos de que escapó a Gran Bretaña e inició allí una nueva vida.

La ciudad de Bradford ha quedado relegada, así que Donald se compró una casa de campo en el oeste y se instaló felizmente para ver jugar al rugby al equipo de Bath. Jenny empezó a trabajar para una agencia de detectives privados de Londres, pero ya ha empezado a quejarse de su salario y condiciones laborales. En cuanto a Williams, regresó a Bradford y decidió acogerse a la jubilación anticipada. Fue precisamente él quien señaló el hecho, dolorosamente evidente, de que cuando son las doce en Francia, solo son las once en Gran Bretaña.

Por lo demás, he decidido regresar a Leeds. La Cooper's entró en suspensión de pagos, como yo sospechaba que sucedería, después de que el nuevo equipo directivo no demostrara ser tan efectivo cuando se trató de superar una recesión económica. El liquidador oficial de la empresa se mostró encantado de aceptar mi oferta de 250 000 libras por lo que quedaba de la empresa, porque nadie mostraba por ella el menor interés.

Así pues, el pobre Jeremy no conseguirá prácticamente nada por sus acciones. No obstante, deberían ustedes seguir con atención la cotización de las nuevas acciones en el *Financial Times*, hacia mediados del próximo año, y comprar unas pocas, porque, como habría dicho mi padre, ese será «un riesgo que valdrá la pena correr».

Y, a propósito, Matthew me dice que esto que acabo de comunicarles podría calificarse como «información confidencial», así que, por favor, no lo divulguen demasiado por ahí, ya que

no tengo el menor deseo de volver a la cárcel por tercera vez.

A mitad de precio

Las mujeres son naturalmente superiores a los hombres, y la señora Consuela [sic] Rosenheim no era una excepción. Victor Rosenheim, un banquero estadounidense, fue el tercer esposo de Consuela, y en los ecos de sociedad publicados a ambos lados del Atlántico se sugirió que, como una fumadora empedernida, la antigua modelo colombiana ya andaba a la búsqueda de su siguiente marido antes de haber extraído hasta el último aliento del anterior. Sus dos primeros esposos, árabe el uno, judío el otro (Consuela no demostraba tener prejuicios raciales cuando se trataba de firmar contratos matrimoniales), no la habían dejado del todo en una posición que garantizara su seguridad financiera, una vez que se desvaneciera su belleza natural. Pero otras dos sentencias de divorcio, con sus correspondientes acuerdos, se encargarían de solucionar eso. Con esta idea en la cabeza, Consuela calculó que solo le quedaban cinco años antes de pronunciar los votos finales.

Los Rosenheim volaron a Londres desde su hogar en Nueva York o, más exactamente, desde sus hogares en Nueva York. Consuela había viajado al aeropuerto en un coche conducido por un chófer, desde su mansión en Hampton, mientras que a su esposo lo habían recogido en su despacho de Wall Street, en otro coche conducido por otro chófer. Se encontraron en la sala de espera del Concorde, en el aeropuerto Kennedy. Una vez que aterrizaron en Heathrow, otra limusina los transportó al Ritz, donde fueron acompañados a su *suite* habitual sin que se les planteara siquiera la necesidad de firmar los formularios de registro.

El propósito de su viaje era doble. El señor Rosenheim confiaba en adquirir un pequeño banco comercial que no se había beneficiado de la recesión, mientras que la señora Rosenheim tenía la intención de ocupar su tiempo buscando un regalo de cumpleaños adecuado... para sí misma. A pesar de mis considerables investigaciones, no he podido descubrir con exactitud cuál es el cumpleaños que Consuela celebraría oficialmente.

Después de una noche de insomnio inducida por las diferencias horarias, Victor Rosenheim tuvo que participar en una reunión en la City, a primera hora de la mañana, mientras Consuela permanecía en la cama y jugueteaba con su desayuno. Se las arregló para llevarse a la boca una delgada tostada sin mantequilla y una cucharada de huevo pasado por agua.

Una vez que retiraron la bandeja del desayuno, Consuela hizo un par de llamadas telefónicas para confirmar citas para almorzar durante los dos días que permanecería en Londres. Luego, desapareció en el cuarto de baño.

Cincuenta minutos más tarde salió de la *suite* vestida con un traje Olaganie de color rosado, con cuello azul oscuro y el cabello rubio rebotándole airosamente sobre los hombros. Pocos de los hombres con los que se cruzó entre el ascensor y las puertas giratorias dejaron de volver la cabeza, así que Consuela juzgó que el empleo de los cincuenta minutos anteriores no había sido una total pérdida de tiempo. Salió del hotel al sol de la mañana e inició la búsqueda de su regalo de cumpleaños.

Consuela empezó por New Bond Street. Tal como solía tener por costumbre en el pasado, no abrigaba la menor intención de caminar más que unas pocas manzanas hacia el norte, el sur, el este o el oeste a partir de aquella cómoda zona, mientras un coche, conducido por un chófer, avanzaba lentamente detrás.

Pasó algún tiempo en Asprey's, entregada a considerar los últimos relojes extraplanos, la estatuilla de oro de un tigre con ojos de jade y un huevo Fabergé, antes de seguir su camino hacia Cartier, donde desechó una bandeja de plata blasonada, un reloj de platino y un reloj de caja estilo Luis XIV. Desde allí caminó unos metros más hasta Tiffany's, de donde volvió a salir con las manos vacías, a pesar de los esfuerzos del vendedor por mostrarle casi todo lo que la tienda tenía que ofrecer.

Consuela se detuvo un momento sobre la acera y consultó su reloj. Eran las 12.52 y a esas alturas tuvo que aceptar que había sido una mañana poco fructífera.

Dio instrucciones al chófer para que la llevara al bar de Harry, donde se encontró con la señora Stavros Kleanthis, que la esperaba en su mesa habitual.

Consuela saludó a su amiga con un beso en ambas mejillas y se sentó frente a ella.

La señora Kleanthis, esposa de un naviero no del todo desconocido (los griegos prefieren una sola esposa y varios líos), había concentrado su atención en el menú durante los últimos minutos, para asegurarse de que el restaurante servía los pocos platos que le permitiría comer la última dieta que seguía. Entre las dos mujeres habían leído cada libro que alcanzó el primer puesto en las listas de libros más vendidos del *New York Times*, y que incluían en sus títulos palabras como «joven», «orgasmo», «adelgazamiento», «buena forma» o «inmortalidad».

—¿Cómo está Victor? —preguntó Maria una vez que Consuela hubo pedido su comida.

Consuela se detuvo un momento a considerar la respuesta, y decidió decir la verdad.

—Se acerca con rapidez a su edad de saldo —contestó—. ¿Y Stavros?

—Me temo que ya la ha pasado hace tiempo —dijo Maria—. Pero como yo no tengo ni tu aspecto ni tu figura, por no mencionar el hecho de que tengo tres hijos adolescentes, supongo que no podré volver al mercado para seleccionar la última marca que haya aparecido.

Consuela sonrió mientras le ponían delante una ensalada *nicoise*.

—Y bien, ¿qué te trae por Londres, aparte de almorzar con una vieja amiga? —preguntó Maria.

—Victor ha puesto el ojo en otro banco —contestó Consuela, como si hablara de un niño que coleccionara sellos—. Y yo ando a la búsqueda de un adecuado regalo de cumpleaños.

—¿Y qué esperas que Victor te regale esta vez? —preguntó Maria—. ¿Una casa en el campo? ¿Un caballo de carreras de pura raza? ¿O quizá tu propio jet Lear?

—Ninguna de esas cosas. —Consuela dejó el tenedor junto a la ensalada a medio terminar—. Necesito algo sobre lo que no se pueda regatear en un futuro, de modo que mi regalo debe ser algo que cualquier tribunal, en cualquier estado, reconozca incuestionablemente como mío.

—¿Has encontrado ya algo apropiado? —preguntó Maria.

—Todavía no —admitió Consuela—. En Asprey's no he visto nada de interés, las estanterías de Cartier estaban casi vacías y lo único atractivo que he visto en Tiffany's ha sido el vendedor, que indudablemente no tenía un penique en el bolsillo. Tendré que proseguir mi búsqueda esta tarde.

Los platos de la ensalada fueron hábilmente retirados por un camarero al que Maria consideró demasiado joven y delgado. Otro camarero con el mismo problema les sirvió una taza de café descafeinado recién preparado. Consuela rechazó la crema y el azúcar que le ofrecieron, aunque su compañera no se mostró tan disciplinada.

Las dos damas se quejaron de los sacrificios que tenían que hacer debido a la recesión, hasta que fueron las únicas comensales que quedaban en la sala. En ese momento, un camarero algo más grueso les presentó la factura, una cuenta extraordinariamente grande teniendo en cuenta que ninguna de las dos había tomado segundo plato y no habían pedido más que un Evian al *sommelier*.

Ya en la acera de South Audley Street volvieron a besarse en ambas mejillas antes de seguir cada una por su camino, una hacia el este, la otra hacia el oeste.

Consuela subió al asiento trasero del coche conducido por el chófer, con la intención de regresar a New Bond Street, que se hallaba a poco más de medio kilómetro de distancia.

Una vez que se encontró de nuevo en territorio familiar, empezó a recorrer meticulosamente la otra acera de la calle; se detuvo en Bentley's, donde parecía que ya lo habían vendido todo desde el año anterior; luego pasó rápidamente a Adler, que parecía sufrir

el mismo problema. Maldijo una vez más la recesión y acusó de todo ello a Bill Clinton, quien, según le había asegurado Victor, era la causa de la mayoría de los males actuales que sufría el mundo.

Consuela empezaba a desesperar de encontrar en Bond Street cualquier cosa que valiera la pena, e inició de mala gana el camino de regreso hacia el Ritz, con la sensación de que quizá tuviera que considerar una expedición a Knightsbridge al día siguiente, cuando se detuvo de repente delante de House of Graff. No recordaba haber visto aquella tienda en su última visita a Londres, unos seis meses antes, y puesto que conocía Bond Street mucho mejor de lo que había llegado a conocer a cualquiera de sus tres maridos, llegó a la conclusión de que debía de tratarse de un establecimiento nuevo.

Contempló las asombrosas gemas, en sus magníficos engarces, perfectamente protegidas tras los escaparates con cristales a prueba de balas. Al llegar al tercer escaparate abrió la boca como una recién nacida que exigiera ser alimentada. A partir de ese momento supo que ya no sería necesario hacer más excursiones, pues precisamente allí, colgado alrededor de un cuello de mármol, había un immaculado collar de diamantes y rubíes. Tuvo la impresión de haber visto antes, en algún lugar, aquella extraordinaria pieza de joyería, pero apartó rápidamente la idea de su mente y se concentró en estudiar los rubíes exquisitamente engarzados, que rodeaban los diamantes perfectamente tallados, lo que hacía que aquel collar tuviera una belleza sin precedentes. Sin pensar ni por un instante cuánto podría costar el objeto, Consuela se dirigió lentamente hacia la gruesa puerta de cristal de la entrada de la tienda y apretó un discreto botón de marfil instalado en la pared. Evidentemente, la House of Graff no tenía el menor interés en los viandantes de paso.

La puerta fue abierta por un guardia de seguridad, que no necesitó más que echar un solo vistazo a la señora Rosenheim para saber que debía hacerla pasar con rapidez por los portales interiores de seguridad, donde se abrió una segunda puerta y Consuela se encontró frente a frente con un hombre alto e imponente, vestido con chaqueta negra y pantalones a rayas.

—Buenos días, señora —dijo con una ligera inclinación de cabeza. Consuela observó que el hombre admiró disimuladamente las sortijas que llevaba—. ¿Puedo servirle en algo?

Aunque la tienda estaba llena de tesoros que, en circunstancias normales, habrían merecido horas de atención, la mente de Consuela se hallaba exclusivamente centrada en un único objeto.

—Sí. Desearía estudiar más de cerca el collar de rubíes y diamantes que tienen en el tercer escaparate.

—Desde luego, señora —replicó el director, que acercó una silla para su clienta.

Dirigió una casi imperceptible señal de asentimiento a un ayudante, que, en silencio, se acercó al escaparate, abrió con llave una pequeña puerta, y extrajo el collar.

El director se deslizó tras el mostrador y apretó un botón oculto. Cuatro pisos más arriba sonó un ligero zumbido, en el despacho particular del señor Laurence Graff, lo que advertía al propietario de que un cliente había demostrado interés por una pieza particularmente cara, por si deseaba tratar con él personalmente.

Laurence Graff observó la pantalla de televisión situada en la pared, a su izquierda, gracias a la cual podía observar lo que sucedía en la planta baja.

—Ah —exclamó al ver a la dama del traje rosado sentada ante la mesa Luis XIV—. La señora Consuela Rosenheim, si no me equivoco.

Del mismo modo que el presidente de la Cámara de los Comunes es capaz de identificar a cada uno de sus 650 miembros, Laurence Graff reconocía a los 650 clientes que podían permitirse la adquisición de algunos de sus tesoros más lujosos. Se levantó rápidamente, rodeó la mesa, salió del despacho y tomó el ascensor que esperaba, para bajar a la planta baja.

Mientras tanto, el director había extendido un paño de terciopelo negro sobre la mesa,

delante de la señora Rosenheim, y el ayudante colocó delicadamente el collar sobre el paño. Consuela observó fijamente el objeto de su deseo, como hipnotizada.

—Buenos días, señora Rosenheim —saludó Laurence Graff tras salir del ascensor y dirigirse sobre la mullida alfombra hacia su clienta potencial—. Qué agradable volver a verla por aquí.

En realidad, solo la había visto en otra ocasión, durante un cóctel en Manhattan. Pero después de eso habría podido distinguirla a cien pasos de distancia en una escalera mecánica.

—Buenos días, señor... —Consuela vaciló, insegura de sí misma por primera vez aquel día.

—Laurence Graff —dijo él, al tiempo que le tendía la mano—. Nos conocimos el año pasado en Sotheby Parke Bernet, una función de caridad en beneficio de la Cruz Roja, si recuerdo correctamente.

—Desde luego —asintió la señora Rosenheim, incapaz de recordar quién era y a qué ocasión se refería.

El señor Graff se inclinó casi con reverencia hacia el collar de rubíes y diamantes.

—Es una reliquia de la familia Kanemarra —ronroneó. Luego se detuvo un instante, antes de ocupar el puesto del director ante la mesa—. Creado en 1936 por Silvio di Larchi —continuó—. Todos los rubíes fueron obtenidos de una misma mina en Birmania, durante un período de veinte años. Los diamantes fueron adquiridos a De Beers por un comerciante egipcio, que, después de que se hiciera el collar para él, ofreció esta pieza única al rey Faruk... por los servicios prestados. Cuando el monarca se casó con la princesa Farida, se lo regaló el día de su boda y ella, a cambio, le ofreció cuatro herederos, ninguno de los cuales estaría destinado finalmente a sucederle en el trono.

Graff levantó la vista de aquel objeto tan hermoso para dirigirla hacia otro no menos hermoso, sentado ante él.

—Desde entonces —continuó el propietario—, ha pasado por diversas manos antes de llegar a House of Graff. Su última propietaria fue una actriz, a cuyo esposo, desgraciadamente, se le agotaron los pozos de petróleo.

Un atisbo de sonrisa cruzó por el rostro de Consuela Rosenheim al recordar finalmente dónde había visto antes el collar.

—Es magnífico —dijo al tiempo que le dirigía una última mirada—. Regresaré —añadió antes de levantarse de la silla.

Graff la acompañó hasta la puerta. Nueve de cada diez clientes que decían lo mismo no tenían la intención de regresar, pero siempre era capaz de percibir quién era el décimo.

—¿Puedo preguntar el precio? —inquirió Consuela casi con indiferencia mientras él le abría la puerta.

—Un millón de libras, señora —contestó Graff con la misma naturalidad que si ella hubiera preguntado por el precio de un llavero de plástico en una tienda de regalos en un centro turístico junto al mar.

Una vez que hubo salido de nuevo a la acera, Consuela despidió al chófer. Ahora, su mente funcionaba a una velocidad que habría podido impresionar a su marido. Cruzó la calle, hizo una visita a The White House, luego a Yves Saint Laurent, y finalmente a Chanel, y salió unas dos horas más tarde provista de todas las armas que necesitaba para afrontar la batalla que le esperaba. No llegó a la *suite* del Ritz hasta pocos minutos antes de las seis.

Se sintió aliviada al descubrir que su esposo todavía no había regresado del banco. Empleó el tiempo en tomar un prolongado baño y en reflexionar acerca de cómo debía tender la trampa. Una vez que estuvo seca y empolvada se puso un toque de un nuevo perfume en el cuello y se deslizó en algunas de las ropas recientemente adquiridas.

Comprobaba una vez más su aspecto en el espejo de cuerpo entero cuando entró Victor en la habitación. Se detuvo en seco y dejó caer el maletín sobre la alfombra.

Consuela se volvió a mirarle.

—Estás arrebatadora —declaró él con aquella misma expresión de deseo que ella había mostrado ante la reliquia de la familia Kanemarra, unas pocas horas antes.

—Gracias, querido. ¿Cómo te ha ido el día?

—Un triunfo. Se ha acordado la adquisición, y por la mitad de precio de lo que me habría costado hace apenas un año.

Consuela sonrió. Aquello representaba un suplemento inesperado.

—Aquellos de nosotros a los que todavía nos queda liquidez no debemos tener ningún miedo de la recesión —añadió Victor con satisfacción.

Durante una tranquila cena en el comedor del Ritz, Victor le describió a su esposa con todo detalle lo que había ocurrido en el banco aquel día. En las ocasionales interrupciones de su monólogo, Consuela halagó a su esposo con comentarios como «Muy inteligente por tu parte, Victor», «Qué extraordinario», «Nunca comprenderé cómo lo conseguiste». Cuando él pidió finalmente un *brandy*, encendió un puro y se reclinó en la silla, ella empezó a deslizar con suavidad el pie derecho, envuelto en una elegante media, a lo largo de la parte interior del muslo de Victor. Por primera vez durante aquella noche, él dejó de pensar en la adquisición del banco.

Al abandonar el salón comedor y dirigirse hacia el ascensor, Victor colocó un brazo alrededor de la delgada cintura de su esposa. Cuando el ascensor llegó al sexto piso, él ya se había quitado la chaqueta y la mano se había deslizado unos pocos centímetros más hacia abajo. Consuela emitió una ligera risa. Bastante antes de que llegaran a la puerta de la *suite*, él ya había empezado a deshacerse el nudo de la corbata.

Cuando entraron en la habitación, Consuela colocó sobre el pomo de la puerta el cartel de «No molesten».

Durante los minutos siguientes, Victor quedó como transfigurado mientras contemplaba a su delgada esposa quitarse lentamente cada una de las piezas que había adquirido aquella misma tarde. Se quitó rápidamente sus propias ropas y deseó una vez más haber llevado adelante su resolución de Año Nuevo.

Cuarenta minutos más tarde, Victor se encontraba, exhausto, sobre la cama. Tras unos pocos momentos de suspiros, empezó a roncar. Consuela cubrió los cuerpos desnudos con la sábana, pero sus ojos permanecieron completamente abiertos. Acababa de iniciar la siguiente fase de su plan.

A la mañana siguiente, Victor despertó para descubrir que la mano de su esposa le acariciaba con suavidad la parte interior del muslo. Rodó sobre sí mismo, hacia ella, con el recuerdo de la noche anterior todavía muy vivo en su mente. Hicieron el amor por segunda vez, algo que no sucedía desde hacía tanto tiempo que ni siquiera lo recordaba.

No fue hasta después de salir de la ducha cuando Victor recordó que era el cumpleaños de su esposa, y que le había prometido pasar la mañana con ella, para ayudarla a elegir un regalo. Solo confiaba en que ya hubiera decidido lo que deseaba, puesto que necesitaba pasar la mayor parte del día encerrado en la City con sus abogados, para repasar línea por línea el documento de oferta de adquisición del banco.

—Feliz cumpleaños, querida —dijo en cuanto regresó al dormitorio—. Y, a propósito, ¿has tenido suerte al encontrar un regalo? —añadió mientras ojeaba la primera página del *Financial Times*.

El editor de la City ya especulaba con la posible noticia de la adquisición, que describía como un golpe de mano. Una sonrisa de satisfacción apareció en el rostro de Victor, por segunda vez aquella mañana.

—Sí, querido —contestó Consuela—. He descubierto una pequeña chuchería que me ha gustado bastante. Solo confío en que no sea demasiado cara para ti.

—¿Y cuánto cuesta esa «pequeña chuchería»? —reguntó Victor.

Consuela se volvió a mirarle. Solo llevaba dos piezas, las dos negras y notablemente escasas de tela.

Victor empezó a preguntarse si todavía le quedaba tiempo, pero entonces recordó a los abogados, que habían permanecido despiertos durante toda la noche y que estarían esperándole impacientes en el banco.

—No pregunté el precio —contestó Consuela—. Tú eres mucho más listo que yo en esa clase de cosas —añadió mientras se ponía una blusa de seda azul marino.

Victor miró su reloj.

—¿Está muy lejos? —preguntó.

—Justo al otro lado de la calle, en Bond Street, querido —contestó Consuela—. No creo que te retrase por mucho tiempo.

Sabía exactamente lo que pasaba por la mente de su esposo.

—Bien. Entonces vayamos enseguida a echarle un vistazo a esa pequeña chuchería —dijo al tiempo que se abrochaba los botones de la camisa.

Mientras Victor terminaba de vestirse, Consuela, con ayuda del *Financial Times* dirigió hábilmente la conversación hacia el triunfo de su esposo el día anterior. Escuchó una vez más los detalles de la adquisición mientras abandonaban el hotel y se dirigían hacia Bond Street, cogidos del brazo.

—Probablemente, me he ahorrado varios millones —volvió a decir Victor.

Consuela le dirigió una encantadora sonrisa y le condujo hacia la puerta de House of...

El guardia de seguridad se apresuró a abrir la puerta y esta vez Consuela descubrió que el señor Graff ya estaba de pie junto a la mesa, esperándola. Se inclinó levemente ante ella y se volvió hacia Victor.

—Me permito ofrecerle mis felicitaciones por su brillante golpe, señor Rosenheim. —Victor sonrió—. ¿En qué puedo servirles?

—Mi esposo quisiera ver la reliquia de la familia Kanemarra —dijo Consuela antes de que Victor tuviera oportunidad de contestar.

—Desde luego, señora —asintió el propietario.

Se situó por detrás de la mesa y extendió el paño de terciopelo negro. Una vez más, el ayudante extrajo el magnífico collar del lugar donde aparecía expuesto en el tercer escaparate, y luego lo extendió cuidadosamente en el centro del paño de terciopelo, para mostrar las joyas de la mejor manera posible. El señor Graff estaba a punto de repetir la historia de la pieza, cuando Victor se limitó a preguntar:

—¿Cuánto vale?

El señor Graff levantó la cabeza.

—No es una joya corriente. Creo que...

—¿Cuánto? —repitió Victor.

—Su procedencia, por sí sola, garantiza...

—¿Cuánto?

—Su extraordinaria belleza, por no hablar de la magnífica artesanía...

—¿Cuánto? —preguntó Victor, que ahora elevó el tono de voz.

—El calificativo de único sería inapropiado.

—Quizá tenga usted razón, pero necesito saber cuánto me va a costar —dijo Victor, que empezaba a parecer exasperado.

—Un millón de libras, señor —contestó finalmente Graff en un tono de voz monótono, consciente de que no podía arriesgarse a expresar otro superlativo.

—Lo arreglaría por medio millón, no más —fue la respuesta inmediata.

—Siento mucho decirlo, señor —replicó Graff—, pero en esta pieza en particular no hay lugar para el regateo.

—Siempre hay lugar para el regateo, al margen de lo que se venda —dijo Victor—. Repito mi oferta: medio millón.

—Me temo, señor, que en este caso...

—Estoy convencido de que, si dispone del tiempo suficiente, verá usted las cosas a mi modo —dijo Victor—. Pero esta mañana no tengo tiempo suficiente para eso, así que le extenderé un cheque por medio millón y dejaré que sea usted mismo quien decida si desea cobrarlo o no.

—Me temo que está perdiendo su tiempo, señor —dijo Graff con firmeza—. No puedo desprenderme de la reliquia de la familia Kanemarra por menos de un millón.

Sin hacerle caso, Victor extrajo la chequera del bolsillo interior de la chaqueta, desenroscó la pluma estilográfica y escribió las palabras «Quinientas mil libras esterlinas» bajo el nombre del banco que llevaba su mismo apellido. Su esposa retrocedió un discreto paso.

Graff se disponía a repetir su comentario anterior cuando levantó la mirada y observó el silencioso ruego de la señora Rosenheim para que aceptara el cheque.

Una expresión de curiosidad apareció sobre su rostro mientras Consuela continuaba con su urgente mímica.

Victor arrancó el cheque y lo depositó sobre la mesa.

—Le doy veinticuatro horas para decidirse —dijo—. Regresamos a Nueva York mañana por la mañana... con o sin la reliquia de la familia Kanemarra. La decisión depende de usted.

Graff dejó el cheque sobre la mesa mientras acompañaba al señor y a la señora Rosenheim hasta la puerta, inclinándose ligeramente ante ellos, que salieron a Bond Street.

—Estuviste realmente brillante, querido —dijo Consuela mientras el chófer abría la puerta a su jefe.

—Al banco —ordenó Rosenheim tras acomodarse en el asiento posterior—. Tendrás tu pequeña chuchería, Consuela. Ese hombre cobrará el cheque antes de que hayan transcurrido veinticuatro horas, de eso estoy seguro. —El chófer cerró la portezuela de atrás y la ventanilla se deslizó hacia abajo cuando Victor añadió con una sonrisa—: Feliz cumpleaños, querida.

Consuela le devolvió la sonrisa y le lanzó un beso antes de que el coche se introdujera en el tráfico para dirigirse hacia Piccadilly. La mañana no había resultado tal como ella esperaba, porque se sentía incapaz de estar de acuerdo con el juicio de su esposo, pero aún le quedaban veinticuatro horas con las que jugar.

Consuela regresó a la *suite* del Ritz, se desnudó, se duchó, abrió otro frasco de perfume y empezó a cambiarse lentamente para ponerse el atuendo que había adquirido el día anterior. Antes de abandonar la habitación buscó la sección de materias primas del *Financial Times* y comprobó el precio del café en grano verde.

Salió por la entrada de Arlington Street del Ritz.

Llevaba un traje de chaqueta cruzada Yves Saint Laurent, de color azul marino, y un sombrero rojo y blanco de ala ancha. Desdeñó al chófer, detuvo un taxi y le dio instrucciones al taxista para que la llevara a un pequeño pero discreto hotel en Knightsbridge. Quince minutos más tarde entró en el vestíbulo, con la cabeza inclinada, y tras haberle dado el nombre del huésped al director, fue acompañada a una *suite* del cuarto piso. Su compañero de almuerzo se levantó en cuanto ella entró en la habitación, se adelantó hacia ella, la besó en ambas mejillas y le deseó un feliz cumpleaños.

Después de un almuerzo íntimo y de otra hora todavía más íntima pasada en el dormitorio contiguo, el acompañante de Consuela escuchó su petición y, tras haber comprobado antes su reloj, estuvo de acuerdo en acompañarla a Mayfair. No le dijo que tendría que estar de regreso en su despacho a las cuatro de la tarde para recibir una importante llamada de América del Sur.

Desde la destitución del presidente brasileño, los precios del café se habían puesto por las nubes.

Mientras el coche avanzaba por Brompton Road, el acompañante de Consuela llamó por

teléfono para comprobar cuál era el último precio del café en grano verde en Nueva York (únicamente la habilidad de Consuela en la cama le había impedido hacer antes aquella llamada). Se sintió complacido al saber que había subido otros dos centavos de dólar, pero no tanto como ella al enterarse. Once minutos más tarde, el coche los dejó frente a la House of Graff.

Cuando entraron juntos en la tienda, cogidos del brazo, el señor Graff apenas hizo otra cosa que enarcar levemente una ceja.

—Buenas tardes, señor Carvalho —dijo—. Espero que sus propiedades le ofrezcan una buena cosecha este año.

—No me puedo quejar —dijo el señor Carvalho con una sonrisa.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó el propietario.

—Quisiéramos ver el collar de diamantes del tercer escaparate —dijo Consuela sin la menor vacilación.

—Desde luego, señora —asintió Graff como si se dirigiera a una completa extraña.

Una vez más se extendió el paño de terciopelo negro sobre la mesa y el ayudante colocó de nuevo la reliquia de la familia Kanemarra en el centro.

Esta vez, el señor Graff se permitió relatar la historia de la pieza, antes de que Carvalho, amablemente, preguntara el precio.

—Un millón de libras —contestó Graff de inmediato.

Tras un momento de vacilación, Carvalho dijo:

—Estaría dispuesto a pagar medio millón.

—No es una pieza corriente —replicó el propietario—. Creo que...

—Es posible que no lo sea, pero medio millón es mi mejor oferta —le interrumpió Carvalho.

—Su extraordinaria belleza, por no hablar de la magnífica artesanía...

—A pesar de todo, no estoy dispuesto a pagar más de medio millón.

—El calificativo de único sería inapropiado.

—Medio millón, y no más —insistió Carvalho.

—Siento mucho decirlo, señor, pero en esta pieza en particular no hay lugar para el regateo.

—Tengo la sospecha de que podría usted pensárselo mejor si dispusiera de su debido tiempo —dijo Carvalho—. Pero, lamentablemente, no dispongo de tiempo esta tarde. Mire, le extenderé un cheque por medio millón de libras y dejaré que sea usted mismo quien decida si prefiere cobrarlo o no.

Carvalho se sacó una chequera del bolsillo interior de la chaqueta, desenroscó la pluma estilográfica y escribió las palabras «Quinientas mil libras esterlinas», mientras Consuela lo miraba en silencio.

Carvalho arrancó el cheque y lo dejó sobre la mesa.

Le doy veinticuatro horas para que tome una decisión. Salgo para Chicago mañana, en el vuelo de la tarde. Si el cheque no ha sido presentado a su cobro cuando llegue a mi despacho...

Graff inclinó ligeramente la cabeza y dejó el cheque sobre la mesa. Los acompañó hasta la puerta y se inclinó de nuevo antes de que salieran a la acera.

—Estuviste realmente brillante, querido —le dijo Consuela mientras el chófer abría la portezuela del coche ante su jefe.

—A la Bolsa —ordenó Carvalho. Se volvió hacia su amante y añadió—: Tendrás tu collar antes de que haya terminado el día, de eso estoy seguro. Feliz cumpleaños, querida.

Consuela sonrió y lo despidió con un saludo de la mano. El coche desapareció en dirección a Piccadilly y en esta ocasión estuvo bastante segura en mostrarse de acuerdo con la opinión de su amante. Una vez que el coche hubo doblado la esquina, regresó de nuevo a la House of Graff.

El propietario le dirigió una afable sonrisa y le entregó el regalo, hábilmente envuelto. Se

inclinó ante ella y se limitó a decir:

—Feliz cumpleaños, señora Rosenheim.

El brazo derecho de Dougie Mortimer

Robert Henry Kefford, conocido por sus amigos como Bob, estaba en la cama con una joven llamada Helen cuando oyó hablar por primera vez del brazo derecho de Dougie Mortimer.

Bob lamentaba tener que abandonar Cambridge.

Había pasado tres gloriosos años en St. John's y aunque no había leído tantos libros como los que tuvo que leer para conseguir su título en la Universidad de Chicago, se había esforzado todo lo posible por mantener la cabeza fuera del agua.

Era insólito para un estadounidense haber obtenido una cinta azul de remo a principios de los años setenta, pero haber remado durante tres años seguidos con el victorioso equipo de ocho de Cambridge se reconocía como una primicia.

Robert Henry Kefford II, el padre de Bob, conocido por sus amigos como Robert, había viajado a Inglaterra para ver a su hijo tomar parte en las tres carreras desde Putney a Mortlake. Después de que remara con el equipo de Cambridge y lo llevara por tercera vez a la victoria, su padre le dijo que no debía regresar a su nativa Illinois sin haber ofrecido al club de remo de la universidad algo por lo que pudiera ser recordado en el futuro.

—Y no lo olvides, muchacho —declaró Robert Henry Kefford II—, el regalo debe ser ostentoso. Mejor hacer un esfuerzo para regalarles un objeto de valor histórico, antes que ofrecerles algo que haya costado mucho dinero. A los británicos les encanta esa clase de cosas.

Bob se pasó muchas horas reflexionando sobre las palabras de su padre, pero no se le ocurrió ninguna idea que valiera la pena. Después de todo, el club de remo de la universidad de Cambridge tenía más copas y trofeos de plata de los que podía exponer.

Fue aquel domingo por la mañana cuando Helen mencionó por primera vez el nombre de Dougie Mortimer. Ella y Bob se encontraban la una en brazos del otro cuando ella empezó a tantearle los bíceps.

—¿Es esto alguna clase de juego previo, típicamente británico, del que yo deba estar enterado? —preguntó Bob al tiempo que rodeaba el hombro de Helen con el brazo libre.

—Desde luego que no —contestó Helen. Solo trato de descubrir si tus bíceps son tan grandes como los de Dougie Mortimer.

Como Bob nunca había conocido a una joven que hablara de otro hombre mientras estaba en la cama con ella, no se le ocurrió ninguna respuesta inmediata.

—¿Y lo son? —preguntó finalmente, sin dejar de flexionarlos músculos.

—Es difícil saberlo —contestó Helen—. En realidad, nunca le he tocado el brazo a Dougie. Solo lo he visto a distancia.

—¿Y dónde te has cruzado con un ejemplar tan magnífico de masculinidad?

—Suele estar colgado de la barra, en el *pub* de mi padre, en Hull —dijo escuetamente Helen.

—¿Y no le parece eso un poco doloroso a Dougie Mortimer? —preguntó Bob con una sonrisa.

—Dudo mucho que eso le importe dijo Helen. Al fin y al cabo, lleva muerto más de sesenta años.

—¿Y su brazo todavía está colgado sobre la barra del bar? —preguntó Bob con incredulidad—. ¿No ha empezado a oler un poco mal a estas alturas?

Esta vez fue Helen la que se echó a reír.

—No, yanqui estúpido. Es un molde de bronce de su brazo. En aquellos tiempos, si alguien se mantenía en el equipo de la universidad durante tres años seguidos, hacían un molde del brazo para colgarlo en el club. Por no mencionar una tarjeta con su fotografía, que aparecía en cada paquete de cigarrillos *Player's*. Y, ahora que lo pienso, yo nunca he visto tu fotografía en

un paquete de cigarrillos —dijo Helen, que se subió la sábana por encima de la cabeza.

—¿Remó para Oxford o para Cambridge? —preguntó Bob.

—No tengo ni idea.

—Entonces, ¿cuál es el nombre de ese *pub* en Hull?

—El Rey Guillermo —contestó Helen al tiempo que Bob le sacaba el brazo de debajo del hombro.

—¿Es este el juego previo estadounidense? —preguntó ella al cabo de un rato.

Más tarde, aquella misma mañana, después de que Helen se marchara a Newnham, Bob empezó a buscar en las estanterías un libro con tapa azul. Tomó la manoseada Historia de las competiciones de remos y ojeó el índice, para descubrir que se citaba a un total de siete Mortimer, Cinco de ellos habían remado por Oxford, dos por Cambridge. Empezó a rezar mientras revisaba las iniciales, Mortimer, A. J. (Westminster y Wadham, Oxon), Mortimer, C. E. (Uppingham y Oriel, Oxon), Mortimer, D. J. T. (Harrow y St. Catharine's, Cantab), Mortimer, E. L. (Oundle y Magdalen, Oxon).

Bob volvió de nuevo la atención a Mortimer, D. J. T., biografía en la página 129. Pasó las páginas hacia atrás hasta que llegó a la entrada que buscaba. Douglas John Townsend Mortimer (St. Catharine's), Cambridge, 1907-1908, 1909, primer remero. Luego, leyó el breve resumen de la carrera de Mortimer como regatista.

Dougie Mortimer remó y llevó a la embarcación de Cambridge a la victoria en 1907, una hazaña que repitió en 1908. Pero en 1909, cuando los expertos consideraban que Cambridge disponía del mejor equipo desde hacía muchos años, los azul celeste perdieron ante la embarcación de Oxford, considerada como la que contaba con peores expectativas. Aunque la prensa sugirió muchas explicaciones en su época, el resultado de la carrera sigue siendo un misterio hasta nuestros tiempos. Mortimer murió en 1914.

Bob cerró el libro y lo dejó de nuevo en la estantería.

Probablemente, pensó, el gran remero debía de haber muerto en la Primera Guerra Mundial. Se sentó en el borde de la cama y consideró la información que ahora poseía. Si lograba hacer regresar el brazo derecho de Dougie Mortimer a Cambridge y ofrecérselo al club en la cena anual de los azules, seguramente sería un regalo que satisfaría el exigente criterio de su padre.

Se vistió y bajó hasta el teléfono de pago, en el pasillo. Una vez que el servicio de información le dio los cuatro números que buscaba, se dispuso a afrontar el siguiente obstáculo.

Las primeras llamadas las hizo al Rey Guillermo o, para ser más exactos, a los Rey Guillermo, pues el servicio de información le había dado los números de tres *pubs* de Hull que ostentaban el mismo nombre.

Cuando se puso en contacto con el primero, preguntó:

—¿Tienen ustedes el brazo derecho de Dougie Mortimer colgado sobre el mostrador?

No entendió todas y cada una de las palabras de la voz que le contestó, con fuerte acento del norte, pero no le quedó la menor duda de que no lo tenían allí.

La segunda llamada la contestó una chica que replicó:

—¿Se refiere a esa cosa que está claveteada en la pared, por encima de la barra?

—Sí, supongo que eso debe de ser —contestó Bob.

—En ese caso, este es el *pub* que usted busca.

Una vez que Bob hubo anotado la dirección y comprobado el horario de apertura del *pub*, hizo una tercera llamada.

—Sí, es posible —se le dijo ante su pregunta—. Puede tomar el de las 15.17 a Peterborough, donde tendrá que cambiar para tomar el de las 16.09 a Doncaster, y luego volver a cambiar para llegar a Hull a las 18.32.

—¿Cuál es el último tren de regreso? —preguntó Bob.

—A las 20.52, con cambio en Doncaster y Peterborough. Estaría de nuevo en Cambridge poco después de la medianoche.

—Gracias —dijo Bob.

Luego se dirigió a la facultad para almorzar y ocupó un asiento ante la gran mesa central, aunque demostró ser una compañía insólitamente aburrida para todos aquellos que le rodeaban.

Aquella misma tarde abordó el tren hacia Peterborough, sin dejar de pensar en cómo lograría aliviar a los propietarios del *pub* de su preciada posesión. Una vez en Peterborough, bajó de un salto, se dirigió a un tren que esperaba en el andén tres y subió a él, sumido todavía en sus pensamientos. Un par de horas más tarde, cuando el tren llegó a Hull, aún no había logrado solucionar su problema. Tomó el primer taxi de la fila y le pidió al conductor que lo llevara al Rey Guillermo.

—¿En Market Place? ¿En la esquina de Harold con Percy Street? —preguntó el taxista.

—Percy Street, por favor —contestó Bob.

—No abren hasta las siete, muchacho —le dijo el taxista una vez que dejó a Bob ante la puerta.

Bob comprobó la hora. Le quedaban veinte minutos de tiempo. Caminó por una calle lateral y se dirigió hacia la parte trasera del *pub*. Se detuvo a observar a unos muchachos que jugaban al fútbol. Utilizaban como porterías las dos paredes frontales de las casas situadas a ambos lados de la calle, y demostraban una extraordinaria habilidad para no lanzar la pelota contra ninguna de las ventanas. Bob se preguntó si aquel deporte llegaría a echar raíces alguna vez en Estados Unidos.

Se sintió tan cautivado por la habilidad de los muchachos, que ellos se detuvieron para preguntarle si deseaba participar en el juego.

—No, gracias —le contestó, convencido de que si lo hiciera sería la única persona en romper una ventana.

Llegó de nuevo ante la entrada del Rey Guillermo pocos minutos después de las siete y entró en el *pub*, con la esperanza de no atraer mucho la atención. Pero, con un metro noventa y tres de altura, vestido con una chaqueta azul cruzada, pantalones de franela gris, camisa azul y corbata de la facultad, las tres personas que estaban por detrás del mostrador bien pudieron haberse preguntado de qué planeta había salido. Evitó mirar hacia lo alto de la barra cuando una joven camarera rubia se adelantó hacia él y le preguntó qué quería tomar.

—Una jarra mediana de la mejor cerveza amarga que tenga —contestó Bob, con un esfuerzo para que su voz sonara como la de uno de sus amigos ingleses cuando pedían una bebida en el local de la facultad.

El propietario miró a Bob con recelo cuando le llevó la jarra mediana a la pequeña mesa redonda del rincón, y luego se sentó tranquilamente en un taburete. Bob se sintió complacido cuando otros dos hombres entraron en el *pub* y la atención del propietario se dirigió hacia ellos.

Bob tomó un sorbo del oscuro líquido y estuvo a punto de atragantarse. Cuando se hubo recuperado, dejó que la mirada se desplazara hacia lo alto del mostrador. Intentó ocultar su nerviosismo al observar la escultura de bronce de un enorme brazo incrustado en un gran trozo de madera barnizada. El objeto le pareció tan terrible como inspirador. Su mirada descendió hacia las letras mayúsculas impresas en oro, por debajo de la escultura:

D. J. T. MORTIMER

1907-1908-1909

(ST. CATHARINE'S, PRIMER REMERO).

Bob no apartó la vista del propietario, mientras el *pub* empezaba a llenarse, pero pronto se

dio cuenta de que era su esposa, a la que todos llamaban Nora, la que no solo estaba realmente a cargo del local, sino que también se ocupaba de atender a la mayoría de los clientes.

Una vez que hubo terminado su jarra de cerveza, se dirigió hacia ella, en el extremo de la barra.

—¿En qué puedo servirle, joven? —preguntó Nora.

—Tomaré otra, gracias —dijo Bob.

—Estadounidense, ¿verdad? —preguntó ella mientras bajaba la palanca de la bomba y empezaba a llenarle de nuevo la jarra—. No vienen muchos por aquí, al menos desde que cerraron las bases. —Dejó la jarra llena sobre el mostrador, delante de él—. ¿Qué le trae por Hull?

—Usted —contestó Bob sin hacer caso de la bebida.

Nora miró con recelo a aquel extraño, lo bastante joven como para ser su hijo. Bob le sonrió.

—Oh, para ser más exactos, Dougie Mortimer.

—Ah, ahora ya le tengo localizado —dijo Nora—. Fue usted el que llamó esta mañana, ¿verdad? Mi hija Christie me lo dijo. Debería haberlo imaginado.

—¿Cómo es que el brazo terminó aquí, en Hull? —preguntó Bob.

—Bueno, eso es una larga historia —contestó Nora—. Perteneció a mi abuelo. Nació en Ely, y solía pasar las vacaciones de pesca en el río Cam. Dijo que eso fue lo único que logró pescar ese año, lo que supongo que es mucho mejor que decir que se cayó desde la parte trasera de un camión. Sin embargo, cuando murió, hace unos pocos años, mi padre quiso tirarlo, junto con un montón de cosas inútiles, pero yo no quise saber nada y le dije que lo colgaría aquí mismo, en el *pub*, ¿verdad? Lo limpié y lo barnicé hasta que terminó por convertirse en algo bastante agradable y luego lo colgué encima de la barra. Pero ha hecho usted un viaje muy largo solo para echarle un vistazo a ese viejo remiendo.

Bob levantó la mirada para admirar de nuevo el brazo. Contuvo la respiración.

—No vine solo a mirar.

—Entonces, ¿a qué ha venido? —preguntó ella.

—A comprarlo.

—Empieza a moverte, Nora —dijo el propietario—. ¿Es que no ves que hay clientes que esperan a que les sirvas?

Nora se volvió en redondo hacia él.

—Sujeta tu lengua, Cyril Barnsworth. Este joven ha hecho un largo viaje hasta Hull solamente para ver el brazo de Dougie Mortimer y, lo que es más, resulta que quiere comprarlo.

Eso causó una oleada de ligeras risas entre los clientes habituales que estaban más cerca de la barra del bar, pero al ver que Nora no se reía se apresuraron a ponerse serios.

—En ese caso, ha sido un viaje perdido, ¿verdad? —dijo el propietario—. Porque eso no está a la venta.

—No eres tú quien decide su venta —dijo Nora, que se llevó las manos a las caderas—. Pero no por ello deja de tener razón —añadió volviéndose a mirar a Bob—. No me separaría de él ni por un billete de cien —dijo Nora.

Algunos de los clientes empezaron a interesarse por la conversación.

—¿Qué le parecen doscientos? —preguntó Bob con calma. Esta vez, Nora lanzó una risotada, aunque Bob ni siquiera se permitió una ligera sonrisa. Cuando Nora dejó de reír, miró directamente a aquel extraño joven.

—Dios mío, lo ha dicho en serio —exclamó.

—Desde luego que sí —le aseguró Bob—. Quisiera asegurarme de que ese brazo regresa al hogar al que le corresponde, en Cambridge, y estoy dispuesto a pagar doscientas libras por ese

privilegio.

El propietario miró a su esposa, como si no pudiera creer lo que oía.

—Podríamos comprar ese pequeño coche de segunda mano al que le he puesto la vista encima —comentó.

—Por no hablar de las vacaciones de verano y de un abrigo nuevo para el próximo invierno —añadió Nora, que miró a Bob como si todavía tuviera que convencerse de que aquel joven no había surgido de otro planeta. De repente, extendió la mano por encima del mostrador y dijo—: De acuerdo, joven, acaba usted de cerrar un trato.

Al final, Bob tuvo que pagar varias rondas a aquellos clientes que afirmaron haber sido buenos amigos personales del abuelo de Nora, a pesar de que algunos de ellos eran evidentemente jóvenes. También tuvo que quedarse a dormir aquella noche en un hotel de la localidad, porque Nora no quiso desprenderse de la «reliquia de familia» de su abuelo, como empezó a llamarla ahora, hasta que el director del banco no llamara a Cambridge para comprobar que el cheque de Robert Henry Kefford III valía, en efecto, doscientas libras.

El lunes por la mañana, Bob se aferró a su tesoro durante todo el trayecto de regreso a Cambridge, y luego transportó el pesado objeto desde la estación hasta su alojamiento en Grange Road, donde lo ocultó debajo de la cama. Al día siguiente lo llevó a un restaurador local de muebles, quien prometió devolverle al brazo su antigua gloria a tiempo para la noche de la cena de los azules.

Tres semanas más tarde, cuando Bob pudo contemplar los resultados del trabajo del restaurador, se sintió inmediatamente convencido de que ahora poseía un trofeo no solo digno del club, sino que, además, satisfacía plenamente los deseos de su padre. Decidió no compartir su secreto con nadie, ni siquiera con Helen, hasta la noche de la cena de los azules, aunque advirtió al extrañado presidente del club de que iba a hacer una presentación, para lo que necesitaría que previamente se atornillaran a la pared dos ganchos, separados cuarenta y cinco centímetros el uno del otro y a dos metros cuarenta de distancia del suelo.

La cena universitaria de los azules es un acontecimiento anual que se celebra en la sala de los remeros, que da al río Cam, y en la que tiene derecho a participar cualquier remero que hubiera defendido en el pasado, o defendiera en el presente el color azul del club. Al llegar, Bob se sintió encantado al ver que aquella noche registraría casi un récord de asistencia.

Colocó bajo la silla el paquete cuidadosamente envuelto en papel marrón, y una cámara sobre la mesa, delante de él.

Puesto que se trataba de su última cena de los azules antes de regresar a Estados Unidos, Bob había sido sentado a la mesa principal, entre el secretario honorario y el actual presidente del club. Tom Adams, el secretario honorario, se había ganado su camiseta azul unos veinte años antes, y era reconocido como la enciclopedia ambulante del club ya que era capaz de nombrar no solo a todos los que estuvieran presentes en la sala, sino también a todos los grandes del pasado.

Tom le indicó a Bob la presencia de tres medallistas olímpicos que se encontraban en distintas partes de la sala.

—El más viejo está sentado a la izquierda del presidente —dijo—. Es Charles Forester. En 1908-1909 remó para el club con el número tres, por lo que ahora debe de tener más de ochenta años.

—¿Es posible? —preguntó Bob, que recordó la fotografía de juventud de Forester, colgada en la pared del club.

—Desde luego que sí —afirmó el secretario—. Y lo que es más, jovencito —añadió con una sonrisa—, tú tienes su mismo aspecto.

—¿Qué me dice del hombre sentado en el extremo más alejado de la mesa? —preguntó Bob—. Parece incluso mayor.

—Lo es —asintió el secretario—. Se trata de Sidney Fisk. Fue timonel de 1912 a 1945, con solo una breve interrupción en la Primera Guerra Mundial. Si lo recuerdo bien, tomó el testigo de su tío, con muy poco tiempo de aviso previo.

—En ese caso, tuvo que haber conocido a Dougie Mortimer —dijo Bob con ansiedad.

—Ah, ese sí que es un gran nombre del pasado —dijo Adams—. Mortimer, D. J. T., 1907-1908-1909, del St. Catharine's, primer remero. Oh, sí, Fisk tuvo que haber conocido a Mortimer, de eso puedes estar seguro. Y ahora que lo pienso, Charles Forester también tuvo que haber estado en la misma embarcación cuando Mortimer fue el primer remero.

Durante la cena, Bob siguió interrogando a Adams acerca de Dougie Mortimer, aunque fue incapaz de añadir gran cosa a la información que ya había encontrado Bob en Historia de las competiciones de remos, excepto confirmar la derrota de Cambridge en 1909, que todavía seguía siendo un misterio, ya que los azules habían tenido un equipo netamente superior.

Una vez retirados los últimos platos, el presidente se levantó para dar la bienvenida a sus invitados y pronunciar un corto discurso. Bob disfrutó de lo que pudo oír por encima del ruido producido por los rudos estudiantes, y hasta se unió al griterío cuando se mencionó el nombre de Oxford. El presidente terminó sus palabras diciendo:

—Este año habrá una presentación especial al club, a cargo de nuestro primer remero colonial Bob Kefford, que estoy seguro apreciaremos todos.

Cuando Bob se levantó de su asiento el griterío se hizo todavía más estridente, pero empezó a hablar con voz tan suave que el ruido desapareció con rapidez. Les contó a sus compañeros cómo había llegado a descubrir y más tarde a conseguir el brazo derecho de Dougie Mortimer, aunque no dijo dónde lo había encontrado.

Luego, con un ademán de triunfo, desenvolvió el paquete que había mantenido guardado debajo de la silla y dejó al descubierto el recientemente restaurado molde de bronce. Todos los presentes se pusieron en pie y lanzaron vítores. Una sonrisa de satisfacción apareció en el rostro de Bob, que miraba a su alrededor complacido, y solo deseaba que su padre hubiera podido estar presente para ser testigo de la reacción.

Al recorrer la sala con la mirada, no pudo dejar de observar que el más anciano azul de los presentes, Charles Forester, había permanecido sentado y que ni siquiera se había unido al aplauso. Luego, la mirada de Bob se desvió hacia Sidney Fisk, la única otra persona que tampoco se había levantado. Los labios del viejo timonel permanecían apretados, en una línea recta, y las manos no se apartaron de sus rodillas.

Bob se olvidó de los dos ancianos cuando el presidente, ayudado por Tom Adams, colgó el brazo de bronce de la pared, colocado entre una pala que había sido manejada por uno de los miembros del equipo olímpico de 1908 y un céfiro ganado por el único azul que remó en una embarcación de Cambridge que había batido a la de Oxford durante cuatro años seguidos. Bob empezó a tomar fotografías de la ceremonia, de modo que pudiera disponer de un documento gráfico que demostrara a su padre que había logrado cumplir sus deseos.

Una vez que el brazo quedó colgado, muchos de los miembros jóvenes y más antiguos de los azules rodearon a Bob para darle las gracias y felicitarle, lo que no le dejó la menor duda de que había valido la pena tomarse todas las molestias que se tomó para localizar y adquirir el brazo.

Aquella noche, Bob fue uno de los últimos en marcharse, debido a que fueron muchos los miembros que quisieron desearle buena suerte para el futuro.

Caminaba por el camino de tierra, de regreso a su alojamiento, tarareando algo para sí, cuando, de repente, recordó que había dejado olvidada la cámara en la mesa. Decidió recogerla a la mañana siguiente, pues estaba seguro de que el club ya habría quedado desierto y estaría cerrado, pero al volverse para comprobarlo, vio una sola luz procedente de la planta baja.

Se volvió y retrocedió hacia el edificio del club, sin dejar de tararear para sí. Cuando ya se

encontraba a pocos pasos de distancia, miró a través de la ventana y vio que había dos figuras de pie en la sala del comité. Se acercó para echar un vistazo y se sorprendió al ver al azul más anciano, Charles Forester, y al timonel jubilado, Sidney Fisk, que trataban de desplazar una pesada mesa. Se habría apresurado a ayudarles si en aquel preciso momento Fisk no hubiera señalado de pronto hacia el brazo de Dougie Mortimer. Bob permaneció inmóvil mientras observaba a los dos ancianos que arrastraban la mesa centímetro a centímetro para situarla cerca de la pared, hasta que estuvo directamente debajo del brazo.

Entonces, Fisk tomó una silla y la colocó contra la pared, y Forester la utilizó para subirse a la mesa. Una vez allí, se inclinó y tomó del brazo al otro anciano, para ayudarlo a subirse.

Una vez que los dos se encontraron sobre la mesa, mantuvieron una breve conversación antes de levantar las manos hacia el molde de bronce, descolgarlo de los ganchos y bajarlo lentamente hasta que lo dejaron sobre la mesa, entre sus pies. Luego, Forester, con ayuda de la silla, bajó de nuevo al suelo y se volvió para ayudar de nuevo a su compañero.

Bob continuó inmóvil, mientras los dos ancianos llevaban el brazo de Dougie Mortimer a través de la sala y lo sacaban hasta la caseta de botes. Tras haberlo dejado en el suelo, fuera de la puerta, Forester regresó para apagar las luces. Una vez que volvió al exterior, bajo el frío aire de la noche, el timonel corrió rápidamente el cerrojo de la puerta.

Una vez más, los dos hombres mantuvieron una breve conversación antes de levantar el trofeo de Bob y alejarse, medio tambaleantes, a lo largo del camino de sirga. Tuvieron que detenerse varias veces, bajar los brazos hasta el suelo, descansar y volver a empezar. Bob los siguió en silencio y utilizó los grandes troncos de los árboles para ocultarse, hasta que la pareja de ancianos giró de repente y empezó a descender hacia la orilla del río. Se detuvieron al borde del agua y dejaron su trofeo sobre un pequeño bote de remos.

El viejo azul desató la cuerda y los dos hombres empujaron lentamente el bote hacia el interior del río, hasta que el agua lamió sus pantalones hasta la altura de las rodillas. A ninguno de los dos parecía importarle el hecho de que se estaban empapando. Forester se las arregló para auparse con rapidez al interior del bote, pero Fisk tardó varios minutos en poder unirse a su compañero. Una vez que ambos estuvieron a bordo, Forester ocupó su puesto ante los remos, mientras que el timonel permanecía en la popa, aferrado al brazo de Dougie Mortimer.

Forester empezó a remar con movimientos lentos pero firmes hacia el centro del río. Su avance fue lento, pero el ritmo continuado revelaba que había remado muchas veces con anterioridad. Cuando los dos hombres calcularon que habían llegado al centro del Cam, en su punto más profundo, Forester dejó de remar y se unió a su compañero, en la popa. Tomaron entre los dos el brazo de bronce y, sin la menor ceremonia, lo arrojaron por la borda. Bob oyó el chapoteo y vio que el bote se balanceaba peligrosamente de un lado a otro. A continuación, fue Fisk el que se situó ante los remos; su avance de regreso hasta la orilla del río fue todavía más lento que el de Forester. Finalmente, llegaron a la orilla y los dos hombres se bajaron tambaleantes del bote y empujaron el bote hasta la estaca de amarre, donde, finalmente, el timonel lo amarró con un gran nudo.

Empapados y agotados, con la respiración evidentemente jadeante bajo el claro aire de la noche, los dos ancianos se quedaron allí de pie, uno frente al otro. Se estrecharon las manos como dos hombres de negocios que hubieran cerrado un trato importante y luego desaparecieron en la noche, cada uno por su lado.

Tom Adams, el secretario honorario del club, llamó por teléfono a Bob a la mañana siguiente para comunicarle algo que él ya sabía. En realidad, había permanecido despierto durante toda la noche, incapaz de pensar en otra cosa.

Bob escuchó en silencio la narración que le hizo Adams sobre el robo.

—Lo sorprendente es que solo se han llevado una cosa. —Guardó un momento de silencio antes de añadir—: Tu brazo... o más bien el de Dougie. Resulta muy extraño, sobre todo si

tenemos en cuenta que alguien había dejado olvidada una cámara bastante cara sobre una de las mesas.

—¿Hay algo que yo pueda hacer para ayudar? —preguntó Bob.

—No, no lo creo —contestó Adams—. La policía local ha abierto una investigación, pero apostarí a que quien haya robado el brazo ya estará muy lejos a estas alturas.

—Supongo que tiene usted razón —dijo Bob—. Y, a propósito, ahora que está al teléfono, señor Adams, quisiera hacerle una pregunta sobre la historia del club.

—Haré lo que pueda por contestársela —dijo Adams—, pero recuerde que eso solo es una afición para mí, muchacho.

—¿Sabe usted, por casualidad, quién es el remero azul más viejo que viva todavía en Oxford? —Se produjo un largo silencio al otro lado de la línea—. ¿Está todavía ahí? —preguntó Bob finalmente.

—Sí. Solo intentaba recordar si el viejo Harold Deering todavía vive. No recuerdo haber visto su necrológica en el *Times*.

—¿Deering? —preguntó Bob.

—Sí, Radley y Keble, 1909-1910-1911. Llegó a ser obispo, si recuerdo correctamente, pero que me aspen si recuerdo dónde.

—Gracias —dijo Bob—, ha sido usted muy útil.

—Pero podría estar equivocado —indicó Adams—. Al fin y al cabo, no leo las necrológicas todos los días. Y me siento un poco oxidado cuando se trata de cosas relacionadas con Oxford.

Bob le dio las gracias una vez más, antes de colgar.

Después de un almuerzo en la facultad que apenas tocó, Bob regresó a su alojamiento y llamó al portero de Keble. Le contestó una voz de tono irascible.

—¿Tienen ustedes alguna información registrada sobre un tal Harold Deering, un antiguo miembro de la facultad? —preguntó Bob.

—Deering... Deering... —dijo la voz—. Ese apellido es nuevo para mí. Déjeme ver si está en el manual del colegio. —Se produjo otra prolongada pausa, durante la que Bob empezó a pensar que se habían olvidado de él, hasta que la voz dijo—: Dios santo, no es de extrañar que no lo recordara. Estuvo por aquí un poco antes de que yo llegara. Deering, Harold, 1909-1911, licenciado en 1911, doctor en teología en 1916. Fue obispo de Truro. ¿Era ese el nombre que buscaba?

—Sí, ese es el hombre —contestó Bob—. ¿Tiene usted por casualidad su dirección?

—La tengo —dijo la voz—. Reverendo jubilado Harold Deering, The Stone House, Mill Road, Tewkesbury, Gloucestershire.

—Muchas gracias —dijo Bob—. Ha sido usted muy amable.

Bob se pasó el resto de la tarde dedicado a redactar una carta que pensaba dirigir al antiguo obispo, con la esperanza de que el viejo azul aceptara verle.

Tres días más tarde le sorprendió recibir una llamada en su alojamiento de una tal señora Elliot, quien resultó ser la hija del señor Deering, con quien vivía ahora.

—En estos últimos tiempos el pobre apenas puede ver más allá de sus narices —explicó la mujer—, así que tuve que leerle la carta que usted le envió. Pero dijo que estaría encantado de recibirle y se pregunta si podría usted venir este próximo domingo, a las once y media, después del servicio religioso matinal, suponiendo que eso no sea ningún inconveniente para usted.

—Me parece muy bien —dijo Bob—. Le ruego que le comunique a su padre que me espere hacia las once y media.

—Tiene que ser por la mañana —explicó la señora Elliot porque tiene tendencia a quedarse dormido después del almuerzo. Estoy segura de que lo comprenderá usted. Y, a propósito, le enviaré instrucciones a su colegio para que pueda llegar hasta aquí.

El domingo por la mañana, Bob se levantó bastante antes de que saliera el sol e inició su

viaje a Tewkesbury, en un coche que había alquilado el día anterior. Habría ido en tren, pero los Ferrocarriles Británicos no parecían dispuestos a ponerse en marcha lo bastante pronto como para permitirle llegar a su destino a tiempo. Mientras cruzaba los Cotswolds, intentó recordar la necesidad de mantener el coche en el carril de la izquierda, y no pudo dejar de preguntarse cuánto tiempo tardarían los británicos en construir algunas carreteras con más de un carril.

Llegó a Tewkesbury pocos minutos después de las once, y gracias a las claras indicaciones de la señora Elliot encontró rápidamente The Stone House. Aparcó el coche frente a una pequeña puerta con postigo.

Una mujer abrió la puerta de la casa antes de que Bob hubiera recorrido la mitad del camino, medio cubierto de arbustos.

—Debe de ser usted el señor Kefford —dijo—. Soy Susan Elliot. —Bob le sonrió y le estrechó la mano—. Debo advertirle que tendrá que hablar en voz muy alta —explicó la señora Elliot al tiempo que le hacía pasar hacia la puerta de entrada—. Mi padre se ha quedado bastante sordo últimamente, y me temo que su memoria ya no es lo que solía ser. Es capaz de recordar todo lo que le sucedió cuando tenía la misma edad que usted, pero no recuerda ni las cosas más sencillas que le sucedieron ayer mismo. He tenido que recordarle a qué hora llegaba usted esta mañana —dijo cuando cruzaron la puerta—. Y nada menos que tres veces.

—Siento mucho causarle tantas molestias, señora Elliot —dijo Bob.

—No es ninguna molestia —dijo la señora Elliot, que le condujo a lo largo de un pasillo—. La verdad es que mi padre se ha mostrado muy animado ante la idea de ver a un azul estadounidense de Cambridge que viene a visitarle después de todos estos años. No ha dejado de hablar de ello durante los dos últimos días. También siente curiosidad por saber por qué desea usted verle —añadió en un tono de voz conspirativo.

Hizo entrar a Bob en el salón, donde se encontró inmediatamente ante un anciano sentado en una mecedora de cuero, envuelto en un cálido batín de paño, instalado sobre varios almohadones, con las piernas cubiertas por una manta a cuadros. A Bob le resultó difícil creer que esa frágil figura hubiera sido en otros tiempos un remero olímpico.

—¿Es él? —preguntó el anciano con voz fuerte.

—Sí, padre —contestó la señora Elliot con voz igualmente fuerte—. Es el señor Kefford. Ha llegado desde Cambridge especialmente para verte.

Bob se adelantó y estrechó la huesuda mano tendida por el anciano.

—Ha sido muy amable por su parte haber hecho todo este recorrido, Kefford —dijo el antiguo obispo mientras se levantaba la manta un poco más.

—Le agradezco mucho que haya accedido a verme —dijo Bob, mientras la señora Elliot le indicaba que se sentara sobre una cómoda silla, delante de su padre.

—¿Desea tomar una taza de té, Kefford?

—No, gracias, señor —contestó Bob—. Realmente, no deseo tomar nada.

—Como quiera —asintió el anciano. Y ahora, debo advertirle, Kefford, que mi capacidad de concentración ya no es lo que solía ser; así que será mejor que me diga directamente por qué ha venido a verme.

Bob intentó poner sus pensamientos en orden.

—Llevo a cabo una pequeña investigación sobre un azul de Cambridge que tuvo que haber remado aproximadamente en la misma época en que usted lo hizo, señor.

—¿Cómo se llama? —preguntó Deering—. Como comprenderá, no los recuerdo a todos.

Bob le miró, y por un momento temió haber hecho el viaje en vano.

—Mortimer. Dougie Mortimer —contestó.

—Ah, D. J. T. Mortimer —respondió el anciano sin la menor vacilación—. Ese sí que fue alguien a quien no se puede olvidar fácilmente. Uno de los primeros remeros más exquisitos que tuvo Cambridge en toda su historia... como bien descubrió Oxford a su costa. —El anciano

hizo una breve pausa, antes de preguntar—: ¿Es usted periodista, por casualidad?

—No, señor. Solo se trata de una especie de capricho personal. Deseaba descubrir una o dos cosas sobre él antes de regresar a Estados Unidos.

—En tal caso, haré todo lo posible por ayudarle si puedo —dijo el anciano con voz aflautada.

—Gracias, señor —dijo Bob—. En realidad, quisiera empezar por el final, si me lo permite, y preguntarle si conoce las circunstancias en que se produjo su muerte.

No hubo respuesta durante un rato. Los párpados del viejo clérigo se cerraron y Bob empezó a preguntarse si no se habría quedado dormido.

—No es la clase de asunto que solían comentar los jóvenes de mi tiempo —terminó por contestar—. Sobre todo porque en aquel entonces estaba fuera de la ley.

—¿Fuera de la ley? —repitió Bob, extrañado.

—El suicidio. Es algo estúpido, si se piensa en ello —continuó el viejo sacerdote—, aunque se trate de un pecado mortal, porque no se puede encerrar en la cárcel a nadie que ya está muerto, ¿verdad? Aunque eso no llegó a confirmarse nunca, ¿comprende?

—¿Cree que el suicidio pudo haber estado relacionado con la derrota de Cambridge en las regatas de 1909, cuando eran los claros favoritos?

—Supongo que es posible —dijo Deering, que vaciló una vez más—. Debo admitir que esa misma idea cruzó más de una vez por mi cabeza. Como quizá sepa usted, yo mismo tomé parte en aquella regata. —Se detuvo de nuevo para respirar pesadamente—. Cambridge eran los claros favoritos de aquel año y nosotros sabíamos que no teníamos ni una sola posibilidad. El resultado nunca quedó debidamente explicado, tengo que admitirlo. Se difundieron muchos rumores por entonces, pero no se probó nada... nada, ¿comprende?

—¿Qué fue lo que no se probó? —preguntó Bob.

Hubo otro largo silencio, durante el que Bob temió por un momento que el anciano pudiera pensar que había ido demasiado lejos en sus preguntas.

—Ahora me toca a mí hacerle unas pocas preguntas, Kefford —dijo finalmente.

—Desde luego, señor.

—Mi hija me dice que ha participado usted como primer remero en la embarcación ganadora de Cambridge durante tres años seguidos.

—Así es, señor.

—Felicidades, muchacho. Pero dígame una cosa: si hubiera querido perder una de esas regatas, ¿podría haberlo hecho sin que se dieran cuenta los demás miembros de la tripulación?

Ahora le tocó a Bob reflexionar un momento. Se dio cuenta, por primera vez desde que había entrado en el salón, de que no debía suponer que un cuerpo frágil contiene necesariamente una mente frágil.

—Sí, supongo que sí —terminó por contestar—. Siempre se puede cambiar la velocidad de la palada sin advertencia previa, o incluso fallar con el remo al tomar la curva de Surrey. Solo Dios sabe la cantidad de restos flotantes que hay siempre en el río, los suficientes como para que eso pudiera parecer inevitable. —Bob miró al anciano directamente a los ojos—. Pero jamás se me habría ocurrido que alguien pudiera hacerlo deliberadamente.

—A mí tampoco —dijo el sacerdote— si su timonel no hubiera recibido las órdenes sagradas.

—Temo no haberle comprendido, señor —dijo Bob.

—No hay razón para que lo comprenda, joven. En estos últimos tiempos me descubro pensando a veces en *non sequiturs*. Intentaré ser menos oscuro. En 1909, el timonel de la embarcación de Cambridge era un tipo llamado Bertie Partridge. Más tarde se convirtió en vicario rural en un lugar muy apartado llamado Chersfield, en Rutland. Probablemente era el único lugar donde se le hubiera aceptado. —Emitió una ligera risita—. Pero cuando llegué a ser

obispo de Truro, me escribió y me invitó a dirigirme a sus feligreses. En aquellos tiempos, el viaje desde Cornualles hasta Rutland era tan agotador, que fácilmente habría podido disculparme pero, lo mismo que usted ahora, deseaba solucionar el misterio de lo que ocurrió en 1909, y pensé que aquella podría ser mi única oportunidad.

Bob no hizo el menor intento por interrumpirle, con el temor de detener el flujo de las ideas del anciano.

—Partridge era soltero, y los solteros terminan por sentirse muy solos, ¿verdad? Si se les presenta la más ligera oportunidad, les encanta charlar. Aquella noche me quedé con él, lo que le dio todas las oportunidades para hablar. A lo largo de una prolongada cena, acompañada por una botella de vino que, por lo que recuerdo, no era de marca, me contó que era bien sabido que Mortimer había contraído muchas deudas en Cambridge. Eso no era nada extraordinario. Le sucede a la mayoría de los estudiantes, puede estar seguro, pero en el caso de Mortimer las deudas habían llegado a superar incluso sus ingresos potenciales. Creo que confiaba que su fama y su popularidad impedirían a sus acreedores presionarle para cobrar. En el fondo, esa esperanza no fue muy diferente a la que demostró Disraeli cuando fue primer ministro —añadió con otra risita. Pero en el caso de Mortimer hubo un tendero en particular que no sentía absolutamente ningún interés por las regatas, y mucho menos por los estudiantes, y amenazó con declararlo en bancarota una semana antes de la regata de 1909. Al parecer, pocos días después de que se hubiera perdido aquella regata, Mortimer, sin explicación aparente, pagó todas sus deudas y ya no volvió a saberse nada más del asunto.

El anciano se detuvo una vez más, como si se hallara sumido en profundos pensamientos. Bob guardó silencio, pues no deseaba distraerle.

—La única otra cosa que recuerdo es que los apostadores profesionales hicieron su agosto —dijo Deering sin advertencia previa—. Lo sé a mi propia costa, porque mi tutor perdió una apuesta de cinco libras y jamás dejó que olvidara el hecho de que le había asegurado que no teníamos la menor posibilidad de ganar. Aunque la verdad es que siempre pude ofrecer eso como excusa por no haber conseguido un sobresaliente.

Levantó la cabeza y miró a su visitante. Bob estaba sentado sobre el borde del asiento, como hipnotizado ante los recuerdos del anciano.

—Le agradezco mucho su franqueza, señor —dijo—. Y puede estar seguro de mi discreción.

—Gracias, Kefford —dijo el anciano y luego, casi en un susurro, añadió—: Me siento encantado de haberle podido ayudar. ¿Hay algo más en lo que pueda serle útil?

—No, gracias, señor —contestó Bob—. Creo que ha abarcado usted todo lo que necesitaba saber.

Bob se levantó de la silla y al volverse para darle las gracias a la señora Elliot se dio cuenta, por primera vez, de la existencia del molde de bronce de un brazo que colgaba de la pared del extremo. Por debajo, grabado en letras de oro, decía:

R. R. DEERING

1909-1910-1911 (KEBLE, REMERO DE PROA).

—Tuvo que haber sido usted un remero excelente, señor.

—No, en realidad no lo fui —dijo el anciano. Pero tuve la suerte suficiente como para encontrarme en la embarcación ganadora durante tres años seguidos, lo que no complacería a un hombre de Cambridge como usted.

Bob se echó a reír.

—Quizá una última pregunta antes de marcharme, señor.

—Desde luego, Kefford.

—¿Hicieron alguna vez un molde del brazo de Dougie Mortimer?

—Desde luego que sí —contestó el sacerdote—. Pero en 1912 desapareció misteriosamente de la caseta de botes. Pocas semanas más tarde, el timonel fue despedido sin la menor

explicación, lo que causó una cierta agitación en aquellos momentos.

—¿Se llegó a saber por qué fue despedido? —preguntó Bob.

—Partridge afirmó que una noche en que el viejo timonel se emborrachó, confesó haber arrojado el brazo de Mortimer en medio del río Cam. —El anciano hizo una pausa, sonrió y añadió—: Seguramente es el mejor lugar donde puede estar, ¿no le parece, Kefford?

Bob pensó por un momento en la cuestión, sin dejar de preguntarse cómo habría reaccionado su padre.

Finalmente, contestó:

—Sí, señor, el mejor lugar donde puede estar.

No pases

Hamid Zebari sonrió ante la idea de que su esposa Shereen le condujera hasta el aeropuerto, algo que ninguno de los dos habría creído posible apenas cinco años antes, cuando llegaron a Estados Unidos como refugiados políticos. Pero desde entonces había iniciado una nueva vida, y Hamid empezaba a pensar ahora que todo era posible.

—¿Cuándo volverás a casa, papá? —preguntó Nadim, perfectamente sujeto por el cinturón de seguridad en el asiento de atrás, junto a su hermana May, que aún era demasiado pequeña para comprender por qué se marchaba papá.

—Dentro de dos semanas, os lo prometo. No más —contestó su padre—. Y cuando regrese, nos iremos todos de vacaciones.

—¿Cuánto tiempo son dos semanas? —preguntó su hijo.

—Catorce días —contestó Hamid con una risa.

—Y catorce noches —indicó su esposa, que dirigió el coche hacia la acera, por debajo del cartel anunciador de Turkish Airlines.

Tocó un botón del panel de instrumentos y el portamaletas se abrió. Hamid bajó del coche, sacó el equipaje y lo dejó sobre la acera, antes de introducirse en el asiento de atrás. Abrazó primero a su hija, y luego a su hijo. May lloraba, pero no porque él se marchara, sino porque siempre se ponía a llorar cuando el coche se detenía de repente. Dejó que el poblado bigote la acariciara; habitualmente, eso era suficiente para detener el flujo de las lágrimas.

—Catorce días —repitió su hijo.

Luego, Hamid abrazó a su esposa y sintió entre ellos la pequeña hinchazón de un tercer hijo.

—Estaremos aquí mismo para recogerte —le dijo Shereen mientras su esposo le daba una propina al mozo que esperaba en la acera.

Una vez comprobadas sus seis cajas vacías, Hamid desapareció en la terminal y se dirigió hacia el mostrador de la Turkish Airlines. Puesto que tomaba el mismo vuelo dos veces al año, no necesitó preguntar la dirección a la señorita que atendía el mostrador de billetes.

Tras haber conseguido la tarjeta de embarque, a Hamid todavía le quedaba una hora de tiempo antes de poder subir al avión. Empezó a pasear lentamente por la sala B27. Siempre era la misma, y el avión de la Turkish Airlines estaría aparcado como a medio camino de regreso hacia Manhattan. Al pasar junto al mostrador de la Pan Am, en la sala B5, observó que ellos despegarían una hora antes que él, un privilegio para todos aquellos que estuvieran dispuestos a pagar los sesenta y tres dólares extra que costaba el billete.

Cuando llegó a la zona de comprobación de pasajeros, una azafata de la Turkish Airlines deslizaba sobre un tablero el cartel para el vuelo 014, Nueva York-Londres-Estambul, cuya hora de partida aproximada era las 10.10.

Los asientos empezaban a ser ocupados por el habitual grupo de pasajeros cosmopolitas: turcos que regresaban a casa para visitar a sus familias, estadounidenses que iban de vacaciones y que se habían preocupado por ahorrarse sesenta y tres dólares, y hombres de negocios cuyos gastos eran estrechamente vigilados por contables tacaños.

Hamid se dirigió hacia el bar restaurante y pidió un café con dos huevos fritos poco hechos y carne picada.

Aquellas eran las pequeñas cosas que le recordaban diariamente su recién encontrada libertad, y lo mucho que le debía a Estados Unidos.

—Se ruega a los pasajeros que viajen a Estambul con niños pequeños suban al avión —dijo la azafata por el altavoz.

Hamid se tragó el último bocado de la carne picada (todavía no se había acostumbrado al hábito estadounidense de cubrirlo todo con *ketchup*), y tomó un sorbo final del flojo café, sin

gusto. Ya se sentía impaciente por tomar el espeso y corto café turco, servido en pequeñas tazas de porcelana china. Pero eso no era más que un diminuto sacrificio si se comparaba con el privilegio de vivir en un país libre. Pagó la cuenta y dejó un dólar de propina sobre la pequeña bandeja metálica.

—Se ruega a los pasajeros de las filas treinta y cinco a cuarenta y uno que suban al avión.

Hamid tomó el maletín y se dirigió hacia el pasillo, que conducía al vuelo 014. Un empleado de la Turkish Airlines comprobó su tarjeta de embarque y le franqueó el paso.

Se le había asignado un asiento en el pasillo, cerca de la parte posterior de la clase económica. Diez viajes más, se dijo a sí mismo, y volaría en clase business de la Pan Am. Para entonces ya podría permitírselo.

Siempre, cuando las ruedas de su avión se elevaban del suelo, Hamid miraba por la ventanilla y observaba a su país de adopción que se alejaba rápidamente de la vista. En esos momentos, por su mente cruzaban siempre los mismos pensamientos.

Habían transcurrido casi cinco años desde que Saddam Hussein le despidiera del gobierno iraquí, después de haber desempeñado el puesto de ministro de Agricultura durante solo dos años. Las cosechas de trigo habían sido pobres en otoño y el pueblo iraquí terminó con raciones bastante cortas después de que el Ejército del Pueblo recibiera su parte y los intermediarios la suya. Alguien tenía que cargar con la culpa, y el chivo expiatorio más evidente era el ministro de Agricultura.

El padre de Hamid, comerciante de alfombras, siempre había deseado que se uniera al negocio familiar y, antes de morir, incluso le había advertido que no aceptara el puesto en Agricultura, ya que los tres ministros anteriores fueron primero despedidos, y luego se les dio por desaparecidos, y en Irak todo el mundo sabía lo que realmente significaba «desaparecido». A pesar de todo, Hamid aceptó el puesto. La cosecha del primer año fue abundante. Después de eso, se convenció a sí mismo de que Agricultura no era más que un trampolín para otras cosas más grandes. De cualquier modo, ¿acaso no le había descrito el propio Saddam ante todo el Consejo de Mando Revolucionario como «mi buen y querido amigo»? A los treinta y dos años uno todavía tiene la tendencia a creerse inmortal.

El padre de Hamid había demostrado tener razón, y fue precisamente el único y verdadero amigo de Hamid el que le ayudó a escapar. Los amigos suelen fundirse como la nieve bajo el sol de la mañana cuando este presidente en particular le destituye a uno.

Durante el tiempo que formó parte del gobierno, la única precaución que tomó Hamid fue la de retirar cada semana de su cuenta bancaria un poco más de dinero del que realmente necesitaba. Luego, cambiaba ese dinero extra en dólares estadounidenses a un cambiata callejero, para lo que utilizaba siempre a personas diferentes; además, nunca cambiaba cantidades lo bastante importantes como para despertar sospechas.

En Irak, todo el mundo era un espía.

El mismo día en que fue destituido, comprobó cuánto dinero tenía guardado bajo el colchón. Había un total de once mil doscientos veintiún dólares estadounidenses.

Al jueves siguiente, día en que empieza el fin de semana en Bagdad, él y su esposa embarazada tomaron el autobús a Erbil. Dejó el Mercedes visiblemente aparcado en el camino de acceso a su gran casa, en los suburbios residenciales, y no llevaron consigo equipaje alguno; simplemente, dos pasaportes, el rollo de dólares oculto entre las holgadas ropas de su esposa y unos pocos dinares iraquíes para llegar lo antes posible a la frontera.

A nadie se les ocurriría buscarlos en un autobús que viajaba hacia Erbil.

Una vez que llegaron a Erbil, Hamid y su esposa tomaron un taxi hasta Sulaimaniya, y emplearon los dinares que les quedaban para pagar al taxista. Pasaron la noche en un pequeño hotel, lejos del centro de la ciudad. Ninguno de los dos logró dormir, mientras esperaban a que saliera el sol del nuevo día y brillara a través de la ventana sin cortinas.

Al día siguiente, otro autobús los llevó hasta las altas colinas del Kurdistán, y llegaron a Zakko a primera hora de la noche.

La parte final del viaje fue la más lenta. Fueron llevados a través de las montañas en mulas, lo que les costó doscientos dólares, ya que el joven contrabandista kurdo no demostró el menor interés por los dinares iraquíes. Dejó sanos y salvos al antiguo ministro del gobierno y a su esposa al otro lado de la frontera, para que realizaran a pie el trayecto hasta el pueblo más cercano, ya en territorio turco. Llegaron a Kirmizi Renga aquella misma noche, que también pasaron sin dormir apenas en la estación local, a la espera del primer tren que partiera hacia Estambul.

Hamid y Shereen durmieron durante todo el largo trayecto en tren hasta la capital turca, y despertaron a la mañana siguiente, convertidos ya en refugiados. La primera visita que hizo Hamid en la ciudad fue al Banco Iz, donde ingresó diez mil ochocientos dólares. La siguiente fue a la embajada estadounidense, donde entregó su pasaporte diplomático y solicitó asilo político. En cierta ocasión su padre le había comentado que un ministro recién destituido del gobierno de Irak siempre era un buen pez para los estadounidenses.

La embajada se ocupó de disponer alojamiento para Hamid y su esposa, en un hotel de primera clase, e informó inmediatamente a Washington del golpe de suerte que habían tenido. Prometieron a Hamid que se pondrían en contacto con él lo más pronto posible, pero no le ofrecieron la menor indicación de cuánto tiempo podrían tardar. Decidió emplear ese tiempo para visitar los bazares de alfombras de la parte sur de la ciudad, que en otros tiempos habían sido tan frecuentados por su padre.

Muchos de los comerciantes recordaban al padre de Hamid, un hombre honesto, al que le gustaba regatear y tomar grandes cantidades de café, y que a menudo les había hablado de su hijo, que se había metido en política. Se mostraron complacidos de conocerle, sobre todo cuando supieron lo que tenía la intención de hacer una vez que se instalara en Estados Unidos.

A los Zebari se les concedieron visados estadounidenses al cabo de una semana, y se les trasladó en avión a Washington, con gastos pagados por el gobierno, lo que incluía un cargo por exceso de equipaje debido a las veintitrés alfombras turcas que llevaron con ellos.

Después de cinco días de intensos interrogatorios por parte de la CIA, a Hamid le dieron las gracias por su cooperación y la útil información que había suministrado. A continuación, se le dejó en libertad para que iniciara su nueva vida en Estados Unidos. Él, su esposa embarazada y las veintitrés alfombras subieron a un tren con destino a Nueva York.

Hamid tardó seis semanas en encontrar la tienda adecuada, en el Lower East Side de Manhattan, desde donde vender sus alfombras. Una vez firmado el contrato por cinco años, Shereen se puso inmediatamente a pintar su nuevo nombre anglicanizado sobre la puerta.

Hamid no vendió su primera alfombra hasta después de transcurridos otros tres meses, y para entonces ya habían desaparecido sus escasos ahorros.

Pero al final del primer año ya había logrado vender dieciséis de las veintitrés alfombras, y se dio cuenta de que pronto tendría que viajar de nuevo a Estambul para reponer su stock.

Habían transcurrido cuatro años desde entonces y, recientemente, los Zebari se habían trasladado a un establecimiento más grande en el West Side, con un pequeño apartamento situado encima de la tienda.

Hamid no dejaba de decirle a su esposa que aquello no era más que el principio, y que en Estados Unidos todo era posible. Ahora se consideraba un ciudadano estadounidense plenamente integrado, y no solo debido al mimado pasaporte azul que confirmaba su estatus.

Aceptó que jamás podría regresar a su país natal mientras Saddam siguiera gobernándolo. Su hogar y sus posesiones ya hacía tiempo que fueron requisadas por el Estado iraquí, y se le había condenado a muerte en su ausencia. Dudaba mucho de poder volver a ver Bagdad.

Después de la escala en Londres, el avión aterrizó en el aeropuerto Ataturk de Estambul,

unos pocos minutos antes de lo previsto. Hamid se alojó en el pequeño hotel que solía utilizar y planificó la mejor forma de emplear su tiempo durante las dos próximas semanas. Se sentía feliz de estar de nuevo entre el ajeteo de la capital turca.

Había un total de treinta y un comerciantes a los que deseaba visitar, porque en esta ocasión esperaba regresar a Nueva York con por lo menos sesenta alfombras. Eso exigiría pasarse catorce días bebiendo espeso café turco, así como muchas horas de regateo, ya que el precio inicial de cualquier comerciante sería por lo menos tres veces superior a lo que Hamid estaba dispuesto a pagar, o a lo que el comerciante esperaba recibir en realidad. Pero no había forma humana de acortar el largo proceso del regateo, algo de lo que Hamid disfrutaba en el fondo, como lo había disfrutado su padre.

Al término de los catorce días había adquirido cincuenta y siete alfombras, con un coste algo superior a los veintiún mil dólares. Había llevado buen cuidado de elegir únicamente aquellas alfombras que serían buscadas por los más perspicaces neoyorquinos, y confiaba en que la venta completa del lote le permitiera ganar casi cien mil dólares. Había tenido tanto éxito en su viaje, que Hamid tuvo la impresión de que podía permitirse el lujo de tomar el avión de la Pan Am, que partía antes de regreso a Nueva York. Al fin y al cabo, se había más que ganado aquellos sesenta y tres dólares extra durante el transcurso de su viaje.

Ya antes de que despegara el avión esperaba con anhelo volver a ver a Shereen y a los niños, y la azafata, con su pronunciado acento neoyorquino, no hizo sino aumentar la sensación de encontrarse ya en casa.

Después de servido el almuerzo, y como no quería ver la película, Hamid dormitó y soñó con lo que, andando el tiempo, podría conseguir en Estados Unidos. Quizá su hijo decidiera actuar en política. ¿Estaría preparado el país para tener un presidente de origen iraquí en el año 2025? Sonrió solo de pensarlo y, satisfecho, se sumió en un profundo sueño.

—Damas y caballeros —resonó de pronto una profunda voz sureña a través de los altavoces—, les habla el capitán. Siento mucho tener que interrumpir la película o a aquellos de ustedes que estén descansando, pero se nos ha presentado un pequeño problema en un motor del ala de estribor. Nada de lo que preocuparnos, pero las reglas de la Autoridad Federal de Aviación insisten en que en tales casos se aterrice en el aeropuerto más cercano y se resuelva el problema antes de continuar nuestro viaje. No deberíamos tardar más de una hora, como máximo, y luego reanudaremos el viaje. Pueden estar seguros de que intentaremos recuperar todo el tiempo que podamos. —Hamid se despertó de repente—. No desembarcaremos del avión en ningún momento, puesto que se trata de un vuelo sin escalas. No obstante, una vez que regresen a casa podrán decir que han visitado Bagdad.

Hamid sintió que todo su cuerpo se quedaba flácido.

Luego, su cabeza se balanceó hacia delante. La azafata acudió presurosa a su lado.

—¿Se encuentra bien, señor? —le preguntó.

Levantó la cabeza y la miró a los ojos.

—Debo ver al capitán inmediatamente.

Inmediatamente.

La azafata no abrigó la menor duda en cuanto a la ansiedad del pasajero y le condujo rápidamente en dirección a la escalera en espiral que permitía el acceso a la cabina de primera y a la cubierta de vuelo.

Llamó a la puerta de la cabina, la abrió y dijo:

—Capitán, uno de los pasajeros necesita hablar con usted urgentemente.

—Hágale pasar —dijo la voz sureña. El capitán se volvió para encontrarse con Hamid, que ahora temblaba incontrolablemente—. ¿En qué puedo ayudarle, señor? —le preguntó.

—Soy Hamid Zebari, ciudadano estadounidense —empezó a decir—. Si aterriza usted en Bagdad seré detenido, torturado y ejecutado. —Las palabras le salieron a trompicones—. Soy

un refugiado político, y tiene que comprender que el régimen no dudará en matarme.

El capitán solo necesitó echarle un vistazo a Hamid para darse cuenta de que no exageraba.

—Toma los mandos, Jim —le dijo al copiloto—, mientras yo hablo con el señor Zebari. Llámame en cuanto nos hayan concedido permiso para aterrizar. —Se desabrochó el cinturón de seguridad y condujo a Hamid hacia un rincón vacío de la cabina de primera—. Y ahora, cuéntemelo más despacio —le dijo.

Durante los minutos siguientes, Hamid explicó por qué había tenido que abandonar Bagdad y cómo había llegado a vivir en Estados Unidos. Cuando llegó al final de la historia, el capitán sacudió la cabeza y sonrió.

—No debe tener miedo, señor —le aseguró a Hamid—. Nadie va a tener que abandonar el avión en ningún momento, por lo que los pasaportes de los pasajeros ni siquiera serán controlados. Una vez que se haya reparado la avería del motor, volveremos a despegar y seguiremos nuestro vuelo inmediatamente. ¿Por qué no se queda aquí, en primera clase? De ese modo podrá hablar conmigo en cualquier momento que se sienta ansioso.

¿Hasta qué punto se puede uno sentir ansioso?, se preguntó Hamid mientras el capitán se marchaba para hablar con el copiloto. Empezó a temblar una vez más.

—Les habla de nuevo el capitán, solo para informarles. Se nos ha concedido permiso para aterrizar en Bagdad, de modo que iniciamos el descenso y esperamos aterrizar dentro de veinte minutos. Luego nos dirigiremos al extremo más alejado de la pista, donde esperaremos a los mecánicos. En cuanto se hayan ocupado de nuestro pequeño problema, volveremos a elevarnos y proseguiremos nuestro vuelo.

Un suspiro de alivio colectivo se elevó entre los pasajeros, mientras Hamid se aferraba a los brazos del sillón y deseaba no haber almorzado nada. No dejó de temblar durante los veinte minutos siguientes, y casi se desmayó cuando las ruedas se posaron sobre su tierra natal.

Miró fijamente por la portilla del avión, que pasó ante la terminal que tan bien conocía. Vio a los guardias armados estacionados en el tejado y en las puertas que daban a la pista. Le rezó a Alá, a Jesús y hasta al presidente Reagan.

Durante los quince minutos siguientes el silencio solo se vio interrumpido por el sonido de una camioneta que se acercó sobre la pista y se detuvo bajo el ala de estribor del avión.

Hamid observó, mientras dos mecánicos que llevaban grandes cajas de herramientas bajaron de la camioneta, subieron a una pequeña grúa y fueron izados hasta que estuvieron a la altura del ala. Empezaron a desatornillar las planchas exteriores de uno de los motores. Cuarenta minutos más tarde, volvieron a atornillar las placas y fueron bajados al suelo. Después, la camioneta emprendió el camino de regreso hacia la terminal.

Hamid se sintió aliviado, aunque no exactamente relajado. Esperanzado, se abrochó el cinturón de seguridad. Los latidos de su corazón descendieron desde aproximadamente 180 a unos 110 por minuto, aunque sabía que no recuperarían su ritmo normal hasta que el avión no se hubiera elevado y pudiera estar seguro de que no regresarían. No ocurrió nada durante los siguientes y pocos minutos, y Hamid empezó a sentirse nuevamente angustiado. Luego, se abrió la puerta de la cabina de mando y vio al capitán que se dirigía hacia donde él estaba, con una ceñuda expresión en su rostro.

—Será mejor que se reúna con nosotros en la cubierta de vuelo —le dijo el capitán en un susurro.

Hamid se desabrochó el cinturón y, de algún modo, se las arregló para ponerse en pie. Con paso poco firme, siguió al capitán hacia la cabina de vuelo. Notaba las piernas como si fueran de gelatina. La puerta se cerró tras ellos. El capitán no perdió el tiempo en explicarle la situación.

—Los mecánicos no pueden localizar el problema. El ingeniero jefe no estará desocupado durante por lo menos otra hora, así que se nos ha ordenado que desembarquemos y esperemos en la zona de tránsito hasta que haya terminado el trabajo.

—Preferiría morir en un accidente aéreo —espetó Hamid.

—No se preocupe, señor Zebari. Hemos pensado en una forma de solventar su problema. Le vamos a entregar un uniforme de reserva. Eso le permitirá quedarse con nosotros todo el tiempo y utilizar los servicios de la tripulación. Nadie pedirá ver su pasaporte.

—Pero si alguien me reconoce... —empezó a decir Hamid.

—Una vez que se haya afeitado ese bigote y que se ponga un uniforme de oficial de vuelo, gafas oscuras y una gorra de plato, ni su propia madre lo reconocería.

Con ayuda de las tijeras, espuma de afeitado y una navaja, Hamid se afeitó el poblado bigote del que se había sentido tan orgulloso, y dejó al descubierto un labio superior que tenía un aspecto tan pálido como una bola de helado de vainilla. La principal azafata de vuelo le aplicó a la piel algo de su propio maquillaje, hasta que la mancha blanca se mezcló con el resto del color de su rostro. Hamid seguía sin mostrarse convencido, pero después de ponerse el uniforme de piloto y de mirarse en el espejo del lavabo, tuvo que admitir que sería realmente notable si alguien lograba reconocerle.

Los pasajeros fueron los primeros en abandonar el avión, y un autobús del aeropuerto los trasladó a la terminal principal. Luego, una pequeña camioneta de tránsito acudió para recoger a la tripulación, que abandonó el aparato en grupo y protegió a Hamid asegurándose de tenerlo rodeado en todo momento.

Hamid se puso más y más nervioso a cada metro que la camioneta avanzaba hacia la terminal.

Cuando entraron en el edificio, la guardia de seguridad no demostró ningún interés particular por la tripulación, y se les dejó a solas para que se acomodaran en los bancos de madera de una sala con paredes blancas. La única decoración era un enorme retrato de Saddam Hussein, en pleno uniforme, llevando un Kalashnikov. Hamid no consiguió reunir el valor necesario para mirar la fotografía de su «buen y querido amigo».

Otra tripulación estaba sentada en la sala, a la espera de subir a su avión, pero Hamid se sentía demasiado asustado como para iniciar una conversación con alguno de ellos.

—Son franceses —le dijo una de las azafatas de vuelo—. Voy a descubrir si mis clases nocturnas han valido la pena.

Se sentó en el asiento vacío junto al capitán del avión francés y probó con una sencilla pregunta inicial.

El capitán francés le decía que estaban a punto de despegar para Singapur, vía Nueva Delhi, cuando Hamid lo vio: Saad Al-Takriti, en otro tiempo miembro de la guardia personal de Saddam, que entró en la sala.

A juzgar por la insignia que mostraba en el hombro, ahora parecía estar a cargo de la seguridad del aeropuerto.

El capitán tocó a Hamid en el hombro y este estuvo a punto de pegar un salto de sorpresa.

—Está bien, está bien, no pasa nada. Solo pensé que le gustaría saber que el ingeniero jefe se dirige en estos momentos al avión, así que ya no tardaremos mucho tiempo.

Hamid miró más allá del avión de Air France, y observó una camioneta que se detenía bajo el ala de estribor del avión de la Pan Am. Un hombre vestido con un mono azul bajó del vehículo y fue subido en una pequeña grúa.

Hamid se levantó para mirar más de cerca y en el momento en que lo hacía Saad Al-Takriti volvió a entrar en la sala. Se detuvo en seco, y los dos hombres se miraron brevemente el uno al otro, antes de que Hamid volviera a ocupar rápidamente su puesto junto al capitán. Al-Takriti desapareció en una estancia lateral en cuya puerta aparecía un letrero que indicaba:

PROHIBIDA LA ENTRADA

—Creo que me ha reconocido —dijo Hamid. El maquillaje se le empezó a correr por los labios. El capitán se inclinó hacia la jefa de azafatas e interrumpió su charla con el capitán

francés. Ella escuchó las instrucciones de su jefe y luego probó a hacer una pregunta algo más complicada al francés.

Saad al-Takriti salió del despacho y empezó a caminar directamente hacia el capitán estadounidense.

Por un momento, Hamid creyó que iba a desmayarse.

Sin mirar siquiera a Hamid, Al-Takriti espetó:

—Capitán, le exijo que me muestre su declaración, el número de tripulantes que lleva a bordo y sus pasaportes.

—Mi copiloto tiene todos los pasaportes —contestó el capitán—. Me ocuparé de que se los entregue.

—Gracias —dijo Al-Takriti—. Una vez que los haya recogido los llevará a mi despacho, para que pueda comprobar cada uno de ellos. Mientras tanto, le ruego que pida a su tripulación que permanezca aquí. Bajo ninguna circunstancia deben abandonar el edificio sin mi permiso.

El capitán se levantó del asiento, se dirigió lentamente hacia donde estaba sentado el copiloto y le pidió los pasaportes. Luego, le dio una orden que lo pilló por sorpresa. A continuación, el capitán tomó los pasaportes y los llevó al despacho de seguridad, al mismo tiempo que un autobús se detenía fuera de la zona de tránsito para transportar a su avión a la tripulación francesa.

Saad Al-Takriti colocó los catorce pasaportes delante de él, sobre la mesa. Pareció complacerse en comprobar lentamente cada uno de ellos. Una vez que hubo terminado la tarea, anunció con burlona sorpresa:

—Creo, capitán, que conté quince tripulantes con uniformes de la Pan Am.

—Tiene que haberse equivocado —dijo el capitán—. Solo somos catorce.

—En ese caso, tendré que hacer una comprobación más detallada, ¿no le parece, capitán? Le ruego que devuelva estos documentos a sus propietarios. Si hubiera alguien que no estuviera en posesión de un pasaporte, tendrá que presentarse ante mí, naturalmente.

—Eso contraviene las reglas internacionales —dijo el capitán—, como estoy seguro de que sabe muy bien.

Estamos en tránsito y, por lo tanto, bajo la Resolución 238 de las Naciones Unidas, y no nos encontramos legalmente en su país.

—Ahórrese las palabras, capitán. En Irak no sirven de nada las resoluciones de las Naciones Unidas. Y, tal como usted mismo ha señalado correctamente, por lo que a nosotros se refiere ni siquiera se encuentran ustedes legalmente en nuestro país.

El capitán se dio cuenta de que perdía el tiempo y que no podía fanfarronear más. Recogió los pasaportes tan lentamente como pudo y dejó que Al-Takriti le condujera de regreso a la sala. Al entrar, los miembros de la tripulación de la Pan Am, que hasta entonces habían estado sentados en distintos bancos, se levantaron de repente y empezaron a caminar de un lado a otro, a cambiar continuamente de dirección, al mismo tiempo que hablaban en tonos altos.

—Díales que se sienten —siseó Al-Takriti, mientras la tripulación zigzagueaba adelante y atrás, por la sala.

—¿Qué ha dicho? —preguntó el capitán llevándose una mano a la oreja.

—¡Díales que se sienten! —gritó Al-Takriti.

El capitán dio una orden sin mucha convicción y pocos momentos más tarde todos se habían vuelto a sentar, aunque siguieron hablando en voz muy alta entre sí.

—¡Y díales que se callen!

El capitán se movió lentamente por entre los bancos de la sala, y pidió a su tripulación, uno por uno, que bajaran la voz.

La mirada de Al-Takriti recorrió los bancos de la sala, mientras el capitán miraba hacia el asfalto y observaba el avión francés, que se dirigía hacia el extremo de la pista.

Al-Takriti empezó a contar y se sintió molesto al descubrir que en la sala solo había catorce miembros de la tripulación del avión de la Pan Am. Se volvió a mirar enojado por el resto de la sala, y luego, rápidamente, volvió a efectuar una comprobación.

—Parece que los catorce están presentes —dijo el capitán una vez que hubo terminado de entregar los pasaportes a cada uno de los miembros de su tripulación.

—¿Dónde está el hombre que se hallaba sentado a su lado? —preguntó Al-Takriti, que señaló al capitán con un dedo.

—¿Se refiere a mi primer oficial?

—No. Al que tenía aspecto de árabe.

—No hay árabes en mi tripulación —le aseguró el capitán. Al-Takriti se acercó a la jefa de azafatas.

—Estaba sentado a su lado. En su labio superior había maquillaje que empezaba a correrse.

—El capitán del avión francés estaba sentado a mi lado —dijo la jefa de azafatas, que inmediatamente se dio cuenta de su error.

Saad Al-Takriti se volvió a mirar por el ventanal y vio al avión de Air France, que en ese momento se encontraba en el extremo de la pista, preparado ya para despegar. Apretó un botón de su teléfono portátil en el momento en que los motores del avión empezaban a rugir, y ladró unas órdenes en su lengua natal. El capitán no necesitó hablar árabe para comprender los aspectos esenciales de lo que dijo.

Ahora, la tripulación estadounidense se había levantado y todos miraban el avión francés, como si desearan que despegara, mientras la voz de Al-Takriti se elevaba a cada palabra que pronunciaba.

El 747 de Air France inició su avance por la pista y poco a poco fue cobrando impulso. Saad Al-Takriti maldijo en voz alta, luego salió corriendo del edificio y saltó a un *jeep* que esperaba. Señaló con el dedo hacia el avión y ordenó al conductor que lo persiguiera. El *jeep* salió disparado y aceleró a medida que se abría paso por entre los aviones aparcados. Cuando llegó a la pista debía de ir a ciento cuarenta kilómetros por hora y a lo largo de unos cien metros corrió en sentido paralelo al avión francés, con Al-Takriti puesto en pie sobre el asiento delantero, aferrado al parabrisas, sin dejar de blandir el puño hacia la cabina.

El capitán francés le dirigió un saludo crispado y en el momento en que las ruedas del 747 se elevaron en el aire, un grito de júbilo resonó en la sala de tránsito.

El capitán estadounidense sonrió y se volvió a su jefa de azafatas.

—Eso no hace sino demostrar mi teoría de que los franceses serían capaces de cualquier cosa con tal de conseguir un nuevo pasajero.

Seis horas más tarde, Hamid Zebari aterrizó en Nueva Delhi, y telefoneó inmediatamente a su esposa para comunicarle lo que había sucedido. A primera hora de la mañana siguiente, la Pan Am lo llevó de regreso a Nueva York... en primera clase. Cuando Hamid salió de la terminal del aeropuerto, su esposa saltó del coche y le rodeó con sus brazos.

Nadim bajó la ventanilla y declaró:

—Te equivocaste, papá. Dos semanas resulta que son quince días.

Hamid miró sonriente a su hijo, pero su hija empezó a llorar y esta vez no porque el coche se hubiera detenido, sino solo porque se sentía aterrorizada al ver que su madre abrazaba a un completo extraño.

Visión del chunel

Cada vez que estoy en Nueva York intento cenar con un viejo amigo mío llamado Duncan McPherson. Somos opuestos y, naturalmente, nos atraemos. De hecho, Duncan y yo solo tenemos una cosa en común: ambos somos escritores. Pero incluso en eso hay una diferencia, porque él está especializado en guiones, que escribe en los tiempos muertos entre sus artículos ocasionales para *Newsweek* y *New Yorker*, mientras que yo prefiero las novelas y las historias cortas.

Una de las muchas diferencias entre nosotros es que yo llevo casado veintiocho años con la misma mujer, mientras que Duncan parece tener una mujer diferente cada vez que llego de visita a Nueva York, lo que no es mal récord, sobre todo teniendo en cuenta que suelo hacer un par de viajes al año. Las mujeres son siempre atractivas, vivas, brillantes y con diversos niveles de intensidad, lo que depende de la fase en que se encuentre la relación. En el pasado estuve presente en la fase inicial (muy física) y en la intermedia (empezaba el enfriamiento), pero este viaje ha sido la primera vez que he experimentado la fase final.

Llamé a Duncan desde mi hotel en la Quinta Avenida para decirle que estaba en la ciudad para promocionar mi nueva novela y él me invitó a cenar la noche siguiente. Supuse que, como en el pasado, sería en su apartamento. Otra característica opuesta: a diferencia de lo que me sucede a mí, él es un cocinero extraordinario.

—Ya estoy impaciente por verte —dijo—. Por fin se me ha ocurrido una idea para una novela y deseo contarte el argumento.

—Encantado —le dije—. Espero oírlo todo mañana por la noche. Y, si me permites preguntar... —vacilé.

—Christabel —dijo él.

—Christabel —repetí yo al tiempo que hacía un intento por recordar si había llegado a conocerla.

—Pero no hay necesidad de que recuerdes nada sobre ella —se apresuró a añadir—, porque está a punto de recibir el pasaporte, por emplear una de nuestras expresiones más genuinas. Acabo de conocer a una nueva... Karen. Es absolutamente sensacional. La adorarás.

No me pareció el momento apropiado para indicarle a Duncan que las había adorado a todas. Me limitaba a preguntarle cuál de ellas nos acompañaría probablemente durante la cena.

—Depende de que Christabel haya terminado o no de recoger sus cosas —replicó Duncan—. Si ya ha terminado, será Karen. Todavía no nos hemos acostado juntos, y lo había planeado precisamente para mañana por la noche. Pero, puesto que estás en la ciudad, tendré que retrasarlo.

Me eché a reír.

—Yo podría esperar —le aseguré—. Al fin y al cabo, estaré aquí por lo menos durante una semana.

—No, no, de ningún modo. Tengo que contarte mi idea para una novela. Eso es mucho más importante. Así que ¿por qué no vienes a verme mañana por la noche? ¿Te parece bien a las siete y media?

Antes de salir del hotel, envolví un ejemplar de mi último libro y escribí en el exterior: «Espero que lo disfrutes».

Duncan vive en uno de esos edificios de apartamentos de la Setenta y dos y Park, y aunque he estado allí muchas veces, siempre tardo unos pocos minutos en localizar la entrada del edificio. Lo mismo que las amigas de Duncan, el portero también parecía cambiar a cada nuevo viaje.

El nuevo portero emitió un gruñido cuando le di mi nombre, y luego me dirigió hacia el ascensor, en el lado más alejado del vestíbulo. Deslicé la puerta corredera enrejada y apreté el botón del piso catorce. Era uno de esos pisos altos que no puede describirse como un ático, ni siquiera por parte del más imaginativo de los agentes inmobiliarios.

Abrí la puerta y salí al rellano, mientras me esforzaba por ensayar las sonrisas adecuadas: de despedida para Christabel, de bienvenida para Karen. Al acercarme a la puerta de Duncan escuché unas voces de tono elevado, lo que no deja de ser una forma suave de decirlo. Seamos francos y admitámoslo: ambos se gritaban el uno al otro con toda la potencia de sus voces.

Llegué a la conclusión de que eso tenía que ser el final de Christabel, y no el principio de Karen.

Ya llegaba con varios minutos de retraso, así que no había forma de esperar más. Apreté el timbre de la puerta y, ante mi alivio, las voces se acallaron inmediatamente. Duncan abrió la puerta, y aunque tenía las mejillas encendidas por la cólera, se las arregló para dirigirme una sonrisa natural. Lo que me recuerda que he olvidado hablarles de algunas otras cosas opuestas entre nosotros: el condenado hombre tiene una enorme mata de pelo ensortijado y oscuro, de aspecto juvenil, los rasgos acentuados de sus antepasados irlandeses, y la constitución de un campeón de tenis.

—Pasa —me dijo—. A propósito, esta es Christabel... si es que no lo has imaginado ya.

No soy por naturaleza un hombre a quien le gustan las personas abandonadas por otras, pero debo confesar que me habría sentido feliz de hacer una excepción con Christabel. Tenía un rostro ovalado, unos profundos ojos azules y una sonrisa angelical. También se la veía muy agraciada con ese exquisito cabello rubio del que solo están dotadas las razas nórdicas, y con el tipo de figura del que obtienen sus beneficios los anuncios de adelgazantes. Llevaba un suéter de cachemira y unos ajustados pantalones blancos que dejaban bien poco al arbitrio de la imaginación.

Christabel me estrechó la mano y se disculpó por parecer un poco desaseada.

—Llevo toda la tarde preparando las maletas —explicó.

La prueba de sus trabajos estaba bien a la vista: tres grandes maletas y dos cajas de cartón llenas de libros, todo ello apilado junto a la puerta. Encima de una de las cajas había un ejemplar de una novela de misterio de Dorothy L. Sayers, con una desgarrada sobrecubierta roja.

Empezaba a ser muy consciente de que no habría podido elegir una noche peor para una reunión con mi viejo amigo.

—Me temo que vamos a tener que salir a cenar, para variar —dijo Duncan—. Ha sido... —hizo una pausa antes de terminar la frase—... un día muy ajetreado. No he tenido la oportunidad de comprar nada. Algo que, en realidad, no está mal del todo —añadió—, porque eso me dejará más tiempo para contarte el argumento de mi novela.

—Enhorabuena —dijo Christabel. Me volví hacia ella—. Tu novela ha ocupado el primer puesto en la lista de libros más vendidos del *New York Times*, ¿verdad?

—Sí, enhorabuena —dijo Duncan—. Todavía no he tenido tiempo de leerla, así que no me cuentas nada del argumento.

—No estaba a la venta en Bosnia —añadió con una risa.

Le entregué mi pequeño obsequio.

—Gracias —dijo, y lo dejó sobre la mesa del salón—. Ya estoy impaciente por leerla.

—Yo ya la he leído —dijo Christabel.

Duncan se mordió el labio.

—Vámonos —dijo.

Estaba a punto de darse la vuelta para despedirse de Christabel cuando ella me preguntó:

—¿Te importaría que fuera con vosotros? Me muero de hambre y, como dice Duncan, no

hay absolutamente nada en la nevera.

Me di cuenta de que Duncan se disponía a protestar, pero para entonces Christabel ya había pasado a su lado y estaba en el pasillo, desde donde continuaba hacia el ascensor.

—Podemos caminar hasta el restaurante —dijo Duncan una vez que llegamos al vestíbulo del edificio.

Solo los californianos necesitan un coche para recorrer una manzana.

Mientras caminábamos hacia el oeste, por la Setenta y dos, Duncan me dijo que había elegido llevarme a un nuevo restaurante francés.

Me dispuse a protestar, no porque realmente me importara la ornamentada comida francesa, sino porque conocía las impredecibles circunstancias pecuniarias de Duncan. A veces, nadaba en la abundancia, mientras que otras veces estaba en la más absoluta bancarrota.

Confíe en que hubiera recibido un anticipo por la novela.

—Normalmente, no me habría preocupado, como tú —dijo él—. Pero acaba de inaugurarse y el *New York Times* le ha hecho una crítica magnífica. En cualquier caso, siempre que voy a Londres me atiendes «a lo regio» —añadió en lo que se imaginaba debía de ser un acento inglés.

Era una de esas noches frías que hacen que sea tan agradable caminar por Nueva York y disfruté del paseo a lo largo de la calle Setenta y dos, mientras Duncan empezaba a hablarme de su reciente viaje a Bosnia.

—Has tenido suerte de encontrarme en Nueva York —me aseguró—. Prácticamente acabo de regresar después de haber estado encerrado durante tres meses en ese maldito lugar.

—Sí, lo sé. Durante el vuelo leí tu artículo en *Newsweek* le dije.

Pasé a contarle lo fascinado que me había sentido ante su evidencia de que un grupo de soldados de las Naciones Unidas había establecido su propia red clandestina y no parecían tener el menor escrúpulo en operar un mercado negro ilegal en el país en que estuvieran estacionados.

—Sí, eso causó una cierta agitación en las Naciones Unidas admitió Duncan. El *New York Times* y el *Washington Post* han seguido la historia con detalles sobre los principales culpables, pero sin preocuparse por darme a mí crédito alguno por haber realizado la investigación original, claro.

Me volví para ver si Christabel seguía con nosotros.

Parecía sumida en profundos pensamientos y caminaba rezagada, a pocos pasos por detrás de nosotros. Le dirigí una sonrisa con la que esperaba transmitirle la idea de que Duncan era un estúpido y ella fantástica, pero no recibí respuesta alguna.

Unos pocos metros más adelante distinguí el aleteo de una bandera roja y dorada, agitada por la brisa, perteneciente a algo llamado Le Manoir. Se me cayó el alma a los pies. Siempre he preferido la comida sencilla y hace mucho tiempo que considero la pretenciosa cocina francesa como uno de los grandes timos de los años ochenta, algo que tendría que ser superado por los años noventa, si es que no pasaba a formar parte de la historia culinaria.

Duncan nos hizo descender por un corto camino pavimentado de una forma disparatada, pasar por una pesada puerta de roble y entrar en un restaurante brillantemente iluminado. Un solo vistazo por el gran comedor excesivamente decorado no hizo sino confirmar mis peores temores. El *maître* se adelantó hacia nosotros y dijo:

—Buenas noches, *monsieur*.

—Buenas noches —replicó Duncan—. He reservado una mesa a nombre de McPherson.

El *maître* comprobó una larga lista de reservas.

—Ah, sí, una mesa para dos.

Christabel hizo un mohín, pero no por ello dejó de parecer menos hermosa.

—¿Puede ser para tres? —preguntó mi anfitrión con no mucha convicción.

—Desde luego, señor. Permítame indicarle su mesa.

Nos condujo a través de un comedor ya bastante lleno hasta un pequeño nicho en un rincón, donde había una mesa preparada solo para dos.

Un solo vistazo al mantel, los macizos platos floreados con Le Manoir pintado en carmesí sobre ellos, y el ramillete de lirios en el centro de la mesa, me hicieron sentir todavía más culpable por lo que le había permitido hacer a Duncan. Un camarero, vestido con camisa blanca de cuello abierto, pantalones negros y chaleco negro, con Le Manoir bordado en rojo sobre el bolsillo superior, se apresuró a traer una silla para Christabel, mientras otro se encargaba de instalarle hábilmente un servicio sobre la mesa.

Un tercer camarero apareció junto a Duncan y preguntó si deseábamos tomar un aperitivo. Christabel sonrió dulcemente y preguntó si podía tomar una copa de champán. Yo pedí agua Evian y Duncan dijo que tomaría lo mismo.

Durante los pocos minutos siguientes, mientras esperábamos a que nos trajeran los menús, seguimos hablando del viaje de Duncan a Bosnia y el contraste entre raspar hasta la última cucharada de comida de una lata de conservas, metido en un frío agujero y acompañado por el sonido de las balas, y la cena en platos de porcelana china, en un cálido restaurante, con un cuarteto de cuerda que interpretaba a Schubert al fondo.

Otro camarero apareció junto a Duncan y nos entregó tres menús rosados, del tamaño de pequeños carteles. Al observar la lista de platos, Christabel le susurró algo al camarero, que asintió y se retiró casi deslizándose.

Empecé a estudiar el menú más cuidadosamente, inquieto al descubrir que este era uno de esos restaurantes que ofrece la lista de platos con los precios indicados al lado. Intentaba descubrir qué platos podrían ser los más baratos, cuando otra copa de champán fue colocada al lado de Christabel.

Decidí que el consomé sería lo menos caro para empezar, y que eso también cooperaría a mis débiles esfuerzos por perder peso. Los platos principales me dejaron más perplejo, y con mi limitado conocimiento del francés me decidí finalmente por el pato, ya que no pude encontrar nada que dijera *poulet*.

Momentos más tarde, cuando regresó el camarero, detectó de inmediato la copa vacía de Christabel y preguntó:

—¿Desea tomar otra copa de champán, *madame*?

—Sí, por favor —contestó ella con dulzura.

Luego llegó el *maître* para tomarnos el pedido. Pero antes tuvimos que sufrir un suplicio que actualmente cabe esperar en todos los restaurantes franceses del mundo.

—Nuestras especialidades del día —empezó a decir con un acento que no habría impresionado a un actor principal— son para los *hors d'oeuvres*, *gelée de saumon sauvage et caviar impérial en aigre doux*, es decir, lonchas de salmón salvaje y caviar imperial en una delicada gelatina hecha con crema agria y *courgettes* escabechados en vinagre. También tenemos *cuisses de grenouilles à la purée d'herbes à soupe*, *fricassée de chane terelles et racines de persil*, que son ancas de rana rebozadas en un puré de perejil, *fricassée de chanterelles* y raíces de perejil. Como plato principal tenemos escalope de *turbot*, que es un filete escalfado de rodaballo en puré de berros, con *sabayon* de limón y una salsa *Gewürztraminer*. Y, desde luego, se puede recomendar todo lo que aparece en el menú.

Me sentí lleno incluso antes de que hubiera terminado las descripciones.

Christabel parecía estudiar el menú con la debida diligencia. Señaló uno de los platos y el *maître* sonrió aprobadoramente.

Duncan se inclinó hacia mí y me preguntó si había elegido algo.

—Consomé y pato me parecen estupendos para mí —dije sin la menor vacilación.

—Gracias, señor —dijo el *maître*—. ¿Cómo le gustaría el pato? ¿Bien hecho o quizá poco?

—Bien hecho —contesté, ante su evidente desaprobación.

—¿Y *monsieur*? —preguntó volviéndose hacia Duncan.

—Ensalada César y un filete poco hecho.

El *maître* recogió los menús y ya se disponía a volverse cuando Duncan dijo:

—Y ahora deja que te explique mi idea para una novela.

—¿Desea pedir algún vino, señor? —preguntó otro camarero que llevaba un gran libro con tapas de cuero rojo con unas uvas doradas grabadas en la cubierta.

—¿Me permites hacerlo a mí? —sugirió Christabel—. De ese modo no tendrás necesidad de interrumpir tu historia.

Duncan asintió con un gesto de la cabeza y el camarero le tendió a Christabel la carta de vinos. Ella abrió la cubierta de cuero rojo con tanta avidez como si se dispusiera a leer una novela de éxito.

—Quizá te sorprendas —decía Duncan mientras tanto—, porque mi novela se desarrolla en Gran Bretaña. Déjame que empiece por decir que el momento de su publicación es absolutamente vital. Como sabes, un consorcio británico y francés construye actualmente un túnel entre Folkestone y Sangatte, cuya inauguración está prevista que haga la reina Isabel el 6 de mayo de 1994. De hecho, el título de mi novela será Chunnel.

Me sentí horrorizado. Otra copa de champán fue colocada delante de Christabel.

—La historia se inicia en cuatro lugares distintos, con cuatro conjuntos de personajes. Aunque todos pertenecen a grupos de edad, ambientes sociales y países diversos, tienen una cosa en común: todos ellos han reservado asiento en el primer tren de pasajeros que viajará desde Londres a París a través del túnel bajo el Canal.

Experimenté un repentino aguijónazo de culpabilidad, y me pregunté si acaso debería decir algo, pero en ese momento regresó un camarero con una botella de vino blanco, cuya etiqueta Christabel estudió intensamente. Asintió con un gesto y el *sommelier* extrajo el corcho y sirvió un poco en una copa vacía. Un sorbo hizo que la sonrisa volviera al rostro de Christabel. A continuación, el camarero llenó nuestras copas.

—Habrà una familia estadounidense —continuó Duncan—, compuesta por la madre, el padre y dos adolescentes, que hacen su primera visita a Inglaterra; una joven pareja inglesa, que se acaba de casar esa misma mañana y se dispone a iniciar su luna de miel; un millonario griego hecho a sí mismo, y su esposa francesa, que reservó los billetes con un año de antelación, pero que ahora considera la idea de divorciarse, y tres estudiantes.

Duncan se detuvo cuando le pusieron delante la ensalada César y un segundo camarero me presentó una taza de consomé. Miré el plato que había elegido Christabel. Había unas lonchas muy finas de *gravadlax* ahumado, con un poco de caviar en el centro. Ella estrujaba un limón, protegida por la muselina, sobre el contenido del plato.

—Bien —dijo Duncan—. En el primer capítulo es importante que el lector no se dé cuenta de que los estudiantes no están relacionados de ningún modo entre sí, ya que eso se convierte más tarde en un aspecto central de la trama. En el segundo capítulo vemos a los cuatro grupos que se preparan para emprender el viaje. El lector descubre sus motivaciones para desear estar en el tren inaugural, y construyo un poco el historial de cada uno de los personajes implicados.

—¿Qué período de tiempo abarcará la trama? —pregunté con ansiedad, entre cucharadas de consomé.

—Probablemente tres días —contestó Duncan—. El día anterior al viaje, el del mismo viaje y el día posterior. Pero todavía no estoy seguro de eso; es posible que en el borrador final todo suceda el mismo día.

Christabel tomó la botella de vino del cubo de hielo y se llenó la copa antes de que el *sommelier* tuviera tiempo de hacerlo por ella.

—En el capítulo tres —siguió Duncan—, encontramos a los diversos grupos que llegan a la

estación de Waterloo para subir a «la lanzadera». El millonario griego y su esposa francesa son conducidos a sus asientos de primera clase por un miembro del personal, de raza negra, mientras que los demás son dirigidos a segunda clase. Una vez que están todos en el tren, se llevará a cabo, sobre el andén, algún tipo de ceremonia para conmemorar la inauguración del túnel.

Una gran banda de música, fuegos artificiales, el corte de la cinta por la realeza y todo eso. Creo que eso será suficiente para cubrir por lo menos otro capítulo.

Mientras trataba de imaginar la escena y tomaba mi consomé (quizá el restaurante fuera pretencioso, pero la comida, debo admitirlo, era excelente), el *sommelier* llenó mi copa y la de Duncan. Normalmente, no soy muy aficionado al vino blanco, pero tengo que reconocer que ese era realmente excepcional.

Duncan se detuvo para comer y yo dirigí mi atención hacia Christabel, a la que se le sirvió una segunda porción de caviar aparentemente más grande que la primera.

—El capítulo cinco —dijo Duncan— se inicia cuando el tren sale de la estación. Es entonces cuando empieza la verdadera acción. La familia estadounidense disfruta de cada momento del viaje. La joven pareja de recién casados hace el amor en el salón. El millonario tiene otra pelea con su esposa debido a los continuos gastos que ella le ocasiona, y los tres estudiantes se han encontrado por primera vez en el bar. A estas alturas ya se debería empezar a sospechar que no se trata de estudiantes corrientes y que pudieron haberse conocido mucho antes de subir al tren.

Duncan sonrió y continuó con su ensalada. Yo fruncí el ceño.

Christabel me guiñó un ojo, como para indicarme que sabía con exactitud lo que pasaba. Me sentí culpable por haber entrado a formar parte de su conspiración y deseaba decirle a Duncan qué pretendía hacer ella.

—Desde luego, es un argumento fuerte —aventuré a decir mientras el camarero llenaba nuestras copas por tercera vez y, tras haber logrado vaciar la botella, se volvió a mirar a *madame*, que asintió dulcemente—. ¿Has iniciado ya la investigación?

—Sí. La investigación va a ser la clave de este proyecto, y ya he empezado a trabajar en ello —contestó Duncan—. Le escribí a *sir* Alastair Morton, el presidente de Eurotúnel, con papel de carta de *Newsweek*, y desde su despacho me enviaron una caja llena de material. Te puedo decir la longitud completa del túnel, el número de vagones, el diámetro de las ruedas, por qué el tren avanza más rápido en el lado francés que en el británico, y por qué es necesario un ancho de vía diferente a cada lado del Canal...

Me sobresaltó el sonido del corcho al abrirse, y el camarero empezó a servir la segunda botella. ¿Debería decírselo ahora?

—Durante el capítulo seis empieza a desplegarse la trama —dijo Duncan, animado con su tema, mientras uno de los camareros retiraba los platos vacíos y otro recogía unas pocas migajas de pan del mantel, con una pequeña bandeja de plata—. El truco consiste en mantener al lector interesado en los cuatro grupos de personas al mismo tiempo.

Asentí con un gesto, sin decir nada.

—Llegamos entonces al núcleo de la historia, cuando el lector descubre que los estudiantes no son tales, sino terroristas que tienen la intención de secuestrar el tren.

Tres platos, rematados con abovedadas tapaderas de plata, fueron colocados delante de nosotros. Ante un gesto de asentimiento del *maître*, las tres bóvedas fueron elevadas al unísono por los camareros. Sería poco afable por mi parte no admitir que la comida tenía un aspecto realmente magnífico. Me volví para ver qué había elegido Christabel: trufas con foie gras. Me recordaron una pintura de Miró, hasta que ella se apresuró a emborronar el lienzo.

—¿Cuál crees que puede ser la motivación de los terroristas para secuestrar el tren? —preguntó Duncan.

Indudablemente, ese era el momento más adecuado para decírselo pero, una vez más, desistí. Intenté recordar a qué punto de la historia habíamos llegado.

—Eso dependería de que al final quieras que escapen o no —sugerí—. Algo que podría ser realmente difícil, puesto que están atrapados en medio de un túnel, con una fuerza policial que les espera en cada extremo.

El *sommelier* le presentó a Christabel la botella de clarete que había elegido. Tras haber olido apenas el corcho, ella indicó que era aceptable.

—No creo que debieran estar interesados en una recompensa pecuniaria —dijo Duncan—. Deberían ser del IRA, fundamentalistas islámicos, separatistas vascos, o cualquiera de los otros grupos terroristas que hayan ocupado últimamente los titulares de la prensa.

Tomé un sorbo de vino. Era aterciopelado. Solo en una ocasión anterior había probado una cosecha tan buena, en casa de un amigo que poseía una bodega de vinos viejos adquirida con dinero nuevo. Fue un sabor que me quedó fijado en la memoria.

—En el capítulo siete me he encontrado con un obstáculo —continuó Duncan, totalmente enfrascado en su tema—. Uno de los terroristas tiene que entrar en contacto de algún modo con la pareja de recién casados, o al menos con el chico. —Hizo una pausa antes de proseguir—. Debería haberte dicho antes que en la parte de presentación de los personajes, al principio del libro, uno de los estudiantes resulta ser un solitario, mientras que los otros dos, un hombre y una mujer, llevan viviendo juntos desde hace algún tiempo. —Empezó a cortar el filete—. Lo que me preocupa es cómo poner en contacto al terrorista solitario con el novio. ¿Se te ocurre alguna idea?

—Eso no debería ser muy difícil —contesté—. Cuentas con el vagón restaurante, el bar, los vagones, los pasillos, por no mencionar a un miembro negro del personal, el resto del personal y los salones.

—Sí, pero tiene que parecer natural —dijo Duncan, como si estuviera sumido en profundos pensamientos.

El alma se me cayó a los pies cuando observé que retiraban el plato vacío de Christabel, a pesar de que Duncan y yo apenas habíamos empezado a tocar nuestros platos.

—El capítulo termina cuando el tren se detiene de pronto, aproximadamente en medio del túnel —dijo Duncan, que se quedó como si mirara en la distancia, sin ver.

—Pero ¿cómo? ¿Y por qué? —pregunté.

—Esa es la cuestión. Se trata de una falsa alarma. Bastante inocente. El hijo menor de la familia estadounidense, que se llama Ben, tira del freno de emergencia mientras está sentado en el lavabo. Se trata de un lavabo de tecnología tan avanzada, que lo confunde por la cadena.

Empezaba a considerar esa idea como plausible, cuando delante de Christabel fue colocado un plato de pechuga de codorniz sobre un fondant de patatas, con una guarnición de beicon ahumado. Ella no perdió tiempo en atacar el ave.

Duncan se detuvo para tomar un sorbo de vino.

Tuve la sensación de que tenía que decírselo ya, pero antes de que tuviera la oportunidad de decir nada, él continuó.

—Bien —dijo—. Capítulo ocho. El tren se ha detenido a varios kilómetros dentro del túnel, aunque no del todo en la mitad.

—¿Tiene eso importancia? —me apresuré a preguntar.

—Claro que la tiene —contestó Duncan—. Los franceses y los británicos se han puesto de acuerdo acerca del punto exacto del interior del túnel en el que empieza la jurisdicción francesa y termina la británica. Como descubrirás, esto tendrá su importancia más adelante.

El camarero empezó a moverse alrededor de la mesa para llenar una vez más nuestras copas con clarete. Yo puse una mano sobre la mía, no porque el vino no fuera puro néctar, sino simplemente porque no quería darle a Christabel la oportunidad de pedir otra botella. Ella, sin

embargo, no quería ejercitar la misma frugalidad y tomaba su vino con tragos generosos, mientras jugueteaba con la codorniz. Duncan continuó con su historia.

—Así pues, la parada no es más que una diversión y es solucionada con bastante rapidez. El niño se echa a llorar, la familia ofrece disculpas, y el conductor da explicaciones a través del sistema de intercomunicación del tren, lo que alivia las angustias que hubieran podido sentir los pasajeros. Pocos minutos más tarde, el tren reanuda la marcha y esta vez cruza el punto medio del trayecto.

Tres camareros retiraron nuestros platos vacíos.

Christabel se tocó las comisuras de los labios con la servilleta y nos ofreció una amplia sonrisa.

—¿Qué ocurre a continuación? —pregunté evitando mirarla.

—Cuando el tren se detuvo, los terroristas temieron que hubiera otro grupo rival a bordo con el mismo propósito que ellos. Pero en cuanto descubren lo que ha ocurrido en realidad, aprovechan la conmoción causada por el pequeño Ben para introducirse en la cabina del conductor.

—¿Desea tomar algo de la bandeja de postres, *madame*? —le preguntó el *maître* a Christabel.

Tuve que haber puesto una expresión de horror cuando ella se sirvió lo que me pareció una gran cucharada de todo lo que había en oferta.

—Es absorbente, ¿verdad? —preguntó Duncan, que mal interpretó la expresión de mi rostro, al tomarla por una de profunda preocupación por los pasajeros del tren—. Pero todavía falta lo mejor.

—¿*Monsieur*?

—No, nada, estoy lleno —le dije al *maître*—. Quizá un café, más tarde.

—No, nada, gracias —dijo Duncan, que intentaba no perder el hilo de su narración—. Al principio del capítulo nueve los terroristas se han introducido en la cabina del conductor. A punta de revólver obligan al jefe de tren y a su ayudante a detener el tren por segunda vez. Pero de lo que no se dan cuenta es de que ahora están en territorio francés. El terrorista solitario comunica a los pasajeros, a través de los altavoces, que esta vez no se trata de una falsa alarma, sino que la banda que finalmente se me ocurra se ha apoderado del tren y está dispuesto a volarlo en el término de quince minutos. Les dice que bajen del tren, en el interior del túnel, y que se alejen todo lo posible antes de que se produzca la explosión. Naturalmente, algunos de los pasajeros empiezan a sentir pánico. Varios de ellos saltan al túnel, débilmente iluminado. Son muchos los que buscan frenéticamente a sus esposos, esposas, hijos o lo que sea, mientras que unos echan a correr hacia el lado británico y otros hacia el lado francés, según su nacionalidad.

Me distraje cuando el *maître* empezó a hacer rodar otra bandeja hacia nuestra mesa. Se detuvo, se inclinó ante Christabel y encendió un pequeño quemador.

Vertió algo de *brandy* en una sartén no muy honda, con el fondo de cobre, y se dispuso a preparar un *crêpe suzette*.

—Este es el punto crucial de la historia, probablemente en el capítulo diez, cuando el padre de la familia estadounidense decide quedarse dentro del tren —continuó Duncan, más animado que nunca—. Le dice al resto de su familia que bajen del tren y se alejen de allí. Los únicos pasajeros que permanecen en el tren son el millonario, su esposa y el joven recién casado.

Todos ellos tendrán fuertes razones personales para quedarse donde están, algo que se habrá establecido anteriormente, a lo largo de la trama.

El *maître* encendió una cerilla y aplicó la llama al *brandy* del *crêpe*. Una llama azulada lamió la sartén y se elevó en el aire. Con un solo movimiento muy hábil apagó su *pièce de résistance* y la sirvió sobre un plato caliente, que dejó delante de Christabel.

Temí que habíamos dejado bastante atrás el punto en el que debería haberle dicho la verdad a Duncan.

—En estos momentos, tengo a tres terroristas en la cabina, con el jefe del tren. Han matado al conductor ayudante, y en el tren solo quedan cuatro pasajeros, además del revisor, que resulta ser un hombre de la SAS camuflado, aunque eso todavía no lo tengo decidido.

—¿Café, *madame*? —preguntó el *maître* cuando Duncan hizo una breve pausa.

—Irlandés —dijo Christabel.

—Corriente, por favor —dije yo.

—Descafeinado para mí —dijo Duncan.

—¿Algún licor? ¿Puros?

Solo Christabel reaccionó ante la pregunta.

—Así pues, al principio del capítulo once los terroristas inician negociaciones con la policía británica, que les comunica que no pueden hacer tratos con ellos porque el tren ya no se encuentra bajo su jurisdicción.

Eso desconcierta por completo a los terroristas, porque ninguno de ellos sabe hablar francés y, en cualquier caso, su litigio es con el gobierno británico. Uno de ellos recorre el tren en busca de alguien que sepa hablar francés, y se encuentra con el millonario griego y su esposa. Mientras tanto, la policía situada a ambos lados del Canal detiene todos los trenes que van en ambas direcciones. Así, nuestro tren queda varado en medio del túnel, abandonado a su propia suerte, cuando normalmente habría veinte trenes que viajarían en todo momento en cada dirección, entre Londres y París.

Se detuvo para tomar el café.

—¿De veras? —pregunté, a pesar de saber perfectamente la respuesta.

—Así es —asintió Duncan—. He hecho una meticulosa investigación al respecto.

A Christabel le sirvieron una copa de oporto de intenso color rojo. Miré la etiqueta: Taylor's del 55. Era algo que jamás había tenido el privilegio de probar.

Christabel indicó que se dejara la botella sobre la mesa.

El camarero asintió y ella misma me sirvió inmediatamente una copa, sin preguntarme siquiera si la deseaba. Mientras tanto, el *maître* partió un puro para Duncan que este no había pedido.

—En el capítulo doce descubrimos el verdadero propósito de los terroristas —continuó Duncan—. Es decir, volar el tren como ardid publicitario para que su causa aparezca en todas las primeras páginas de los periódicos del mundo. Pero los pasajeros que han quedado en el tren, dirigidos por el padre estadounidense, planean una contraofensiva.

El *maître* encendió una cerilla y Duncan, automáticamente, tomó el puro y se lo llevó a la boca.

Eso lo silenció... por un momento.

—El millonario hecho a sí mismo tendría la impresión de que él debería ser el líder natural del grupo —sugerí. ...Pero solo guardó silencio un momento.

—Es griego, ¿recuerdas? Si espero sacar algún dinero de este proyecto es al mercado estadounidense al que tengo que dirigirme. Y no olvides los derechos de filmación —dijo Duncan al tiempo que expulsaba el humo del puro.

No pude dejar de apreciar su lógica.

—¿Me pueden traer la cuenta? —pidió Duncan en un momento en que el *maître* pasó junto a la mesa.

—Desde luego, señor —replicó sin detenerse ni un instante.

—Bien, mi verdadero problema va a ser el final... —empezó a decir Duncan al tiempo que Christabel se levantaba de la silla, con movimientos no precisamente firmes.

Se volvió hacia mí y me dijo:

—Temo que ha llegado el momento de marcharme.

—Ha sido un placer conocerte, aunque tengo la sensación de que no volveremos a vernos. Solo quisiera decirte lo mucho que he disfrutado leyendo tu última novela. Es una idea muy original y merece haber alcanzado el primer puesto.

Me levanté, le besé la mano y le di las gracias. Me sentía más culpable que nunca.

—Adiós, Duncan —dijo ella volviéndose a mirar a su antiguo amante, que ni siquiera se molestó en levantarse—. No te preocupes —añadió ella—, ya me habré marchado del apartamento cuando tú regreses.

A continuación, procedió a recorrer una ruta un tanto tortuosa a través del restaurante, hasta que finalmente logró llegar a la puerta que daba a la calle. El *maître* se la abrió y la despidió con una inclinación.

—No puedo fingir que lamente su marcha —dijo Duncan tras lanzar una bocanada de humo—. Tiene un cuerpo fantástico, es estupenda entre las sábanas, pero no tiene ninguna imaginación.

El *maître* reapareció junto a Duncan, esta vez para colocar delante de él una pequeña carpeta de cuero negro.

—Bueno, los críticos tienen ciertamente razón sobre este lugar —comenté.

Duncan asintió. El *maître* se inclinó, aunque no tanto como antes.

—Bien, mi problema, como trataba de explicar antes de que Christabel se marchara —continuó Duncan—, es que tengo el esbozo, he completado la investigación, pero todavía no dispongo de un final. ¿Alguna idea? —preguntó.

En ese momento, una mujer de edad mediana se levantó de una mesa cercana y empezó a caminar decididamente hacia nosotros.

Duncan abrió la carpeta de cuero y miró fijamente la cuenta, con una expresión de incredulidad.

—Solo deseaba decirle lo mucho que he disfrutado leyendo su último libro —dijo la mujer en voz alta.

—Gracias —dije un tanto demasiado brevemente, con la esperanza de que ella no aumentara mi sensación de incomodidad.

La mirada de Duncan seguía fija en la cuenta.

—¡Y el final! —exclamó la mujer—. ¡Qué inteligente! Jamás se me habría ocurrido imaginar cómo iba a sacar a la familia estadounidense con vida de ese túnel...

El limpiabotas

Ted Barker era uno de esos miembros del Parlamento que nunca habían buscado un alto puesto.

Había pasado por lo que sus compañeros de oficio describían como una «buena guerra», en la que se le concedió la Cruz Militar y alcanzó el grado de mayor.

Tras ser desmovilizado, en junio de 1945, se sintió muy feliz de regresar junto a su esposa, Hazel, a su hogar en Suffolk.

La empresa familiar de ingeniería también tuvo una buena guerra, bajo la diligente dirección de Ken, el hermano mayor de Ted. En cuanto regresó a casa, a Ted se le ofreció su antiguo puesto en el Consejo de Administración, que él se sintió feliz de aceptar. Pero, a medida que transcurrieron las semanas, el distinguido soldado se sintió primero aburrido, y luego desilusionado. En la fábrica no había ningún trabajo para él que se pareciera al servicio activo aunque solo fuera remotamente.

Fue aproximadamente por esta misma época cuando fue abordado por Ethel Thompson, alta funcionaria de urbanismo y, lo que es más importante para esta historia, presidenta de la sección de Wedmore de la Asociación Conservadora del norte de Suffolk. El parlamentario de la circunscripción, *sir* Dingle Lightfoot, más conocido por sus compañeros como Puntillas, había dejado bien claro que, una vez terminada la guerra, tendrían que buscar a alguien que lo sustituyera.

—No queremos que ningún listillo de Londres venga a decirnos cómo dirigir esta sección declaró la señora Thompson. Necesitamos a alguien que conozca la circunscripción y comprenda los problemas de la gente de aquí.

Según sugirió ella misma, Ted podría ser la persona adecuada.

Ted confesó que en ningún momento había pensado en ello, pero le prometió a la señora Thompson que reflexionaría muy seriamente sobre la cuestión, y solo pidió una semana para considerar su decisión. Discutió la sugerencia con su esposa y, tras haber obtenido su más entusiasmado apoyo, el domingo siguiente, por la tarde, le hizo una visita a la señora Thompson en su casa. Ella se mostró encantada al saber que al señor Barker le complacería que su nombre fuera presentado a consideración como futuro candidato parlamentario por la circunscripción electoral del norte de Suffolk.

La corta lista final incluía a dos listillos de Londres, uno de los cuales participaría más tarde en un gobierno de Macmillan, y el candidato local, Ted Barker. Cuando la presidenta anunció a la prensa local la decisión final del comité electoral, declaró que sería inadecuado revelar el número de votos obtenido por cada candidato.

En realidad, Ted había superado cómodamente a sus dos rivales juntos.

Seis meses más tarde, el primer ministro convocó elecciones generales, y tras una animada campaña de tres semanas, Ted consiguió un escaño de parlamentario por el norte de Suffolk, con una ventaja de más de siete mil votos. Pronto se convirtió en un hombre respetado y popular entre sus colegas de ambos lados de la Cámara, aunque nunca pretendió ser otra cosa que «un político aficionado», según sus propias palabras.

A medida que transcurrieron los años aumentó la popularidad de Ted entre su electorado, de modo que en cada elección sucesiva aumentaba la mayoría alcanzada anteriormente. Después de catorce años de servicios diligentes, tanto al partido como a escala nacional, el primer ministro del momento, Harold Macmillan, recomendó a la reina que Ted recibiera el título de *sir*.

A finales de la década de los sesenta, *sir* Ted (nunca fue conocido como *sir* Edward) tuvo la sensación de que ya había llegado el momento para que la circunscripción electoral de su

partido empezara a buscar a otro candidato más joven, y dejó bien claro al presidente local que no tenía la intención de presentarse a la siguiente elección. Él y Hazel se prepararon tranquilamente para una pacífica jubilación a su querida East Anglia.

Poco después de la elección, Ted se sorprendió al recibir una llamada del número 10 de Downing Street.

—El primer ministro desearía ver a *sir* Ted a las once y media de la mañana.

Ted no podía imaginar por qué razón desearía verle Edward Heath. A pesar de que, naturalmente, había visitado en varias ocasiones el número 10, cuando era miembro del Parlamento, aquellas visitas solo habían sido para cócteles, recepciones y alguna que otra cena ocasional durante la visita de un jefe de Estado extranjero. Admitió ante Hazel que se sentía un poco nervioso ante la convocatoria.

A las 11.17 del día siguiente, Ted se presentó ante la puerta principal del número 10. El funcionario de servicio le acompañó por un largo pasillo de la planta baja, y le pidió que tomara asiento en la pequeña sala de espera adjunta a la sala del gabinete. El nerviosismo de Ted ya había empezado a convertirse en recelo. Tenía la sensación de ser un errante escolar a punto de enfrentarse cara a cara con su jefe de estudios.

Tras unos pocos minutos de espera apareció un secretario particular.

—Buenos días, *sir* Ted. El primer ministro le recibirá ahora. Le acompañó a la sala del gabinete, donde el señor Heath se levantó para saludarle.

—Ha sido muy amable al acudir tras un aviso con tan poca antelación.

Ted tuvo que reprimir una sonrisa, porque sabía que el primer ministro era consciente de que solo el escorbuto o un huracán local habrían podido impedirle acudir a la llamada.

—Espero que pueda usted ayudarme en una cuestión delicada, Ted —continuó el primer ministro, un hombre conocido por no perder el tiempo en afabilidades superficiales—. Me dispongo a nombrar al próximo gobernador de St. George, y no se me ha ocurrido pensar en nadie más calificado que usted para desempeñar el trabajo.

Ted recordó el día en que la señora Thompson le pidió que pensara en presentarse para el Parlamento.

Pero, en esta ocasión, no necesitó una semana para considerar su respuesta, aun cuando no llegara a admitir ante sí mismo que, a pesar de haber oído hablar de St. George, no era ciertamente capaz de localizar el lugar en el mapa. Una vez recuperado de la sorpresa, se limitó a decir:

—Gracias, señor primer ministro. Me siento muy honrado.

Durante las semanas que siguieron, *sir* Ted efectuó varias visitas a la oficina de Asuntos Exteriores y Colonial para recibir información sobre los diversos aspectos de su nombramiento. Después, leyó aplicadamente todos los libros, folletos y documentación gubernamental que le suministraron los mandarines.

Después de unas pocas semanas de profundizar en este nuevo tema para él, el futuro gobernador descubrió que St. George era un diminuto grupo de islas situado en medio del Atlántico norte. Las islas habían sido colonizadas por los británicos en 1643 y, desde entonces, habían conocido una larga historia de gobierno imperial durante el que los isleños despreciaron todas las ofertas que se les hicieron por alcanzar la independencia. Formaban una de las colonias soberanas de Su Majestad, y así querían que siguieran las cosas.

Ya antes de emprender su aventura, Ted empezó a acostumbrarse a que los demás se dirigieran a él llamándole «su excelencia». Pero después de haber sido dotado por Alan Bennett, de Savile Row, con dos uniformes completos y totalmente diferentes, Ted temía tener un aspecto... ¿cuál era la expresión moderna?, bueno, digamos que un tanto anticuado. En invierno se esperaba que llevara un conjunto de ante azul oscuro, con cuello escarlata y puños bordados con hojas de roble plateadas, mientras que en verano debía adornarse con dril de

algodón blanco, cuello bordado en oro y charreteras doradas. El simple hecho de verle con cualquiera de los dos uniformes hacía que Hazel se echara a reír con fuerza.

No fue precisamente la risa lo que se escapó de labios de Ted cuando los sastres le enviaron la factura, sobre todo cuando se enteró de que probablemente no tendría que ponerse aquellos uniformes más que un par de veces al año.

—A pesar de todo, piensa en el éxito que tendrás en una fiesta de carnaval, una vez que te hayas jubilado —fue el único comentario de Hazel.

El recientemente nombrado gobernador y comandante en jefe de St. George y su esposa emprendieron el vuelo para ocupar su puesto el 12 de enero de 1971. Fueron saludados por el primer ministro, como primer ciudadano de la colonia, y por el justicia mayor, como representante legal de la reina. Después de que el nuevo gobernador recibiera el saludo de seis policías fuera de servicio que apenas mantenían una posición de firmes, la banda del pueblo efectuó su propia interpretación del himno nacional. La Union Jack fue izada sobre el tejado de la terminal del aeropuerto y unos ligeros aplausos surgieron de entre los veinte o treinta dignatarios locales allí reunidos.

Sir Ted y lady Barker fueron conducidos a la residencia oficial en un espacioso pero ya viejo Rover que había servido a otros dos gobernadores anteriores.

Cuando llegaron a la casa de Gobierno, el conductor detuvo el coche y saltó para abrir las puertas de entrada a la propiedad. Poco después, al continuar camino arriba, Ted y Hazel contemplaron por primera vez su nuevo hogar.

La mansión colonial era magnífica, se mirara por donde se mirase. Evidentemente construida en los mejores tiempos del Imperio británico, era de vastas dimensiones, muy desproporcionadas, tanto en relación a la importancia de la isla como a la posición actual de Gran Bretaña en el mundo real. Pero el tamaño, como no tardaron en descubrir el gobernador y su esposa, no equivalía necesariamente a eficacia y comodidad.

El aire acondicionado no funcionaba, las cañerías no eran de fiar; la señora Rogers, la ayuda diaria, estaba regularmente enferma, y lo único que el predecesor de Ted había dejado tras de sí era un anciano campesino negro. Y, lo que era peor, el Foreign Office no disponía de fondos para afrontar ninguno de esos problemas, y cada vez que Ted los mencionaba en sus despachos, solo se encontraba con sugerencias para recortar gastos.

Al cabo de pocas semanas, Ted y Hazel empezaron a pensar en St. George como una gran circunscripción parlamentaria, dividida en varias islas, de las que las dos mayores eran las de Suffolk y Edward. Eso enterneció a Ted, quien se preguntó si acaso no fue eso lo que le dio al primer ministro la idea de ofrecerle el puesto.

Las obligaciones del gobernador no podrían describirse precisamente como onerosas: él y Hazel pasaban la mayor parte del tiempo dedicados a visitar hospitales, pronunciar discursos en entregas de premios en las escuelas y actuar como jurados en concursos florales. El momento culminante del año era, indudablemente, el cumpleaños oficial de la reina, en junio, cuando el gobernador ofrecía una fiesta en los jardines de la casa de Gobierno, a la que acudían los dignatarios locales, y el equipo de críquet de la isla de Suffolk vencía al de la isla de Edward, una oportunidad que la mayoría de los ciudadanos de la colonia aprovechaban para emborracharse meticulosamente.

Ted y Hazel aceptaron la *realpolitik* local y pasaron así cinco años de relajada diplomacia, entre gente encantadora, en un clima divino, en el que no vieron en el horizonte ninguna nube que pudiera perturbar su pacífica existencia.

Hasta que se recibió aquella llamada telefónica.

Fue un jueves por la mañana, y el gobernador se encontraba en su despacho, entregado a la lectura del *Times* del lunes. Había dejado de lado, hasta terminar el crucigrama, la lectura de un largo artículo sobre la reunión cumbre que tenía lugar en Washington, y se disponía a

rellenar la respuesta al 12 horizontal, «rebaño que gira para crear esta diversión» (3, 6), cuando Charles Roberts, su secretario particular, entró presuroso en el despacho, sin llamar.

Ted se dio cuenta enseguida de que debía de tratarse de algo importante porque nunca había visto a Charles correr por nada a ninguna parte y, desde luego, jamás había entrado en su despacho sin tener la cortesía de llamar previamente.

—Es Mountbatten, al teléfono —balbuceó Charles. Difícilmente habría podido parecer más angustiado si le hubiera tenido que informar de que los alemanes se disponían a desembarcar en el norte de la isla. El gobernador enarcó una ceja—. El almirante de la flota, conde Mountbatten de Birmania —dijo Charles, como si Ted no le hubiera comprendido.

—En ese caso, páseme la llamada —dijo Ted tranquilamente.

Dobló el ejemplar del *Times* y lo dejó sobre la mesa, delante de él. En los últimos veinte años se había encontrado con Mountbatten en tres ocasiones, pero dudaba mucho de que el gran hombre recordara cualquiera de ellas. De hecho, en la última, a Ted le pareció necesario abandonar discretamente el acto al que se dirigía el almirante, al sentirse un poco indisputado. No se imaginaba de qué querría hablarle Mountbatten y tampoco tuvo tiempo para considerar el problema, pues el teléfono de su despacho ya había empezado a sonar.

Cuando Ted lo cogió todavía se preguntaba si debía dirigirse a Mountbatten llamándole «milord», puesto que era conde, «comandante en jefe», puesto que había sido jefe de la junta de Defensa, o «almirante», puesto que almirante de la flota es un cargo vitalicio. Se decidió por un inocuo «Buenos días, señor», para salir del paso.

—Buenos días, excelencia. Espero que se encuentre usted bien.

—Desde luego, señor, gracias —contestó Ted.

—Porque, si recuerdo correctamente, la última vez que nos vimos sufrió usted una indisposición de estómago.

—Así es, señor —dijo el sorprendido gobernador.

Estaba razonablemente convencido de que el propósito de la llamada de Mountbatten no era precisamente el de interesarse por su estado de salud después de todos aquellos años.

—Gobernador, probablemente siente curiosidad por saber por qué le llamo.

—Sí, señor.

—Me encuentro en estos momentos en Washington, asistiendo a la cumbre, y en un principio había tenido la intención de regresar a Londres mañana por la mañana.

—Entiendo, señor —dijo Ted, sin comprender nada en absoluto.

—Pero pensé en desviarme un poco y pasar a verle. Disfruto visitando nuestras colonias, siempre que puedo. Eso me ofrece la oportunidad de informar a Su Majestad de lo que ocurre. Espero que mi visita no sea ningún inconveniente.

—En modo alguno, señor —dijo Ted—. Estaremos encantados de recibirle.

—Bien —dijo Mountbatten—. En ese caso, le agradecería que advirtiera a las autoridades del aeropuerto para que esperaran mi avión hacia las cuatro de la tarde de mañana. Me agradecería pasar la noche ahí; pero con objeto de mantener mi programa necesitaré dejarles a una hora bastante temprana de la mañana siguiente.

—Desde luego, señor. Nada sería más fácil. Mi esposa y yo estaremos en el aeropuerto para recibirle a las cuatro de la tarde de mañana.

—Es muy amable por su parte, gobernador. Y, a propósito, preferiría que las cosas se hicieran de modo bastante informal. No deseo causarles ningún problema.

Tras esto, la línea se cortó.

Una vez que hubo colgado el teléfono, fue el propio Ted el que echó a correr por primera vez en muchos meses. Encontró a Charles, que caminaba por el largo pasillo, hacia él. Evidentemente, había escuchado la conversación por la extensión de la línea.

—Encuentre a mi esposa y consiga un bloc de notas. Luego, reúnanse inmediatamente los

dos conmigo en mi despacho. Inmediatamente —repitió Ted antes de regresar con precipitación a su despacho.

Hazel llegó pocos minutos más tarde, con un ramillete de dalias, seguida por un jadeante secretario.

—¿A qué viene tanta prisa, Ted? ¿Por qué este pánico?

—Viene Mountbatten.

—¿Cuándo? —preguntó Hazel con tranquilidad.

—Mañana por la tarde, a las cuatro.

—Esa es una buena razón para dejarse llevar por el pánico —tuvo que admitir Hazel. Dejó las flores en un jarrón, sobre el alféizar de la ventana y se sentó frente a su esposo, al otro lado de la mesa—. Quizá no sea este el mejor momento para decirte que la señora Rogers vuelve a estar enferma.

—Desde luego, su oportunidad es digna de admirar —dijo Ted con un suspiro—. Está bien, tendremos que farolear.

—¿Qué quieres decir con eso de «farolear»? —preguntó Hazel.

—Bueno, no olvidemos que Mountbatten es miembro de la familia real, antiguo jefe del Consejo de la Defensa y almirante de la flota. El último puesto colonial que ocupó fue el de virrey de la India, con tres regimientos bajo su mando y un equipo compuesto por más de mil personas. No me imagino qué esperará encontrar cuando aparezca por aquí.

—Empecemos por hacer una lista de las cosas que tendremos que atender —sugirió Hazel enérgicamente.

Charles extrajo una pluma del bolsillo interior de la chaqueta, abrió la tapa del bloc y esperó a anotar las instrucciones de su jefe.

—Si llega al aeropuerto, lo primero que esperará encontrar es una alfombra roja —dijo Hazel.

—Pero no tenemos una alfombra roja —dijo Ted.

—Claro que la tenemos. Está la que conduce desde el comedor al salón. Tendremos que utilizarla y confiar en volver a colocarla en su lugar antes de que visite esa parte de la casa. Charles, tendrá que enrollarla y llevarla al aeropuerto. —Hizo una pausa y añadió—. Y luego volverla a traer.

Charles frunció el ceño mientras tomaba nota furiosamente.

—Ah, Charles, ¿puede ocuparse de que esté bien limpia para mañana? —intercaló el gobernador—. Ni siquiera me había dado cuenta de que era roja. Y ahora, ¿qué hacemos con la guardia de honor?

No tenemos guardia de honor dijo Hazel. Recuerda que cuando llegamos a la isla salieron a recibirnos el primer ministro, el justicia mayor y seis policías fuera de servicio.

—Cierto —asintió Ted—. En ese caso, tendremos que confiar en el ejército territorial.

—¿Te refieres al coronel Hodges y a su banda de ilusionados guerreros? Ni siquiera tienen uniformes a juego, en cuanto a sus rifles...

—Hodges tendrá que ponerlos a todos en forma para las cuatro de la tarde de mañana. Deja eso en mis manos —dijo Ted, que tomó una nota en su bloc—. Más tarde le llamaré por teléfono. ¿Qué hacemos en cuanto a la banda de música?

—Está la banda municipal —dijo Charles—. Y, naturalmente, la banda de la policía.

—En esta ocasión, tendrán que combinarse —sugirió Hazel—. De ese modo, no ofenderemos a ninguna de las dos.

—Pero entre todos no saben tocar más que tres cosas dijo Ted.

—Solo necesitan saber una —replicó Hazel—. El himno nacional.

—De acuerdo —asintió el gobernador. Puesto que seguramente desafinarán constantemente, habrá que pulirlos un poco. Dejaré eso en tus manos, Hazel.

Nuestro siguiente problema es cómo lo transportamos desde el aeropuerto hasta la casa de Gobierno.

—Desde luego, no en el viejo Rover —dijo Hazel—. Se ha estropeado tres veces en el último mes, y huele como una perrera.

—Henry Bendall tiene un Rolls-Royce dijo Ted.

Tendremos que requisárselo temporalmente.

—Mientras nadie le diga a Mounthatten que es propiedad del director local de pompas fúnebres y para qué se habrá utilizado esa misma mañana, antes de que él llegue.

—Mick Flaherty también tiene un viejo Rolls —apuntó Charles—. Un Silver Shadow, si lo recuerdo bien.

—Pero detesta a los británicos dijo Hazel.

—Estamos de acuerdo —admitió Ted—. Pero a pesar de todo querrá cenar en la casa de Gobierno en cuanto descubra que el invitado de honor es un miembro de la familia real.

—¿Cenar? —preguntó Hazel, que elevó el tono de voz, horrorizada.

—Naturalmente, tendremos que ofrecer una cena en su honor —dijo Ted—. Y, lo que es peor, todo aquel que se considere alguien esperará ser invitado. ¿Cientos comensales caben en el comedor?

Tanto él como Hazel se volvieron a mirar al secretario particular.

—Sesenta, bien apretados contestó Charles, que levantó la vista de sus notas.

—Estaremos apretados —dijo Ted.

—Desde luego que lo estaremos —dijo Hazel—, y ya, porque no disponemos de sesenta platos, y mucho menos de sesenta tazas de café, sesenta cucharillas, sesenta...

—Todavía tenemos esa vajilla Royal Worcester regalada por el rey anterior después de su visita, en 1947 —dijo Ted—. ¿Cuántas piezas completas están todavía en buen uso?

—Hay suficiente para catorce cubiertos, según el último control que hice —contestó Hazel.

—Bien, en ese caso, ese es el número de comensales que se sentarán a la mesa de cabecera.

—¿Qué hacemos con el menú? —preguntó Charles.

—Y, lo que es más importante, ¿quién va a prepararlo? —añadió Ted.

—Tendremos que preguntarle a Dotty Cuthbert si nos puede prestar a la señora Travis para la noche —dijo Hazel—. No hay en toda la isla mejor cocinera que ella.

—Y también necesitaremos a su mayordomo, por no hablar del resto del personal —añadió Ted.

Para entonces, Charles ya iba por la tercera página.

—Será mejor que te encargues tú de *lady* Cuthbert, querida —dijo Ted—. Yo intentaré conseguir la ayuda de Mick Flaherty.

—Nuestro siguiente problema serán las bebidas —dijo Hazel—. No olvides que el último gobernador vació la bodega pocos días antes de marcharse.

—Y el Foreign Office se niega a reponerla —le recordó Ted—. Jonathan Fletcher tiene la mejor bodega de toda la isla...

—Y que Dios le bendiga, porque no podrá tener siquiera la esperanza de estar en la mesa de cabecera —dijo Hazel.

—Si nos vemos limitados a catorce cubiertos, la mesa ya está bastante llena —dijo Ted.

—Dotty Cuthbert, los Bendall, los Flaherty, los Hodges —enumeró Hazel al tiempo que anotaba los nombres—, por no mencionar al primer ministro, al justicia mayor y al jefe de policía, además de sus respectivas esposas... Confiemos que algunos de ellos estén indispuestos o en el extranjero.

Su voz empezaba a sonar algo desesperada.

—¿Dónde va a dormir? —preguntó Charles inocentemente.

—Dios mío, no se me había ocurrido pensar que fuera a dormir exclamó Ted.

—Tendrá que alojarse en nuestro dormitorio. Es el único que tiene una cama que no se hunde por el centro —dijo Hazel.

—Nosotros pasaremos la noche en el dormitorio Nelson, y sufriremos una de esas terribles camas con armazón de madera y sus antiguos colchones de pelo de caballo.

—De acuerdo —asintió Hazel—. Me aseguraré de que esta misma noche saquen todas nuestras cosas del dormitorio Reina Victoria.

—Ah, Charles —dijo el gobernador—. Llame al Foreign Office, ¿quiere?, y descubra qué le gusta y qué le disgusta a Mountbatten en cuanto a comida, bebida, hábitos excéntricos... Averigüe todo lo que pueda.

Seguramente tendrán un expediente sobre él, y es un caballero que no quiero que me pille en falta.

El secretario particular pasó a otra página de su bloc y continuó escribiendo con rapidez.

Durante la hora siguiente, los tres repasaron todos y cada uno de los problemas que pudieran surgir durante la visita, y después de un almuerzo rápido a base de bocadillos, cada uno de ellos salió en una dirección distinta para pasarse la tarde dedicados a realizar visitas suplicantes a distintas personas repartidas por toda la isla.

Fue idea de Charles que el gobernador apareciera en el programa de noticias de primeras horas de la noche, en la emisora local de televisión, para anunciar a los ciudadanos que la isla sería visitada al día siguiente por un miembro de la familia real. *Sir* Ted terminó diciendo que confiaba en que todo aquel que pudiera estaría presente en el aeropuerto para dar la bienvenida a «tan gran héroe de guerra» cuando su avión aterrizara a las cuatro de la tarde.

Mientras Hazel se pasaba la noche dedicada a limpiar todas aquellas habitaciones en las que posiblemente pudiera entrar el gran héroe de guerra, Charles, con ayuda de una linterna, se ocupó de retocar los macizos de flores alineados a lo largo del camino de acceso, y Ted supervisó el envío hasta la casa de Gobierno de platos, cubiertos, comida y vino procedentes de distintas partes de la isla.

—Y ahora, ¿de qué nos hemos olvidado? —preguntó Ted al entrar en el dormitorio, a las dos de la madrugada.

—Solo el cielo lo sabe —dijo Hazel con voz cansada, antes de apagar la luz—. Pero, sea lo que fuere, confiemos en que Mountbatten no llegue a descubrirlo nunca.

El gobernador salió al rellano para reunirse con su esposa. Iba vestido con su uniforme de verano, con cordoncillo dorado que descendía por los costados de los pantalones blancos, condecoraciones y medallas prendidas de su pecho, y un casco Wolsey sobre la cabeza, con plumas de cisne rojas sobre blanco. Hazel se había puesto el vestido de verano que había comprado dos años antes para la recepción del gobernador en el jardín, y comprobaba las flores colocadas en el vestíbulo de entrada.

—Demasiado tarde para eso —le dijo Ted mientras ella arreglaba una ramita que se había desplazado un centímetro—. Es hora de salir para el aeropuerto.

Descendieron los escalones de la casa de Gobierno para encontrar, uno tras otro, dos Rolls-Royce, uno blanco y otro negro, seguidos por su viejo Rover.

Charles les siguió de cerca. Llevaba la alfombra roja, que dejó en el suelo del Rover, mientras su jefe subía al asiento de atrás del primer Rolls-Royce.

Lo primero que tuvo que hacer el gobernador fue comprobar el nombre del chófer.

Bill Simmons se le informó.

—Lo único que tiene que recordar, Bill, es aparentar que ha realizado este trabajo durante toda su vida.

—Está bien, gobernador.

—No —dijo Ted con firmeza—. Delante del almirante tiene que dirigirse a mí llamándome

«su excelencia», y a lord Mountbatten lo llamará «milord». Si tiene alguna duda, desde luego no diga nada.

—Está bien, gobernador, es decir, su excelencia.

Bill puso en marcha el coche y lo condujo hacia las puertas de entrada a lo que evidentemente consideró como una velocidad majestuosa, antes de girar a la derecha y tomar la carretera que conducía al aeropuerto. Quince minutos más tarde, cuando llegaron a la terminal, un policía dirigió a la pequeña caravana hacia la pista, donde las dos bandas combinadas interpretaban una melodía de *West Side Story*... o, al menos, eso fue lo que, caritativamente, creyó Ted que era.

Al descender del coche, Ted se encontró con tres hileras de soldados del ejército territorial en posición de descanso. Eran sesenta en total, y sus edades oscilaban entre los diecisiete y los setenta años. Tuvo que admitir que, aunque no era la Guardia de Granaderos, tampoco formaban el «ejército de papá». Y tenían dos ventajas: un coronel de verdad, con su uniforme de gala, y un verdadero sargento mayor con la voz adecuada al caso.

Charles ya había empezado a desenrollar la alfombra roja cuando el gobernador dirigió su atención hacia las barreras, apresuradamente erigidas, tras las que le complació ver a una gran multitud, como no había visto reunida en ninguna otra ocasión en la isla, ni siquiera durante los partidos anuales de fútbol entre las islas de Suffolk y Edward.

Muchos de los isleños enarbolaban pequeñas banderitas de la Union Jack, y algunos sostenían retratos de la reina. Ted sonrió y comprobó su reloj. El avión llegaría dentro de diecisiete minutos.

En uno de los extremos de la alfombra roja se alinearon el primer ministro, el alcalde de la ciudad, el justicia mayor, el comisario de policía y sus respectivas esposas. El sol caía implacable desde un cielo sin nubes.

Cuando Ted se giró en un lento círculo para captar toda la escena, comprobó por sí mismo que todos habían hecho un esfuerzo especial.

De repente, se oyó el sonido de unos motores y la multitud empezó a lanzar vítores, Ted levantó la mirada, se protegió los ojos del brillo del sol y vio un Andover del ala de vuelo de la reina, que descendía hacia el aeropuerto. Aterrizó en el extremo más alejado de la pista tres minutos antes de la hora prevista y luego se dirigió hacia la alfombra roja, a la que llegó precisamente cuando sonaron cuatro campanadas en el reloj situado en lo alto de la torre de control.

Se abrió la puerta del avión y allí apareció el almirante de la flota, el conde Mountbatten de Birmania, caballero de la Orden de la Jarretera, miembro del Consejo privado de Su Majestad, Gran Cruz de San Jorge, Orden del Mérito, Orden de Servicios Distinguidos, miembro de la Sociedad Real, comendador de la Orden del Imperio Británico (honorario), doctor en derecho (honorario), ataviado con el uniforme de almirante de la flota (atuendo de verano).

—Si se refería a eso al decir «bastante informal», supongo que debemos estarle agradecidos porque no nos haya pedido que le preparáramos una visita oficial —murmuró Hazel mientras ella y Ted caminaban hacia el pie de la escalerilla, que había sido rápidamente colocada en su lugar.

Cuando Mountbatten descendió con lentitud los escalones, la multitud redobló sus vítores. Una vez que hubo puesto el pie sobre la alfombra roja, el gobernador se adelantó un paso, se quitó el sombrero emplumado e hizo una reverencia. El almirante le dirigió un saludo militar y, en ese preciso momento, las bandas combinadas municipal y de la policía empezaron a interpretar el himno nacional. La multitud gritaba «Dios salve a la reina», y lo hizo con tanto ánimo que la incierta nota ocasional que sonó quedó amortiguada por la exuberancia de los gritos.

Una vez terminada la interpretación del himno nacional, el gobernador dijo:

- Bienvenido a St. George, señor.
- Gracias, gobernador —replicó Mountbatten.
- Me permito presentaros a mi esposa, Hazel.

La esposa del gobernador se adelantó un paso, efectuó una reverencia completa, y luego estrechó la mano del almirante.

—Qué agradable volver a verla, *lady* Barker. Es un verdadero placer.

El gobernador condujo a su invitado hacia el extremo de la alfombra roja y le presentó al primer ministro y a su esposa Sheila, al alcalde de la ciudad y a su esposa Caroline, al justicia mayor y a su esposa Janet, al comisario de policía y a su última esposa, cuyo nombre no pudo recordar.

—Quizá deseéis inspeccionar la guardia de honor antes de partir para la casa de Gobierno —sugirió Ted al tiempo que dirigía a Mountbatten hacia donde se encontraban el coronel Hodges y sus hombres.

—Absolutamente encantado —dijo el almirante, que saludó con la mano a la multitud, mientras los dos cruzaban el asfalto para acercarse a la guardia que esperaba.

Cuando aún les faltaban veinte metros para llegar, el coronel se puso firmes, dio tres pasos al frente, saludó militarmente y dijo con un resuelto tono de voz:

—Guardia de honor preparada para la inspección, señor.

Mountbatten se detuvo y devolvió el saludo naval, lo que fue una indicación para que el sargento mayor, que se encontraba exactamente a seis pasos por detrás del coronel, pronunciara con voz recia las palabras:

—¡Atención! ¡Oficial comandante en revista! ¡Saluden! ¡Presenteeen... armas!

La fila delantera de hombres, que estaban en posesión de las únicas armas de que disponía la unidad, presentaron armas con marcialidad, al mismo tiempo que los hombres de la segunda y tercera filas se ponían rígidamente firmes.

Mountbatten recorrió las filas arriba y abajo, con una expresión tan solemne como si inspeccionara a toda una brigada de Guardias de Corps. Una vez que hubo pasado ante el último soldado de la fila de atrás, el coronel se puso firmes y saludó una vez más.

Mountbatten le devolvió el saludo y dijo:

—Gracias, coronel. Ha sido un esfuerzo de primera. Muy bien hecho.

A continuación, el gobernador condujo a Mountbatten hacia el Rolls-Royce blanco, donde Bill estaba de pie, en una posición que él imaginaba como firmes, al mismo tiempo que mantenía abierta la puerta de atrás. Mountbatten subió al vehículo y el gobernador se apresuró a rodear el coche para entrar por la otra puerta, que abrió él mismo, para reunirse con su invitado en el asiento trasero. Hazel y el ayudante de campo del almirante se acomodaron en el Rolls-Royce negro, mientras Charles y el secretario del almirante tuvieron que conformarse con el Rover. El gobernador solo confiaba en que Mountbatten no hubiera observado a dos miembros del personal del aeropuerto que habían enrollado apresuradamente la alfombra roja y la habían depositado en el maletero del Rover. Hazel, por su parte, solo rezaba porque hubiera suficientes sábanas para la cama del dormitorio verde ya que, de no ser así, el ayudante de campo quizá se maravillaría ante sus costumbres a la hora de dormir.

Los dos policías motorizados de la isla, uniformados de blanco, precedieron a los tres coches cuando estos iniciaron el trayecto hacia la salida. La multitud saludó y vitoreó animadamente, mientras la caravana iniciaba el corto trayecto hasta la casa de Gobierno. La aparición de Ted en la televisión durante la noche anterior había tenido tanto éxito que había gente estacionada a ambos lados de la carretera para saludarlos.

Al aproximarse a las puertas abiertas, otros dos policías se pusieron firmes y saludaron militarmente cuando el coche de cabeza pasó ante ellos. Desde la distancia, Ted pudo ver al mayordomo, dos submayordomos y varias doncellas, todos ellos adecuadamente vestidos, que

estaban de pie ante los escalones de acceso, a la espera de su llegada.

«Maldita sea —pensó cuando el coche se detuvo al pie de la escalera, aunque estuvo a punto de decirlo en voz alta—. No sé el nombre del mayordomo».

Uno de los submayordomos se apresuró a abrir la portezuela del coche, mientras el otro se ocupaba ya de descargar el equipaje del portamaletas.

El mayordomo avanzó un paso adelante en cuanto Mountbatten descendió del coche.

—Carruthers, milord —dijo, con una reverencia—. Bienvenido a la residencia. Si es tan amable de seguirme, le acompañaré a sus aposentos.

El almirante, acompañado por el gobernador y *lady* Barker, subió los escalones, entró en la casa de Gobierno y siguió a Carruthers por la escalera principal hacia el primer piso.

—Son magníficas estas antiguas residencias del gobierno —comentó Mountbatten al llegar a lo alto de la escalera, Carruthers abrió la puerta del dormitorio Reina Victoria y se hizo a un lado, como si hubiera hecho lo mismo miles de veces.

—Qué encantador —exclamó el almirante al contemplar la *suite* privada del gobernador. Se dirigió hacia la ventana y miró hacia el prado de césped recién cortado—. Qué agradable. Esto me recuerda algo las Broadlands, mi hogar en Hampshire.

Lady Barker sonrió ante el cumplido, pero no se permitió relajarse ni por un momento.

—¿Desea alguna otra cosa, milord? —preguntó Carruthers mientras uno de los submayordomos se ocupaba de introducir las maletas.

Por un momento, Hazel contuvo la respiración.

—No, no lo creo —dijo Mountbatten—. Todo tiene un aspecto absolutamente perfecto.

—Quizá deseéis reuniros con Hazel y conmigo para tomar el té en el salón, cuando estéis dispuesto, señor sugirió Ted.

—Muy considerado por su parte —dijo el almirante—. Bajaré dentro de unos treinta minutos, si me lo permiten.

El gobernador y su esposa abandonaron la habitación y cerraron la puerta despacio tras de sí.

—Creo que sospecha algo —susurró Hazel mientras bajaban la escalera de puntillas.

—Quizá tengas razón —dijo Ted, que dejó el sombrero emplumado sobre el perchero del vestíbulo—. Razón de más para comprobar de nuevo si se nos ha olvidado algo. Yo empezaré por el comedor. Tú deberías ir a ver cómo le van las cosas a la señora Travis en la cocina.

Cuando Hazel entró en la cocina encontró a la señora Travis preparando las verduras, mientras una de las doncellas pelaba un montón de patatas. Le dio las gracias a la señora Travis por haber aceptado la tarea con tan poco tiempo de aviso, y admitió que jamás había visto la cocina tan llena de alimentos exóticos, ni las superficies tan inmaculadamente limpias. Hasta el suelo estaba perfectamente limpio. Al darse cuenta de que su presencia allí era superflua, Hazel se reunió con su esposo en el comedor, donde lo encontró admirando los movimientos expertos del segundo submayordomo, que preparaba la mesa para la cena de aquella noche, mientras una de las doncellas doblaba las servilletas para darles forma de cisnes.

—Por el momento, todo bien —dijo Hazel.

Salieron del comedor y entraron en el salón, que Ted recorrió arriba y abajo. Mientras esperaban a que el gran hombre se reuniera con ellos a tomar el té no dejaba de pensar si se le había olvidado algo.

Pocos minutos más tarde apareció Mountbatten. Ya no llevaba el uniforme de almirante, sino un traje gris de chaqueta cruzada.

«Maldita sea», pensó Ted, inmediatamente consciente de lo que se le había olvidado hacer.

Hazel se levantó para saludar a su invitado y lo dirigió hacia un gran y cómodo sillón.

—Debo decirle, *lady* Barker, que su mayordomo es un muchacho espléndido —dijo Mountbatten—. Conocía incluso la marca de *whisky* que prefiero. ¿Desde cuándo lo tienen?

—No hace mucho tiempo —admitió Hazel.

—Pues si alguna vez quiere un trabajo en Inglaterra, no vacile en hacérmelo saber, aunque debo decir que sería una tontería por su parte separarse de él —añadió en el momento en que entraba una doncella que llevaba un hermoso servicio de té, de porcelana Wedgwood, que Hazel no recordaba haber visto nunca.

—Té Conde Groy, si recuerdo correctamente —dijo Hazel.

—Ah, tiene una memoria extraordinaria, *lady* Barker —asintió el almirante mientras la doncella empezaba a servir.

Gracias a la información obtenida del Foreign Office, pensó Hazel, que aceptó el cumplido con una sonrisa.

—¿Cómo fue la conferencia, señor? —preguntó Ted al tiempo que dejaba caer en su taza de té un terrón de azúcar, lo único que quizá fuera realmente suyo.

—Bastante bien, para los británicos —contestó Mountbatten—. Pero las cosas habrían podido ir mucho mejor si los franceses no se hubieran dedicado a emplear sus trucos habituales. Giscard parece considerarse a sí mismo como una especie de cruce entre Carlomagno y Juana de Arco. —Sus anfitriones rieron amablemente—. No, el verdadero problema al que nos enfrentamos actualmente, Ted, es bastante simple...

Una vez que Mountbatten hubo explicado el resultado de la cumbre, ofrecido sus más sinceras opiniones sobre James Callaghan y Ted Heath, tocado el problema de encontrar una esposa para el príncipe Carlos, y reflexionado brevemente sobre las repercusiones a largo plazo del asunto Watergate, ya casi era la hora para ir a cambiarse.

—¿Debemos vestirnos formalmente para la cena?

—Sí, señor... si eso merece vuestra aprobación.

—¿Incluidas las condecoraciones? —preguntó Mountbatten en un tono de voz esperanzado.

—Pensé que eso sería lo apropiado, señor —contestó Ted al recordar el consejo del Foreign Office sobre la predilección del almirante por lucirlas a la menor oportunidad que se le presentara.

Mountbatten sonrió cuando Carruthers apareció silenciosamente junto a la puerta. Ted enarcó una ceja.

—Le he preparado el uniforme de gala, señor. Me he tomado la libertad de plancharle los pantalones. La doncella le prepara un baño en estos momentos.

Mountbatten sonrió ampliamente.

—Gracias —dijo, al tiempo que se levantaba del sillón—. Ha sido un té espléndido —añadió, volviéndose hacia su anfitriona—. Y el personal es maravilloso, Hazel. No sé cómo se las arregla.

—Gracias, señor —dijo Hazel, que hizo esfuerzos por no ruborizarse.

—¿A qué hora le parece bien que baje a cenar, Ted? —preguntó Mountbatten.

—Los primeros invitados deberían llegar para tomar una copa a las siete y media, señor. Esperamos servir la cena a las ocho, si eso os parece conveniente.

—No podría ser mejor —declaro Mountbatten—. ¿A cuántos espera?

—Unos sesenta, señor. Encontrará la lista de invitados sobre su mesita de noche. Quizá Hazel y yo podríamos acudir a recogerlos a las ocho menos diez.

—Dirige usted un barco muy apretado Ted —comentó Mountbatten con una sonrisa de aprobación—. Me encontrarán preparado en cuanto lleguen.

Y tras decir esto siguió a Carruthers fuera del salón.

Una vez que se hubo cerrado la puerta tras de él, Hazel le dijo a la doncella:

—Molly, ¿puede recoger el servicio del té, por favor? —Vaciló un momento y preguntó—: Es Molly, ¿verdad?

—Sí, señora contestó la muchacha.

—Creo que él lo sabe —dijo Ted, que parecía un poco angustiado.

—Quizá, pero ahora no tenemos tiempo para preocuparnos por eso —dijo Hazel, que y se disponía a realizar otra inspección a la cocina.

El montón de patatas ya estaba casi totalmente pelado. La señora Travis, que se dedicaba a preparar las salsas, pedía que se le trajera de la tienda de la ciudad más pimienta y algunas especias. Consciente una vez más de que allí no era necesaria, Hazel se dirigió al comedor, donde encontró a Ted. Ahora, la mesa de cabecera estaba perfectamente preparada, con el servicio de cena del rey, tres juegos de copas de vino, servilletas de lino en forma de cisnes y un glorioso centro de mesa, formado por un faisán de plata, que no hacía sino añadir brillantez.

—¿Quién nos ha prestado eso? —preguntó Hazel.

—No tengo ni la menor idea —contestó Ted—. Pero de una cosa puedes estar segura, habrá volado a su hogar de origen por la mañana.

—Si mantenemos la iluminación lo bastante amortiguada, quizá no se dé cuenta de que las demás mesas tienen cubiertos diferentes —susurró Hazel.

—Santo cielo, fíjate qué hora es exclamó Ted.

Abandonaron el comedor y subieron con rapidez la escalera. Ted estuvo a punto de irrumpir en la habitación de Mountbatten, pero lo recordó justo a tiempo.

Al gobernador le gustaba su uniforme de ante azul oscuro, con el cuello y los puños de color escarlata.

Admiraba el conjunto en el espejo cuando Hazel entró en la habitación ataviada con un vestido rosa Hardy Amies, que cuando lo compró le pareció un despilfarro porque no esperaba tener que ofrecer nunca una cena de gala.

—Los hombres sois tan vanidosos... —comentó al ver que su esposo continuaba la inspección de su reflejo en el espejo—. Supongo que te das cuenta de que eso solo deberías ponértelo en invierno.

—Soy perfectamente consciente de ello —dijo Ted con cierta impaciencia—, pero es el único uniforme que tengo. En cualquier caso, estoy seguro de que Mountbatten nos superará a los dos.

Se quitó una mota de polvo de los pantalones, que él mismo acababa de plancharse.

El gobernador y su esposa abandonaron el dormitorio Nelson y bajaron la escalera principal justo poco antes de las 19.20. Encontraron a otro submayordomo estacionado ante la puerta principal, y a otras dos doncellas de pie ante él, con bandejas de plata llenas de copas con champán. Hazel se presentó a los tres y luego comprobó de nuevo las flores del vestíbulo de entrada.

Dieron las 19.30 en el gran reloj alargado del vestíbulo justo en el instante en que llegaron los primeros invitados.

—Henry —dijo el gobernador—. Encantado de verle.

—Muchas gracias por permitirnos usar el Rolls, incluido a Bill —añadió con un susurro.

—Es un placer, su excelencia —replicó Henry Bendall—. Debo decirle que me agrada el uniforme.

Lady Cuthbert cruzó apresuradamente la puerta principal.

—No puedo detenerme —dijo—. No hagan caso, como si no estuviera aquí.

—Dotty, sencillamente, no sé qué habríamos podido hacer sin usted —dijo Hazel, que la siguió a través del vestíbulo.

—Encantada de echarle una mano —dijo *lady Cuthbert*—. Pensé que sería mejor llegar pronto para poder estar unos minutos en la cocina, con la señora Travis. Y, a propósito, Benson espera en el camino de entrada, preparado para volver rápidamente a casa en el caso de que le faltara algo.

—Es usted una santa, Dotty. La acompañaré hasta...

—No, no se preocupe —interrumpió *lady* Cuthbert—. Conozco el camino. Siga recibiendo a sus invitados.

—Buenas noches, señor alcalde —dijo Ted, mientras *lady* Cuthbert desaparecía en dirección a la cocina.

—Buenas noches, su excelencia. Qué amable por su parte habernos invitado en una ocasión tan feliz.

—Ah, qué vestido tan encantador, señora Janson —dijo el gobernador.

—Gracias, su excelencia —dijo la esposa del alcalde.

—¿Desean tomar una copa de champán? —preguntó Hazel en cuanto llegó al lado de su esposo.

A las 19.45 ya habían llegado la mayoría de los invitados, y Ted charlaba con Mick Flaherty cuando Hazel le tocó ligeramente el codo. Se volvió a mirarla.

—Creo que deberíamos ir a recogerle ahora —le susurró ella.

Ted asintió, y pidió al justicia mayor que se ocupara de recibir a los pocos invitados que faltaban. Se abrieron paso por entre los grupos que charlaban y subieron la gran escalera. Al llegar ante la puerta del dormitorio Reina Victoria se detuvieron y se miraron el uno al otro.

Ted comprobó su reloj. Eran exactamente las 19.50.

Se inclinó hacia delante y golpeó la puerta con suavidad.

Inmediatamente, Carruthers abrió la puerta y reveló a Mountbatten con su tercer traje del día: un uniforme de gala del almirante de la flota, tres estrellas, un fajín dorado y azul, y ocho hileras de condecoraciones de campaña.

—Buenas noches, su excelencia —dijo Mountbatten.

—Buenas noches, señor —saludó el gobernador, impresionado.

El almirante avanzó tres pasos y se detuvo en lo alto de la escalera, donde se puso firmes. Ted y Hazel esperaron uno a cada lado. Al ver que el almirante no se movía, ellos tampoco se movieron.

Delante de ellos, Carruthers procedió a bajar lentamente la escalera y se detuvo en el tercer escalón.

Se aclaró ligeramente la garganta y esperó a que los invitados allí reunidos guardaran silencio.

—Su excelencia, primer ministro, señor alcalde, damas y caballeros —anunció—. El muy honorable conde Mountbatten de Birmania.

Mountbatten descendió la escalera con lentitud, mientras los invitados aplaudían amablemente. Al pasar junto a Carruthers, que se había hecho a un lado, el mayordomo efectuó una profunda reverencia. El gobernador, con Hazel cogida de su brazo, descendió por detrás, a dos pasos de distancia.

—Tiene que saberlo —susurró Hazel.

—Quizá tengas razón. Pero ¿sabe él que nosotros lo sabemos? —replicó Ted en voz baja.

Mountbatten se movió hábilmente por la estancia, mientras Ted le iba presentando a cada uno de los invitados. Todos ellos se inclinaron o efectuaron reverencias, y escucharon con toda atención las pocas palabras que el almirante tuvo a bien dirigirles. La única excepción fue Mick Flaherty, que no pudo dejar de hablar y que permaneció más erguido de lo que Ted le había visto hasta entonces.

A las ocho en punto, uno de los submayordomos hizo sonar un gong, cuya existencia no era conocida ni por el gobernador ni por su esposa. Una vez que se apagó el sonido, Carruthers anunció:

—Milord, su excelencia, primer ministro, señor alcalde, damas y caballeros... la cena está servida.

Si en todo St. George había una mejor cocinera que la señora Travis, nadie de los que se

sentaron a la mesa de cabecera había sido alimentado por ella, y aquella noche, verdaderamente, se superó a sí misma.

Mountbatten charló y sonrió, y no hizo ningún secreto de lo mucho que disfrutaba. Pasó largo rato hablando con *lady* Cuthbert, cuyo esposo había servido a sus órdenes en Portsmouth, y con Mick Flaherty; a quien escuchó con amable interés.

Cada plato sobrepasó al anterior: soufflé, seguido por costillas de cordero lechal y un merengue de albaricoque con avellanas para completar el festín.

Mountbatten hizo un comentario aprobador acerca de cada uno de los vinos, y hasta pidió una segunda copa de oporto.

Después de la cena, se reunió con los invitados para tomar café en el salón, y se las arregló para intercambiar unas palabras con cada uno de ellos, a pesar de que el coronel Hodges intentó acapararlo hablando de los recortes en defensa.

Los invitados empezaron a marcharse pocos minutos antes de la medianoche, y a Ted le divirtió estar presente cuando Mick Flaherty se despidió del almirante, ante quien se inclinó y dijo:

—Buenas noches, milord. Ha sido un verdadero honor conocerle.

Dotty estaba entre los últimos invitados en marcharse. Hizo una profunda reverencia ante el invitado de honor.

—Ha contribuido mucho a hacer de esta noche una velada muy agradable, *lady* Cuthbert —le dijo Mountbatten.

Si solo supiera cuánto, pensó Hazel.

Una vez que se hubo marchado el último invitado y el submayordomo hubo cerrado la puerta, Mountbatten se volvió hacia su anfitriona y le dijo:

—Hazel, debo darle las gracias por esta ocasión realmente memorable. Ni el chef del Savoy habría podido producir un banquete más exquisito. Ha sido perfecto en todo.

—Sois muy amable, señor. Transmitiré vuestro agradecimiento al personal. —Consiguió detenerse a tiempo antes de decir «mi personal»—. ¿Podemos hacer alguna otra cosa por vos, antes de que os retiréis a descansar?

—No, gracias —contestó Mountbatten—. Ha sido un día largo y, con su permiso, me retiraré ahora.

—¿A qué hora deseáis tomar el desayuno, señor? —preguntó el gobernador.

—¿Le parecería conveniente a las siete y media? —preguntó Mountbatten—. Eso me dará tiempo para despegar a las nueve.

—Desde luego, señor —asintió Ted—. Me ocuparé de que Carruthers os lleve un desayuno ligero a vuestra habitación a las siete y media, a menos que preferáis tomar algo cocinado.

—Un desayuno ligero será lo más apropiado —dijo Mountbatten—. Ha sido una velada perfecta. Su personal no podría haberlo hecho mejor, Hazel. Buenas noches, y gracias de nuevo, querida.

El gobernador se inclinó y su esposa efectuó una reverencia ante el gran hombre, que luego ascendió la escalera, dos pasos por detrás de Carruthers. Cuando el mayordomo cerró la puerta del dormitorio Reina Victoria, Ted rodeó a su esposa con un brazo y le dijo:

—Él sabe que lo sabemos.

—Es posible que tengas razón —asintió Hazel—. Pero ¿sabe que nosotros sabemos que él lo sabe?

—Tendré que pensar en eso —dijo Ted.

Cogidos del brazo, regresaron a la cocina, donde encontraron a la señora Travis guardando platos en una caja, bajo la supervisión de *lady* Cuthbert, que ahora se había subido firmemente las largas mangas de encaje de su vestido de noche.

—¿Cómo ha regresado, Dotty? —preguntó Hazel.

—Me limité a dar la vuelta por el patio de atrás y a entrar por la puerta de servicio —contestó *lady* Cuthbert.

—¿Detectó usted algo que saliera mal esta noche? —preguntó Hazel con ansiedad.

—No lo creo —contestó *lady* Cuthbert—. No, a menos que se considere como tal el hecho de que Mick Flaherty no dejara de tomar una cuarta copa de Muscat de Venecia.

—Señora Travis —dijo Ted—, ni el chef del Savoy habría podido producir un banquete más exquisito. Ha sido perfecto en todo. Y no hago más que repetir las palabras exactas pronunciadas por lord Mountbatten.

—Gracias, su excelencia —dijo la señora Travis—. Tiene bastante buen apetito, ¿verdad? —añadió con una sonrisa.

Un momento más tarde, Carruthers entró en la cocina. Echó un vistazo por la habitación, que volvía a estar inmaculada. Luego se volvió hacia Ted.

—Con su permiso, señor, ahora nos marcharemos.

—Desde luego —asintió el gobernador—. Y muchas gracias, Carruthers, por el papel que han desempeñado usted y su extraordinario equipo. Han hecho un trabajo excelente. Lord Mountbatten no dejó de comentarlo siempre que tuvo ocasión.

—Lord Mountbatten es muy amable, señor. ¿A qué hora le parece que regresemos por la mañana para preparar y servir el desayuno?

—Bueno, pidió que se le sirviera un desayuno ligero en su habitación a las siete y media.

—En ese caso, volveremos a las seis y media —dijo Carruthers.

Hazel abrió la puerta de la cocina para dejarlos salir y transportaron a los coches que esperaban cajas llenas de loza y cestas repletas de comida. La última persona en marcharse fue Dotty, que aferraba contra su pecho el faisán de plata. Hazel la besó en ambas mejillas antes de que se alejara.

—No sé cómo te sientes tú, pero yo estoy agotado —dijo Ted mientras corría el cerrojo de la puerta de la cocina.

Hazel miró su reloj. Era la una y diecisiete minutos.

—Destrozada —admitió—, así que tratemos de dormir un poco, porque también tendremos que estar levantados a las siete para asegurarnos de que todo está preparado antes de que él se marche al aeropuerto.

Ted rodeó con un brazo la cintura de su esposa.

—Un triunfo personal para ti, querida.

Se dirigieron al vestíbulo y empezaron a subir lentamente la escalera, pero no dijeron nada más, por temor a perturbar el reposo de su invitado. Al llegar al rellano, se detuvieron en seco y bajaron la mirada, horrorizados ante lo que vieron sus ojos. Tres pares de zapatos de cuero negro habían sido perfectamente colocados uno al lado del otro fuera del dormitorio Reina Victoria.

—Ahora sí que estoy segura de que lo sabe —dijo Hazel en un susurro.

Ted asintió con un gesto, y preguntó:

—¿Tú o yo?

Hazel señaló firmemente a su esposo con un dedo.

—Definitivamente, tú, querido —le dijo dulcemente, antes de desaparecer en dirección al dormitorio Nelson.

Ted se encogió de hombros, tomó los zapatos del almirante y regresó a la cocina.

Su excelencia el gobernador y comandante en jefe de St. George pasó una considerable cantidad de tiempo dedicado a sacar brillo a aquellos tres pares de zapatos, perfectamente consciente de que no solo tenían que pasar la inspección del almirante de la flota, sino que, además, debía parecer como si el trabajo lo hubiera realizado el mismo Carruthers.

Al lunes siguiente, cuando Mountbatten regresó al Almirantazgo, en Whitehall, preparó un

amplio informe por escrito de su visita a St. George, del que se enviaron copias a la reina y al secretario del Foreign Office.

El almirante narró la historia de su visita durante una reunión familiar aquel sábado por la noche, en el castillo de Windsor, y una vez hubieron remitido las risas, la reina le preguntó:

—¿En qué momento sospechaste algo por primera vez?

—Fue Carruthers el que me dio la primera pista. Lo sabía todo sobre *sir* Ted, excepto en qué regimiento había servido. Eso es sencillamente imposible para un viejo soldado. La reina le planteó una pregunta más.

—¿Crees que el gobernador sabía que tú lo sabías?

—No puedo estar seguro, Lilibet —contestó Mountbatten tras pensar un momento—. Pero tengo la intención de no dejarle la menor duda al respecto.

El secretario del Foreign Office lanzó una fuerte risotada cuando leyó el informe de Mountbatten, y añadió una nota a la última hoja, en la que solicitaba clarificación sobre dos puntos:

¿Cómo puede estar seguro de que el personal que sirvió la cena no formaba parte del entorno del gobernador?

¿Cree que *sir* Ted sabía que usted lo sabía?

El almirante contestó enseguida:

—Después de la cena, una de las doncellas le preguntó a *lady* Barker si tomaba azúcar con el café, pero apenas un momento después ofreció dos terrones de azúcar a *lady* Cuthbert sin necesidad de preguntarle nada.

—Posiblemente no. Pero, ciertamente, lo sabrá el día de Navidad.

Sir Ted se sintió complacido al recibir una tarjeta de felicitación de Navidad enviada por lord Mountbatten, en la que decía: «Mis mejores deseos, Dickie. Gracias por una estancia memorable». Llegó acompañada por un regalo.

Hazel desarrolló el pequeño paquete para descubrir una lata de betún Cherry Blossom para los zapatos (color negro).

—Bien, ahora sabemos que lo sabía —fue el único comentario que hizo.

—Estoy de acuerdo —asintió Ted con una sonrisa—. Pero ¿sabía que nosotros sabíamos que él lo sabía? Eso es lo que me gustaría saber.

Nunca vivirás para lamentarlo

Y así fue acordado: David se lo dejaría todo a Pat. Si uno de los dos moría, el otro, al menos, dispondría de seguridad financiera durante el resto de su vida. David tuvo la sensación de que era lo menos que podía hacer por alguien que había permanecido a su lado durante tantos años, sobre todo porque el infiel había sido él.

Se conocían casi de toda la vida, porque sus padres habían sido íntimos amigos desde que eran capaces de recordar. Las dos familias confiaron en que David terminara por casarse con Ruth, la hermana de Pat, y no fueron capaces de ocultar su sorpresa, y en el caso del padre de Pat hasta su desaprobación, cuando los dos empezaron a vivir juntos, sobre todo porque Pat tenía tres años más que David.

Durante algún tiempo, David lo había pospuesto, con la esperanza de que se encontrara una cura milagrosa, a pesar de un insistente agente de seguros de la Geneva Life, llamado Marvin Roebuck, que llevaba ya nueve meses presionándole para «mantener una entrevista». El primer lunes del décimo mes volvió a telefonar y, en esta ocasión, David acordó de mala gana verse con él. Eligió para ello una fecha en la que sabía que Pat estaría de servicio nocturno en el hotel, y le pidió a Roebuck que se acercara por su apartamento, con la impresión de que, de ese modo, parecería que era el agente el que había efectuado la persecución.

David se dedicaba a regar la Cuphea harenga escarlata de la mesa del salón cuando Marvin Roebuck apretó el timbre de la puerta principal. Después de haber servido una Budweiser a su visitante, David le dijo que tenía toda clase de seguros que posiblemente pudiera necesitar: robo, accidente, coche, propiedad, salud y hasta vacaciones.

—Pero ¿qué me dice del seguro de vida? —preguntó Marvin lamiéndose los labios.

—Eso es algo que no necesito —contestó David—. Gano un buen salario, dispongo de seguridad más que suficiente y, además, mis padres me lo dejarán todo a mí.

—Pero ¿no sería prudente disponer de una suma global que recibiría automáticamente al cumplir los sesenta o sesenta y cinco años? —preguntó Marvin, que seguía empujando una puerta que no tenía forma de saber que ya estaba ampliamente abierta—. Al fin y al cabo, nunca se puede estar seguro de saber si va a encontrarse un desastre a la vuelta de la esquina.

David sabía exactamente qué desastre le esperaba a la vuelta de la esquina, a pesar de lo cual preguntó inocentemente:

—¿De qué cifra me habla?

—Bueno, eso dependería de lo que usted ganara actualmente —contestó Marvin.

—Ciento veinte mil dólares al año —dijo David en un tono de voz que intentó aparentar ligero, ya que eso representaba casi el doble de sus ingresos reales.

Marvin quedó evidentemente impresionado y David permaneció en silencio mientras efectuaba unos rápidos cálculos mentales.

—Bien —dijo Marvin finalmente—. Yo sugeriría medio millón de dólares... como cifra aproximada. Al fin y al cabo —añadió mientras recorría rápidamente con un dedo una página de tablas actuariales que había sacado de su maletín de aluminio—, solo tiene usted veintisiete años, de modo que los pagos se corresponderían perfectamente con sus medios actuales. De hecho, hasta podría considerar una cifra más elevada si tiene la perspectiva de que sus ingresos continúen aumentando durante los próximos años.

—Eso es lo que ha sucedido durante los pasados siete años —dijo David, sin faltar esta vez a la verdad.

—¿A qué clase de negocio se dedica, amigo mío? —preguntó Marvin.

—Acciones y bonos —contestó David, sin ofrecerle detalles sobre la pequeña empresa para la que trabajaba, o el puesto de mando intermedio que ocupaba.

Marvin se volvió a lamer los labios, a pesar de que le habían indicado que no lo hiciera en los numerosos cursos de actualización a los que había asistido, sobre todo cuando se dispusiera

a rematar un contrato.

—¿Qué cantidad cree usted que debería buscar? —preguntó David, quien deseaba estar seguro de que fuera siempre Marvin el que tomara la iniciativa.

—Bueno, un millón estaría perfectamente dentro de su gama de crédito —contestó Marvin, que comprobó de nuevo su pequeño cuaderno de tablas—. Es posible que los pagos mensuales puedan parecer un poco excesivos al principio, pero a medida que pasen los años, si tenemos en cuenta la inflación y sus continuos aumentos de salario, puede tener la seguridad de que terminarán por parecerle casi insignificantes.

—¿Cuánto tendría que pagar cada mes para terminar por cobrar un millón? —preguntó David, que intentó dar la impresión de que podría haber quedado enganchado.

—Si elegimos su sexagésimo cumpleaños como fecha adecuada para la terminación del contrato, algo más de mil dólares al mes —contestó Marvin, con un verdadero esfuerzo por lograr que la cifra pareciera una simple miseria—. Y no olvide que puede deducir el sesenta por ciento en su declaración fiscal, de modo que, en términos reales, solo pagaría unos quince dólares diarios, mientras que al final recibiría un millón, precisamente en el momento en que más lo necesitaría.

Y, a propósito, esa cifra de mil dólares es constante; nunca se eleva. De hecho, está a prueba de inflación.

Emitió una risa terriblemente aguda.

—Pero ¿recibiría al final la suma completa, ocurra lo que ocurra con el mercado?

—Un millón de dólares en el momento de cumplir los sesenta años —conformó Marvin—, al margen de lo que suceda, como no sea que se acabe el mundo. Ni siquiera yo puedo extender una póliza que cubra ese riesgo —dijo con otra risa aguda—. No obstante, amigo mío, si desgraciadamente muriera usted antes de cumplir los sesenta años, que Dios no lo quiera, las personas que dependen de usted recibirían la cantidad completa inmediatamente.

—No tengo personas que dependan de mí —dijo David, que intentaba parecer aburrido.

—Tiene que haber alguien que le importe —dijo Marvin—, con un joven tan atractivo como usted.

—Creo que será mejor que me deje los formularios, señor Roebuck. Pensaré en ello durante el fin de semana. Le prometo ponerme en contacto con usted.

Marvin pareció sentirse desilusionado. No necesitaba ningún curso de actualización para saber que había que clavetear al cliente a la pared ya en la primera entrevista, sin dejarlo escapar, porque eso únicamente le daba tiempo para pensar las cosas. Sintió que se le secaban los labios.

A primera hora de la mañana, Pat regresó de su servicio nocturno, pero David había permanecido despierto para reflexionar sobre lo ocurrido en la entrevista con Marvin. El recelo y la inseguridad de Pat con respecto al plan fueron evidentes. David siempre se había ocupado de todos los problemas que se les plantearon en el pasado, especialmente los financieros, y no tenía la seguridad de saber cómo funcionaría todo una vez que David no estuviera allí para darle consejos.

Gracias a Dios, era David el que tenía que tratar con Marvin, ya que Pat se sentía incapaz de decirle que no incluso a un vendedor de cepillos puerta a puerta.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Pat.

—Esperar.

—Pero le prometiste a Marvin que le volverías a llamar.

—Lo sé, pero no tengo la menor intención de hacerlo —dijo David, que pasó un brazo alrededor del hombro de Pat—. Apostaría cien dólares a que lo primero que hace Marvin el lunes por la mañana es llamarme por teléfono. Y no olvides que todavía necesito que la situación parezca como si fuera él el que me presionara.

Al acostarse, Pat sintió un ataque de asma y decidió que no era el momento más adecuado para pedirle a David que volvieran a repasar los detalles. Al fin y al cabo, Pat nunca tendría ninguna necesidad de reunirse con Marvin, como le había explicado David una y otra vez.

Marvin telefoneó a las ocho y media de la mañana del lunes.

—Esperaba encontrarle antes de que saliera para vender esas acciones y bonos —dijo—. ¿Ha tomado una decisión?

—Sí, la he tomado —dijo David—. He hablado del asunto con mi madre durante este fin de semana, y ella cree que debería buscar el millón, porque es posible que medio millón no resulte ser una suma tan grande de dinero cuando yo cumpla sesenta años.

A Marvin le complació que, en esa ocasión, David no pudiera verle humedecerse los labios.

—Evidentemente, su madre es una persona muy previsora —fue su único comentario.

—¿Puedo dejar en sus manos todo el papeleo? —preguntó David, con la intención de aparentar que no deseaba ocuparse de los detalles.

—Desde luego —asintió Marvin—. Ni siquiera se preocupe por ello, amigo mío. Déjeme todo eso a mí. Ha tomado usted la decisión correcta, David. Le prometo que nunca vivirá para lamentarlo.

Al día siguiente, Marvin volvió a llamar por teléfono para decir que el papeleo ya estaba preparado y que lo único que necesitaba ahora era someterse a un examen médico... «de rutina», fue la expresión que repitió varias veces. Sin embargo, y debido a la suma asegurada, el examen tendría que hacerse en la consulta del médico de la compañía, en Nueva York.

David armó cierto jaleo acerca de tener que viajar a Nueva York, y añadió que quizá no había tomado la decisión correcta, pero después de varios ruegos más por parte de Marvin, mezclados con algo de untuosa persuasión, terminó por acceder.

A la noche siguiente, después de que Pat se hubiera marchado a trabajar, Marvin llevó todos los formularios al apartamento.

David estampó su firma en tres documentos distintos, entre dos cruces puestas a lápiz. Su último acto fue inscribir en letras mayúsculas el nombre de Pat en el pequeño recuadro que Marvin le indicó con un dedo corto y regordete.

—Como su única beneficiaria —explicó el agente—, en el caso de que muriera usted antes del 1 de septiembre del año 2027... que Dios no lo quiera. ¿Está usted casado con Pat?

—No, simplemente vivimos juntos —contestó David.

Marvin abandonó el apartamento, con los formularios fuertemente aferrados, después de unos pocos más «amigo mío» y «nunca vivirá para lamentarlo».

—Lo único que tienes que hacer ahora es conservar la calma —le dijo David a Pat al confirmarle que ya se había terminado todo el papeleo—. Simplemente, recuerda que nadie me conoce tan bien como tú, y una vez que todo haya terminado, cobrarás un millón de dólares.

Cuando se acostaron, Pat deseó desesperadamente hacer el amor con David, pero ambos aceptaron que eso ya no era posible.

El lunes siguiente, los dos viajaron a Nueva York para acudir a la cita que David había acordado con el asesor médico jefe de la Geneva Life. Se separaron una manzana antes de llegar a las oficinas principales de la compañía de seguros, pues no querían correr el riesgo de que los vieran juntos. Se abrazaron una vez más pero, al separarse, a David todavía le preocupaba que Pat no fuera capaz de pasar por todo aquello.

Llegó a la consulta un par de minutos antes de las doce.

Una mujer joven, con una larga bata blanca, le sonrió desde detrás de una mesa.

—Buenos días. Soy David Kravits. Tengo una cita con el doctor Royston.

—Oh, sí, señor Kravits —dijo la enfermera—. El doctor Royston le espera. Tenga la bondad de seguirme.

Le condujo por un pasillo largo y desnudo hasta la última habitación de la izquierda. Una pequeña placa de latón decía:

DOCTOR ROYSTON

Ella llamó, abrió la puerta y dijo:

—El señor Kravits, doctor.

El doctor Royston resultó ser un hombre de baja estatura y edad avanzada, al que solo le quedaban unas pocas hebras de pelo sobre la brillante cabeza bronceada por el sol. Llevaba gafas con montura de concha y su rostro ofrecía un aspecto capaz de sugerir que su propia póliza de seguro de vida no andaba lejos de alcanzar su madurez.

—Si no recuerdo mal, es por una póliza de seguro de vida.

—Sí, en efecto.

—No nos ocupará mucho tiempo, señor Kravits.

Solo se trata de un examen de rutina, pero la compañía desea estar segura de que usted se encuentra en buenas condiciones, puesto que va a arriesgar una suma tan grande de dinero. Siéntese, por favor le dijo señalando una silla al otro lado de la mesa.

—Yo mismo pensé que esa suma era demasiado elevada. Me habría sentido más satisfecho de haber llegado a un acuerdo por medio millón, pero el agente se mostró tan convincente...

—¿Ha sufrido alguna enfermedad grave durante los últimos diez años? —preguntó el médico, al que evidentemente no le interesaban los puntos de vista del agente.

—No. Algún que otro resfriado ocasional, pero nada que pueda considerarse como grave —contestó.

—Bien. Y en su familia directa, ¿se ha producido algún caso de ataque al corazón, cáncer, malestar hepático?

—No, que yo sepa.

—¿Vive todavía su padre?

—Desde luego.

—¿Y se encuentra bien?

—Sale a correr todas las mañanas y hace pesas en el gimnasio local los fines de semana.

—¿Y su madre?

—Ella no hace esas cosas, pero no me sorprendería nada que sobreviviera a mi padre en algunos años.

El doctor se echó a reír.

—¿Vive alguno de sus abuelos?

—Todos, excepto uno. El padre de mi padre murió hace dos años.

—¿Sabe usted la causa de la muerte?

Creo que, simplemente, se dejó llevar. Eso fue, al menos, lo que dijo el sacerdote en el funeral.

—¿Qué edad tenía? —preguntó el médico—. ¿Lo recuerda usted más o menos?

—Ochenta y uno, quizá ochenta y dos años.

—Bien —repitió el doctor Royston, que trazó una marca en un nuevo casillero del formulario que tenía ante él—. ¿Ha sufrido alguna vez cualquiera de estas cosas? —preguntó, al tiempo que sostenía una tablilla impresa delante de él.

La lista empezaba con artritis, y terminaba con tuberculosis, dieciocho líneas más abajo.

David recorrió lentamente la larga lista con la mirada, antes de contestar.

—No, ninguna de ellas —fue todo lo que dijo, sin fijarse especialmente en el asma en esa ocasión.

—¿Fuma usted?

—Nunca.

—¿Bebe?

—Algo... en reuniones sociales. Me gusta tomar de vez en cuando un vaso de vino en la cena, pero nunca jamás bebo licores fuertes.

—Excelente —dijo el médico, que marcó la última casilla—. Y ahora, comprobemos su altura y peso. Venga por aquí, señor Kravits, y colóquese junto a esta escala.

El médico tuvo que ponerse de puntillas para bajar el marcador de madera hasta que estuvo plano sobre la cabeza de su paciente.

—Un metro ochenta y cinco —declaró. Luego, lo situó sobre la balanza y movió el peso poco a poco hasta que quedó equilibrado—. Ochenta y un kilos. No está nada mal. —Rellenó otras dos líneas en su formulario—. Quizá un muy ligero exceso de peso. Bien, ahora necesito una muestra de orina, señor Kravits. Si es tan amable, tome este recipiente de plástico y en la puerta de al lado encontrará un lavabo. Llénelo hasta la mitad y, cuando haya terminado, déjelo sobre la estantería y regrese aquí.

El médico tomó algunas notas más mientras el paciente estaba fuera de la habitación. David regresó un momento más tarde.

—He dejado el recipiente sobre la estantería —fue todo lo que dijo David.

—Bien. Ahora necesito una muestra de sangre. ¿Puede subirse la manga derecha, por favor? —El médico le colocó una banda de goma alrededor del bíceps derecho y bombeó hasta que las venas se destacaron con claridad—. Solo es un pequeño pinchazo —dijo—. Apenas sentirá nada.

Le introdujo la aguja y él apartó la mirada mientras el médico le extraía sangre. El doctor Royston limpió el punto del pinchazo y le fijó un pequeño parche circular sobre la piel rota. Luego se inclinó sobre él y aplicó un estetoscopio frío a diferentes partes del pecho del paciente, pidiéndole de vez en cuando que inspirara y espirara.

—Bien —no dejaba de repetir. Finalmente, dijo—: Esto es prácticamente todo lo que necesitamos, señor Kravits. Tendrá que pasar unos pocos minutos en la consulta que hay al fondo del pasillo, con la doctora Harvey, que le tomará una placa de rayos X y se entretendrá un poco con sus aparatos eléctricos. Una vez haya terminado eso ya podrá marcharse a su casa. —Comprobó las anotaciones de su formulario—. En New Jersey. La compañía se pondrá en contacto con usted dentro de pocos días, en cuanto tengamos los resultados de los análisis.

—Gracias, doctor Royston —dijo David mientras se abrochaba la camisa.

El médico apretó un botón de su despacho y la enfermera reapareció y lo condujo a otra habitación, con una placa ante la puerta que Decía:

DOCTORA MARY HARVEY

La doctora Harvey, una mujer de edad mediana, elegantemente vestida, con cabello gris corto, ya le estaba esperando. Sonrió al hombre alto y atractivo que entró en su consulta y le pidió que se quitara la camisa y subiera a la plataforma de la unidad de rayos X.

—Coloque los brazos por detrás de la espalda e inspire. Gracias.

A continuación, le pidió que se tumbara en la camilla que había en un rincón de la habitación. Se inclinó sobre su pecho, le untó la piel con pequeños grupos de pasta y fijó en ellos pequeñas conexiones.

Mientras él miraba fijamente hacia el techo blanco, ella apretó un interruptor y concentró su atención sobre una pequeña pantalla de televisión que tenía en la esquina de la mesa. Su expresión no dejó traslucir nada.

Una vez que le hubo limpiado la pasta con un paño húmedo, le dijo:

—Puede ponerse la camisa de nuevo, señor Kravits.

Ahora ya puede marcharse.

Una vez que estuvo completamente vestido, el joven se apresuró a salir del edificio y a recorrer el trayecto que le distanciaba de la misma esquina donde antes se habían separado. Se volvieron a abrazar.

—¿Todo ha ido bien?

—Creo que sí —contestó él—. Me dijeron que se pondrían en contacto conmigo en los próximos días, una vez terminados los análisis.

—Gracias a Dios que eso no ha sido un problema para ti.

—Solo desearía que no lo fuera para ti.

—Bueno, no pensemos siquiera en eso —dijo David estrechando a la única persona que amaba.

Marvin llamó por teléfono una semana después para comunicarle a David que el doctor Royston le había dado el visto bueno en cuanto a su estado de salud.

Todo lo que tenía que hacer ahora era enviar el primer pago de mil cien dólares a la compañía de seguros y la póliza entraría en vigor. A la mañana siguiente, David envió por correo un cheque a la Geneva Life. A partir de entonces haría los pagos por transferencia bancaria, el primer día de cada mes.

Diecinueve días después de efectuado el séptimo pago, David Kravits murió de sida.

Pat trató de recordar lo primero que tenía que hacer una vez que se hubiera leído el testamento. Tenía que ponerse en contacto con el señor Levy, el abogado de David, y dejarlo todo en sus manos. David le había advertido que él no interviniera directamente en el asunto. Que fuera Levy, como su albacea testamentario, el que hiciera la reclamación a la compañía de seguros, para luego pasarle el dinero a él. «Si tienes alguna duda, no digas nada», fue el último consejo que le dio David a Pat antes de morir.

Diez días más tarde, Pat recibió una carta de un representante del departamento de reclamaciones de la Geneva Life en la que se solicitaba una entrevista con el beneficiario de la póliza. Pat pasó la carta directamente al abogado de David. El señor Levy escribió a la compañía para mostrarse de acuerdo en celebrar la entrevista, que tendría lugar, a petición de su cliente, en las oficinas de Levy, Goldberg y Levy, en Manhattan.

—¿Hay algo que no me haya dicho, Patrick? —le preguntó Levy pocos minutos antes de que llegara el representante de la compañía de seguros. Porque si lo hay, será mejor que me lo diga ahora.

—No, señor Levy, no hay nada —contestó Pat, que cumplía así las instrucciones de David al pie de la letra.

Desde el momento en que se inició la entrevista, el representante de Geneva Life, cuya mirada taladraba continuamente la cabeza inclinada de Pat, no dejó al señor Levy la menor duda acerca de lo poco feliz que le hacía pagar esta reclamación en particular. Pero el abogado evitó contestar directamente todas las preguntas, fortalecido en su postura por saber que ocho meses antes, cuando se le hicieron pruebas rigurosas, los médicos de la Geneva Life no habían encontrado la menor señal de que David fuera seropositivo.

—Por mucho ruido que haga —repitió Levy—, su empresa tendrá que pagar al final. —Y, como medida de precaución, añadió—: Si en treinta días no he recibido toda la cantidad que se le debe a mi cliente, iniciaré inmediatamente un procedimiento legal contra la Geneva Life.

El representante de reclamaciones preguntó a Levy si estaría dispuesto a considerar un acuerdo. Levy se volvió a mirar a Pat, que inclinó la cabeza todavía más, y contestó:

—Desde luego que no.

Dos horas más tarde, Pat regresó a su apartamento, agotado y deprimido, con el temor de que volviera a reproducirse el ataque de asma. Intentó prepararse algo para cenar antes de irse a trabajar, pero todo le parecía falto de sentido sin David. Empezaba a preguntarse si no habría sido mejor llegar a un acuerdo con la compañía de seguros.

El teléfono sonó una sola vez durante toda la noche.

Pat se apresuró a contestar, con la esperanza de que fuera su madre o su hermana Ruth. Resultó ser Marvin, quien balbuceó:

—Estoy metido en verdaderos problemas, Pat.

Probablemente, voy a perder mi trabajo a causa de esa póliza que le hice a su amigo David.

Pat dijo que lo sentía mucho, pero que no creía poder hacer nada por ayudarlo.

—Sí, claro que puede hacer algo —insistió Marvin—. Para empezar, podría hacer una póliza para usted mismo. Eso podría salvarme la piel.

—No creo que eso fuera prudente —dijo Pat, preguntándose qué le habría aconsejado David.

—Estoy seguro de que David no habría querido verme despedido de mi trabajo —le rogó Marvin—. Apiádesse de mí, amigo mío. Simplemente, no me puedo permitir otro divorcio.

—¿Cuánto me costaría eso? —preguntó Pat, desesperado por encontrar una forma de desembarazarse de Marvin.

—Va usted a cobrar un millón de dólares en metálico —casi gritó Marvin—, ¿y me pregunta cuánto le va a costar? ¿Qué son mil dólares al mes para alguien tan rico como usted?

—Pero no puedo estar seguro de que vaya a recibir ese millón —protestó Pat.

—Eso ya ha sido arreglado —le dijo Marvin en un tono de voz varios decibelios más bajo—. No tenía ninguna intención de decírselo, pero lo cierto es que recibirá el cheque el treinta de este mes. La compañía sabe que su abogado la tiene bien cogida por las pelotas... Ni siquiera tendrá que efectuar el primer pago hasta después de haber recibido el millón.

—Está bien —dijo Pat, desesperado por quitárselo de encima—. Lo haré, pero no hasta que haya recibido el cheque.

—Gracias, amigo mío. Pasaré a verle con el papeleo mañana por la noche.

—No, eso no es posible —dijo Pat—. Este mes me toca trabajar por las noches. Será mejor que venga mañana por la tarde.

—No tendrá que trabajar por las noches una vez que haya recibido el cheque, amigo mío —dijo Marvin, que luego emitió una de sus terribles risas agudas—. Es un hombre afortunado —añadió antes de colgar el teléfono.

La tarde siguiente, cuando Marvin llegó al apartamento, Pat se lo había pensado mejor. Si tenía que visitar de nuevo al doctor Royston, se darían cuenta inmediatamente de la verdad. Pero una vez que Marvin le aseguró que el examen médico podía hacerlo cualquier médico de su elección y que el primer pago se retrasaría, terminó por dar su consentimiento y firmó los formularios entre las cruces en lápiz, dejando a Ruth como su única beneficiaria. Confiaba, al menos, en que David hubiera aprobado esa decisión.

—Gracias, amigo mío. No volveré a molestarle —le prometió Marvin. Y luego, antes de cerrar la puerta tras él, sus últimas palabras fueron—: Le prometo que nunca vivirá para lamentarlo.

Una semana más tarde, Pat visitó a su médico. El examen no ocupó mucho tiempo, puesto que Pat se había sometido recientemente a un chequeo completo.

Por lo que el médico recordaba, en aquella ocasión Pat había parecido sentirse un poco nervioso, y no pudo ocultar su expresión de alivio cuando le llamó por teléfono para comunicarle que todo estaba bien.

—No hay ningún problema con usted, Pat —le dijo—, aparte de ese asma que, de todos modos, no parece empeorar.

Marvin llamó una semana más tarde para decirle que el médico había dado el visto bueno a su estado de salud, y que él había podido conservar su puesto de trabajo en la Geneva Life.

—Me alegro por usted —dijo Pat—. Pero ¿qué hay de mi cheque?

—Se le pagará el último día del mes. Ahora no es más que una cuestión burocrática. Lo recibirá veinticuatro horas antes de que tenga que efectuar el primer pago de su póliza. Como le dije, gana usted en un doble sentido.

El último día del mes, Pat llamó al abogado de David para preguntarle si había recibido el

cheque de la Geneva Life.

—No había nada en el correo de esta mañana —le contestó Levy—, pero llamaré ahora mismo a la otra parte por si acaso lo han enviado y está de camino. En caso contrario, iniciaré inmediatamente el procedimiento legal contra ellos.

Pat se preguntó si debía decirle a Levy que había firmado un cheque por importe de mil cien dólares, que sería cobrado al día siguiente, y que tenía en su cuenta el dinero justo para cubrirlo, aunque no lo suficiente para pasar todo el mes hasta que recibiera su siguiente paga mensual. Había empleado todo el dinero ahorrado de que disponía para ayudar a David a pagar los recibos mensuales de la Geneva Life. Decidió no comentar nada. David le había dicho en repetidas ocasiones que si tenía alguna duda, no dijera nada.

—Le llamaré a última hora de la noche para comunicarle cuál es exactamente la situación —dijo Levy.

—No, eso no será posible —dijo Pat—. Durante toda esta semana tengo servicio por la noche. En realidad, ya tengo que marcharme a trabajar. ¿Podría llamarme quizá a primera hora de la mañana?

—Así lo haré —le aseguró el abogado.

A primera hora de la mañana del día siguiente, cuando Pat regresó a casa del trabajo, no consiguió dormir. Se removió en la cama de un lado a otro, preocupado por cómo lograría sobrevivir el resto del mes si esa misma mañana se presentaba su cheque al cobro y no había recibido todavía el millón de dólares de la Geneva Life.

El teléfono sonó a las 9.31. Pat lo descolgó y se sintió aliviado al oír la voz del señor Levy al otro lado de la línea.

Patrick, anoche recibí una llamada de la Geneva Life, mientras estaba usted en el trabajo, y debo decirle que ha transgredido usted la regla de oro de Levy.

—¿La regla de oro de Levy? —preguntó Pat, confuso.

—Sí, la regla de oro de Levy. En realidad, es bastante sencillo, Patrick. Deje caer todo lo que quiera sobre cualquier persona que quiera, pero no lo deje caer todo sobre su abogado.

—No le comprendo —dijo Pat.

—Su médico ha proporcionado a la Geneva Life una muestra de su sangre y orina, y resulta que son idénticas a las que tiene el doctor Royston en su laboratorio, a nombre de David Kravits.

Pat sintió que la sangre descendía de su cabeza, al darse cuenta del truco que Marvin había empleado con él. Su corazón latía más y más rápidamente. De repente, le abandonaron las fuerzas, se le doblaron las rodillas y se desplomó sobre el suelo, mientras hacía esfuerzos por respirar.

—¿Está todavía ahí? —preguntó Levy—. ¿Me oye, Patrick?

Veinte minutos más tarde, un equipo de primeros auxilios irrumpió en el apartamento, pero, instantes antes de que llegaran junto a él, Pat había muerto de un ataque al corazón causado por el ahogo provocado por el asma.

El señor Levy no hizo nada hasta que pudo confirmar con el banco de Pat que la compañía de seguros había cobrado el cheque de mil cien dólares de su cliente.

Diecinueve meses más tarde, Ruth, la hermana de Pat, recibió un pago de un millón de dólares de la Geneva Life, pero no hasta después de haber pasado por una prolongada batalla legal ante los tribunales, dirigida por Levy, Goldberg y Levy.

Finalmente, el jurado aceptó que Pat había muerto por causas naturales y que la póliza de seguros estaba en vigor en el momento de su muerte.

Les aseguro que Marvin Roebuck sí vivió para lamentarlo.

No se detenga nunca en la autovía

Diana había esperado marcharse a las cinco, para poder llegar a la granja a la hora de cenar. Intentó no demostrar su verdadero estado de ánimo cuando, a las 16.37, su vicedirector, Phil Haskins, le presentó un complejo documento de doce páginas que exigía la firma de un director antes de ser enviado al cliente.

Haskins no vaciló en recordarle que esa misma semana habían perdido dos contratos similares.

Los viernes siempre sucedía lo mismo. Los teléfonos se quedaban en silencio a mitad de la tarde y luego, justo cuando creía que ya podía marcharse, una autorización aterrizaba sobre su mesa de despacho. Un solo vistazo a este documento en particular permitió a Diana darse cuenta de que no tendría posibilidades de escapar antes de las seis.

Las exigencias de ser madre sola, así como alta ejecutiva de una pequeña pero activa empresa de la City, significaban que disponía de pocos momentos para relajarse, así que cuando llegaba el único fin de semana de cada cuatro que James y Caroline pasaban con su exesposo, Diana intentaba abandonar el despacho un poco antes de lo habitual para evitar verse atrapada en el tráfico del fin de semana.

Leyó lentamente la primera página e hizo un par de correcciones, consciente de que cualquier error cometido un apresurado viernes por la tarde podía lamentarse en las semanas siguientes. Después de firmar la última página del documento, miró el reloj que tenía sobre la mesa. Eran las 17.51.

Diana tomó el bolso, se dirigió resueltamente hacia la puerta y, de camino, dejó el contrato sobre la mesa de Phil sin molestarse más que en sugerirle que pasara un buen fin de semana. Sospechaba que aquel asunto había estado en su mesa desde las nueve de la mañana, pero lo había retenido hasta las 16.37, porque era su único medio de vengarse ahora que ella había sido nombrada jefa del departamento. Una vez que se encontró a salvo en el ascensor, apretó el botón del aparcamiento del sótano y calculó que, probablemente, el retraso añadiría una hora extra a su viaje.

Salió del ascensor, se dirigió hacia su Audi familiar, abrió la puerta y arrojó el bolso al asiento de atrás.

Cuando salió a la calle, la corriente de tráfico se movía poco más o menos a la misma velocidad que los peatones que, como hormigas obreras, se apresuraban hacia el agujero más cercano que encontrarán en el suelo.

Puso la radio para escuchar las noticias de las seis.

Las campanadas del Big Ben sonaron antes de que los portavoces de los tres partidos políticos principales expresaran sus puntos de vista sobre los resultados de las elecciones europeas. John Major se negaba a hacer comentarios sobre su futuro. La explicación ofrecida por el partido conservador acerca de sus pobres resultados era que solo el cuarenta y dos por ciento del electorado del país se había molestado en acudir a las urnas. Diana se sintió culpable; ella se contaba entre el cincuenta y ocho por ciento que no había depositado su voto.

El locutor pasó a informar de que la situación en Bosnia seguía siendo desesperada y que la CE amenazaba con terribles consecuencias si Radovan Karadzic y los serbios no llegaban a un acuerdo con las otras partes combatientes. La mente de Diana empezó a divagar; aquella clase de amenazas ya no eran noticia.

Sospechaba que si dentro de un año volvía a poner la radio, probablemente repetirían lo mismo palabra por palabra.

Mientras el coche se arrastraba en torno a Russell Square, empezó a pensar en el fin de semana que la esperaba. Había transcurrido un año desde que John le había dicho que había encontrado a otra mujer y que deseaba el divorcio. Aún se preguntaba por qué no se había sentido más conmocionada, después de siete años de matrimonio, o por lo menos más

encolerizada ante su traición. Desde que la nombraron jefa ejecutiva tenía que admitir que ambos habían pasado cada vez menos tiempo juntos. Y quizá se había sentido anestesiada por el hecho de que un tercio de las parejas casadas de Gran Bretaña estaban ahora divorciadas o separadas. Sus padres no habían podido ocultar su desilusión, pero, claro, ellos llevaban casados cuarenta y dos años.

El divorcio había sido bastante amistoso desde el momento en que John, que ganaba menos que ella, lo que constituía quizá uno de sus problemas, había admitido la mayoría de las demandas que Diana le planteó. Ella había conservado el piso en Putney, el Audi familiar y los niños, a los que a John se le permitió visitar un fin de semana de cada cuatro. Él los habría recogido en el colegio a primera hora de la tarde, como tenía por costumbre, para llevarlos al piso de Putney hacia las siete de la tarde del domingo.

Diana hacía todo lo que estaba en su mano para no quedarse a solas en Putney cuando no estaban sus hijos, y aunque solía gruñir por haber tenido que cargar con la responsabilidad de educar a dos niños sin padre, los echaba desesperadamente de menos en cuanto los perdía de vista.

No había aceptado a ningún amante, y tampoco dormía con otros. Ningún miembro del personal directivo de la empresa había ido más allá de invitarla a almorzar. Quizá porque solo tres de ellos no estaban casados, y no sin razón. La única persona con la que hubiera podido considerar tener una relación había dejado suficientemente claro que solo deseaba pasar la noche con ella, no los días.

En cualquier caso, Diana había decidido, hacía ya mucho tiempo, que si quería que la tomaran en serio como única mujer con cargo directivo de la empresa, cualquier relación sentimental, por muy casual o corta que fuese, no podía sino terminar en lágrimas. Los hombres son tan vanidosos, pensó. Una mujer solo tenía que cometer un error para que se la etiquetara inmediatamente como promiscua. Entonces, cualquier otro hombre del lugar sonreía afectadamente a tus espaldas, o trataba tus muslos como una extensión del brazo de su sillón.

Diana lanzó un gemido cuando tuvo que detenerse de nuevo ante otro semáforo en rojo. En veinte minutos apenas había recorrido poco más de un par de kilómetros. Abrió la guantera, en el lado del pasajero, y tanteó en la oscuridad, en busca de una casete.

Encontró una y la introdujo en la ranura, con la esperanza de que fuera Pavarotti, solo para verse saludada por los tonos estridentes de Gloria Gaynor que le aseguraban Yo sobreviviré. Sonrió y pensó en Daniel, en el momento en que el semáforo se puso en verde.

A principios de los años ochenta, ella y Daniel habían estudiado económicas en la universidad de Bristol. Fueron amigos, pero nunca amantes. Luego, Daniel conoció a Rachel, que había empezado los estudios un año después que ellos, y a partir de ese momento él no volvió a mirar a otra mujer. Se casaron el mismo día en que él se graduó y, después de regresar de su luna de miel, Daniel se hizo cargo de la dirección de la empresa de su padre, en Bedfordshire. A eso siguieron tres niños, en rápida sucesión, y Diana se sintió orgullosa cuando se le pidió que fuera la madrina de Sophie, la mayor. Ahora, Daniel y Rachel llevaban casados doce años, y Diana estaba convencida de que no desilusionarían a sus padres ni con la menor sugerencia de divorcio. Aunque estaban convencidos de que ella llevaba una vida excitante y satisfactoria, lo cierto es que Diana envidiaba la existencia suave y nada complicada de sus amigos.

Le pedían con regularidad que pasara el fin de semana con ellos, en el campo, pero por cada dos o tres invitaciones que le hacía Daniel, ella solo aceptaba una, no porque no le gustara unirse a ellos más a menudo, sino porque desde su divorcio no sentía el menor deseo de aprovecharse de su hospitalidad.

Aunque disfrutaba con su trabajo, aquella había sido una condenada semana. Habían

fallado dos contratos, James había sido expulsado del equipo de fútbol de la escuela, y Caroline no dejó de decirle que a su padre no le importaba dejarla que viera la televisión cuando tenía que estar haciendo sus deberes.

Otro semáforo se puso en rojo.

Diana tardó casi una hora en recorrer los diez kilómetros para salir de la ciudad, y cuando llegó a la autovía de carril doble levantó la mirada hacia el cartel que indicaba la A1, más por costumbre que por necesidad de orientarse, puesto que conocía cada metro del camino desde el despacho hasta la granja. Intentó aumentar la velocidad, pero le fue imposible, ya que los dos carriles permanecieron obstinadamente llenos.

—Maldita sea —exclamó. Se le había olvidado comprarles un regalo, aunque solo fuera una botella decente de clarete—. Maldita sea —repitió.

Daniel y Rachel eran los que siempre ofrecían.

Empezó a preguntarse si acaso no podría adquirir algo en la autovía, y recordó que entre el lugar donde se encontraba y la granja no había más que estaciones de servicio. No podía presentarse con otra caja de chokolatinas que, de todos modos, nunca comían. Al llegar a la rotonda que conducía a la A1 consiguió por primera vez hacer avanzar el coche a ochenta. Empezó a relajarse y dejó que su mente divagara, llevada por la música.

No hubo la menor advertencia. A pesar de que golpeó inmediatamente los frenos con el pie, ya era demasiado tarde. Oyó un golpe apagado en el parachoques delantero y un ligero estremecimiento sacudió el coche.

Una pequeña criatura negra se había cruzado en su camino y a pesar de la rapidez de su reacción, no había podido evitar alcanzarla. Diana se hizo a un lado y se detuvo en el arcén, sin dejar de preguntarse si el animal habría podido sobrevivir. Dio marcha atrás, lentamente, para regresar al lugar donde creía haberlo alcanzado, mientras el tráfico pasaba estruendosamente a su lado.

Y entonces lo vio, tumbado al borde de la hierba; un gato que había cruzado la carretera por enésima vez.

Bajó del coche, con las luces de los faros iluminando el cuerpo sin vida. De repente, Diana sintió náuseas. Ella misma tenía dos gatos, y sabía que nunca sería capaz de decirles a los niños lo que había hecho. Tomó al animal muerto y lo depositó suavemente en la zanja situada más allá del arcén.

—Lo siento mucho —dijo, sin poder evitar sentirse un poco tonta.

Le dirigió una última mirada antes de regresar al coche. Había elegido el Audi por sus características de seguridad.

Subió al coche y puso el motor en marcha, para descubrir que Gloria Gaynor seguía cantando su opinión sobre los hombres. Apagó la radio e intentó dejar de pensar en el gato, mientras esperaba a que se produjera un hueco en el tráfico lo bastante amplio como para regresar al carril más lento. Finalmente lo consiguió, pero no fue capaz de apartar de su mente la imagen del gato muerto.

Diana había acelerado de nuevo hasta los ochenta por hora cuando, de repente, observó unos faros que brillaban a través de la ventanilla de atrás. Levantó el brazo y movió el espejo retrovisor, pero las luces largas siguieron deslumbrándola. Redujo un poco la velocidad para permitir que el vehículo la pasara, pero el conductor no demostró el menor interés por hacerlo.

Diana empezó a preguntarse si acaso había algo que no funcionaba bien en su coche. ¿Estaría estropeada alguna de las luces de posición? ¿Expulsaba demasiado humo el tubo de escape? ¿Estaba...?

Decidió acelerar y poner una mayor distancia con respecto al vehículo que llevaba detrás, pero este se mantuvo a pocos metros de su parachoques. Intentó echar un vistazo al conductor, a través del espejo retrovisor, pero resultaba difícil ver gran cosa bajo aquellas luces

tan brillantes. A medida que sus ojos se acostumbraron al resplandor, distinguió la silueta de una gran camioneta negra, amenazadoramente cerca, y lo que le pareció un hombre joven sentado al volante.

Parecía estar haciéndole señas.

Diana redujo de nuevo la velocidad al aproximarse a la siguiente rotonda, lo que le dio a él la posibilidad de adelantarla por el carril más rápido, pero tampoco aprovechó la oportunidad y se mantuvo muy cerca de su parachoques trasero, sin quitar las luces largas. Esperó a encontrar un hueco en el tráfico de la rotonda, procedente de su derecha. En cuanto lo encontró, apretó el acelerador, recorrió la rotonda y se alejó hacia la A1.

Por fin había logrado librarse de él. Empezaba a relajarse ya pensar en Sophie, que siempre la esperaba despierta para que pudiera leerle algo cuando, de repente, aquellas luces largas volvieron a brillar en su espejo retrovisor y a deslumbrarla una vez más. En todo caso, ahora parecían estar más cerca que antes.

Redujo la velocidad, y él hizo lo mismo. Aceleró, y él aceleró. Intentó decidir qué debía hacer a continuación, y empezó a hacer señas frenéticas a los conductores que la pasaban a mayor velocidad, pero nadie pareció darse cuenta de su problema. Intentó pensar en otras formas de alertar a alguien, y de repente recordó que al entrar a formar parte del consejo de administración de la empresa, le habían sugerido que se hiciera instalar un teléfono portátil en el coche. Diana había decidido que eso podía esperar hasta que hubiera necesidad de efectuar la revisión del coche, algo que debería haber hecho hacía un par de semanas.

Se pasó la mano por la frente y apartó una tenue capa de sudor. Pensó por un momento y después hizo entrar el coche en el carril rápido. Inmediatamente, la camioneta la siguió y se acercó tanto que ella empezó a temer que si tocaba los frenos podría causar un enorme accidente sin pretenderlo.

Diana aumentó la velocidad hasta ciento cuarenta, pero no lograba quitarse de encima a la camioneta.

Apretó aún más el pie sobre el acelerador, y el coche se puso a ciento sesenta, pero la camioneta seguía detrás, a menos de la distancia de un coche.

Puso las luces largas, encendió las luces intermitentes de advertencia y tocó el claxon ante cualquiera que se atreviera a interponerse en su carril.

Solo podía confiar en que la policía la detectara, la detuviera y la multara por exceso de velocidad. Pensó que una multa sería infinitamente preferible a un choque con un joven loco, mientras el Audi familiar sobrepasaba los ciento setenta por primera vez desde que lo tenía. Pero no había forma de dejar atrás a la camioneta negra.

Sin advertencia, desvió el coche hacia el carril central y apartó el pie del acelerador, lo que hizo que la camioneta se situara al mismo nivel que ella, y eso le dio la oportunidad de mirar al conductor por primera vez.

Llevaba una chaqueta de cuero negro y le hacía señas amenazadoras. Ella le levantó el puño y volvió a acelerar, pero él se limitó a situarse de nuevo tras ella, como un corredor olímpico decidido a no permitir que su rival se alejara.

Y entonces recordó y sintió náuseas por segunda vez aquella noche.

—Oh, Dios mío —gritó en voz alta, aterrorizada.

Como una oleada, acudieron a su mente los detalles del asesinato que se había producido pocos meses antes en aquella carretera. Una mujer había sido violada, antes de que le cortaran el cuello con una navaja de filo dentado, para luego abandonar su cadáver en una zanja.

Durante varias semanas, se habían instalado carteles en la A1 para solicitar a los conductores que llamaran a cierto número de teléfono en el caso de que tuvieran alguna información que pudiera ayudar a la policía en sus investigaciones. Ahora, los carteles habían desaparecido, pero la policía seguía buscando al asesino. Diana empezó a temblar al recordar la

advertencia dirigida a todas las mujeres que condujeran solas: «No se detenga nunca en la autovía».

Pocos segundos más tarde vio una señal de tráfico que conocía muy bien. Había llegado a ella mucho antes de lo previsto. Cinco kilómetros más adelante tendría que abandonar la autovía para tomar la desviación que conducía a la granja. Empezó a rezar para que, al efectuar su giro habitual, el hombre de la chaqueta negra continuara por la A1 y pudiera desembarazarse finalmente de él.

Diana decidió que había llegado el momento de acelerar y dejarlo atrás. Regresó al carril rápido y, una vez más, apretó el acelerador a fondo. Alcanzó por segunda vez los ciento setenta kilómetros por hora y pasó ante la señal que indicaba tres kilómetros de distancia hasta el desvío. Ahora, su cuerpo estaba cubierto de sudor, y el velocímetro volvió a alcanzar la marca de ciento setenta. Miró por el espejo retrovisor, pero él seguía tras ella. Tendría que elegir muy cuidadosamente el momento exacto para poder ejecutar su plan con éxito. Cuando le faltaba un kilómetro, empezó a mirar a la izquierda, para asegurarse de que el momento elegido sería perfecto. Ahora ya no necesitaba comprobar la situación en el espejo retrovisor para saber que él seguía allí.

La siguiente señal indicaba tres líneas blancas en diagonal, advirtiéndole que debía meterse en el carril interior si tenía la intención de abandonar la autovía en el siguiente desvío. Mantuvo el coche en el carril exterior a ciento sesenta kilómetros por hora, hasta que detectó un hueco lo bastante amplio. Dos líneas blancas aparecieron al lado de la autovía. Diana sabía que solo tendría una oportunidad para escapar. Al pasar la señal con una sola línea blanca hizo girar repentinamente el coche, a ciento cincuenta kilómetros por hora, para cruzar la autovía, lo que hizo que los coches de los carriles central e interior tuvieran que pisar el freno y mostraran su colérica opinión con el claxon. Pero a Diana no le importaba lo que pensarán de ella, porque ahora había logrado introducirse en el bucle de desvío, hacia la seguridad, mientras la camioneta negra continuaba a toda velocidad por la A1.

Se echó a reír, aliviada. A su derecha, observó el flujo continuo del tráfico por la autovía. Pero su risa se convirtió en un grito cuando vio que la camioneta negra cruzaba también la autovía, delante de un camión, subía al borde de hierba y se metía en el bucle de desviación, balanceándose de un lado a otro. Estuvo a punto de salirse por el borde y caer en una zanja, pero se las arregló de algún modo para mantener el control y terminó a pocos metros por detrás de ella, con las luces largas nuevamente deslumbrándola a través del cristal de atrás.

Al llegar a lo alto del bucle de salida Diana giró a la izquierda, en dirección hacia la granja, mientras intentaba decidir frenéticamente qué debía hacer a continuación. La ciudad más cercana estaba a unos dieciocho kilómetros, sobre la carretera principal, y la granja solo a diez, pero siete de esos kilómetros eran una carretera comarcal, tortuosa y mal iluminada.

Comprobó el indicador del depósito de gasolina. Estaba casi vacío, pero aún quedaba lo suficiente como para considerar cualquiera de las dos opciones. Aún le faltaban casi dos kilómetros para llegar al desvío, por lo que disponía de menos de un minuto para tomar su decisión.

Apenas cien metros más adelante, se decidió por la granja. A pesar de que la granja estaba mal iluminada, conocía todos y cada uno de los giros y revueltas, y estaba bastante segura de que su perseguidor no los conocía. Una vez que llegara a la granja podría salir del coche y entrar en la casa antes de que él pudiera atraparla. En cualquier caso, seguro que él huiría en cuanto viera la granja.

Se le acabó el minuto. Diana pisó el freno y se deslizó por la carretera comarcal, iluminada solo por la luna.

Diana golpeó el volante con las palmas de las manos. ¿Había tomado la decisión errónea? Miró por el espejo retrovisor. ¿Había abandonado su perseguidor?

Desde luego que no. La parte trasera de un Land Rover apareció ante ella. Diana redujo la velocidad, esperó una curva que conocía bien, donde la carretera se ensanchaba ligeramente. Contuvo la respiración, metió la tercera marcha y efectuó el adelantamiento. ¿Sería preferible una colisión frontal antes de que le cortaran el cuello? Salió de la curva y vio ante ella una carretera vacía. Una vez más, apretó el acelerador, y esta vez logró poner unos buenos setenta o quizá cien metros de distancia con respecto a su perseguidor, pero eso no le ofreció más que un momento de respiro. Pocos momentos más tarde las luces largas volvieron a estar encima de ella.

A cada curva Diana lograba ganar un poco de terreno, mientras la camioneta se balanceaba de un lado a otro, al no estar su conductor familiarizado con la carretera, pero no lograba ganarle más que unos pocos segundos de ventaja. Comprobó el cuentakilómetros.

Desde el desvío de la carretera principal hasta la granja había poco más de siete kilómetros, y ya debería de haber recorrido tres. Empezó a observar el indicador de los hectómetros, que avanzaba con regularidad, aterrorizada ante la idea de que la camioneta la adelantara y la obligara a detenerse sobre la cuneta. Se mantuvo decididamente en el centro de la carretera.

Dejó atrás otro kilómetro, y la camioneta seguía pegada a ella. De repente, vio un coche que se acercaba de frente. Encendió de nuevo las luces largas y apretó el claxon. El otro vehículo replicó haciéndole lo mismo, lo que hizo que tuviera que disminuir la velocidad y que el Audi rozara el seto cuando los dos coches se cruzaron.

Comprobó de nuevo el cuentakilómetros. Solo le faltaban tres kilómetros para llegar.

Diana reducía la velocidad ante cada curva familiar y luego aceleraba, para asegurarse de que la camioneta no pudiera colocarse a su nivel en ningún momento.

Intentó concentrarse en lo que debería hacer una vez que la granja apareciera a la vista. Se dio cuenta entonces de que el camino de tierra que conducía a la casa debía de tener poco más de medio kilómetro.

Estaba lleno de baches y protuberancias que, según había explicado Daniel con frecuencia, no podía permitirse arreglar. Pero al menos solo tenía anchura suficiente para que pasara un coche.

Habitualmente, la puerta de entrada a la propiedad estaba abierta cuando ella llegaba, aunque en las raras ocasiones en que Daniel se olvidaba de hacerlo, ella había tenido que salir del coche para abrirla. Esta noche no podía arriesgarse a hacerlo así. Si la puerta estaba cerrada, tendría que continuar hasta el siguiente pueblo, y detenerse delante de Crimson Kipper, que siempre estaba abarrotado a esas horas de la noche del viernes, o bien delante de los escalones que conducían a la comisaría de policía, si es que lograba encontrarla.

Comprobó de nuevo la aguja del depósito. Estaba tocando el rojo.

—Oh, Dios mío —exclamó, al darse cuenta de que quizá no tuviera gasolina suficiente para llegar al pueblo siguiente.

No podía hacer sino rezar para que Daniel se hubiera acordado de dejarle la puerta abierta.

Tomó la siguiente curva por el lado exterior y luego aceleró, pero, como en las ocasiones anteriores, solo consiguió ganar unos pocos metros, y sabía que su perseguidor volvería a estar inmediatamente detrás de ella en cuestión de pocos segundos. Así sucedió.

Durante unos pocos cientos de metros los dos vehículos permanecieron a pocos pasos el uno del otro, y ella estaba segura de que en cualquier momento le golpearía el parachoques. No se atrevió a tocar los frenos. Si chocaban en aquella carretera, lejos de toda posibilidad de ayuda, no tendría esperanza alguna de alejarse de él.

Comprobó el cuentakilómetros. Aún le faltaban dos.

—La puerta tiene que estar abierta. Tiene que estar abierta —rogó.

Al salir de la curva siguiente, distinguió la silueta de la granja en la distancia. Casi lanzó un grito de alivio al ver encendidas las luces de las habitaciones de la planta baja.

—¡Gracias a Dios! —gritó. Luego, al recordar de nuevo la puerta, exclamó—: ¡Dios mío, que esté abierta! —Sabría lo que tendría que hacer en cuanto saliera de la siguiente curva—. Que esté abierta, aunque solo sea por esta vez —suplicó—. Jamás volveré a pedir nada más. —Tomó la curva final, a solo pocos centímetros por delante de la camioneta—. Por favor, por favor...

Y entonces vio la puerta.

Estaba abierta.

Ahora tenía la ropa empapada en sudor. Redujo la velocidad, puso la segunda marcha y lanzó el coche entre la abertura, sobre el camino de baches, tras haber rozado el costado del coche con la parte lateral de la puerta. La camioneta no vaciló en seguirla y seguía situada a pocos centímetros por detrás de ella. Diana mantuvo la mano apretada sobre el claxon, mientras el coche saltaba y se bamboleaba sobre los baches y altibajos.

Bandadas de grajos asustados levantaron el vuelo por entre las ramas de los árboles, emitiendo chirridos al elevarse en el aire. Diana empezó a gritar.

—¡Daniel! ¡Daniel!

Doscientos metros por delante de ella se encendió la luz del porche.

Ahora, sus luces largas iluminaban la parte delantera de la casa, mientras ella seguía con la mano apretada sobre el claxon. Cuando le faltaban cien metros para llegar, vio a Daniel que salía por la puerta principal, pero no por ello disminuyó la velocidad, como tampoco lo hizo la camioneta que la seguía de cerca. A cincuenta metros de distancia empezó a hacerle señales con las luces a Daniel. Ahora pudo distinguir la expresión extrañada y angustiada de su rostro.

A treinta metros, aplicó el pie sobre los frenos. El pesado coche familiar patinó sobre la gravilla que había delante de la casa y se detuvo finalmente bajo el macizo de flores situado bajo la ventana de la cocina. Escuchó el crujido de los frenos tras de sí. El hombre de la chaqueta de cuero, no familiarizado con el terreno, no había podido reaccionar con la suficiente rapidez, y en cuanto las ruedas de la camioneta tocaron el espacio cubierto de gravilla empezó a deslizarse sobre ella, perdido el control. Un segundo después, la camioneta chocó contra la parte trasera de su coche, que se estrelló a su vez contra la pared de la casa e hizo añicos el cristal de la ventana de la cocina.

Diana bajó del coche de un salto, gritando:

—¡Daniel! ¡Coge la escopeta! ¡Coge la escopeta! —Señaló hacia atrás, en dirección a la camioneta—. ¡Ese bastardo me persigue desde hace treinta kilómetros!

El hombre bajó de un salto de la camioneta y avanzó cojeante hacia ellos.

Diana entró corriendo en la casa. Daniel la siguió, cogió una escopeta que tenía para cazar conejos y que estaba colgada de la pared. Corrió de nuevo hacia el exterior y se enfrentó al perseguidor, que se detuvo junto a la portezuela trasera del Audi de Diana.

Daniel se llevó la escopeta al hombro y lo miró directamente.

—¡No se mueva o disparo! —dijo con calma.

Entonces recordó que la escopeta no estaba cargada.

Diana se asomó desde el fondo, pero permaneció varios pasos por detrás de él.

—¡A mí no! ¡A mí no! —gritó el joven con chaqueta de cuero, al tiempo que Rachel aparecía en la puerta.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó con nerviosismo.

—Llama a la policía —fue todo lo que dijo Daniel, y su esposa desapareció rápidamente en el interior de la casa.

Daniel avanzó hacia el joven, de aspecto aterrorizado, sin dejar de apuntarle con la escopeta, directamente al pecho.

—¡A mí no! ¡A mí no! —volvió a gritar el joven al tiempo que señalaba hacia el Audi—. ¡Está dentro del coche! —Se volvió rápidamente hacia Diana—. Lo vi meterse dentro cuando aparcó

usted en el arcén. ¿Qué otra cosa podía hacer yo? No quiso usted parar.

Daniel avanzó con precaución hacia la portezuela trasera del coche y ordenó al joven que la abriera despacio, mientras él mantenía la escopeta apuntada hacia su pecho.

El joven abrió la puerta y retrocedió rápidamente un paso. Los tres se quedaron mirando fijamente al hombre agazapado en el suelo del coche. En la mano derecha sostenía una larga navaja de filo dentado.

Daniel desvió inmediatamente el cañón de la escopeta para apuntarle, pero no dijo nada.

En ese momento escucharon el sonido de una sirena de la policía, en la distancia.

No está en venta

Sally Summers ganó su primer premio de expresión artística en la escuela a la edad de catorce años. Durante los últimos cuatro años en St. Bride solo hubo verdadera competencia para conseguir el segundo premio. A ninguna de sus compañeras les sorprendió que, en su último año en la escuela, se le concediera la máxima beca para estudiar en la Escuela Slade de Bellas Artes.

El día de entrega de premios, la jefa de estudios dijo ante los padres reunidos que estaba convencida de que a Sally le esperaba una prometedora carrera y que sus obras no tardarían en aparecer expuestas en alguna de las principales galerías de Londres. Sally se sintió halagada por todas aquellas alabanzas, a pesar de lo cual seguía sin estar segura de tener verdadero talento.

Al final de su primer año de estudios en Slade, los estudiantes de último curso ya empezaban a ser conscientes del trabajo de Sally. Su técnica de dibujo se consideraba como bastante excepcional, sus pinceladas se hacían más firmes con cada semestre. Pero era sobre todo la originalidad de sus ideas lo que hacía que los demás estudiantes se detuvieran a contemplar sus lienzos.

En su último año de estudios, Sally obtuvo el premio Mary Rischgitz de pintura al óleo, y el premio Henry Tonks de dibujo. Le fueron entregados por *sir* Roger de Grey, presidente de la Real Academia, y Sally se encontró entre el pequeño grupo de estudiantes de los que se dijo que «tenían futuro». Pero, seguramente, les dijo a sus padres, eso mismo podía decirse del primer estudiante de cada año, y la mayoría de ellos terminaban por dedicarse a trabajar en los departamentos creativos de las agencias de publicidad, o enseñaban arte a aburridos escolares en lugares diseminados por todo el país.

Una vez que se hubo graduado, Sally tuvo que decidir si también intentaba encontrar un trabajo en una agencia de publicidad, un puesto docente, o bien lo arriesgaba todo y trataba de preparar suficiente trabajo original como para que una galería de Londres la tuviera en cuenta para una posible exposición individual.

Sus padres estaban convencidos de que poseía verdadero talento, pero ¿qué saben los padres cuando una es su única hija?, pensó Sally. Sobre todo cuando uno de ellos es profesora de música y el otro un contable, y ambos eran los primeros en admitir que no sabían mucho sobre arte, aunque sí sabían lo que les gustaba. A pesar de todo, se mostraron dispuestos a apoyarla durante otro año si ella deseaba intentarlo (por emplear la expresión de la misma joven).

Sally era dolorosamente consciente de que, aun cuando sus padres eran bastante acomodados, otro año más sin que ella obtuviera ningún ingreso no dejaría de ser una carga para ellos. Después de pensárselo mucho, les dijo:

—Un año y solo un año. Después de eso, si los cuadros no son lo bastante buenos, o si nadie muestra interés alguno por exponerlos, seré realista y buscaré un trabajo adecuado.

Durante los seis meses siguientes, Sally trabajó durante una cantidad de horas de cuya existencia no había sido consciente mientras fue estudiante. En ese tiempo, produjo una docena de lienzos. No permitió que nadie los viera, por temor a que sus padres y amigos no fueran francos con ella. Estaba decidida a terminar su carpeta de presentación para luego escuchar, únicamente, las opiniones más duras posibles, las de los propietarios de las galerías profesionales y, las que eran más duras todavía, las del público comprador.

Sally siempre había sido una lectora voraz, y continuaba devorando libros y monografías sobre toda clase de artistas, desde Bellini hasta Hockney. Cuanto más leía tanto más consciente era de que por mucho talento que pudiera tener un artista, eran el trabajo y la entrega lo que finalmente caracterizaba a los pocos que alcanzaban el éxito con respecto a los que fracasaban.

Eso la inspiró a trabajar todavía más duro, y empezó a rechazar invitaciones a fiestas, bailes e incluso a pasar los fines de semana con sus viejos amigos, prefiriendo emplear todos los

momentos disponibles para visitar galerías de arte o para asistir a conferencias sobre los grandes maestros.

Transcurridos once meses, Sally había terminado veintisiete obras, pero seguía sin estar segura de que en aquellas obras se mostrara un verdadero talento. A pesar de todo, creyó llegado el momento de permitir que los demás las juzgaran.

Observó durante largo rato, intensamente, cada uno de los veintisiete cuadros, y a la mañana siguiente envolvió seis de ellos en una gran carpeta para lienzos que sus padres le habían regalado las navidades anteriores, y se unió a la gente que salía a primera hora de la mañana para acudir a sus trabajos en Londres, desde Sevenoaks.

Sally inició su investigación en Cork Street, donde encontró galerías que exponían obras de Bacon, Freud, Hockney, Dunston y Chadwick. Se sintió intimidada ante la perspectiva de entrar siquiera en las galerías, por no hablar de someter su humilde trabajo a la valoración de sus propietarios. Cargó con su carpeta de lienzos a lo largo de un par de manzanas hacia el norte, hasta Conduit Street, y reconoció en los escaparates las obras de Jones, Campbell, Wczenski, Frink y Paolozzi. Se sintió todavía más descorazonada y poco dispuesta a empujar la puerta de entrada a cualquiera de aquellas galerías.

Aquella noche, Sally regresó a casa agotada, sin haber abierto siquiera la carpeta de sus lienzos.

Comprendió, por primera vez, cómo debía de sentirse un autor después de haber recibido una serie de notas de rechazo. Fue incapaz de dormir aquella noche. Pero mientras permanecía despierta, llegó a la conclusión de que tenía que saber la verdad sobre su obra, aunque eso significara verse humillada.

A la mañana siguiente partió de nuevo y esta vez llegó a Duke Street, en St. James. No se molestó con las galerías que exponían a los maestros antiguos, naturalezas muertas holandesas y paisajes ingleses, y por lo tanto pasó de largo ante Johnny van Haeften y Rafael Valls. Al llegar a mitad de la calle, dobló hacia la derecha y finalmente se detuvo ante la galería Simon Bouchier, que exponía las esculturas del ya fallecido Sydney Harpley, y los cuadros de Muriel Pemberton, cuya nota necrológica había leído Sally apenas unos días antes, publicada en el *Independent*.

Y fue precisamente la idea de la muerte lo que decidió a Sally a entrar en la galería Bouchier. Intentó convencerse a sí misma de que quizá buscaran a algún talento joven, alguien que tuviera ante sí una larga y prometedorra carrera.

Al entrar en la galería se encontró en una sala grande y vacía, rodeada por acuarelas de Muriel Pemberton.

—¿Puedo servirle en algo? —preguntó una mujer joven que estaba sentada tras una mesa, cerca de la ventana.

—No, gracias —contestó Sally—. Solo quería mirar.

La joven observó la carpeta de lienzos que Sally llevaba bajo el brazo, pero no dijo nada. Sally decidió recorrer la sala y luego escapar de allí. Empezó a hacerlo así, estudiando los cuadros cuidadosamente. Eran buenos, muy buenos, pero ella estaba convencida de poder hacerlos tan bien con el transcurso del tiempo. Le habría gustado ver el trabajo de Muriel Pemberton cuando tenía la misma edad que ella.

Cuando llegó finalmente al extremo de la galería, se dio cuenta de la existencia de un despacho en el que un hombre calvo y de baja estatura, que llevaba una vieja chaqueta de *tweed* y unos pantalones de pana, se dedicaba a examinar atentamente un cuadro. Parecía tener la misma edad que su padre. Junto a él, enfrascado también en el examen del cuadro, había otro hombre que hizo que Sally se detuviera en seco. Debía de tener poco más de un metro ochenta de altura, con aquel aspecto moreno tan italiano que la gente solo encuentra normalmente en las portadas de las revistas; y era lo bastante mayor como para ser su

hermano. ¿Se trataba del señor Bouchier?, se preguntó.

Confiaba en que fuera así, porque si era el propietario de la galería quizá ella encontrara el valor necesario para presentarse, una vez que se hubiera marchado el hombre de la desaseada chaqueta. En ese momento, el hombre joven levantó la mirada y le dirigió una amplia sonrisa. Sally se volvió rápidamente y empezó a estudiar los cuadros colgados en la pared del otro extremo.

Empezaba a preguntarse si valía la pena seguir allí más tiempo, sin saber qué hacer, cuando los dos hombres salieron de pronto del despacho y empezaron a caminar hacia la puerta.

Ella se quedó como petrificada, y fingió estar concentrada en el estudio del retrato de una mujer joven, en azules pastel y amarillos, una pintura que tenía una cierta cualidad a lo Matisse.

—¿Qué lleva ahí? —preguntó una voz jovial.

Sally se volvió en redondo y se encontró frente a frente con los dos hombres. El más bajo señalaba la carpeta de lienzos.

—Solo unos pocos cuadros —balbuceó Sally—. Soy artista.

—Echemos un vistazo —dijo el hombre—, y quizá pueda decidir si es usted artista o no. —Sally vaciló—. Vamos, vamos —la regañó el hombre—. No dispongo de todo el día. Como puede ver, tengo un cliente importante a quien llevar a almorzar —añadió al tiempo que indicaba al hombre joven y bien vestido que todavía no había dicho nada.

—Oh, ¿es usted el señor Bouchier? —preguntó ella, incapaz de ocultar su desilusión.

—Sí. Y ahora, ¿me va a permitir echar un vistazo a sus cuadros o no?

Rápidamente, Sally abrió la carpeta y extendió los seis lienzos sobre el suelo. Los dos hombres se inclinaron y los estudiaron durante un tiempo, antes de que uno de ellos ofreciera su opinión.

—No está mal —dijo finalmente Bouchier—. Nada mal. Déjemelos durante unos días y vuelva a verme dentro de una semana. —Hizo una pausa antes de añadir—: Digamos el lunes que viene, a las once y media. Y si tiene más ejemplos de su trabajo reciente, tráigalos también. —Sally se quedó sin saber qué decir—. No puedo verla antes del lunes que viene —continuó el hombre—, porque la exposición de verano de la Real Academia abre mañana, así que durante los próximos días no dispondré de ningún momento libre. Y ahora, si me disculpa...

El hombre joven todavía examinaba con atención los lienzos de Sally. Finalmente, se volvió a mirarla.

—Me gustaría comprar el del interior, con el gato negro en el alféizar de la ventana. ¿Por cuánto lo vende?

—Bueno —dijo Sally—. No estoy segura...

—N. E. E. V. —dijo el señor Bouchier con firmeza, al tiempo que conducía a su cliente hacia la puerta.

—A propósito —dijo el hombre alto, que se volvió hacia ella—, soy Antonio Flavelli. Mis amigos me llaman Tony.

Pero el señor Bouchier ya lo hacía salir a la calle.

Aquella tarde, Sally regresó a casa con una carpeta vacía, e incluso estuvo dispuesta a admitir ante sus padres que un marchante de arte de Londres había mostrado cierto interés por su obra. Pero insistió en que aquello no era más que un ligero interés.

A la mañana siguiente, Sally decidió acudir a la inauguración de la exposición de verano de la Real Academia, lo que le proporcionaría la oportunidad de descubrir hasta qué punto eran buenos sus rivales.

Durante una hora, permaneció de pie en la larga cola que se extendía ante la puerta de entrada, cruzaba la zona de aparcamiento y llegaba hasta la calzada.

Cuando finalmente llegó a lo alto de la ancha escalera, deseó haber sido muy alta para poder mirar por encima de las cabezas de la masa de gente que abarrotaba cada una de las

salas. Después de haber pasado un par de horas recorriendo las numerosas galerías, Sally experimentó la suficiente confianza en sí misma como para estar bastante segura de poder incluir un par de sus lienzos en la exposición del año siguiente.

Se detuvo para admirar un Cristo en la cruz, de Craigie Aitchison, y consultó el pequeño catálogo azul para comprobar el precio: diez mil libras, mucho más de lo que ella podría ganar en el caso de que vendiera todos sus lienzos. De repente, su concentración se vio interrumpida cuando una suave voz italiana dijo tras ella:

—Hola, Sally.

Se giró en redondo y se encontró con Tony Flavelli, que le sonreía.

—Señor Flavelli —dijo ella.

—Tony, por favor. ¿Le gusta Craigie Aitchison?

—Es extraordinario —contestó Sally—. Conozco bien su obra. Tuve el privilegio de asistir a sus clases cuando estuve en el Slade.

—Todavía recuerdo que no hace mucho tiempo se podía adquirir un Aitchison por doscientas o trescientas libras como máximo. Quizá algún día le ocurra lo mismo a usted. ¿Ha visto por aquí alguna otra cosa que crea que yo deba mirar?

Sally se sintió halagada por el hecho de que un coleccionista serio le pidiera su opinión.

—Sí —contestó—. Creo que es muy notable la escultura *Libros sobre una silla*, de Julie Major. Tiene talento, y estoy segura de que también tiene futuro.

—Como usted —dijo Tony.

—¿Lo cree de veras? —preguntó Sally.

—Lo que yo crea no tiene importancia —dijo Tony—. Pero es Simon Bouchier el que está convencido.

—¿Bromea conmigo? —preguntó Sally.

—No, en modo alguno, como descubrirá por sí misma el lunes que viene, cuando vaya a verle. Ayer, durante el almuerzo, no habló de otra cosa que de «las atrevidas pinceladas, el empleo insólito del color, la originalidad de las ideas». Creí que no dejaría de hablar nunca. Sin embargo, me prometió que yo tendría *Gato dormido inmóvil*, una vez que ustedes dos hubieran acordado un precio. —Sally se quedó sin saber qué decir—. Buena suerte —añadió Tony, que se dispuso a marcharse—. Aunque no creo que la necesite. —Vaciló un momento y se volvió de nuevo hacia ella—. Y, a propósito, ¿irá usted a la exposición de Hockney?

—Ni siquiera sabía que hubiera una —confesó Sally.

—Se inaugura esta noche, en privado. De seis a ocho. —La miró directamente a los ojos y preguntó—: ¿Le gustaría que fuésemos juntos?

Ella vaciló, pero solo un momento.

—Eso sería muy agradable.

—Bien, en ese caso, ¿qué le parece si nos encontramos en el salón de palmeras del Ritz a las seis y media?

Antes de que Sally pudiera decirle que no sabía dónde estaba el Ritz, y mucho menos el salón de palmeras, el hombre, alto y elegante, había desaparecido entre la multitud.

De repente, Sally se sintió desmañada y desaseada aunque, naturalmente, aquella mañana no se había vestido pensando que tendría que acudir al Ritz. Miró su reloj. Eran las 12.45. Se preguntó si dispondría de tiempo suficiente para regresar a casa, cambiarse y estar en el Ritz a las seis y media. Decidió que no le quedaba otra alternativa, pues dudaba mucho que la dejaran entrar en un hotel de tanto lujo vestida con pantalones vaqueros y una camiseta de *El grito*, de Munch. Se apresuró a bajar la amplia escalinata para salir a Piccadilly y se dirigió hacia la estación de metro más cercana.

Al llegar a su casa, en Sevenoaks, mucho antes de lo que su madre había esperado, entró precipitadamente en la cocina y explicó que tendría que volver a salir enseguida.

—¿Qué tal estaba la exposición de verano? —le preguntó su madre.

—No estaba mal —contestó Sally, que echó a correr escaleras arriba. Pero una vez que estuvo fuera del alcance del oído de su madre, murmuró para sí misma—: Desde luego, no vi gran cosa que me preocupara.

—¿Llegarás a tiempo para cenar? —le preguntó su madre, que asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

—No, no lo creo —le gritó Sally.

Desapareció en su dormitorio y empezó a descolgar sus ropas antes de dirigirse al cuarto de baño.

Una hora más tarde descendió de nuevo la escalera, después de haberse probado y rechazado varios vestidos. Comprobó en el espejo del vestíbulo el que finalmente se había puesto, uno un poco demasiado corto, quizá, pero al menos mostraba las piernas, lo que redundaba en su beneficio. Aún recordaba a los estudiantes de arte que, durante las clases en vivo, habían dedicado más tiempo a contemplar sus piernas que a la modelo a la que supuestamente debían dibujar.

Solo confiaba en que Tony se sintiera igualmente cautivado.

—Adiós, mamá —gritó, y cerró rápidamente la puerta tras de sí, antes de que su madre tuviera tiempo para ver lo que se había puesto.

Sally tomó el siguiente tren de regreso a Charing Cross. Bajó al andén sin dejar de decirse que no estaba dispuesta a admitir ante nadie que no tenía ni idea de dónde se encontraba el Ritz, así que llamó un taxi y rezó para poder llegar al hotel por menos de cuatro libras, porque eso era todo lo que tenía. Mantuvo la mirada fija sobre el taxímetro, que ascendió con rapidez a las dos libras, para luego llegar a las tres... con excesiva rapidez, pensó. Tres libras veinte, cuarenta, sesenta, ochenta...

Estaba a punto de decirle al taxista que se detuviera para bajarse y caminar el resto del trayecto, cuando el vehículo se detuvo junto a la acera.

La puerta del taxi le fue abierta inmediatamente por un hombre imponente, vestido con una pesada levita azul, que se llevó la mano al sombrero de copa para saludarla. Sally entregó las cuatro libras al taxista y se sintió culpable por la escasa propina de veinte peniques. Subió la escalera, pasó por la puerta giratoria y se encontró en el vestíbulo del hotel. Consultó su reloj.

Eran las seis y diez. Decidió que sería mejor regresar al exterior, dar tranquilamente una vuelta a la manzana y volver un poco más tarde. Pero en el momento en que llegaba junto a la puerta, un hombre elegante, vestido con una larga levita negra, se le acercó y le preguntó.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita?

—Tengo una cita con el señor Tony Flavelli —balbuceó Sally, con la esperanza de que reconociera el nombre.

—El señor Flavelli. Desde luego, señorita.

Permítame acompañarla hasta su mesa, en el patio de palmeras.

Ella siguió al hombre a lo largo de un ancho pasillo cubierto por una mullida alfombra, y luego subió tres escalones que daban a una amplia zona abierta llena de pequeñas mesas circulares, casi todas ellas ocupadas.

Sally fue conducida hacia una mesa situada a un lado, y una vez que estuvo sentada, un camarero le preguntó:

—¿Desea que le traiga algo de beber, señorita? ¿Una copa de champán, quizá?

—Oh, no —exclamó Sally—. Una Coca-Cola estará bien.

El camarero se inclinó y se retiró. Sally miró nerviosamente a su alrededor y contempló la sala hermosamente amueblada. Todo el mundo parecía muy relajado y sofisticado. El camarero regresó un momento después y colocó delante de ella un vaso alto, de exquisito cristal tallado, con Coca-Cola, hielo y una rodaja de limón. Le dio las gracias y tomó un sorbo.

Después, entre sorbo y sorbo, comprobaba el reloj a cada pocos minutos. Se bajó el vestido todo lo que pudo, y en ese momento hubiera deseado ponerse algo más largo. Empezaba a sentirse angustiada por lo que pudiera suceder si Tony no aparecía, puesto que no le quedaba dinero para pagar la bebida. Y, de repente, lo vio, vestido con un cómodo traje de chaqueta cruzada y una camisa color crema de cuello abierto. Se había detenido en los escalones para charlar con una mujer joven y elegante. Después de un par de minutos de conversación, la besó en la mejilla y se dirigió hacia donde estaba Sally.

—Lo siento —se disculpó—. No era mi intención hacerla esperar. Espero no haber llegado muy tarde.

—No, no, en absoluto. Yo he llegado unos minutos antes —dijo Sally, que se ruborizó cuando él se inclinó y le besó la mano.

—¿Qué te ha parecido la exposición de verano? —preguntó en el momento en que el camarero aparecía a su lado.

—¿Lo habitual, señor? —preguntó el camarero.

—Sí, gracias, Michael —contestó él.

—La he disfrutado —dijo Sally—. Pero...

—Pero has tenido la sensación de que habrías podido hacerlo igual de bien —sugirió él.

—No pretendía dar a entender eso —dijo Sally, que lo miró para ver si se burlaba. Pero la expresión de su rostro se mantuvo seria—. Estoy segura de que disfrutaré más con la exposición de Hockney —añadió en el momento en que el camarero dejaba una copa de champán sobre la mesa.

—En ese caso, tendré que serte franco —dijo Tony.

Sally dejó su vaso sobre la mesa y le miró fijamente, sin comprender qué había querido decir.

—No hay ninguna exposición sobre Hockney en estos momentos —confesó él—. A menos que desees volar a Glasgow.

Sally le miró extrañada.

—Pero usted dijo...

—Solo deseaba encontrar una excusa para volver a verte.

Sally se sintió confusa y halagada a un tiempo, sin estar muy segura de cómo debía responder.

—Lo dejo a tu elección —añadió él—. Podríamos cenar juntos, o bien podrías tomar el tren de regreso a Sevenoaks.

—¿Cómo sabe que vivo en Sevenoaks?

—La dirección estaba inscrita en grandes letras mayúsculas en un lado de la carpeta de lienzos —contestó Tony con una sonrisa.

Sally se echó a reír.

—Elegiré la cena —dijo finalmente.

Tony pagó la consumición, condujo a Sally fuera del hotel y caminaron unos pocos metros hasta un restaurante, en la esquina de Arlington Street.

Esta vez, Sally se atrevió a pedir una copa de champán y permitió que Tony le eligiera el menú. Él no podría haberse mostrado más atento y parecía saber mucho acerca de gran cantidad de cosas, a pesar de que ella no consiguió averiguar a qué se dedicaba exactamente.

Después de pedir la cuenta, le preguntó si le gustaría tomar café «en mi casa».

—Me temo que no puedo —dijo ella, que miró el reloj—. Perdería el último tren de regreso.

—En ese caso te acompañaré hasta la estación. No deseamos que pierdas el último tren de regreso a casa, ¿verdad? —dijo mientras estampaba su firma sobre la factura.

En esta ocasión ella se dio cuenta de que se burlaba, y se ruborizó.

Cuando Tony la dejó en Charing Cross, le preguntó:

—¿Cuándo puedo volver a verte?

—Tengo una cita con el señor Bouchier a las once y media...

—Del próximo lunes por la mañana, si no recuerdo mal. ¿Qué te parece si almorzamos juntos para celebrarlo después de que hayas hablado con él? Llegaré a la galería hacia las doce y media. Adiós.

Se inclinó hacia ella y la besó con suavidad en los labios.

Más tarde, sentada en un frío y maloliente vagón del último tren de regreso a Sevenoaks, Sally no pudo dejar de preguntarse cómo habría sido tomar café en casa de Tony.

Al lunes siguiente, Sally entró en la galería pocos minutos antes de las once y media. Encontró a Simon Bouchier arrodillado sobre la alfombra, con la cabeza agachada, estudiando unos lienzos. No eran de ella y confió en que él sintiera por ellos lo mismo que ella.

Simon levantó la mirada.

—Buenos días, Sally. Son terribles, ¿verdad? Uno tiene que ver gran cantidad de basura antes de encontrarse con alguien que posea verdadero talento. Se puso en pie. Sin embargo, Natasha Krasnoselyodkina tiene una ventaja sobre usted.

—¿Cuál es? —preguntó Sally.

—Ella atrae a la gente a cualquier inauguración.

—¿Por qué?

—Porque afirma ser una condesa rusa. Se rumorea que es descendiente directa del último zar. Francamente, creo que la Reina Perlada es lo más cerca que ha estado jamás a la realeza, pero aun así es el rostro de moda en estos momentos... una especie de Ave Minah de los años noventa. ¿Qué fue lo que dijo Andy Warhol...? «En el futuro, cualquiera será famoso durante quince minutos». Según esa opinión, Natasha parece adecuada para serlo durante treinta. Los periódicos de esta mañana dan a entender que puede haberse convertido incluso en el nuevo amor del príncipe Andrés. Yo apostaría a que ni siquiera se conocen. Pero si resultara que él aparece en la inauguración, tendríamos un lleno completo, de eso estoy seguro. No venderíamos un solo cuadro, claro está, pero tendríamos un lleno.

—¿Por qué no vendería usted nada? —preguntó Sally.

—Porque el público no es tan estúpido cuando se trata de comprar cuadros. Para la mayoría de la gente, un cuadro representa una gran inversión y todos desean creer que tienen buen ojo y que han invertido sabiamente su dinero. Los cuadros de Natasha no les dejarán satisfechos en ninguno de esos dos sentidos. Con usted, en cambio, empiezo a tener la sensación de que podrían estar convencidos de ambas cosas. Pero, antes que nada, permítame ver el resto de su carpeta.

Sally abrió la carpeta de lienzos, esta vez más abultada, y extendió veintiuno sobre la alfombra.

Simon se arrodilló y no dijo nada durante un buen rato. Cuando finalmente ofreció su opinión, fue solo para repetir una única palabra:

—Consistente. —Después, una vez que se hubo levantado, dijo—: Pero necesitaré más, y de la misma calidad, por lo menos otra docena de lienzos, y para el mes de octubre. Quiero que se concentre en interiores... Es usted muy buena con los interiores. Y tendrán que ser algo mejor que buenos si espera que invierta en usted mi tiempo, mi experiencia y una gran cantidad de dinero, jovencita ¿Cree que podrá arreglárselas para tener terminados otra docena de lienzos para octubre, señorita Summers?

—Sí, desde luego —contestó Sally, sin pensar siquiera en el hecho de que solo faltaban cinco meses para octubre.

—Eso está bien, porque si los entrega a tiempo, y fíjese que digo «si», arriesgaré los gastos que supone lanzarla este otoño ante un público que no sospecha nada. —Se dirigió a su despacho, pasó unas hojas de su dietario y añadió—: El diecisiete de octubre, para ser más

exactos.

Sally se quedó sin saber qué decir.

—Supongo que no se las arreglaría para mantener una relación con el príncipe Carlos que durara, por ejemplo, desde finales de septiembre hasta principios de noviembre, ¿verdad? Eso apartaría a la condesa rusa de los titulares y nos garantizaría una sala llena la noche de la inauguración.

—Me temo que no —contestó Sally—, sobre todo si espera que para entonces haya producido una docena de lienzos más.

—Es una pena —dijo Simon—, porque si pudiéramos atraer a aquellos a los que les gusta el riesgo, estoy convencido de que querrían adquirir sus obras. El problema consiste siempre en atraerlos a un artista desconocido. —De repente, miró por encima del hombro de Sally y dijo—: Hola, Tony. No esperaba verte hoy.

—Quizá porque no nos vamos a ver —contestó Tony—. Solo he venido para invitar a Sally a lo que esperaba que sería un almuerzo de celebración.

—La exposición de verano —dijo Simon con una sonrisa ante su pequeño juego de palabras— no abrirá sus puertas en el mes de junio en la Real Academia, sino en octubre y en la Galería Bouchier. El diecisiete de octubre será el día en que Sally recibirá el reconocimiento que merece.

—Felicidades —dijo Tony, que se volvió a mirar a Sally—. Traeré a todos mis amigos.

—A mí solo me interesan los ricos —dijo Simon en el momento en que alguien más entraba en la galería.

—Natasha —dijo Simon, que se volvió hacia una mujer delgada, de cabello oscuro. La primera reacción de Sally fue pensar que debería haber sido una modelo, no una artista—. Gracias por haber vuelto tan rápidamente, Natasha. Bien, os deseo a los dos un agradable almuerzo —añadió, mirando con una sonrisa a Tony, que no parecía capaz de apartar la mirada de la recién llegada.

Natasha no se dio cuenta, ya que su único interés parecía concentrado en los lienzos de Sally. No pudo ocultar su expresión de envidia cuando Tony y Sally salieron de la galería.

—¿Verdad que era asombrosa? —preguntó Sally.

—¿Lo era? —replicó Tony—. Pues no me había dado cuenta.

—Yo no le echaría nada en cara al príncipe Andrés en el caso de que tuviera una relación con ella.

—Maldición —dijo Tony, que se metió una mano en el bolsillo interior de la chaqueta—. Olvidé entregarle a Simon el cheque que le prometí. No te muevas de aquí. Vuelvo en un instante.

Tony caminó rápidamente hacia la galería y Sally esperó en la esquina, durante lo que pareció un minuto terriblemente largo, antes de que él reapareciera en la calle.

—Lo siento. Simon estaba hablando por teléfono —explicó Tony.

Tomó a Sally por el brazo y la hizo cruzar la calzada, en dirección a un pequeño restaurante italiano donde, una vez más, él parecía tener reservada su propia mesa.

Pidió una botella de champán.

—Para celebrar tu gran triunfo.

Cuando Sally levantó su copa en respuesta, se dio cuenta por primera vez de lo mucho que tendría que trabajar antes de octubre para mantener la promesa que le había hecho a Simon.

Cuando Tony le sirvió una segunda copa, ella sonrió.

—Ha sido un día memorable. Debería llamar por teléfono a mis padres para hacérselo saber, pero me parece que no me creerían.

Después de haberle llenado la copa por tercera vez y cuando Sally todavía no había terminado la ensalada, Tony le tomó la mano, se inclinó hacia ella y la besó.

—Jamás había conocido a ninguna mujer tan hermosa como tú —dijo—. Y, desde luego, a nadie con tanto talento.

Sally tomó rápidamente un sorbo de champán para ocultar su embarazo. Todavía no estaba muy segura de creer en él, pero una copa de vino blanco, seguida por otras dos de vino tinto la ayudaron a convencerse de que debería.

Después de que Tony hubiera pagado la cuenta, le preguntó de nuevo si no le gustaría tomar café con él en su casa. Sally ya había decidido que ese día no sería capaz de trabajar, así que asintió con un gesto. En cualquier caso, tenía la sensación de haberse ganado una tarde libre.

En el taxi, camino de Chelsea, apoyó la cabeza sobre el hombro de Tony, que empezó a besarla con suavidad.

Cuando llegaron a la casa que él poseía en la ciudad, en Bywater Street, la ayudó a bajar del taxi, a subir los escalones y cruzar la puerta. La condujo a lo largo de un pasillo débilmente iluminado y entraron en un salón.

Ella se enroscó en un rincón del sofá y Tony desapareció en otra habitación. La mayoría de los muebles y de los cuadros que cubrían las paredes eran como una nebulosa para ella. Tony regresó un momento más tarde. Traía una botella de champán y dos copas. Sally ni siquiera se dio cuenta de que ya no llevaba la chaqueta, la corbata y los zapatos.

Le sirvió una copa, que ella bebió a pequeños sorbos mientras él permanecía sentado a su lado, en el sofá.

Deslizó el brazo alrededor de su hombro y la atrajo hacia sí. Cuando la besó de nuevo, Sally se sintió un poco estúpida mientras balanceaba una copa vacía en lo alto. Tony se la quitó de la mano y la dejó sobre la mesita, para luego abrazarla y besarla más apasionadamente. Al caer poco a poco hacia atrás, la mano de él se deslizó por la parte interior de su muslo e inició un lento ascenso por su pierna.

Cada vez que Sally estaba a punto de impedirle que continuara, Tony parecía saber con toda exactitud qué hacer a continuación. En el pasado, cuando algún estudiante de arte había querido ir algo demasiado lejos, en la última fila de un cine, ella siempre había sido capaz de controlar la situación, pero jamás había conocido a nadie tan sutil como Tony. Cuando el vestido le descendió por los hombros, ni siquiera se había dado cuenta de que él le había desabrochado los doce pequeños botones de la espalda.

Se separaron por un instante. Sally tuvo la impresión de que debía marcharse en aquel momento, antes de que fuera demasiado tarde. Tony sonrió y se desabrochó los botones de la camisa, antes de volver a tomarla en sus brazos. Sintió el calor de su pecho, y fue tan suave y delicado que ella ni siquiera protestó al darse cuenta de que él le había abierto el cierre del sostén. Se dejó hundir hacia atrás, sobre el sofá, y disfrutó de cada segundo, sabiendo que hasta ese momento jamás había experimentado lo que era ser debidamente seducida.

Finalmente, Tony se echó hacia atrás y dijo:

—Sí, ha sido un día memorable. Pero no creo que vaya a llamar a mis padres para decírselo. Se echó a reír y Sally se sintió un poco avergonzada.

Tony solo era el cuarto hombre que le había hecho el amor, y a los otros tres los había conocido durante meses y en un caso incluso durante años.

Durante la hora siguiente hablaron de muchas cosas, pero lo que deseaba saber realmente era qué sentía Tony por ella. Él, sin embargo, no le dio ninguna pista.

Luego la tomó en sus brazos una vez más, pero en esta ocasión la arrastró hacia el suelo y le hizo el amor con tanta pasión que Sally tuvo la sensación de no haber hecho el amor hasta entonces.

Llegó justo a tiempo para tomar el último tren de regreso a su casa, pero no pudo evitar el haber deseado perderlo.

Durante los pocos meses siguientes, Sally se entregó a expresar sus últimas ideas sobre los lienzos. Una vez terminada cada nueva pintura, la llevaba a Londres para que Simon se la comentara. La sonrisa del rostro de Simon se hizo más y más amplia a cada nuevo lienzo que veía, y la palabra que repetía ahora con más frecuencia era «original». Sally le comentaba sus ideas para el próximo cuadro, y él le informaba de sus planes para la inauguración de la exposición, en octubre.

Tony se reunía a menudo con ella para almorzar y más tarde iban a casa de él, donde hacían el amor hasta que llegaba la hora de que tomara el último tren de regreso.

A menudo, Sally deseaba poder pasar más tiempo con Tony. Pero era muy consciente de la fecha tope comprometida con Simon, quien le advertía que los impresores ya estaban leyendo las pruebas del catálogo y que las invitaciones para la inauguración ya estaban preparadas, a la espera de ser enviadas. Tony parecía estar tan ocupado como ella misma, y últimamente no habían podido coincidir cuando ella acudía a Londres.

Ella empezaba a acostumbrarse a quedarse durante la noche y a tomar el primer tren de regreso, a la mañana siguiente. A veces, Tony le insinuó que quizá ella pudiera considerar la idea de instalarse a vivir con él.

Cuando pensaba en ello, y lo hacía a menudo, reflexionaba que la buhardilla de la casa de Tony podría convertirse fácilmente en un estudio. Pero decidió que antes de considerar siquiera la idea de tal traslado debía comprobar si la exposición alcanzaba éxito. Luego, si la insinuación se convertía en una oferta en firme, tendría preparada la respuesta.

Dos días antes de la inauguración de la exposición, Sally terminó su último lienzo y se lo entregó a Simon.

Cuando ella lo extrajo de la carpeta de lienzos, él levantó los brazos y exclamó:

—¡Aleluya! Es el mejor de todos. Mientras seamos sensatos con los precios creo que, con un poco de suerte, venderemos por lo menos la mitad de tus cuadros antes de que se cierre la exposición.

—¿Solo la mitad? —preguntó Sally, incapaz de ocultar su desilusión.

—Eso no sería nada malo para tratarse de tu primer intento, jovencita —le aseguró Simon—. Solo vendí un Leslie Anne Ivory en su primera exposición, y ahora ella vende todo lo que expone en la primera semana.

A pesar de sus palabras, Sally parecía abatida, y Simon se dio cuenta de que quizá no había tenido mucho tacto al expresarse así.

—No te preocupes. Los cuadros que no se hayan vendido los dejaremos en stock y nos los quitarán de las manos en cuanto empiecen a publicarse buenas críticas sobre tu trabajo. —Sally continuaba mohína—. ¿Qué te parecen los marcos y monturas? —preguntó Simon en un intento por cambiar de tema.

Sally estudió los marcos de un dorado intenso y las monturas de un gris suave. La sonrisa volvió a su rostro.

—Son buenos, ¿verdad? —preguntó Simon—. Hacen que resalte maravillosamente el color de los lienzos.

Sally asintió, pero empezaba a preocuparse ahora por lo mucho que hubieran podido costar y por saber si tendría una segunda oportunidad en el caso de que la primera exposición no fuera un éxito.

—Y, a propósito —dijo Simon—, tengo un amigo en la A. P. llamado Mike Sallis que...

—¿A. P.? —preguntó Sally.

—La Asociación de Prensa. Mike es fotógrafo... siempre anda a la búsqueda de una buena historia. Dice que vendrá por aquí y te hará una foto cerca de uno de los cuadros. Luego, hará circular la foto por Fleet Street y tendrá que cruzar los dedos y rezar para que Natasha se haya tomado el día libre. No quiero estimular tus esperanzas, pero es posible que pique alguien. Lo

único que podemos decir hasta el momento es que se trata de tu primera exposición desde que saliste de Slade. No se trata precisamente de algo que se publique en primera página. —Simon se detuvo al ver que Sally parecía mostrarse una vez más desilusionada—. Todavía no es demasiado tarde para que tengas un amorío con el príncipe Carlos, ¿sabes? Eso solucionaría todos nuestros problemas.

—No creo que eso le gustara mucho a Tony —dijo Sally con una sonrisa.

Simon decidió que no era el momento adecuado para hacer otro comentario falto de tacto.

Sally pasó aquella tarde con Tony, en su piso de Chelsea. Él parecía un poco distraído, pero ella pensó que era por culpa suya, al no poder ocultar su desilusión ante la estimación de Simon acerca de los pocos cuadros que podrían venderse. Después de haber hecho el amor, intentó plantear el tema de lo que sucedería con ellos una vez terminada la exposición, pero Tony cambió hábilmente de tema para hablar de lo ansiosamente que esperaba la inauguración.

Aquella noche, Sally regresó a su casa en el último tren, desde Charing Cross.

A la mañana siguiente se despertó con una terrible sensación de anticlímax. En su habitación ya no quedaba ningún lienzo, y lo único que podía hacer ahora era esperar. El hecho de que Tony le hubiera dicho que estaría fuera de Londres por cuestión de negocios hasta la tarde de la inauguración, no contribuyó precisamente a levantarle el ánimo. Permaneció largo rato en el baño, pensando en él.

—Pero seré tu primer cliente de la noche —le había prometido—. No olvides que todavía deseo comprar *Gato dormido inmóvil*.

Sonó el teléfono, pero alguien lo contestó antes de que Sally pudiera salir del baño.

—Es para ti le gritó su madre desde el fondo de la escalera.

Sally se envolvió en una toalla grande y tomó el teléfono, confiando en que fuera Tony.

—Hola, Sally, soy Simon. Tengo buenas noticias. Mike Sallis acaba de llamarme desde la A. P. Pasará por la galería mañana al mediodía. Para entonces, todos los cuadros habrán quedado enmarcados, y él será el primer representante de la prensa en verlos. Todos quieren ser siempre los primeros. Intento que se me ocurra alguna buena idea para convencerle de que se trata de una exclusiva. Y, a propósito, acaban de llegar los catálogos. Son fantásticos.

Sally le dio las gracias y estaba a punto de llamar a Tony para sugerirle quedarse esa noche con él para poder ir juntos a la galería al día siguiente cuando recordó que le había dicho que estaría fuera de la ciudad. Se pasó el día recorriendo la casa angustiadamente, hablando ocasionalmente con su modelo más solícito, el *Gato dormido inmóvil*.

A la mañana siguiente, tomó uno de los primeros trenes que partían de Sevenoaks, con la intención de dedicar un poco de tiempo a comprobar los cuadros de acuerdo con la información publicada en los catálogos.

Al llegar a la galería se le encendió la mirada: media docena de los cuadros ya aparecían colgados y, por primera vez, tuvo la verdadera impresión de que no eran del todo malos. Miró hacia el despacho y vio que Simon estaba ocupado, hablando por teléfono. Le sonrió y saludó con la mano para indicarle que estaría con ella dentro de un momento.

Observó de nuevo los cuadros y entonces distinguió un ejemplar del catálogo que estaba sobre la mesa. En la portada se decía: «La exposición de verano», por encima de una fotografía de un interior mirado desde el salón de sus padres, a través de una ventana abierta que daba a un jardín con hierbas crecidas. Un gato negro aparecía echado sobre el alféizar de la ventana, ignorando la lluvia.

Sally abrió el catálogo y leyó la introducción de la primera página.

En ocasiones, a los jueces les parece necesario decir «Ha sido difícil elegir al ganador de este año». Pero desde el momento en que se ve el trabajo de Sally Summers, la tarea resulta fácil. El verdadero talento es tan evidente que todos pueden verlo, y Sally ha logrado la extraordinaria hazaña de ganar todos los grandes premios concedidos un mismo año en Slade para pintura al

óleo y dibujo. Espero con entusiasmo ver cómo se desarrolla su carrera a lo largo de los próximos años.

Se trataba de una cita del discurso pronunciado dos años antes por *sir* Roger de Grey cuando le entregó a Sally los premios Mary Rischgitz y Henry Tonks, en Slade.

Sally pasó las páginas para ver por primera vez sus propias obras reproducidas en color. La atención que Simon dedicaba al detalle y a la composición se percibía en cada una de las páginas.

Volvió la mirada hacia el despacho y vio que Simon todavía hablaba por teléfono. Decidió bajar y comprobar el resto de los cuadros, ahora que ya estaban todos enmarcados. La galería inferior era una gran masa de color y las pinturas recién enmarcadas habían sido colgadas tan hábilmente que hasta la propia Sally empezaba a verlas bajo una nueva luz.

Una vez que hubo recorrido la sala, Sally contuvo una sonrisa de satisfacción antes de regresar arriba. Al pasar junto a la mesa situada en el centro de la sala, observó una carpeta con las iniciales «N. K.» impresas en ella. Distraídamente, abrió la tapa para descubrir un montón de acuarelas de calidad más bien mediocre.

Mientras repasaba los esfuerzos de su rival, destinados a no ser expuestos nunca, Sally tuvo que admitir que los autorretratos desnudos no le hacían verdadera justicia a Natasha.

Estaba a punto de cerrar la carpeta y regresar junto a Simon, arriba, cuando se detuvo de pronto.

Aunque con una torpe ejecución, no cabía la menor duda acerca de quién era el hombre al que se aferraba la medio desnuda Natasha.

Sally sintió náuseas. Cerró la carpeta de golpe, cruzó rápidamente la sala y subió la escalera hacia la planta baja. En un rincón de la sala, Simon charlaba con un hombre que llevaba varias cámaras colgadas del hombro.

—Sally —dijo al tiempo que se dirigía hacia ella—, este es Mike...

Pero Sally los ignoró a los dos y echó a correr hacia la puerta abierta, con las lágrimas resbalándole por las mejillas. Giró a la derecha, hacia St. James, decidida a alejarse de la galería tanto como le fuera posible. Pero entonces se detuvo en seco, al ver que Tony y Natasha caminaban hacia ella, cogidos del brazo.

Sally bajó a la calzada y echó a correr para cruzarla, con la esperanza de llegar a la otra acera antes de que la vieran.

El chirrido de las ruedas y el viraje repentino de la furgoneta se produjeron apenas un momento demasiado tarde, y se vio arrojada cuan larga era sobre el centro de la calzada.

Cuando Sally recuperó el conocimiento se sintió terriblemente mal. Parpadeó y creyó oír voces. Volvió a parpadear pero transcurrió un rato más antes de que pudiera enfocar la mirada sobre algo.

Se encontraba en una cama, pero no era la suya.

Tenía la pierna derecha cubierta de escayola y levantada en el aire, suspendida de una polea de tracción. La otra pierna estaba bajo la sábana y la notaba perfectamente bien. Movié los dedos del pie izquierdo: sí, estaban bien.

Luego, intentó mover los brazos. En ese momento, una enfermera se acercó a la cama.

—Bienvenida de regreso al mundo, Sally.

—¿Cuánto tiempo he permanecido así? —preguntó.

—Un par de días —fue la respuesta de la enfermera, que le tomó el pulso—. Pero estás teniendo una recuperación notablemente rápida. Antes de que me lo preguntes, te diré que solo se trata de una pierna rota y, en cuanto a los ojos morados, te habrá desaparecido la hinchazón antes de que te hayamos dejado salir de aquí, Y, a propósito —añadió antes de dirigirse hacia el próximo paciente—, me ha encantado la fotografía tuya que han publicado los periódicos de la mañana. ¿Y qué decir de esos comentarios tan halagadores hechos por tu

amigo? ¿Qué tal te sienta eso de ser famosa?

Sally hubiera querido preguntarle de qué le estaba hablando, pero la enfermera ya le tomaba el pulso al paciente de la cama contigua.

«Vuelva», hubiera querido decir Sally, pero una segunda enfermera apareció junto a su cama con un vaso de zumo de naranja, que le puso en la mano.

—Será mejor que empiece con esto —le dijo.

Sally obedeció y trató de sorber el líquido a través de la pajita inclinada de plástico.

—Tienes una visita —le dijo la enfermera una vez que hubo vaciado el contenido del vaso—. Lleva esperando desde hace algún tiempo. ¿Crees estar en condiciones de verle?

—Claro —contestó Sally, que no sentía ningún deseo particular de ver a Tony, pero que deseaba desesperadamente saber qué había ocurrido.

Miró hacia las puertas batientes, al extremo de la sala, pero aún tuvo que esperar un tiempo hasta que Simon apareció por ellas. Se dirigió directamente hacia su cama, aferrando lo que solo podría describirse como un ramillete de flores. Le dirigió un gran beso a la escayola.

—Lo siento mucho, Simon —fue lo primero que le dijo Sally, antes de que él hubiera tenido tiempo de saludarla—. Sé los muchos problemas y gastos que has tenido por mi causa. Y ahora te he dejado colgado.

—Ciertamente, así ha sido —replicó Simon—. Siempre se queda uno colgado cuando se vende todo lo que se expone en la primera noche, porque entonces no queda nada para los viejos clientes y estos empiezan a refunfuñar. —Sally abrió la boca, asombrada—. Te aseguro que fue una buena foto de Natasha aunque no podría decirse lo mismo de ti.

—¿De qué me hablas, Simon?

—Mike Sallis consiguió su exclusiva y tú tuviste tu oportunidad de romper todos los moldes —dijo él al tiempo que le daba unos suaves golpecitos sobre la pierna suspendida. Cuando Natasha se inclinó sobre tu cuerpo, tendido en la calle, Mike empezó a disparar instantáneas como si en ello le fuera la vida. Y ni siquiera yo mismo habría podido anotar mejor las cosas que ella dijo: «La joven artista más extraordinaria de nuestra generación. Si el mundo perdiera un talento así...».

Sally se echó a reír al escuchar la burlona imitación que hizo Simon del acento ruso de Natasha.

—Apareciste en la mayoría de los periódicos del día siguiente —siguió diciendo Simon—. «Roce con la muerte», en el *Mill*; «Naturaleza muerta en St. James», en el *Express*. Y hasta conseguiste un espectacular «¡Atropellada!», en el *Sun*. Esa misma noche, la galería se llenó a tope. Natasha, con un vestido negro transparente, procedió a ofrecer a la prensa un comentario tras otro sobre tu genio, aunque no es que eso representara mucha diferencia. Ya habíamos vendido todos los lienzos antes de que su segunda edición llegara a la calle. Pero, lo que es más importante, los críticos especializados más serios habían empezado a reconocer que podrías tener realmente algún talento.

Sally sonrió.

—Es posible que no haya logrado tener un amorío con el príncipe Carlos, pero al menos parece que he hecho algo bien.

—Bueno, no exactamente —dijo Simon.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sally, repentinamente angustiada. Dijiste que se habían vendido todos los cuadros.

—Cierto, pero si te las hubieras arreglado para sufrir el accidente unos pocos días antes, podría haber subido los precios por lo menos en un cincuenta por ciento. Aunque siempre queda la próxima vez, claro.

—¿Compró Tony *Gato dormido inmóvil*? —preguntó Sally en voz baja.

—No. Me temo que llegó tarde, como siempre. Se lo aseguró un buen coleccionista ya en la

primera media hora. Lo que me recuerda otra cosa —añadió Simon en el momento en que los padres de Sally aparecían en las puertas batientes de la sala—. Necesitaré otros cuarenta lienzos si vamos a celebrar tu segunda exposición en la primavera. Así que será mejor que te pongas a trabajar inmediatamente.

—Pero fíjate cómo estoy, hombre —dijo Sally echándose a reír—. ¿Cómo esperas que...?

—Vamos, no seas tan débil —le dijo Simon con unos golpecitos sobre la escayola—. Es la pierna lo que tienes inmóvil, no el brazo.

Sally sonrió y se volvió para ver a sus padres, que estaban al pie de la cama.

—¿Es este Tony? —preguntó su madre.

—Santo cielo, no, mamá —contestó Sally echándose a reír—. Es Simon. Pero no creas, es mucho más importante —confesó—. Yo también cometí el mismo error la primera vez que lo vi.

Timeo danaos...

Arnold Bacon habría ganado una fortuna si no hubiera seguido el consejo de su padre.

La profesión de Arnold, tal como aparecía descrita en su pasaporte, era la de «banquero». Para aquellos de ustedes que sean puntillosos con esta clase de cuestiones, cabría añadir que era el director de la sucursal del Barclays Bank en St. Albans, Hertfordshire, que en el mundo bancario equivale más o menos a ser capitán en el departamento de pagaduría del Ejército Real.

Su pasaporte también atestiguaba que había nacido en 1937, tenía un metro setenta y cinco de estatura, era pelirrojo y no tenía señales características, aunque en realidad poseía varias líneas en la frente, lo que no hacía sino demostrar que fruncía bastante el ceño.

Era miembro del Club Rotario local (honorable tesorero), del partido conservador (vicepresidente de sección), y en el pasado había sido secretario del Festival de St. Albans. En la década de los años sesenta también había jugado al rugby para el Old Albanians 2nd XV, y en los años setenta al críquet para el St.

Albans C. C. No obstante, el único ejercicio que había practicado durante las dos últimas décadas era algún que otro partido ocasional de golf con su homólogo del National Westminster. Arnold no era de los que pudiera fanfarronear de handicap.

Durante estas excursiones por el campo de golf, Arnold solía intimidar a su contrincante con la profunda convicción de que jamás debería haber sido banquero.

Después de muchos años de conceder préstamos a clientes que deseaban iniciar su propio negocio, era dolorosamente consciente de que él mismo era un empresario nato. Si no hubiera hecho caso del consejo de su padre y lo hubiera seguido para empezar a trabajar en el banco, solo el cielo sabía qué alturas podría haber alcanzado ahora.

Su colega asintió cansadamente y luego hizo hoyo a dos metros de distancia, asegurándose así de que las bebidas no corrieran a su cargo.

—¿Cómo está Deirdre? —preguntó mientras los dos regresaban a las instalaciones del club.

—Quiere comprar una vajilla nueva —contestó Arnold, lo que extrañó ligeramente a su compañero—. Aunque yo no veo que haya nada de malo en nuestro viejo juego Coronation.

Cuando llegaron al bar, Arnold comprobó el reloj antes de pedir una jarra de cerveza para él, y un *gin-tonic* para el vencedor, ya que Deirdre no esperaría su regreso durante por lo menos una hora. Solo dejó de pontificar cuando otro miembro del club empezó a contarles los últimos rumores sobre la esposa del capitán del club.

Deirdre Bacon, la sufrida esposa de Arnold, había terminado por aceptar que su marido ya estaba demasiado aferrado a su estilo de vida como para esperar mejoría alguna. Aunque guardaba sus propias opiniones acerca de qué le habría ocurrido a Arnold si no hubiera seguido el consejo de su padre, a estas alturas ya había dejado de expresarlas. En la época en que se produjo su compromiso consideró a Arnold Bacon como «una buena pieza». Pero a medida que transcurrieron los años se hizo mucho más realista en cuanto a sus expectativas y, después de haber tenido dos hijos, uno de cada sexo, se instaló cómodamente en su estilo de vida como ama de casa y madre, aunque en el fondo nunca había considerado seriamente ninguna otra cosa.

Ahora, los niños ya se habían hecho mayores, Justin para convertirse en abogado en Chelmsford, y Virginia para casarse con un muchacho local al que Arnold describía como funcionario de la British Rail. Deirdre, haciendo mayor honor a la verdad, les decía a sus amigas de la peluquería que Keith era maquinista de tren.

Durante los diez primeros años de su matrimonio, los Bacon habían pasado las vacaciones en Bournemouth porque los padres de Arnold siempre lo habían hecho así. Solo se graduaron

en la Costa del Sol después de que Arnold leyera en el suplemento dominical del *Daily Telegraph* que allí era donde se encontraban la mayoría de los directores de banco durante el mes de agosto.

A lo largo de todos aquellos años, Arnold le había prometido a su esposa que algún día harían «algo especial» cuando llegara el momento de celebrar sus bodas de plata, a pesar de que nunca se comprometió expresamente a definir con exactitud qué entendía él por «especial».

Solo después de haber leído en la revista trimestral interna del banco que Andrew Buxton, presidente del Barclays, pasaría las vacaciones de verano navegando por las islas griegas, en un yate privado, empezó Arnold a escribir a numerosas compañías navieras y agencias de viajes para solicitar que le enviaran sus folletos sobre cruceros de placer. Tras haber estudiado cientos de páginas satinadas, reservó camarote en un crucero de siete días a bordo del *Princess Corina*, que zarpaba del Pireo para efectuar un recorrido por las islas griegas que terminaba en Mykonos. La única contribución de Deirdre a la discusión fue que ella preferiría regresar a la Costa del Sol y gastar el dinero que se ahorrarían en comprar la vajilla nueva. No obstante, le encantó leer en uno de los folletos que los griegos eran famosos por su cerámica.

Para cuando llegó el momento de subir al tren que los conduciría a Heathrow, el personal que trabajaba a las órdenes de Arnold, los socios miembros del club Rotario, y hasta unos pocos de sus más selectos clientes estaban ya hartos de que se les recordara continuamente cómo iba a pasar Arnold sus vacaciones de verano.

—Viajaré por las islas griegas en un crucero —les decía—. No muy diferente a lo que hará el presidente del banco, Andrew Buxton, ¿sabe?

Si alguien le preguntaba a Deirdre qué harían ella y Arnold durante sus vacaciones, contestaba que efectuarían una gira turística de siete días, y que solo confiaba en regresar a casa con una vajilla nueva.

Ahora, el viejo servicio Coronation que los padres de Deirdre le habían ofrecido como regalo de boda, veinticinco años antes, se encontraba tristemente mermado. Varios platos estaban desportillados o se habían roto, y los grabados de las coronas y los cetros casi se habían desvanecido en las piezas que aún quedaban.

—No comprendo qué tienen de malo —dijo Arnold cuando su esposa volvió a plantear el tema mientras aguardaban en la sala de espera de Heathrow.

Deirdre no hizo el menor esfuerzo por enumerarle de nuevo la lista de sus defectos.

Arnold se pasó la mayor parte del vuelo a Atenas quejándose de que el avión estuviera tan lleno de griegos. A Deirdre no le pareció que valiera la pena señalar que, si uno reservaba pasaje en la Olympic Airways, ese sería precisamente el resultado más probable. Al fin y al cabo también sabía cuál sería la respuesta de su esposo:

—Pero así hemos ahorrado treinta y cuatro libras.

Una vez que aterrizaron en el aeropuerto internacional Hellenikon, los dos turistas subieron a bordo de un autobús. Arnold dudaba mucho de que el vehículo hubiera podido pasar la revisión técnica en St. Albans, a pesar de lo cual se las arregló para llevarles hasta el centro de Atenas, donde Arnold había reservado una habitación para pasar la noche en un hotel de dos estrellas (dos estrellas griegas, naturalmente). Arnold se apresuró a localizar la sucursal local del Barclays, donde cobró uno de sus cheques de viajero, explicándole a su esposa que no valía la pena cambiar más, puesto que, una vez que estuvieran a bordo del crucero, todo estaría pagado. Estaba convencido de que así era como procedían los hombres emprendedores.

A la mañana siguiente, los Bacon se levantaron temprano, sobre todo porque no habían podido dormir gran cosa durante la noche. Sus cuerpos experimentaron una continua tendencia a rodar hacia el centro del colchón cóncavo lleno de grumos, y les dolían las orejas después de haberlas mantenido durante toda la noche sobre almohadas convexas tan duras

como ladrillos. Arnold saltó de la cama, antes incluso de que saliera el sol, y abrió la pequeña ventana que daba a un patio interior. Extendió los brazos para desperezarse y declaró que jamás se había sentido mejor en su vida. Deirdre no hizo comentario alguno, quizá porque ya estaba ocupada en guardar la ropa en las maletas.

Durante el desayuno, compuesto por un cruasán que a Arnold le pareció demasiado pegajoso y que en cualquier caso se deshizo entre sus dedos, una porción de queso feta, por la que no demostró interés alguno en razón de su olor, y una taza obstinadamente vacía porque la dirección se negaba a servir té, se entabló entre ellos un prolongado debate acerca de si debían tomar un taxi o un autobús para llegar hasta el crucero.

Ambos llegaron a la conclusión de que lo más sensato sería tomar un taxi, Deirdre porque no deseaba verse apretujada en un ardiente autobús atestado, entre montones de sudorosos atenienses, y Arnold porque deseaba que los vieran llegar en un coche hasta la pasarela.

Una vez que Arnold hubo pagado la cuenta, tras haber comprobado tres veces la pequeña columna de cifras que se le presentó, antes de estar dispuesto a desprenderse de otro cheque de viajero, llamó un taxi y dio al conductor instrucciones de que los llevaran al muelle. El trayecto, mucho más largo de lo esperado, en un coche viejo sin aire acondicionado, no puso a Arnold precisamente de buen humor.

Cuando vio por primera vez el Princess Corina, Arnold fue incapaz de disimular su amarga desilusión.

El barco no era ni tan grande ni tan moderno como había parecido en el folleto de papel satinado. Sin saber exactamente por qué, tuvo la ligera impresión de que su presidente no experimentaría el mismo problema.

El señor y la señora Bacon subieron por la pasarela y fueron acompañados a su camarote que, ante la consternación de Arnold, estaba compuesto por dos literas, una jofaina, una ducha y una portilla, sin que hubiera siquiera suficiente espacio entre las literas como para que los dos pudieran desnudarse al mismo tiempo. Arnold le indicó a su esposa que este camarote, en particular, no había aparecido ilustrado en el folleto, a pesar de haber sido descrito en la tarifa con un encomiable «De Luxe». Llegó a la conclusión de que el folleto en cuestión tuvo que haber sido preparado por un agente de la propiedad inmobiliaria sin trabajo.

Arnold se dispuso a dar una vuelta por cubierta, lo que no fue una excursión particularmente prolongada.

En el camino, se tropezó con un abogado de Chester que paseaba inocentemente con su esposa en la dirección opuesta. Tras haber averiguado que Malcolm Jackson era un socio en su empresa, y que su esposa Joan era magistrada, sugirió reunirse todos para almorzar.

Una vez que hubieron seleccionado la comida en el bufet, Arnold no perdió tiempo en decirles a sus recién conocidos amigos que él era un empresario nato y explicó, por ejemplo, los cambios inmediatos que llevaría a cabo para mejorar la eficacia del Princess Corina en el caso de haber sido el presidente de esa naviera en particular. (Temo que la lista sería demasiado larga como para incluirla en esta historia corta). El abogado, que hasta entonces no había tenido que sufrir ninguna de las opiniones de Arnold, pareció contento de escucharle, mientras Deirdre charlaba con Joan acerca de cómo esperaba encontrar una vajilla nueva en una de las islas.

—Los griegos son famosos por su cerámica, ¿sabe? —decía una y otra vez.

La conversación no experimentó grandes variaciones cuando las dos parejas volvieron a reunirse aquella noche, durante la cena.

Aunque los Bacon se sentían cansados después de su primer día a bordo, aquella noche ninguno de los dos pudo dormir más que unos pocos momentos. Mientras se balanceaban a través del Egeo en su pequeño camarote, Arnold no estaba dispuesto a admitir que, de haber tenido la posibilidad de elegir, habría preferido el hotel de dos estrellas (dos estrellas griegas,

claro), con su colchón grumoso y sus almohadas más duras que un ladrillo, antes que las literas en las que ahora se veían arrojados de un lado a otro.

Después de dos días en el mar, el barco atracó en Rodas y, paró entonces, hasta el propio Arnold había dejado de describirlo como un «cruceiro». La mayoría de los pasajeros se amontonaron ante la pasarela, totalmente encantados ante la oportunidad de pasar unas pocas horas en tierra.

Arnold y Malcolm encontraron el camino hasta la más próxima sucursal del Barclays, donde cada uno cambió un cheque de viajero, mientras Deirdre y Joan se marchaban en dirección opuesta, a la búsqueda de una vajilla. En el banco, Arnold comunicó inmediatamente al director quién era, lo que le permitió asegurarse que tanto él como Malcolm obtuvieran un cambio ligeramente mejorado con respecto a lo anunciado en la lista de cambio de moneda.

Arnold sonrió al salir del banco hacia la calle caliente, polvorienta y empedrada.

—Debería haberme metido en el mercado de futuros, ¿sabe? —le dijo a Malcolm mientras descendían lentamente por la colina—. Habría podido ganar una verdadera fortuna.

La búsqueda de una vajilla no resultó ser un asunto tan fácil para Deirdre. Las tiendas eran muy numerosas y variadas en calidad, y pronto descubrió que en Rodas había muchas ceramistas. En consecuencia, creyó necesario averiguar cuál de ellos era tenido en mayor consideración por los locales y descubrir después en qué tienda se vendía su obra. Esa información la consiguió tras hablar con las viejas mujeres vestidas de negro que encontró sentadas silenciosamente en las esquinas de las calles, una de las cuales, entre cada diez, hablaba algo de inglés, según descubrió. Deirdre se las arregló para averiguar toda la información confidencial que necesitaba saber.

Los cuatro se encontraron para almorzar en una pequeña taberna en el centro de la ciudad. Mientras comía un plato de *souvlakia*, Arnold intentó convencer a Deirdre de que, puesto que visitarían un total de cinco islas en el transcurso del viaje, quizá fuera más prudente esperar a su último puerto de atraque, para comprar así la vajilla en el último momento posible.

—Indudablemente, los precios descenderán cuanto más nos acerquemos a Atenas —declaró Arnold, que hablaba con toda la pose de un verdadero empresario.

A pesar de que Deirdre ya había visto una vajilla de treinta y dos piezas que le gustaba, a un precio que encajaba perfectamente en su presupuesto, admitió de mala gana la sugerencia de Arnold. Su consentimiento se vio facilitado en buena medida por el hecho de que era su esposo el que estaba en posesión de todos los cheques de viajero.

Para cuando el barco atracó en Heraklion, en Creta, Arnold ya había detectado a todos los británicos que viajaban a bordo y había permitido que un mayor (de la reserva territorial) y su esposa se unieran a su mesa para almorzar... pero solo después de descubrir que el hombre mantenía cuenta abierta en el Barclays. A ello siguió una invitación a cenar, tras haber quedado bien establecido que el mayor jugaba al *bridge* con el director de zona de Arnold.

A partir de ese momento, Arnold pasó muchas horas en el mar, dedicado a explicar al mayor o a Malcolm, ninguno de los cuales le hacía ya el menor caso, por qué no debería haber aceptado nunca el consejo de su padre de entrar a trabajar en el banco, ya que era, después de todo, un empresario nato.

Cuando el barco levó anclas y zarpó de Santorini, Deirdre ya sabía con toda exactitud qué tipo de vajilla deseaba, y cómo establecer rápidamente con qué ceramista debía negociar en cuanto desembarcaran en un nuevo puerto. Arnold, sin embargo, seguía insistiendo en que debían esperar a encontrar un mercado más grande, a medida que se acercaran a Atenas.

—A mayor competencia, precios más bajos —explicó por enésima vez.

Deirdre sabía que no valía la pena explicarle que, en realidad, los precios parecían aumentar a cada nudo que cubrían de su viaje, de regreso hacia la capital griega.

Paros no sirvió más que como una prueba adicional de las sospechas de Deirdre, si es que

su opinión hubiera necesitado de tal confirmación, ya que los precios que encontró fueron notablemente más elevados que en Santorini. Mientras el Princess Corina navegaba en dirección a Mykonos, Deirdre ya tenía la impresión de que aun cuando encontrara una vajilla satisfactoria en su puerto final de arribada, seguramente ya no sería al precio que ellos podían permitirse.

Arnold, sin embargo, con la confianza en si mismo de un hombre que conoce perfectamente esas cosas, le aseguraba que todo terminaría bien y, para demostrarlo, hasta se tapó una aleta de la nariz con el dedo índice. El mayor y Malcolm ya habían alcanzado la fase en la que se limitaban a dirigirle sencillos gestos de asentimiento para indicarle que seguían despiertos.

Deirdre fue uno de los primeros pasajeros en descender por la pasarela en cuanto atracaron en Mykonos aquel viernes por la mañana. Le había dicho a su esposo que se ocuparía de efectuar un reconocimiento de las tiendas de cerámica, mientras él hacía lo mismo con los bancos. Joan y la esposa del mayor se mostraron encantadas de acompañar a Deirdre que, a estas alturas, empezaba ya a ser una experta en el tema de la cerámica griega.

Las tres damas iniciaron su búsqueda en el extremo norte de la ciudad, y Deirdre se sintió aliviada al descubrir que en Mykonos había incluso una mayor variedad de tiendas que en ninguna de las otras islas.

También pudo descubrir, con ayuda de varias de las mujeres vestidas de negro, que la ciudad contaba con un ceramista de verdadera fama, cuyas obras solo podían adquirirse en una tienda, Casa de Petros.

Una vez que Deirdre hubo localizado este establecimiento, se pasó el resto de la mañana dedicada a inspeccionar todas las vajillas que había expuestas.

Después de un par de horas de intenso estudio, llegó a la conclusión de que el conjunto «Delphi», destacadamente expuesto en el centro de la tienda, constituiría una valiosa posesión para cualquier ama de casa de St. Albans. Pero como costaba el doble de todo lo que había visto en cualquiera de las otras islas, sabía que Arnold lo rechazaría por salirse del presupuesto.

Cuando las tres damas abandonaron finalmente la tienda para reunirse con sus esposos para almorzar, un joven atractivo vestido con una sucia camiseta y unos vaqueros rotos, con una barba de un par de días, se plantó delante de ellas y preguntó:

—¿Inglesas?

Deirdre se detuvo y observó por un momento los profundos ojos azules del joven, pero no dijo nada. Sus compañeras le rodearon sobre la calle empedrada y apresuraron el paso, como si el extraño no se hubiera dirigido a ellas. Deirdre le sonrió al tiempo que el joven se hacía a un lado para permitirle que siguiera su camino. Arnold le había advertido que no entablara nunca una conversación con los nativos.

Al llegar al Regga Kokkine (Ἡρώδης Ἐστίαριον), el restaurante donde habían acordado almorzar, las tres damas encontraron a sus maridos bebiendo cerveza importada en el bar. Arnold les explicaba al mayor y a Malcolm por qué se había negado a pagar ese año su cuota al partido conservador.

—No les pagaré ni un solo penique mientras no sean capaces de poner su propia casa en orden —insistió.

Deirdre sospechaba que esa falta de voluntad para pagar tenía mucho más que ver con su reciente derrota cuando se presentó para ocupar el puesto de presidente de la sección local.

Durante la hora siguiente Arnold expresó sus puntos de vista sobre todo lo imaginable, desde los recortes en el presupuesto de Defensa y los viajeros de la nueva era hasta las familias de un solo progenitor, acerca de todo lo cual se mostró resueltamente en contra. Cuando finalmente se les presentó la cuenta por el almuerzo, empleó un tiempo considerable en calcular qué había comido cada uno de ellos y, en consecuencia, con cuánto debía contribuir

cada pareja al pago de la suma total.

Arnold ya se había resignado a la idea de que tendría que emplear una parte de la tarde para regatear en nombre de Deirdre, ahora que finalmente había encontrado la vajilla en la que había visto su corazón.

Todos los demás acordaron acompañarlos para ver directamente en acción al empresario nato.

Cuando Arnold entró en Casa de Petros, tuvo que admitir que Deirdre parecía haber «localizado el establecimiento correcto». No dejó de repetir esta observación, como para demostrar que había tenido razón durante todo el viaje al insistir en que esperara hasta llegar al puerto final antes de tomarla gran decisión. Afortunadamente, no pareció darse cuenta de cómo había aumentado el precio de una isla a otra, y Deirdre no hizo el menor intento por recordárselo. Se limitó a guiarlo hacia la vajilla «Delphi», expuesta sobre una larga mesa, en el centro de la sala, y a rezar. Todos estuvieron de acuerdo en que la vajilla era magnífica, pero cuando a Arnold se le dijo el precio, sacudió la cabeza tristemente. Deirdre habría protestado, pero ella, tal como habían hecho muchos de los clientes del banquero a lo largo de los años, ya había visto antes aquella expresión en el rostro de su marido. En consecuencia, se resignó a conformarse con la vajilla «Pharos», excelente, pero incuestionablemente de peor calidad, y mucho más cara que otras comparables que había visto en las demás islas.

Las tres esposas empezaron a seleccionar las piezas que les gustaría comprar, mientras sus esposos les recordaban con seriedad cuánto se podían permitir.

Una vez efectuadas las elecciones, Arnold empleó bastante tiempo en regatear con el propietario.

Finalmente, consiguió un veinte por ciento de descuento sobre la cifra total. Una vez calculada la cifra, Arnold fue enviado en busca de un banco donde cambiar los cheques de viajero necesarios. Con los pasaportes y los cheques firmados en la mano, abandonó la tienda dispuesto a cumplir con su misión.

Al salir a la acera, el hombre joven que antes se había aproximado a Deirdre se plantó delante de él y preguntó: ¿Inglés?

—Naturalmente —contestó Arnold al tiempo que lo rodeaba y continuaba vigorosamente su camino para evitar mayor conversación con un individuo tan desaseado.

Tal como le había dicho al mayor durante el almuerzo, «Timeo Danaos et dona ferentis^[1]». Era la única frase en latín que todavía recordaba de sus tiempos de la escuela.

Una vez que hubo elegido un banco, Arnold se dirigió directamente al despacho del director y cambió los cheques de todos a un precio ligeramente mejor que el expuesto en la lista de la ventanilla. Complacido con su ahorro de cincuenta dracmas, emprendió el regreso hacia Casa de Petros.

Le desagradó encontrar al joven que ganduleaba por la acera, delante de la tienda. Arnold no se dignó favorecerle ni siquiera con una de sus miradas, pero en el momento en que se disponía a entrar en la tienda captó las palabras: ¿Querer ahorrar dinero, inglés?

Arnold se detuvo en seco, como haría cualquier empresario nato, y se volvió para estudiar más atentamente al maleducado joven que se había dirigido a él. Se disponía a seguir su camino cuando el joven añadió:

—Sé dónde vender cerámica a mitad precio.

Arnold vaciló una vez más y miró por el escaparate de la tienda para ver a sus compañeros reunidos, a la espera de su regreso. Sobre el mostrador había seis grandes paquetes, ya envueltos, a la espera de ser pagados.

Arnold se volvió de nuevo para observar más de cerca al inarticulado extranjero.

—Cerámica viene de pueblo llamado Kalafatis —dijo el joven. Solo media hora autobús. Allí, todo mitad precio.

Mientras Arnold digería aquella información, la mano del joven griego se tendió esperanzadamente.

Arnold extrajo un billete de cincuenta dracmas del rollo de dinero obtenido en el banco, deseoso de especular con el beneficio que había conseguido con aquella transacción en particular, a cambio de la información que acababa de obtener, el acto propio de un verdadero empresario, pensó, mientras entraba triunfalmente en la tienda.

—Acabo de hacer un descubrimiento importante —anunció y los llevó a todos hacia un rincón donde les comunicó aquella información tan confidencial.

Deirdre no pareció nada convencida, hasta que Arnold sugirió:

—Quizá podríamos permitirnos incluso el juego «Delphi» que tanto querías, querida. En cualquier caso, ¿por qué pagar el doble cuando el único sacrificio que necesitas hacer es desplazarte a media hora de autobús de aquí?

Malcolm asintió su acuerdo, como si acabara de escuchar el sabio consejo de un importante asesor, y hasta el mayor acabó por aceptar, aunque a regañadientes.

—Como tenemos que zarpar a primera hora de esta noche para Atenas —declaró el mayor—, será mejor que tomemos el siguiente autobús para Kalafatis.

Arnold asintió y sin decir una sola palabra más dirigió al grupo fuera de la tienda sin dirigirla siquiera una mirada a los paquetes que quedaron atrás, sobre el mostrador.

Al salir a la calle, Arnold se sintió aliviado al no ver por ninguna parte al joven que le había ofrecido un consejo tan valioso.

Se detuvieron ante la parada del autobús, y Arnold se mostró un tanto desilusionado al descubrir a varios pasajeros del barco, que ya estaban en la cola, pero se dijo que no se dirigirían al mismo destino. Esperaron bajo el ardiente sol durante otros cuarenta minutos antes de que, finalmente, apareciera un autobús.

Cuando Arnold vio el vehículo, el alma se le cayó a los pies.

—Pensad solo en el mucho dinero que nos vamos a ahorrar —les dijo a sus compañeros al darse cuenta de las miradas de desesperación que aparecieron en sus caras.

El viaje a través de la isla, hasta la costa este, bien podría haber tardado treinta minutos si se hubiera tratado de un Range Rover sin razón alguna para detenerse. Pero como el conductor del autobús se detenía en el camino para recoger a todo aquel que le hacía señales, sin respetar las paradas oficiales, llegaron finalmente a Kalafatis una hora y veinte minutos más tarde. Mucho antes de que pudieran bajar del anticuado vehículo, Deirdre estaba exhausta, Joan exasperada y la esposa del mayor empezaba a desarrollar una migraña.

—Bus no más allá —dijo el conductor cuando Arnold y sus compañeros bajaron—. Partir viaje regreso a Khóra en una hora. Último bus del día.

El pequeño grupo contempló el estrecho y tortuoso camino que conducía hasta el taller del ceramista.

—El viaje ha valido la pena aunque solo sea por la vista —dijo Arnold entre jadeos cuando se detuvo a medio camino y contempló el Egeo.

Sus compañeros ni siquiera se molestaron en detenerse a mirar, y mucho menos a decirle lo que pensaban. Tardaron otros diez minutos de esforzada ascensión en llegar a su destino. Para entonces, Arnold ya guardaba silencio.

Cuando los seis agotados turistas entraron finalmente en la tienda de cerámica, se les cortó en seco la poca respiración que aún les quedaba. Se quedaron como hipnotizados al ver una estantería tras otra repleta de hermosos objetos. Arnold experimentó la cálida sensación del triunfo.

Deirdre se dedicó inmediatamente a lo suyo y no tardó en localizar la vajilla «Delphi». Parecía incluso más magnífica de lo que ella recordaba, pero al comprobar una pequeña etiqueta que colgaba del asa de una sopera se quedó horrorizada al descubrir que el coste era

apenas un poco menor de lo que había sido en Casa de Petros.

Deirdre tomó una decisión. Se volvió a mirar a su esposo, que jugueteaba con una pequeña rejilla de cerámica para guardar pipas y preguntó con voz clara y fuerte, para que todos pudieran oírla.

—Puesto que todo es a mitad de precio, Arnold, supongo que podré comprar la vajilla «Delphi», ¿verdad?

Los otros cuatro se volvieron para comprobar cómo reaccionaría el gran empresario. Arnold pareció vacilar un momento antes de volver a dejar el objeto de las pipas sobre la estantería y contestó:

—Desde luego, querida. ¿Acaso no es por eso por lo que hemos hecho este largo camino?

Inmediatamente, las tres mujeres empezaron a seleccionar artículos de las estanterías y finalmente, entre todas, lograron reunir una vajilla completa, dos juegos de té, uno de café, tres jarrones, cinco ceniceros, dos jarras y una rejilla para tostadas. Arnold, por su parte, decidió dejar donde estaba el contenedor de pipas.

Cuando la cuenta de las compras de Deirdre le fue presentada a su esposo, este vaciló una vez más, pero fue dolorosamente consciente de que todos tenían la mirada fija en él. De mala gana, cambió todos los cheques de viajero que le quedaban, incapaz de comprobar siquiera el desventajoso cambio que se anunciaba en el escaparate. Deirdre no hizo comentario alguno. Malcolm y el mayor firmaron en silencio sus propios cheques de viajero, mientras la expresión de sus caras no era precisamente de triunfo.

Una vez pagadas las mercancías, los seis turistas salieron de la tienda, cargados con sus pesados paquetes. Cuando empezaron a volver sobre sus pasos sobre el tortuoso camino que descendía, la puerta de la tienda se cerró tras ellos.

—Tendremos que darnos prisa si no queremos perder el último autobús —gritó Arnold, que se situó en el centro del camino, evitando un gran Mercedes color crema que había aparcado fuera de la tienda—. Pero la excursión ha valido la pena —añadió al tiempo que iniciaba pesadamente el descenso—. Tenéis que admitirlo, os he ahorrado una fortuna.

Deirdre se detuvo un momento para llevar mejor los numerosos paquetes, y se sorprendió al ver a un grupo de gentes locales que formaban una cola ante una mesa instalada junto a la tienda. Un joven atractivo, con una sucia camiseta y unos vaqueros rotos entregaba a cada uno de ellos un pequeño sobre marrón.

Deirdre no podía apartar los ojos del joven. ¿Dónde lo había visto antes? El joven levantó la mirada hacia ella y, por un momento, Deirdre miró fijamente aquellos intensos ojos azules. Entonces lo recordó. El joven se encogió de hombros y le dirigió una sonrisa. Deirdre le devolvió la sonrisa, recogió los paquetes e inició el descenso en pos de sus compañeros.

Cuando los demás ya subían al autobús atestado, Deirdre llegó a tiempo para oír declarar a Arnold:

—¿Sabe una cosa, mayor? Jamás debería haber aceptado el consejo de mi padre y haber seguido la profesión de banquero. En realidad soy un empres...

Deirdre sonrió de nuevo al mirar por la ventanilla del autobús y vio al joven sin afeitarse que pasaba ante ellos a buena velocidad, conduciendo su gran Mercedes color crema.

Le dirigió a ella un saludo con la mano, al tiempo que el autobús iniciaba su lento viaje de regreso a Mykonos.

Ojo por ojo

Sir Matthew Roberts, abogado del Consejo Real, cerró el expediente y lo dejó sobre la mesa, delante de él.

No se sentía muy feliz. Estaba perfectamente dispuesto a defender a Mary Banks, pero no estaba tan seguro en cuanto a su alegación de no culpabilidad.

Sir Matthew se reclinó sobre la cómoda silla de cuero para considerar el caso, mientras esperaba la llegada del procurador que le había informado y del joven asesor que había seleccionado para el caso.

Mientras miraba por el patio que daba a Middle Temple, solo confió en haber tomado la decisión correcta.

A la vista de lo sucedido, el caso de la reina contra Banks era un simple caso de asesinato, pero después de las cosas a las que Bruce Banks sometió a su esposa durante los once años de su matrimonio, *sir* Matthew estaba convencido no solo de poder reducir la acusación a la de homicidio sin premeditación, sino que, si en el jurado predominaban las mujeres, podría asegurarse incluso la absolucón. Había, sin embargo, una complicación.

Encendió un cigarrillo e inhaló profundamente, algo por lo que su esposa siempre le había regañado. Miró la fotografía de Victoria, sobre la mesa, delante de él. Eso le recordó su propia juventud; pero Victoria siempre sería joven, la muerte se había encargado de asegurarlo.

De mala gana, hizo un esfuerzo por volver a pensar en su cliente y en el alegato de descargos. Abrió de nuevo el expediente. Mary Banks afirmaba no haber podido descuartizar a su esposo con un hacha, para enterrarlo después bajo la pocilga, porque en el momento de su muerte no solo era paciente en el hospital local, sino que también estaba ciega. En el momento en que *sir* Matthew volvió a inhalar profundamente, alguien llamó a la puerta.

—Entre —bramó, no porque le gustara el sonido de su propia voz, sino porque la puerta de su despacho era tan gruesa que si no gritaba nadie le oiría al otro lado.

El empleado de *sir* Matthew abrió la puerta y anunció a los señores Bernard Casson y Hugh Witherington. Dos hombres muy diferentes, pensó *sir* Matthew en el momento en que entraban en la habitación, pero cada uno de ellos serviría para el propósito específico que había planeado en este caso concreto.

Bernard Casson era un procurador de la vieja escuela, formal, puntilloso y siempre esmeradamente correcto. Su traje de tela de espiga, de corte conservador, nunca parecía cambiar de un año a otro; a menudo, Matthew se preguntaba si no habría adquirido media docena de trajes iguales en unas rebajas para ponerse uno diferente cada día de la semana. Levantó la vista hacia Casson y lo miró por encima de sus gafas de media luna. El delgado bigote del procurador, el cabello perfectamente dividido por la mitad le daban un aspecto anticuado que había engañado a más de un oponente, haciéndole creer que solo tenía una mente de segunda clase. *Sir* Matthew agradecía para sus adentros que su amigo no fuera un buen orador, porque si Bernard hubiera sido fiscal, Matthew no habría disfrutado ante la perspectiva de enfrentarse a él ante los tribunales.

Un paso por detrás de Casson estaba su joven asesor para este sumario, Hugh Witherington. El Señor tuvo que haberse sentido particularmente poco generoso el día que Witherington llegó al mundo, pues no le había concedido ni atractivo ni cerebro. Si le había dado algo de talento, este no se había revelado todavía. Después de varios intentos, Witherington había logrado finalmente entrar a formar parte del Colegio de Abogados aunque, a juzgar por el número de sumarios que se le ofrecían, habría podido obtener ingresos más regulares de haberse inscrito en el seguro de paro. El empleado de *sir* Matthew había levantado una ceja interrogativa cuando se propuso el nombre de Witherington como asesor

en el caso, pero *sir* Matthew se limitó a sonreír y no ofreció ninguna explicación.

Sir Matthew se levantó, apagó el cigarrillo y dirigió a los dos hombres hacia las sillas vacías situadas al otro lado de la mesa. Esperó a que ambos se hubieran sentado antes de empezar.

—Ha sido usted muy amable al acudir a mi despacho, señor Casson dijo, aunque ambos sabían muy bien que el procurador no hacía más que atenerse a las tradiciones del Colegio de Abogados.

—Es un placer, *sir* Matthew —dijo el procurador, con una leve inclinación de cabeza para indicar que todavía apreciaba los viejos cumplidos de cortesía.

—No creo que conozca usted a mi abogado asesor en este caso —dijo *sir* Matthew, que hizo un gesto hacia el mediocre joven abogado.

Nervioso, Witherington se tocó el pañuelo de seda que llevaba en el bolsillo superior de la chaqueta.

—No, no había tenido el placer de conocer al señor Witherington hasta que nos hemos encontrado en el pasillo, hace un momento —dijo Casson—. ¿Me permite expresar lo encantado que me siento al ver que ha estado dispuesto a aceptar este caso, *sir* Matthew?

Sir Matthew sonrió ante la formalidad de su amigo.

Sabía que Bernard jamás soñaría siquiera en llamarle por su nombre de pila mientras estuviera presente un asesor joven.

—Yo también me siento muy feliz de trabajar de nuevo con usted, señor Casson, a pesar de que, en esta ocasión, me ha planteado una especie de desafío.

Una vez terminadas las convencionales expresiones de amabilidad, el procurador extrajo un expediente marrón de su maltrecha cartera Gladstone.

—Desde la última vez que le vi, he mantenido una nueva consulta con mi clienta —dijo al tiempo que abría el expediente—, y aproveché la oportunidad para transmitirle su opinión. Pero me temo que la señora Banks sigue decidida a alegar inocencia.

—¿De modo que afirma todavía su inocencia?

—Así es, *sir* Matthew. La señora Banks afirma enfáticamente que no habría podido cometer el asesinato porque había sido cegada por su esposo pocos días antes de que este muriera y, en cualquier caso, en el momento de su muerte se hallaba ingresada como paciente en el hospital local.

—El informe del patólogo resulta singularmente vago acerca del momento de la muerte —le recordó *sir* Matthew a su viejo amigo—. Después de todo, no descubrieron el cuerpo durante por lo menos un par de semanas. Tal y como yo lo entiendo, la policía parece creer que el asesinato pudo haber sido cometido veinticuatro o incluso cuarenta y ocho horas antes de que la señora Banks fuera llevada al hospital.

—También he leído el informe de la policía, *sir* Matthew —replicó Casson—, y he informado de su contenido a la señora Banks. Pero ella insiste en que es inocente y que el jurado quedará convencido de ello, «especialmente con *sir* Matthew Roberts como mi defensor», fueron sus palabras textuales, si las recuerdo correctamente —añadió con una sonrisa.

—No me siento seducido por ello, señor Casson —dijo *sir* Matthew, que encendió otro cigarrillo.

—Le prometió usted a Victoria... —intervino el procurador bajando su escudo, aunque solo por un momento.

—Creo que todavía tengo una última posibilidad de convencerla —dijo *sir* Matthew, que ignoró el comentario de su amigo.

—Y la señora Banks también dispondrá de una última oportunidad para convencerle a usted —dijo el señor Casson.

—*Touché* dijo *sir* Matthew con un gesto de asentimiento que demostraba su aprecio por

la limpia réplica del procurador, al tiempo que apagaba el cigarrillo que acababa de encender.

Tenía la sensación de estar perdiendo este encuentro de esgrima con su viejo amigo, y que había llegado el momento de pasar al ataque. Se volvió hacia el expediente abierto sobre su mesa.

—En primer lugar —dijo mirando directamente a Casson, como si su colega se encontrara en el estrado de los testigos—, cuando se desenterró el cuerpo se encontraron rastros de la sangre de su clienta en el cuello de la camisa del hombre muerto.

—Mi clienta acepta eso —dijo Casson, que comprobó con serenidad sus propias notas—. Pero...

—En segundo término —continuó *sir* Matthew antes de que Casson tuviera oportunidad de responder—, cuando se encontró al día siguiente el instrumento empleado para descuartizar el cuerpo, un hacha, se descubrió un cabello de la cabeza de la señora Banks pegado al mango.

—Tampoco negaremos eso —dijo Casson.

—No tenemos muchas alternativas —dijo *sir* Matthew, que se levantó del asiento y empezó a pasear por la habitación—. Y, en tercer lugar, cuando finalmente se descubrió la pala que se empleó para cavar la tumba de la víctima, se encontraron en ella las huellas dactilares de su clienta.

—Eso es algo que también podemos explicar —dijo Casson.

—Pero —preguntó *sir* Matthew elevando el tono de voz— ¿aceptará el jurado su explicación cuando sepan que el hombre asesinado tenía tras de sí un largo historial de violencia, que a su clienta se la vio regularmente en el pueblo con señales amoratadas, con un ojo negro e incluso a veces con heridas cortantes que le sangraban en la cabeza y en una ocasión con un brazo roto?

—Ella siempre ha afirmado que esas heridas se las hizo mientras trabajaba en la granja de la que su esposo era capataz.

—Creerlo así supone hacer un esfuerzo que mi credulidad se muestra bastante incapaz de superar —dijo *sir* Matthew, que terminó de dar la vuelta a la habitación y regresó a su silla. Y no nos ayuda en nada el hecho de que la única persona que se sabía que visitaba la granja con regularidad fuera el cartero. Aparentemente, todos los habitantes del pueblo se negaban a aventurarse más allá de la verja de entrada —añadió mientras repasaba otra página de sus notas.

—Eso habría facilitado a alguien entrar y matar a Banks —sugirió Witherington.

Sir Matthew fue incapaz de ocultar su sorpresa al mirar a su asesor, de cuya presencia en el despacho casi se había olvidado.

—Es un punto interesante —admitió, al no estar dispuesto a abalanzarse sobre Witherington mientras tuviera en su poder una carta de triunfo en este caso—. El siguiente problema al que nos enfrentamos —continuó— es que su clienta afirma haber quedado ciega después de que su esposo la golpeará con una sartén caliente. Una situación muy conveniente, señor Casson, ¿no le parece?

—La cicatriz todavía se puede ver con toda claridad en un lado de la cara de mi clienta —dijo Casson. Y el médico sigue convencido de que está efectivamente ciega.

—A los médicos se les puede convencer mucho más fácilmente que a los fiscales y jueces del mundo, señor Casson —dijo *sir* Matthew, que pasó otra página del expediente—. A continuación, cuando se examinaron muestras del cuerpo, y solo Dios sabe quién pudo haber estado dispuesto a llevar a cabo esa tarea, se descubrió que la cantidad de estricnina encontrada en la sangre habría sido capaz de matar a un elefante.

—Eso solo fue la opinión de los patólogos de la Corona —dijo el señor Casson.

Una opinión que me resultará muy difícil de refutar ante el tribunal —dijo *sir* Matthew—,

porque el abogado de la fiscalía le pedirá indudablemente a la señora Banks que explique por qué compró cuatro gramos de estricnina en la tienda de suministros agrícolas de Reading, poco antes de la muerte de su esposo. Si yo estuviera en el lugar del fiscal, repetirla esa pregunta una y otra vez.

—Posiblemente —asintió Casson, que comprobó sus notas, pero ella ha explicado que habían tenido un problema con las ratas, que habían llegado a matar a algunas gallinas, y temía por otros animales de la granja, por no hablar de su hijo de nueve años.

—Ah, sí, Rupert. Pero el pequeño se encontraba en ese momento pensionado en una escuela, ¿no es así? —*Sir* Matthew hizo una pausa—. Mire, señor Casson, mi problema es muy sencillo. —Cerró el expediente, antes de añadir—: No creo lo que dice la señora Banks. —Casson enarcó una ceja—. A diferencia de su esposo, la señora Banks es una mujer muy inteligente, como prueba el hecho de que ya ha logrado convencer a varias personas para que crean su increíble historia, Pero le aseguro, señor Casson, que a mí no me va a engañar.

—Pero ¿qué podemos hacer, *sir* Matthew, si la señora Banks insiste en que esa es la verdad y nos pide que la defendamos de acuerdo con ella? —preguntó Casson.

Sir Matthew volvió a levantarse y caminó en silencio por el despacho, hasta que finalmente se detuvo delante del procurador.

—No podemos hacer gran cosa, estoy de acuerdo —admitió en un tono algo más conciliador—. Pero desearía poder convencer a la querida señora de que se declare culpable de homicidio. Podemos estar seguros de ganarnos la simpatía de cualquier jurado después de todo por lo que ella ha tenido que pasar. Y siempre podemos confiar en que uno u otro grupo de mujeres formen piquetes en el tribunal durante las sesiones. Cualquier juez que impusiera una sentencia dura a Mary Banks sería catalogado como machista y sexualmente discriminatorio por los principales periodistas del país. Sacaría a la señora Banks de la prisión en cuestión de semanas. No, señor Casson, tenemos que conseguir que cambie su declaración.

—Pero ¿cómo podemos conseguir eso cuando ella insiste tan firmemente en su inocencia? —preguntó Casson.

Una sonrisa apareció en el rostro de *sir* Matthew.

—El señor Witherington y yo tenemos un plan, ¿no es así, Hugh? —preguntó volviéndose hacia Witherington por segunda vez.

—En efecto, *sir* Matthew —contestó el joven abogado, que pareció complacido al ver que finalmente se buscaba su opinión, aunque solo fuera de esta forma tan rudimentaria.

Como quiera que *sir* Matthew no ofreció ningún dato sobre el plan en cuestión, Casson no creyó oportuno presionar.

—Bien, ¿cuándo me veré cara a cara con su cliente? —preguntó *sir* Matthew, que volvió de nuevo su atención al procurador.

—¿Le parecería conveniente el lunes por la mañana, a las once? —preguntó Casson.

—¿Dónde está ella en estos momentos? —preguntó *sir* Matthew, que consultó su dietario.

—En Holloway —contestó Casson.

—En ese caso, estaremos en Holloway el lunes por la mañana, a las once —confirmó *sir* Matthew—. Y, si quiere que le sea honesto, siento grandes deseos de conocer a la señora Mary Banks. Esa mujer debe de tener verdaderas agallas, por no hablar de su imaginación. Acuérdesse de mis palabras, señor Casson, demostrará ser una oponente digna de cualquier fiscal.

Cuando *sir* Matthew entró en la sala de entrevistas de la prisión de Holloway y vio a Mary Banks por primera vez, se sintió momentáneamente desconcertado. Sabía, por el expediente del caso, que ella tenía treinta y siete años, pero la mujer frágil, de cabello gris, sentada con las manos posadas sobre su regazo, aparentaba tener cincuenta años. Solo cuando estudió sus exquisitos pómulos y su delgada figura comprendió que tuvo que haber sido una mujer hermosa en otros tiempos.

Sir Matthew dejó que Casson tomara asiento frente a ella, ante una sencilla mesa de formica en el centro de una habitación de ladrillo pintada de crema que, por lo demás, estaba completamente vacía. Había una pequeña ventana con barrotes a media altura de la pared, que arrojaba un haz de luz sobre su clienta. *Sir* Matthew y su asesor tomaron asiento a ambos lados del procurador que instruía el caso. El asesor se sirvió ruidosamente una taza de café.

—Buenos días, señora Banks —dijo Casson.

—Buenos días, señor Casson —replicó ella, para luego volverse ligeramente hacia la dirección de donde había procedido la voz—. Ha traído a alguien con usted.

—Sí, señora Banks. He venido acompañado por *sir* Matthew Roberts, abogado del Consejo de la Reina, que actuará como su abogado defensor.

Ella hizo una ligera inclinación de cabeza y *sir* Matthew se levantó de la silla, avanzó un paso y dijo:

—Buenos días, señora Banks.

Y entonces, de repente, extendió hacia ella la mano derecha.

—Buenos días, *sir* Matthew —replicó ella sin mover un músculo, con la cabeza vuelta todavía en dirección a Casson—. Estoy encantada de que sea usted quien me represente.

—A *sir* Matthew le gustaría hacerle unas pocas preguntas, señora Banks —dijo Casson, para decidir cuál podría ser la mejor forma de abordar su caso. Asumirá el papel del abogado fiscal, para que pueda usted acostumbrarse a cómo serán probablemente las cosas cuando se encuentre en el estrado de los testigos.

—Comprendo —dijo la señora Banks—. Estaré encantada de contestar cualquier pregunta que quiera hacerme *sir* Matthew. Estoy segura de que, para alguien tan eminente como él, no será difícil demostrar que una mujer frágil y ciega como yo sería incapaz de descuartizar a un hombre de cien kilos.

—No, si ese malvado hombre de cien kilos hubiera sido envenenado antes de ser descuartizado —dijo *sir* Matthew con serenidad.

—Lo que sería toda una hazaña para alguien ingresada en la cama de un hospital situado a casi diez kilómetros de distancia del lugar donde se cometió el crimen —replicó la señora Banks.

—Si es que fue entonces cuando se cometió el crimen respondió *sir* Matthew. Su afirmación de ceguera fue causada por un golpe en la parte lateral de la cabeza.

—En efecto, *sir* Matthew. Mi esposo tomó la sartén de la cocina, mientras yo preparaba el desayuno, y me golpeó con ella. Me agaché, pero el borde de la sartén me dio en el lado izquierdo de la cara.

Se tocó una cicatriz por encima del ojo izquierdo, que daba la impresión de que le quedaría durante el resto de su vida.

—¿Y qué ocurrió después?

—Me desvanecí y caí al suelo de la cocina. Al recuperar el conocimiento, percibí que había alguien más en la habitación. Pero no tuve la menor idea de quién era hasta que habló; solo entonces reconocí la voz de Jack Pembridge, el cartero. Fue él quien me llevó a su camioneta y me condujo al hospital local.

—¿Y fue mientras estaba usted en el hospital cuando la policía descubrió el cuerpo de su esposo?

—En efecto, *sir* Matthew. Después de haber estado en Parkmead durante casi dos semanas, le pedí al vicario, que había acudido a visitarme cada día, que intentara descubrir cómo se las arreglaba Bruce sin mí.

—¿No le pareció sorprendente que su esposo no hubiera acudido a visitarla una sola vez mientras estuvo en el hospital? —preguntó *sir* Matthew, que empezó a empujar lentamente su taza de café hacia el borde de la mesa.

—No. Yo le había amenazado en varias ocasiones con abandonarle y no creo...
La taza cayó de la mesa y se hizo añicos ruidosamente contra el suelo de piedra. La mirada de *sir* Matthew no se apartó ni un solo instante del rostro de la señora Banks.
Ella se sobresaltó nerviosamente, pero no miró en la dirección de la taza rota.
—¿Está usted bien, señor Casson? —preguntó.
—Ha sido culpa mía —dijo *sir* Matthew—. Una torpeza por mi parte.
Casson reprimió una sonrisa. Witherington permaneció inmóvil.
—Continúe, por favor —dijo *sir* Matthew, que se inclinó y empezó a recoger los trozos de porcelana desparramados por el suelo—. Estaba usted diciendo «no creo...».
—Ah, sí —dijo la señora Banks. No creo que a Bruce le importara el que yo regresara a la granja o no.
—¿De veras? —preguntó *sir* Matthew tras haber dejado los trozos rotos sobre la mesa—. Pero ¿puede explicarme por qué la policía encontró uno de sus cabellos en el mango del hacha que se empleó para desmembrar el cuerpo de su esposo?
—Desde luego que puedo, *sir* Matthew. Antes de preparar el desayuno estuve partiendo unos trozos de leña para el horno.
—En ese caso, no tengo más remedio que preguntarle por qué no se encontraron huellas dactilares en el mango del hacha, señora Banks.
—Porque llevaba guantes, *sir* Matthew. Si ha trabajado alguna vez en una granja a mediados de octubre, sabrá muy bien el frío que puede llegar a hacer a las cinco de la madrugada.
Esta vez, Casson se permitió una leve sonrisa.
—¿Y qué me dice de la sangre encontrada en el cuello de la camisa de su esposo? Una sangre que, según ha demostrado el forense de la Corona, es del grupo de la de usted.
—Encontraré mi sangre en muchos sitios en esa casa si se molestara en examinarla atentamente, *sir* Matthew.
—¿Y la pala, la que se ha descubierto con sus huellas dactilares en ella? ¿También se había dedicado a excavar esa mañana, antes de tomar el desayuno?
—No, pero tuve muchos motivos para utilizarla diariamente durante la semana anterior.
—Comprendo —dijo *sir* Matthew—. Dirijamos nuestra atención a algo que, sospecho, no hacía usted cada día. Me refiero a la compra de estircnina. En primer lugar, señora Banks, ¿por qué necesitaba una cantidad tan grande? Y, en segundo término, ¿por qué tuvo que viajar cuarenta y tres kilómetros hasta Reading para comprarla?
—Hago mis compras en Reading cada dos jueves —explicó la señora Banks—. No hay ninguna otra tienda de suministros agrícolas más cerca.
Sir Matthew frunció el ceño y se levantó de la silla.
Empezó a rodear lentamente a la señora Banks, mientras Casson observaba los ojos de la mujer, que no se movieron un solo instante.
Cuando *sir* Matthew se encontró directamente detrás de su clienta, comprobó el reloj. Eran las 11.17.
Sabía que la cronometración debía ser exacta, porque ahora ya era incómodamente consciente de que trataba no solo con una mujer muy inteligente, sino también extremadamente astuta. Naturalmente, reflexionó, cualquiera capaz de vivir durante once años con un hombre como Bruce Banks habría tenido que ser muy astuto, aunque solo fuera para sobrevivir.
—Todavía no me ha explicado por qué necesitaba una cantidad tan grande de estircnina —dijo, manteniéndose detrás de su clienta.
—Habíamos perdido muchas gallinas —replicó la señora Banks, sin mover la cabeza—. Mi esposo creía que eran las ratas, así que me dijo que comprara una gran cantidad de estircnina

para acabar con ellas. «De una vez y para siempre», fueron sus palabras exactas.

—Pero, tal como salieron las cosas, fue él quien terminó de una vez y para siempre... e indudablemente con el mismo veneno —dijo *sir* Matthew con voz tranquila.

—También yo temía por la seguridad de Rupert —añadió la señora Banks, que hizo caso omiso del sarcasmo de su abogado.

—Pero su hijo se encontraba entonces pensionado en una escuela, ¿no es así?

—En efecto, *sir* Matthew, pero ese mismo fin de semana iba a volver, a pasar unas vacaciones cortas.

—¿Había utilizado alguna vez al mismo suministrador de productos agrícolas?

—Con regularidad —contestó la señora Banks al tiempo que *sir* Matthew completaba su círculo y volvía a situarse delante de ella—. Voy allí por lo menos una vez al mes, como estoy segura que confirmará el director de la tienda.

Ella volvió la cabeza y dirigió la vista a unos treinta centímetros de altura, a la derecha de donde se encontraba *sir* Matthew, que guardó silencio y resistió la tentación de mirar de nuevo su reloj. Sabía que ahora ya solo podía ser cuestión de segundos. Un momento más tarde se abrió la puerta situada en el extremo más alejado de la sala de entrevistas y entró un muchacho de unos nueve años de edad. Los tres observaron atentamente a su clienta, mientras el niño se acercaba a ella en silencio. Rupert Banks se detuvo delante de su madre y sonrió, pero no recibió respuesta alguna.

Esperó otros diez segundos y luego se volvió y salió en silencio, exactamente como se le había dicho que hiciera. Los ojos de la señora Banks permanecieron fijos en algún punto, entre *sir* Matthew y el señor Casson.

Ahora, la sonrisa que apareció en el rostro de Casson era casi de triunfo.

—¿Hay alguien más en la habitación? —preguntó entonces la señora Banks—. Creí haber oído que se abría la puerta.

—No —contestó *sir* Matthew—. Solo el señor Casson y yo estamos en la habitación.

Witherington todavía no había movido un solo músculo.

Sir Matthew volvió a moverse en círculo alrededor de la señora Banks, sabiendo que tenía que ser la última vez. Casi había terminado por aceptar que quizá la había juzgado mal. Cuando se encontró de nuevo tras ella, dirigió un gesto de asentimiento hacia su joven asesor, que permanecía sentado delante de ella.

Witherington se sacó el pañuelo de seda que llevaba en el bolsillo superior de la chaqueta, lo desplegó lentamente y lo extendió, plano, sobre la mesa, delante de él. La señora Banks no ofreció la menor respuesta.

Witherington extendió los dedos de la mano derecha, inclinó ligeramente la cabeza y se detuvo antes de colocar la mano derecha sobre su ojo izquierdo. Sin advertencia previa, se sacó el ojo de la órbita y lo colocó en el centro del pañuelo de seda. Lo dejó sobre la mesa durante treinta segundos y luego empezó a sacarle brillo. *Sir* Matthew completó su círculo, observó que unas gotitas de sudor habían aparecido en la frente de la señora Banks y se sentó. Cuando Witherington hubo terminado de limpiar el objeto de cristal casi almendrado, levantó lentamente la cabeza hasta que se encontró mirándola directamente a ella. Entonces, volvió a colocarse el ojo en su órbita. Entonces, momentáneamente, la señora Banks apartó la mirada.

Intentó recuperarse rápidamente, pero ya era demasiado tarde.

Sir Matthew se levantó de la silla y le dirigió una sonrisa a su clienta. Ella le devolvió la sonrisa.

—Debo confesar, señora Banks —le dijo con voz suave—, que me sentiría mucho más seguro de mí mismo si presentáramos un alegato de culpabilidad por homicidio.

La carne de un hombre...

¿Podría ser alguien tan hermosa?

Circulaba en coche alrededor del Aldwych, camino de mi trabajo, cuando la vi por primera vez. Ella subía en ese momento los escalones del teatro Aldwych. Si la hubiera mirado fijamente un momento más habría estrellado el coche contra el guardabarros trasero del que iba delante de mí, pero antes de que pudiera confirmar mi impresión fugaz, ella ya había desaparecido entre la multitud de los que acudían al teatro.

Vi un sitio libre a mi lado izquierdo y giré hacia él en el último momento posible, sin haber puesto antes el intermitente, lo que hizo que el vehículo que me seguía me dirigiera varios toques de claxon como muestra de aprecio. Bajé rápidamente del coche y eché a correr hacia el teatro, consciente de la improbabilidad de poder encontrarla en medio de aquella *mêlée* y de que, aunque la encontrara, ella se habría reunido probablemente con un amigo o un esposo que resultaría tener más de un metro ochenta de estatura y ofrecer un estrecho parecido con Harrison Ford.

Una vez que llegué al vestíbulo, observé a la multitud que charlaba. Efectué lentamente un giro de trescientos sesenta grados, pero no vi la menor señal de ella. ¿Debía intentar adquirir una entrada?, me pregunté. Pero ella podría estar sentada en cualquier parte, en las butacas de platea, en el primer piso, o incluso en el superior. Quizá pudiera caminar arriba y abajo, por los pasillos, hasta encontrarla. Pero me di cuenta de que no me dejarían entrar en ninguna parte del teatro a menos que pudiera presentar una entrada.

Y entonces la vi. Estaba de pie en una cola, delante de una taquilla marcada con un letrero que decía:

«Actuación de esta noche», y estaba a punto de ser atendida, Por detrás de ella había otros dos clientes, una mujer joven y un hombre de edad mediana. Me puse rápidamente en la cola y para entonces ella ya había llegado ante la taquilla. Me incliné hacia delante y traté de escuchar lo que decía, pero solo pude captar la respuesta del taquillero:

—No hay muchas posibilidades, cuando solo faltan quince minutos para que se levante el telón, señora. Pero si lo deja en mis manos, veré qué puedo hacer.

Ella le dio las gracias y se dirigió hacia las butacas de platea. Mi primera impresión quedó plenamente confirmada. No importaba que se la mirara desde los tobillos hacia arriba o desde la cabeza hacia abajo: era la perfección misma. No podía apartar la mirada de ella, y observé que causaba el mismo efecto sobre varios de los hombres que estaban en el vestíbulo. Hubiera querido decirles a todos ellos que no se molestaran. ¿Acaso no se daban cuenta de que ella estaba conmigo?

O, más bien, de que lo estaría antes de que terminara la noche.

Después de que hubiera desaparecido de la vista, alargué el cuello para mirar en el interior de la taquilla.

Su entrada había sido dejada a un lado. Suspiré aliviado cuando la mujer joven que se encontraba dos puestos por delante presentó su tarjeta de crédito y recogió cuatro entradas para el primer piso.

Empecé a rezar para que el hombre que estaba delante no buscara una entrada individual.

—¿Tiene una entrada para la actuación de esta noche? —preguntó esperanzado cuando sonó el timbre que indicaba que faltaban tres minutos.

El taquillero sonrió. Yo fruncí el ceño. ¿Debía apuñalarle por la espalda, darle una patada en la entrepierna o simplemente llenarlo de injurias a gritos?

—¿Dónde prefiere sentarse, señor, en el primer piso o en la platea?

—No diga platea —sugerí—. Diga patio de butacas... patio de butacas.

—Platea —dijo él.

—Tengo una entrada en el pasillo, en la fila once —dijo el taquillero, que comprobó la pantalla de una computadora, delante de él.

Lancé una silenciosa exclamación de alegría al darme cuenta de que el teatro intentaría vender todas las entradas que le quedaban antes de molestarse con las devoluciones entregadas por los miembros del público. Pero entonces, pensé, ¿cómo puedo evitar el problema?

Cuando el hombre que estaba delante de mí hubo comprado la entrada en el extremo de la fila once, yo ya tenía bien ensayado lo que diría, y solo confiaba en no necesitar apuntador.

—Gracias a Dios —empecé a decir, como si estuviera sin resuello—. Creía que no lo iba a conseguir. —El taquillero me miró, pero no pareció sentirse muy impresionado por mi frase inicial—. Ha sido el tráfico. Y luego no pude encontrar aparcamiento. Es posible que mi amiga haya dejado de esperarme. ¿No le habrá devuelto por casualidad mi entrada, para su reventa?

El hombre me miró, no muy convencido.

Evidentemente, mis palabras no habían hecho mucha mella en él.

—¿Me la puede describir? —preguntó, receloso.

—Cabello oscuro corto, ojos color avellana, con un vestido de seda roja que...

—Ah, sí, la recuerdo —dijo el hombre, casi con un suspiro.

Tomó la entrada que tenía a un lado y me la entregó.

—Gracias —le dije, tratando de no demostrarle el alivio que sentí al ver que comprendía mi insinuación con la última frase de mi primera escena.

Antes de dirigirme apresuradamente hacia el patio de butacas, tomé un sobre de un montón que estaba apilado sobre el mostrador, junto a la taquilla.

Comprobé el precio de la entrada: veinte libras.

Saqué dos billetes de diez libras de mi cartera, los introduje en el sobre, humedecí la solapa y lo cerré.

La acomodadora, a la entrada del patio de butacas, comprobó mi localidad.

—Es en la F once, a seis filas del frente, por la derecha.

Caminé lentamente por el pasillo hasta que la vi.

Estaba sentada junto a una butaca vacía, en medio de la fila. Mientras me abría paso sobre los pies de los que ya estaban sentados, ella se volvió y sonrió, evidentemente complacida al ver que alguien había comprado la entrada que le sobraba.

Yo le devolví la sonrisa, le entregué el sobre que contenía mis veinte libras y me acomodé junto a ella.

—El hombre de la taquilla me pidió que le entregara esto.

—Gracias.

Ella guardó el sobre en su bolso de noche. Me disponía a pronunciar la primera estrofa de mi segunda escena cuando se apagaron las luces y se levantó el telón para el primer acto de la verdadera representación. Miré hacia el programa que ella tenía sobre su regazo y leí:

Llama un inspector, de J. B. Priestley.

Recordé que las críticas habían sido muy halagadoras para la producción cuando fue originalmente estrenada en el Teatro Nacional, y habían señalado particularmente la actuación de Kenneth Cranham. Intenté concentrarme en lo que tenía lugar sobre el escenario.

El epónimo inspector miraba una casa en la que una familia eduardiana se preparaba para una cena con la que celebraban el compromiso de su hija.

—Estaba pensando en comprar un coche nuevo —dijo el padre a su futuro yerno, que lanzaba bocanadas de humo de su puro.

Ante la mención de la palabra «coche», recordé de repente que había abandonado el mío frente al teatro. ¿Lo había dejado en una doble línea amarilla? ¿O acaso algo peor? Al infierno

con él. Podían llevárselo a cambio de la modelo junto a la que estaba sentado. El público se echó a reír, y yo también reí, aunque solo fuera para dar la impresión de que seguía la trama. Pero ¿y mis planes originales para aquella noche? A esas alturas, todos se estarían preguntando por qué no había aparecido. Me di cuenta de que no podría abandonar el teatro durante el descanso, ya fuera para comprobar mi coche, o para hacer una llamada telefónica y explicar mi ausencia, ya que sería entonces cuando contaría con mi única posibilidad de desarrollar mi propia trama.

La obra había cautivado al resto del público, pero yo ya había empezado a ensayar mentalmente las frases de mi propio guión, el que tendría que representar durante el descanso entre el primer y el segundo acto. Era dolorosamente consciente de que solo podría disponer de quince minutos, y de que esa noche no dispondría de una segunda actuación.

Cuando bajó el telón, al final del primer acto, estaba bastante seguro del texto que yo mismo había creado.

Esperé a que remitieran los aplausos antes de volverme hacia ella.

—Qué representación tan original —empecé a decir—. Bastante modernista. —Recordé vagamente que uno de los críticos había escrito algo similar—. Tuve mucha suerte de poder conseguir una entrada en el último momento.

—Yo tuve tanta suerte como usted —fue su respuesta. Me sentí animado—. Quiero decir, por encontrar en tan poco tiempo a alguien que solo buscara una entrada.

Asentí con un gesto.

—Soy Michael Whitaker —me presenté.

—Anna Townsend —dijo ella, dirigiéndome una cálida sonrisa.

—¿Le apetece tomar algo? —pregunté.

—Gracias —contestó ella—. Eso sería agradable.

Me levanté y abrí el camino a través del público que se dirigía hacia el bar del patio de butacas. De vez en cuando, miraba hacia atrás para asegurarme de que me seguía. De algún modo, casi esperaba que ella ya no estuviera allí, pero cada vez que me volvía ella me saludaba con la misma sonrisa radiante.

—¿Qué desea tomar? —pregunté una vez que pude llegar hasta la barra, por entre la gente.

—Un *martini* seco, por favor.

—Espere aquí. Vuelvo enseguida —le prometí.

Me pregunté cuántos preciosos minutos más tendría que despilfarrar mientras esperaba junto a la barra.

Saqué un billete de cinco libras y lo mantuve en alto de modo que llamara la atención, con la esperanza de que la perspectiva de lograr una buena propina influyera sobre el sentido de dirección del *barman*. El hombre, en efecto, distinguió el dinero, pero aún tuve que esperar a que sirviera a otros cuatro clientes antes de que lograra asegurarme el *martini* seco y el escocés con hielo para mí. El *barman* no se merecía la propina que le di, pero la verdad es que no disponía de más tiempo para esperar a que me devolviera el cambio.

Llevé las bebidas hasta el extremo más alejado del vestíbulo, donde Anna estaba de pie, dedicada a estudiar el programa. Su figura aparecía silueteada contra una ventana y, con aquel elegante vestido de seda roja, la luz no hacía sino destacar su figura, delgada y refinada. Le entregué el *martini* seco, muy consciente de que casi se me había acabado el limitado tiempo de que disponía.

—Gracias —dijo ella, dirigiéndome otra sonrisa encantadora.

—¿Cómo es que le ha sobrado una entrada? —le pregunté mientras ella tomaba un sorbo del contenido de la copa.

—Mi acompañante no pudo venir debido a un caso de emergencia en el último momento —explicó—. Es uno de los problemas de practicar la medicina.

—Es una pena. Habría podido asistir a una notable representación —dije con la esperanza de que me aclarara si su acompañante era masculino o femenino.

—Sí —asintió Anna—. Intenté conseguir entradas cuando todavía se representaba en el Teatro Nacional, pero quedaron agotadas para todas las representaciones a las que yo podía acudir, así que cuando un amigo me ofreció las dos entradas en el último momento, me apresuré a aceptarlas. Después de todo, la obra dejará de representarse dentro de pocas semanas. —Tomó otro sorbo de *martini*—. ¿Y qué me dice de usted? —preguntó cuando sonó el timbre que indicaba que solo faltaban tres minutos para empezar.

En mi guión no había una respuesta preparada para esa pregunta.

—¿Yo?

—Sí, Michael —dijo ella con un atisbo de burla en su voz—. ¿Cómo es que andaba a la búsqueda de una entrada libre en el último momento?

—Sharon Stone tenía ocupada la noche y la princesa Diana me comunicó en el último instante que le habría encantado acompañarme, pero que finalmente había decidido no llamar la atención. —Anna se echó a reír—. En realidad, leí algunas de las críticas y me dejé caer por aquí con la esperanza de poder encontrar una entrada.

—Y encontró también a una mujer sola —dijo Anna en el momento en que sonaba el timbre de los dos minutos.

Yo jamás me habría atrevido a incluir esa frase tan directa en su guión, ¿o había acaso un indicio de burla en aquellos ojos color avellana?

—Desde luego —repliqué con naturalidad—. ¿De modo que usted también es doctora?

—¿También? —preguntó Anna.

—Quiero decir, igual que su acompañante —dije, sin estar muy seguro de saber si ella todavía se burlaba.

—Sí, soy médica general en Fulham. Somos tres en la consulta, pero yo fui la única que pudo escaparse esta noche. ¿Y qué hace usted cuando no charla con Sharon Stone o acompaña al teatro a la princesa Diana?

—Estoy metido en el negocio de la restauración —le dije.

—Esa debe de ser una de las pocas profesiones con peores horarios y condiciones de trabajo más duras que las mías dijo Anna cuando ya sonaba el timbre de un minuto.

Miré aquellos ojos color avellana y hubiera querido decirle: «Anna, olvidémonos del segundo acto. Me doy cuenta de que la obra es extraordinaria, pero lo único que deseo es pasar el resto de la noche a solas contigo, y no en un teatro abarrotado con otras ochocientas personas».

—¿No estaría usted de acuerdo?

Intenté recordar lo que ella acababa de decir.

—Espero que recibamos más quejas de los clientes que ustedes —fue lo único que se me ocurrió decir.

—Lo dudo —dijo Anna en tono mordaz—. En la profesión médica, si se es mujer y no se cura a los pacientes en un par de días, enseguida desean saber si una está suficientemente cualificada.

Me eché a reír y terminé el contenido de mi copa cuando una voz resonó por el sistema de altavoces.

—Rogamos al público que ocupe sus asientos para el segundo acto. Está a punto de levantarse el telón.

—Deberíamos regresar —dijo Anna, que dejó su copa vacía sobre el alféizar de la ventana más cercana.

—Supongo que sí —dije de mala gana, y la dirigí en la dirección opuesta hacia la que realmente hubiera deseado llevarla.

—Gracias por la copa —dijo mientras regresábamos a nuestros asientos.

—Es una pequeña recompensa —repliqué. Ella me miró interrogativamente—. Por una entrada tan buena —expliqué.

Sonrí y poco después nos abrimos paso a lo largo de la fila pasando incómodamente sobre más dedos de los pies. Estaba a punto de arriesgarme a hacer otro comentario cuando se apagaron las luces.

Durante el segundo acto me volví hacia Anna para sonreír cada vez que el público reía, y en ocasiones me vi recompensado por una cálida respuesta. Pero mi supremo momento de triunfo llegó hacia el final del acto, cuando el detective mostró a la hija la fotografía de una mujer muerta. Ella lanzó un grito desgarrador y las luces del escenario se apagaron de repente.

Anna se agarró a mi mano, aunque la soltó rápidamente y se disculpó.

—No hay de qué —le susurré—. Yo acabo de contenerme para no hacer lo mismo.

En el teatro a oscuras, no sé cómo respondió ella.

Un momento más tarde sonó el teléfono del escenario. Entre el público, todos sabíamos que sería el detective el que estaría al otro lado de la línea, aunque nadie pudiera estar seguro de saber qué iba a decir a continuación. Esa escena final contó con toda la atención de los presentes.

Cuando las luces se encendieron por última vez, el elenco de actores regresó al escenario y recibió merecidamente una larga ovación, y el telón subió y bajó varias veces.

Cuando por fin lo bajaron definitivamente, Anna se volvió hacia mí y me dijo:

—Ha sido una obra notable. Me alegro mucho de no habérmela perdido. Y todavía me siento más complacida por el hecho de no haberla tenido que ver sola.

—Yo también —le dije, ignorando el hecho de que, en realidad, no había tenido la intención de pasar la noche en el teatro.

Subimos juntos por el pasillo junto con el público, que salía del teatro como un río que se moviera lentamente. Desperdiicé esos pocos y preciosos minutos hablando de los méritos de los actores, el poder de interpretación del director, la originalidad de la macabra situación y hasta los vestidos eduardianos, antes de que llegáramos ante las puertas dobles que conducían al mundo de la realidad.

—Adiós, Michael —dijo Anna—. Gracias por haber aumentado mi entretenimiento esta noche.

Me estrechó la mano.

—Adiós —le dije contemplando una vez más aquellos ojos de color avellana.

Ella se volvió para marcharse y me pregunté si la volvería a ver.

—Anna —dije. Ella se volvió a mirarme—. Si no vas a hacer nada en particular, ¿te importaría acompañarme a cenar...?

NOTA DEL AUTOR

En este punto de la historia, al lector se le ofrece la posibilidad de elegir entre cuatro finales diferentes.

Puede decidir leer los cuatro o, simplemente, seleccionar uno de ellos y considerarlo como su final particular. Pero si elige leer los cuatro, debería hacerlo por el mismo orden en que han sido escritos:

POCO HECHO

QUEMADO

MUY HECHO

À POINT

Poco hecho

—**G**racias, Michael. Eso me gustaría.

Le sonreí, incapaz de ocultar mi satisfacción.

—Bien. Conozco un pequeño restaurante al final de la calle donde creo que disfrutarás.

—Eso suena bien —dijo Anna, que pasó su brazo bajo el mío.

La conduje por entre la gente que se alejaba.

Mientras caminábamos juntos Aldwych abajo, Anna siguió hablando de la obra, comparándola favorablemente con otra que había visto unos años antes en el Haymarket.

Al llegar al Strand le señalé una gran puerta gris doble al otro lado de la calzada.

—Ahí es —le dije.

Aproveché un semáforo en rojo para cruzar entre el tráfico temporalmente detenido y, tras alcanzar la otra acera, empujé una de las puertas grises para permitir que Anna pasara. En el momento en que entramos empezó a llover. La conduje por un tramo de escalera que descendía a un restaurante situado en el sótano desde el que llegaba el zumbido de las conversaciones de la gente que acababa de salir de los teatros, y donde los camareros se apresuraban entre las mesas, con platos en las dos manos.

—Quedaré muy impresionada si consigues una mesa aquí —dijo Anna al ver a un grupo de clientes que se agolpaba junto a la barra del bar, esperando con impaciencia a que alguien se marchara.

Me dirigí hacia la taquilla de reservas. El camarero jefe, que hasta ese momento había estado ocupado anotando el pedido de un cliente, se apresuró a acercarse.

—Buenas noches, señor Whitaker —dijo—. ¿Cuántos son ustedes?

—Solo dos.

—Sígame, señor, por favor —dijo Mario, que nos condujo a mi mesa habitual, en el rincón más alejado de la sala.

—¿Otro *martini* seco? —le pregunté a Anna en cuanto nos hubimos sentado.

—No, gracias —contestó ella—. Creo que solo tomaré un vaso de vino con la cena.

Hice un gesto de asentimiento mientras Mario nos entregaba los menús. Anna estudió el suyo un momento, antes de que yo le preguntara si había visto algo que le apeteciera.

—Sí —contestó mirándome directamente—. Pero creo que por el momento me conformaré con los *fettucini* y un vaso de vino tinto.

—Buena idea —dije—. Me apunto a eso. Pero ¿estás segura de que no querrás tomar un aperitivo?

—No, gracias, Michael. Ya he alcanzado esa edad en la que no se puede pedir todo aquello por lo que una se sienta tentada.

—Yo también —confesé—. Tengo que jugar al *squash* tres veces a la semana para mantenerme en forma —le dije en el momento en que reapareció Mario—. Dos *fettucini* —empecé a decir—, y una botella de...

—Media botella, por favor —me interrumpió Anna—. Yo solo tomaré un vaso. Mañana tengo que levantarme temprano, así que no debería exagerar la nota.

Asentí con un gesto y Mario se alejó. Luego miré a Anna directamente a los ojos, por encima de la mesa.

—Siempre me he sentido un poco maravillado ante las mujeres doctoras —dije, y enseguida me di cuenta de que esa frase resultaba un tanto débil.

—¿Quieres decir que te preguntabas si éramos normales?

—Supongo que algo así.

—Pues sí, resulta que somos bastante normales, excepto por el hecho de que cada día tenemos que ver a una gran cantidad de hombres desnudos. Te puedo asegurar, Michael, que

la mayoría de ellos tienen exceso de peso y no son nada atractivos.

De repente, deseé haber tenido diez kilos menos.

—Pero ¿hay hombres suficientemente valerosos como para considerar la idea de dejarse examinar por una doctora?

—Bastantes —contestó Anna—, aunque la mayoría de mis pacientes son mujeres. Pero hay en el mundo suficientes hombres inteligentes, sensatos y desinhibidos capaces de aceptar que una doctora tenga tantas probabilidades de curarlos como un hombre.

Le sonreí y en ese momento nos colocaron delante los dos platos de *fettucini*. Luego, Mario me mostró la etiqueta de la media botella que él mismo había seleccionado. Asentí con un gesto de aprobación. Era un vino de marca digno del pedigrí de Anna.

—¿Y qué me dices de ti? —preguntó Anna—. ¿Qué significa en realidad eso de estar «en el negocio de la restauración»?

—Me dedico a la parte de dirección —dije antes de probar el vino. Hice un nuevo gesto de asentimiento y Mario le sirvió un vaso a Anna y luego llenó el mío—. O, al menos, eso es lo que hago últimamente, aunque empecé como camarero —dije mientras Anna tomaba un sorbo de vino.

—Es un vino magnífico —comentó—. Tan bueno que quizá termine por tomar un segundo vaso.

—Me alegro de que te guste. Es un Barolo.

—¿Qué decías, Michael? ¿Que empezaste como camarero...?

—Sí. Luego pasé a las cocinas durante unos cinco años y finalmente terminé en la dirección. ¿Cómo están los *fettucini*?

—Deliciosos. Casi se deshacen en la boca. —Tomó otro sorbo de vino—. De modo que si no eres cocinero y ya has dejado de ser camarero, ¿qué haces ahora?

—Bueno, por el momento dirijo tres restaurantes en el West End, lo que significa que nunca dejo de correr de uno a otro, lo que depende de cuál es el que afronte la mayor crisis en ese día en particular.

—Me suena un poco igual que estar de guardia en urgencias —dijo Anna—. ¿Y cuál de ellos tuvo hoy la mayor crisis?

—Hoy, gracias a Dios, no fue un día típico —le dije con emoción.

—¿Así de mal están las cosas?

—Me temo que sí. Esta mañana perdimos a un *chef* que se cortó la punta de un dedo y no podrá volver a trabajar durante por lo menos una quincena. Mi camarero jefe en el segundo restaurante no acudió a trabajar afirmando que estaba resfriado, y he tenido que despedir al *barman* del tercero por haber falseado los libros. Los *barman* siempre falsean las consumiciones, claro, pero en este caso hasta los clientes habían empezado a darse cuenta. —Hice una pausa—. A pesar de todo, no quisiera estar en ningún otro negocio.

—Teniendo en cuenta las circunstancias, me extraña mucho que hayas podido tomarte la noche libre.

—En realidad, no debería haberlo hecho, y no lo habría hecho excepto que...

Mi voz se apagó mientras me inclinaba y llenaba el vaso de Anna.

—¿Excepto qué...?

—¿Quieres saber la verdad? —pregunté, y me serví el resto del vino en mi propio vaso.

—Yo lo intentaría, para empezar —dijo ella.

Dejé la botella vacía a un lado de la mesa y vacilé, pero solo un momento.

—A primera hora de esta noche me dirigía en el coche hacia uno de los restaurantes cuando de pronto te vi entrar en el teatro. Te miré durante tanto tiempo que estuve a punto de chocar con el vehículo que iba delante. Entonces giré de repente para meter el coche en el aparcamiento más cercano que encontré y esa vez fue el de atrás el que estuvo a punto de

chocar conmigo. Bajé del coche, eché a correr hacia el teatro y te busqué por todas partes, hasta que te vi de pie, en la cola ante la taquilla. Me puse en la cola y te vi entregar la entrada que te sobraba. Después de que te hubieras alejado, cuando me llegó el turno, le dije al taquillero que no me habías esperado y, creyendo que llegaría tarde, habías entregado mi entrada para su reventa. Después de darle tu descripción, lo que pude hacer con gran detalle, el hombre me entregó la entrada sin un comentario.

Anna dejó el vaso de vino y me miró con una expresión de incredulidad.

—Me alegro de que se creyera tu historia. Pero ¿debo creérmela yo?

—Sí, deberías, porque luego metí dos billetes de diez libras en un sobre del teatro y ocupé el asiento contiguo al tuyo. El resto, ya lo sabes.

Esperé un momento a ver cómo reaccionaba. Ella no dijo nada durante un rato.

—Me siento halagada —dijo finalmente, y me tocó la mano—. No me había dado cuenta de que todavía quedarán en el mundo románticos a la antigua usanza. —Me apretó los dedos y me miró a los ojos—. ¿Me permites preguntarte qué tienes planeado para el resto de la noche?

—No he planeado nada hasta el momento —admití—. Que es la razón por la que todo resulta tan refrescante.

—Haces que me sienta como una menta After Eight —dijo Anna con una sonrisa.

—A eso se me ocurren por lo menos tres respuestas —le dije en el momento en que Mario reapareció, con expresión un tanto desilusionada al ver los platos semivacíos.

—¿Estaba todo bien, señor? —preguntó en un tono ansioso.

—No podría haber estado mejor —dijo Anna, que no había dejado de mirarme.

—¿Quieres tomar café? —le pregunté.

—Sí —contestó Anna—, pero quizá podamos tomarlo en alguna otra parte donde haya menos gente.

Me sentí tan desconcertado por la sorpresa que transcurrió un rato antes de recuperarme. Empezaba a sentir que ya no tenía el control de la situación. Anna se levantó de su asiento y dijo:

—¿Nos vamos?

Asentí con un gesto hacia Mario, que se limitó a sonreír.

—Ha sido una noche maravillosa —dijo ella cuando llegamos al lugar donde había dejado aparcado el coche—. Hasta que apareciste en escena había sido un día bastante apagado, pero tú lo cambiaste.

—En realidad, para mí tampoco ha sido el mejor de los días —admití—. Pero raras veces he disfrutado más de una noche. ¿Dónde te gustaría tomar café? ¿En Annabels? ¿Qué te parece si probamos el nuevo club Dorchester?

—Si no tienes esposa, en tu casa. Si la tienes...

—No estoy casado —me limité a decir.

—Entonces ya está solucionado —dijo ella.

Le abrí la puerta del BMW. Una vez que se hubo acomodado, rodeé el coche y me senté ante el volante.

Descubrí entonces que había dejado encendidas las luces de posición, y las llaves en la puesta en marcha.

Hice girar la llave y el motor ronroneó y cobró vida inmediatamente.

—Este tiene que ser mi día —dije casi para mí mismo.

—¿Qué has dicho? —preguntó Anna, que se volvió a mirarme.

—Tuvimos suerte al evitar la lluvia —contesté cuando unas pocas gotas empezaron a caer sobre el cristal y puse en marcha el limpiaparabrisas.

Durante el trayecto hasta Pimlico, Anna me habló de su niñez en el sur de Francia, donde su padre daba clases de inglés en una escuela para niños. La forma que tuvo de narrar el hecho de

haber sido la única chica entre un par de cientos de adolescentes franceses me hizo reír una y otra vez. Me sentí más y más encantado en su compañía.

—¿Y qué te hizo regresar a Inglaterra? —pregunté.

—Una madre inglesa que se divorció de mi padre francés, y la oportunidad de estudiar medicina en St. Thomas.

—Pero ¿no echas de menos el sur de Francia, especialmente en noches como esta? —le pregunté cuando un trueno retumbó sobre nosotros.

—Oh, no sé —dijo ella. Me disponía a responder cuando ella añadió—: En cualquier caso, el país ya casi se ha civilizado ahora que los ingleses han aprendido a cocinar. —Sonreí para mis adentros, sin dejar de preguntarme si volvía a burlarse de mí. Lo descubrí inmediatamente—. Y, a propósito, supongo que el restaurante donde cenamos era uno de los tuyos.

—En efecto, lo era —asentí dócilmente.

—Eso explica la facilidad con la que conseguiste una mesa cuando todo estaba tan lleno, por qué sabía el camarero que era un Barolo lo que deseabas, sin necesidad de preguntarlo, y cómo es que te dejaron marchar sin pagar la cuenta. —Empezaba a preguntarme si estaría siempre a varios pasos por detrás de ella—. ¿En qué restaurante estuvimos, en el del camarero enfermo, el del chef de cuatro dedos y medio o el del *barman* que engañaba?

—En el del *barman* que engañaba —contesté con una risa—. Pero le despedí esta misma tarde, y me temo que su sustituto no parecía arreglárselas tan bien con el trabajo.

Giré a la derecha para salir de Millbank y empecé a buscar un aparcamiento libre.

—Y yo que creía que solo tenías ojos para mí —dijo Anna con un suspiro—, cuando en realidad te has pasado todo el tiempo mirando por encima del hombro para comprobar qué hacía el *barman* sustituto.

—No todo el tiempo —dije mientras maniobraba el coche para aparcarlo en el único lugar libre que quedaba en la calle donde vivía.

Bajé del coche, lo rodeé hasta la puerta de Anna, se la abrí y la dirigí hacia la casa.

Al cerrar la puerta tras nosotros, Anna me echó los brazos al cuello y me miró a los ojos. Me incliné hacia ella y la besé por primera vez. Al separarse, lo único que dijo fue:

—No nos molestemos con el café, Michael.

Me quité la chaqueta y la conduje al piso de arriba, a mi dormitorio, rezando para que aquel no hubiera sido el día libre del ama de llaves. Al abrir la puerta me sentí aliviado al comprobar que había hecho la cama y la habitación estaba ordenada.

—Espera un momento dije, y desaparecí en el cuarto de baño.

Mientras me limpiaba los dientes empecé a preguntarme si acaso todo aquello no sería más que un sueño. Cuando regresara al dormitorio, ¿descubriría que ella no existía? Dejé el cepillo de dientes en el vaso y regresé al dormitorio. ¿Dónde estaba? Mis ojos siguieron un rastro de piezas de ropa dejadas caer al suelo, que terminaba en la cama. Tenía la cabeza apoyada sobre la almohada. Solo una sábana cubría su cuerpo.

Me desnudé rápidamente, dejé las ropas allí donde cayeron y apagué las luces principales, de modo que solo permaneciera encendida la de la mesilla. Luego, me deslicé bajo la sábana para unirme a ella. La miré durante varios segundos antes de tomarla en mis brazos. Lentamente, exploré cada parte de su cuerpo y ella empezó a besarme de nuevo. No podía creer que hubiera alguien tan excitante y, al mismo tiempo, tan tierno. Cuando finalmente hicimos el amor, supe que jamás desearía que esta mujer se alejara de mi lado.

Ella permaneció en mis brazos durante algún tiempo antes de que ninguno de los dos dijera nada.

Luego, empecé a hablar de cualquier cosa que se me ocurriera. Le confié mis esperanzas, mis sueños, y hasta mis peores angustias, y lo hice con una libertad que jamás había experimentado con nadie más. Deseaba compartirlo todo con ella.

Y entonces se inclinó sobre mí y empezó a besarme de nuevo, primero en los labios, luego en el cuello y en el pecho y, a medida que descendió lentamente sobre mi cuerpo, pensé que estaba a punto de explotar. Lo último que recuerdo fue haber apagado la luz de la cama en el momento en que el reloj del vestíbulo hacía sonar una campanada.

A la mañana siguiente, al despertarme, los primeros rayos de luz solar ya penetraban a través de las cortinas de encaje, y el glorioso recuerdo de la noche anterior reapareció instantáneamente en mi memoria. Me di la vuelta perezosamente para tomarla en mis brazos, pero ella ya no estaba allí.

—¿Anna? —pregunté con un grito, al tiempo que me sentaba enseguida en la cama.

No hubo respuesta. Encendí la luz de la mesita de noche y miré el reloj. Eran las 7.29. Me disponía a saltar de la cama para ir en su busca cuando me di cuenta de que había una nota escrita bajo una esquina del reloj.

La tomé, la leí lentamente y sonreí.

—Yo también —dije, y me recosté sobre la almohada, pensando qué haría a continuación.

Decidí enviarle una docena de rosas algo más tarde, aquella misma mañana; once blancas y una roja. Luego, le haría llegar una roja a cada hora que pasara, hasta que volviera a verla.

Después de haberme duchado y vestido, deambulé por la casa sin rumbo fijo. Me pregunté con qué rapidez podría convencer a Anna para que se instalara a vivir conmigo, y qué cambios desearía hacer ella. Solo el cielo sabe cómo podría ser este lugar con un toque femenino, pensé mientras caminaba por la cocina, sin soltar su nota.

Mientras tomaba el desayuno busqué su número de teléfono en la guía, en lugar de leer el periódico de la mañana. Allí estaba, tal como ella había dicho. Doctora Townsend, y daba un número de una consulta en Parsons Green Lane donde podría ponerme en contacto con ella entre las nueve y las seis. Había un segundo número, pero una advertencia en negritas solicitaba que solo se empleara en caso de urgencias.

Aunque consideré que mi estado de salud era un caso de urgencia, marqué el primer número y esperé impaciente. Lo único que deseaba decir era: «Buenos días, querida. He leído tu nota. ¿Qué te parece si convertimos lo que sucedió anoche en la primera de muchas?».

Una voz de matrona contestó al teléfono.

—Consulta del doctor Townsend.

—Doctor Townsend, por favor.

—¿Con cuál de ellos? —me preguntó—. Hay tres Townsend en la consulta, el doctor Jonathan, la doctora Anna y la doctora Elizabeth.

—La doctora Anna —contesté.

—Ah, la señora Townsend —dijo la voz—. Lo siento, pero no está en estos momentos. Acaba de salir para llevar a los niños a la escuela, y después tiene que ir al aeropuerto para recoger a su esposo, el doctor Jonathan, que regresa esta misma mañana de un congreso médico en Minneapolis. No la espero de regreso hasta por lo menos dentro de un par de horas. ¿Quiere dejar un mensaje para ella?

Se produjo un prolongado silencio antes de que la voz de matrona preguntara:

—¿Está todavía ahí?

Yo dejé el teléfono sobre la horquilla, sin contestar y miré tristemente la nota escrita a mano, que había dejado junto al teléfono.

Quemado

—**G**racias, Michael. Eso me gustaría.

Le sonreí, incapaz de ocultar mi satisfacción.

—Hola, Anna. Creía haberte perdido.

Me volví de golpe y me encontré ante un hombre alto, con una abundante cabellera pelirroja, que no pareció sentirse afectado por el continuo flujo de gente que trataba de pasar a ambos lados.

Anna le dirigió una sonrisa que yo no había visto hasta aquel momento.

—Hola, querido —dijo ella—. Te presento a Michael Whitaker. Tienes suerte... Compró tu entrada y si no hubieras aparecido ahora mismo me disponía a aceptar su invitación para cenar. Michael, te presento a mi esposo, Jonathan... el que quedó retenido en el hospital por un caso de urgencia. Como ves, ahora ha escapado.

No se me ocurrió ofrecer una respuesta adecuada.

Jonathan me estrechó cálidamente la mano.

—Gracias por haberle hecho compañía a mi esposa —dijo—. ¿No quiere unirse a nosotros para cenar?

—Es muy amable por su parte —repliqué—, pero acabo de recordar que a esta hora debería estar en otra parte. Será mejor que me dé prisa.

—Es una pena —dijo Anna—. Esperaba descubrir algo sobre su negocio de restauración. Quizá volvamos a encontrarnos en algún otro momento, cuando mi esposo vuelva a dejarme en la estacada. Adiós, Michael.

—Adiós, Anna.

Los vi subir juntos al taxi y en ese momento deseé que Jonathan cayera fulminado allí mismo. Pero como no le ocurrió nada de eso, retrocedí sobre mis pasos para volver al lugar donde había abandonado el coche.

—Eres un hombre afortunado, Jonathan Townsend —fue la única observación que dije.

Pero nadie me escuchaba.

Las siguientes palabras que surgieron de mis labios fueron:

—¡Maldita sea!

Además, las repetí varias veces, ya que había un inquietante espacio vacío allí donde estaba seguro de haber dejado el coche.

Recorrí la calle arriba y abajo, por si acaso había olvidado dónde lo dejé aparcado. Maldije de nuevo y luego busqué una cabina telefónica, sin saber si el coche me lo habían robado o se lo había llevado la grúa. Había una cabina pública al otro lado de la esquina, en Kingsway. Levanté el teléfono y marqué tres nueves.

—¿Qué servicio necesita? ¿Bomberos, policía o ambulancia? —preguntó una voz.

—Policía —contesté.

Inmediatamente pasé a escuchar otra voz.

—Comisaría de policía de Charing Cross. ¿Qué desea saber?

—Creo que me han robado el coche.

—Dígame la marca, el color y la matrícula, por favor.

—Es un Ford Fiesta rojo, matrícula H107 SHV.

Se produjo una larga pausa durante la que pude oír voces que hablaban al fondo.

—No, no ha sido robado, señor —dijo el funcionario cuando volvió a ponerse al teléfono—. El coche estaba ilegalmente aparcado en una doble línea amarilla. Ha sido retirado y llevado al depósito de Vauxhall Bridge.

—¿Puedo pasar a recogerlo ahora? —pregunté con voz malhumorada.

—Desde luego, señor. ¿Cómo se desplazará hasta allí?

—Tomaré un taxi.

—En ese caso, dígame al taxista que le lleve al depósito de Vauxhall Bridge. Una vez que llegue, necesitará identificarse y un cheque por valor de ciento cinco libras con una tarjeta de crédito, si no dispone de esa cantidad en metálico.

—¿Ciento cinco libras? —pregunté con incredulidad.

—Así es, señor.

Colgué el teléfono de golpe justo en el momento en que empezaba a llover. Me escabullí a toda prisa de regreso a la esquina del Aldwych en busca de un taxi, para descubrir que todos ellos eran parados por la gran cantidad de gente que todavía esperaba fuera del teatro.

Me subí el cuello de la chaqueta y crucé la calzada corriendo, por entre el tráfico que se movía con lentitud.

Al llegar al otro lado seguí corriendo hasta que finalmente encontré el saliente de un edificio que me protegió de la lluvia, que ahora caía con fuerza.

Me estremecí y estornudé varias veces antes de que, finalmente, un taxi vacío acudiera en mi rescate.

—Al depósito de Vauxhall Bridge —le dije al taxista en cuanto subí.

—Mala suerte, amigo —dijo el taxista—. Es el segundo que llevo allí esta noche.

Fruncí el ceño.

Mientras el taxi se abría paso lentamente a través del tráfico azotado por la lluvia y se dirigía hacia el Waterloo Bridge, el taxista empezó a hablar. Yo me las arreglé para contestarle con monosílabos ante sus opiniones sobre el tiempo, John Major, el equipo inglés de críquet y los turistas extranjeros. A cada nuevo tema que abordaba, sus previsiones se hacían aún más pesimistas.

Cuando llegarnos al depósito de coches le entregué un billete de diez libras y esperé bajo la lluvia a que me devolviera el cambio. Luego, me precipité en dirección a la pequeña cabina donde me encontré con la segunda cola de aquella noche.

Pero esta era considerablemente más larga que la primera; además, sabía que cuando finalmente llegara a la taquilla y pagara mi entrada, no me vería recompensado con un espectáculo memorable. Cuando por fin me llegó el turno, un corpulento policía me señaló un formulario pegado con celo sobre la ventanilla del mostrador.

Seguí sus instrucciones al pie de la letra; primero saqué mi carnet de conducir, luego extendí un cheque por ciento cinco libras, pagadero a la policía municipal.

Entregué las dos cosas al policía, junto con mi tarjeta de crédito. La enorme corpulencia y altura del policía fue la única razón por la que no sugerí que quizá debería tener cosas más importantes que hacer con su tiempo, como por ejemplo atrapar a los que traficaban con drogas. O incluso a los que robaban coches.

—Su vehículo está en el rincón más alejado —dijo el policía, que señaló en la distancia, hacia una hilera tras otra de coches.

—Pues claro que está —repliqué.

Salí de la cabina y me metí de nuevo bajo la lluvia, pisando los charcos mientras corría entre las hileras de coches. No me detuve hasta llegar al extremo más alejado del depósito. A pesar de todo, aún me costó varios minutos más localizar mi Ford Fiesta rojo, una desventaja, pensé, de tener el coche más popular en Gran Bretaña.

Abrí la puerta, me introduje rápidamente en el asiento delantero y estornudé de nuevo. Puse la llave en el encendido, pero el motor apenas giró y solo emitió un farfuleo ocasional antes de detenerse del todo.

Entonces recordé que no había apagado las luces de posición cuando salí corriendo hacia el teatro sin pensármelo dos veces. Lancé toda una serie de improperios que no hacían sino expresar parcialmente mis sentimientos.

Observé a otra figura que corría a través del depósito, en dirección a un Range Rover aparcado en la hilera, delante de mí. Rápidamente, bajé la ventanilla, pero el hombre se había marchado antes de que yo pudiera pronunciar las palabras mágicas: «¿Me presta su batería?». Bajé del coche, saqué las pinzas de conexión que llevaba en el portamaletas, me dirigí luego al capó delantero del coche, lo levanté y fijé las pinzas a la batería. Empecé a estremecerme de

nuevo y me senté ante el volante, dispuesto a esperar otro rato.

No podía apartar a Anna de mi mente, pero ya aceptaba que en lo único que podía haber tenido éxito aquella noche era en pillar un «resfriado».

Durante los siguientes cuarenta y empapados minutos, tres personas pasaron delante de mí antes de que un joven negro me preguntara:

—¿Cuál es el problema, amigo?

Una vez que le expliqué mi problema, el joven maniobró su vieja camioneta hasta situarla a lo largo de mi coche; luego, levantó su capó y fijó las pinzas del otro extremo a su batería. Cuando él puso en marcha su encendido, mi motor empezó a girar.

—Gracias —le grité, bastante inadecuadamente, una vez que hube revolucionado el motor varias veces.

—Ha sido un placer, amigo —dijo el hombre antes de desaparecer en la noche.

Mientras sacaba el coche fuera del depósito, puse en marcha la radio para oír el Big Ben, que daba las doce campanadas. Recordé que aquella noche todavía no había acudido al trabajo. Lo primero que necesitaba hacer, si es que quería conservar mi trabajo, era presentarme con una buena excusa. Estornudé de nuevo y decidí que el resfriado sería lo más conveniente.

Aunque probablemente ahora ya estarían anotando los últimos pedidos de la noche, Gerald todavía no habría cerrado la cocina.

Miré a través de la lluvia, en busca de indicaciones de una cabina pública, y finalmente vi una hilera de tres situadas frente a una oficina de correos. Detuve el coche, bajé rápidamente y una inspección rutinaria me permitió darme cuenta de que las tres habían sido asaltadas y estaban estropeadas. Volví a subir al coche y continué mi búsqueda. Después de haber salido varias veces bajo la lluvia encontré por fin una sola cabina en funcionamiento en la esquina de Warwick Way, que daba la impresión de estar en buenas condiciones.

Marqué el número del restaurante y esperé largo rato a que alguien contestara.

—Laguna cincuenta —dijo una joven con acento italiano.

—Janice, ¿eres tú? Soy Mike.

—Sí, soy yo, Mike —me susurró, utilizando ahora su acento de Lambeth—. Debo advertirte que cada vez que se ha pronunciado tu nombre esta noche, Gerald coge el hacha de cortar carne que encuentra más a mano.

—¿Por qué? —pregunté. Todavía tenéis a Nick en la cocina para que todo salga bien.

—Nick se cortó la punta de uno de los dedos a primera hora de esta noche, y Gerald tuvo que llevarlo al hospital. Yo quedé a cargo de todo. No se siente precisamente complacido.

—Oh, demonios —exclamé—. Pero resulta que tengo...

—Despedido —dijo otra voz que no hablaba precisamente en susurros.

—Gerald, puedo explicar...

—¿Por qué no has venido a trabajar esta noche?

Estornudé, y luego me apreté la nariz.

—Tengo un resfriado. Si hubiera ido esta noche se lo habría contagiado a la mitad de los clientes.

—¿De veras? —replicó Gerald—. Bueno, supongo que eso solo habría sido marginalmente peor que contagiárselo a la mujer junto a la que estabas sentado esta noche en el teatro.

—¿Qué quieres decir? —pregunté soltándome la nariz.

—Exactamente lo que he dicho, Mike. Desgraciadamente para ti, un par de nuestros clientes habituales estaban dos filas por detrás de ti, en el Aldwych. Disfrutaron de la obra casi tanto como pareciste disfrutar tú, y uno de ellos añadió, para redondear las cosas, que la mujer que te acompañaba era «absolutamente despampanante».

—Tuvo que haberme confundido por alguna otra persona —dije con un esfuerzo para que el tono de mi voz no sonara desesperado.

—Es posible que él sí, Mike, pero yo no. Estás despedido, y ni siquiera se te ocurra aparecer por aquí para cobrar tu paga, porque no hay nada para un camarero que prefiere llevar a un bombón al teatro antes que acudir al trabajo.

La comunicación se cortó.

Colgué el teléfono y empecé a murmurar obscenidades en voz baja mientras regresaba lentamente hacia el coche. Me encontraba solo a una docena de pasos cuando un tipo joven saltó al asiento delantero, hizo girar la llave que había dejado puesta en el encendido y el coche se sacudió con vacilación hacia el centro de la calzada, con lo que sonaba horriblemente como una tercera marcha. Eché a correr tras el coche que se alejaba, pero en cuanto el joven empezó a acelerar, supe que no me quedaba ninguna esperanza de alcanzarlo.

Regresé corriendo a la cabina telefónica y marqué de nuevo los tres nueves.

—¿Bomberos, policía o ambulancia? —me preguntó una voz por segunda vez aquella noche.

—Policía —contesté, y un momento más tarde me contestó otra voz.

—Comisaría de policía de Belgravia. ¿Qué desea saber?

—¡Me acaban de robar el coche! —grité.

—Dígame la marca, el modelo y la matrícula, por favor.

—Es un Ford Fiesta rojo, matrícula H107 SHV.

Esperé con impaciencia.

—No ha sido robado, señor. Estaba ilegalmente aparcado en una doble...

—¡No, no estaba! —grité con voz todavía más exaltada—. Pagué ciento cinco libras por recuperar el maldito coche en el depósito de Vauxhall Bridge hace apenas media hora, y acabo de ver cómo se lo lleva un robacoches mientras hacía una llamada telefónica.

—¿Dónde está usted, señor?

—En una cabina telefónica en la esquina de Vauxhall Bridge Road y Warwick Way.

—¿Y qué dirección tomó el coche cuando lo vio por última vez? —preguntó la voz.

—Hacia el norte, por Vauxhall Bridge Road. ¿Y cuál es el número de teléfono de su casa, señor?

—El 081 290 4820.

—¿Y del trabajo?

—Lo mismo que sucede con el coche, me he quedado sin trabajo.

—Correcto. Me ocuparé inmediatamente de esto, señor. Nos pondremos en contacto con usted en cuanto tengamos alguna noticia.

Colgué el teléfono y pensé en lo que debía hacer a continuación, aunque no es que dispusiera de muchas alternativas. Detuve un taxi y pedí que me llevaran a Victoria. Me sentí aliviado al ver que ese taxista no parecía tener deseos de ofrecer sus opiniones sobre nada durante el corto trayecto hasta la estación. Cuando me dejó, le entregué el último billete que me quedaba, y esperé pacientemente a que me entregara hasta el último penique del cambio. El hombre también murmuró una o dos imprecaciones. Con las pocas monedas que me quedaban, compré un billete para Bromley y luego busqué el andén.

—Lo ha conseguido por muy poco, amigo —me dijo el revisor—. El último tren saldrá en cualquier momento.

Sin embargo, aún tuve que esperar otros veinte minutos en el andén frío y vacío antes de que el último tren entrara por fin en la estación. Para entonces ya había memorizado todos los anuncios que tenía a la vista, desde Guinness hasta Mates, mientras seguía estornudando a intervalos regulares.

Cuando el tren se detuvo y las puertas se abrieron tomé asiento en uno de los vagones delanteros.

Transcurrieron otros diez minutos antes de que el motor se pusiera en marcha, y otros

cuarenta antes de que finalmente saliera hacia la estación de Bromley.

Pocos minutos antes de la una descendí del tren en la noche de Kent e inicié la caminata en dirección a mi pequeña casa con terraza.

Veinticinco minutos más tarde subí, tambaleante, el corto camino que conducía hasta la puerta principal de mi casa. Empecé a buscar las llaves y entonces recordé que las había dejado en el encendido del coche. Ni siquiera tuve energías para lanzar más juramentos y empecé a arrastrarme en la oscuridad, en busca de la llave de repuesto de la puerta principal, que siempre permanecía oculta bajo una determinada piedra. Pero ¿qué piedra? Finalmente, la encontré, la introduje en la cerradura, la hice girar y empujé la puerta, que se abrió.

Apenas heube entrado cuando empezó a sonar el teléfono que estaba sobre la mesita del vestíbulo.

Me lancé hacia él y lo cogí.

—¿El señor Whitaker?

—Al habla.

—Aquí la policía de Belgravia. Hemos localizado su coche, señor, y...

—Gracias a Dios, aunque solo sea por eso —dije antes de que el policía tuviera oportunidad de terminar la frase—. ¿Dónde está?

—En este preciso momento, señor, se encuentra en la plataforma de una grúa, en alguna parte de Chelsea.

Parece ser que el joven que se lo robó solo consiguió hacer un trayecto de poco menos de dos kilómetros antes de estrellarse contra la acera a ciento diez kilómetros por hora, rebotar y chocar directamente contra una pared. Siento mucho tener que informarle, señor, pero su coche ha quedado totalmente destrozado.

—¿Totalmente destrozado? —pregunté con incredulidad.

—En efecto, señor. Le hemos dado su número de teléfono al garaje cuya grúa se lo ha llevado, y ellos se pondrán en contacto con usted a primera hora de la mañana.

No se me ocurrió ningún comentario que valiera la pena expresar.

—La buena noticia es que hemos cogido al joven que se lo robó —siguió diciendo el policía—. La mala noticia es que solo tiene quince años, no posee carnet de conducir y, desde luego, no está asegurado.

—Bueno, eso no es problema —le dije—, porque tengo seguro a todo riesgo.

—Como una cuestión de simple interés, señor, ¿dejó las llaves en el contacto?

—Sí, así lo hice. Solo tenía que hacer una rápida llamada telefónica y pensé que no estaría lejos del coche más que un par de minutos.

—En ese caso, no creo que el seguro le cubra los daños, señor.

—¿Que el seguro no me va a cubrir los daños? ¿De qué me habla ahora?

—Una de las políticas habituales de las compañías de seguros es no pagar en el caso de que haya dejado las llaves en el contacto. Será mejor que lo compruebe, señor —fueron las últimas palabras del policía.

Colgué el teléfono y me pregunté qué más podría salir mal. Me quité la chaqueta y empecé a subir lentamente la escalera, pero me detuve en seco cuando vi a mi esposa que me esperaba en el rellano.

—Maureen... —empecé a decir.

—Más tarde podrás contarme por qué el coche ha quedado totalmente destrozado —dijo—, pero no hasta que me hayas explicado por qué no fuiste a trabajar esta noche y quién era esa «puta de clase» con la que Gerald me dijo que te vieron en el teatro.

Muy hecho

—**N**o, no tengo pensado hacer nada en particular —dijo Anna.

Le sonreí, incapaz de ocultar mi satisfacción.

—Bien. Conozco un pequeño restaurante al final de la calle donde creo que disfrutarías.

—Eso suena bien —dijo Anna, que se abrió paso por entre la densa multitud que salía del teatro.

La seguí rápidamente y tuve que apresurarme para alcanzarla.

—¿Por dónde? —me preguntó.

Señalé hacia el Strand. Ella echó a andar con un paso muy vivo, y seguimos hablando sobre la obra.

Al llegar al Strand le señalé una gran puerta gris doble al otro lado de la calzada.

—Ahí es —le dije.

Hubiera querido tomarla de la mano cuando ella empezó a cruzar, pero se me adelantó. Bajó la calzada, sorteó el tráfico estacionado y me esperó en la otra acera.

Ella empujó las puertas grises y, una vez más, la seguí de cerca. Descendimos por un tramo de escalera hacia un restaurante situado en el sótano desde el que llegaba el zumbido de las conversaciones de la gente que acababa de salir de los teatros, y donde los camareros se apresuraban entre las mesas, con platos en las dos manos.

—No espero que seas capaz de conseguir una mesa si no la has reservado antes —dijo Anna al ver a un grupo de clientes que se agolpaba junto a la barra del bar, esperando con impaciencia a que alguien se marchara.

—No te preocupes por eso —le dije con fanfarronería, y me dirigí hacia la taquilla de reservas.

Con una mano, hice una seña imperiosa al jefe de camareros, que en ese momento tomaba nota del pedido de un cliente. Solo confiaba en que me reconociera.

Me volví para dirigirle una sonrisa a Anna, que no pareció sentirse muy impresionada.

Una vez que el camarero hubo terminado de anotar el pedido, se dirigió lentamente hacia mí.

—¿En qué puedo servirle, señor? —preguntó.

—¿Puedes conseguirnos una mesa para dos, Víctor?

—Víctor está de fiesta esta noche, señor. ¿Ha reservado mesa?

—No, pero...

El jefe de camareros comprobó la lista de reservas y luego miró su reloj.

—Es posible que pueda acomodarle entre las once y cuarto y las once y media como máximo —dijo sin que sus palabras sonaran muy esperanzadoras.

—¿No puede ser antes? —le rogué—. No creo que podamos esperar tanto.

Anna asintió con un gesto, como para demostrar que estaba de acuerdo con mis palabras.

—Me temo que no, señor —dijo el jefe de camareros—. Estaremos completamente llenos hasta entonces.

—Tal como esperaba —dijo Anna, que se dio media vuelta, dispuesta a marcharse.

Una vez más, tuve que apresurarme para alcanzarla.

Al salir a la acera, le dije:

—Hay un pequeño restaurante italiano que conozco, no muy lejos de aquí, donde siempre consigo mesa. ¿Nos arriesgamos?

—No veo que tengamos otra alternativa —replicó Anna—. ¿Qué dirección seguimos esta vez?

—Calle arriba, y luego a la derecha —contesté, al tiempo que el retumbar de un trueno anunciaba un chaparrón inminente.

—Maldita sea —exclamó Anna, que se colocó el bolso de mano sobre la cabeza, para protegerse.

—Lo siento —dije al tiempo que levantaba la mirada hacia las negras nubes—. Es por culpa mía. Debería...

—Deja de disculparte todo el tiempo, Michael. No es culpa tuya que se ponga a llover ahora.

Respiré profundamente y lo intenté de nuevo.

—Será mejor que echemos a correr —dije desesperadamente—. No creo que podamos encontrar un taxi con este tiempo.

Esto, al menos, logró su aprobación. Eché a correr por la acera y Anna me siguió de cerca. La lluvia se hacía más y más fuerte y aunque quizá no tuvimos que recorrer más de setenta metros, ambos estábamos empapados cuando llegamos al restaurante.

Suspiré con alivio al abrir la puerta y encontrar el comedor medio vacío, aunque supongo que eso debería haberme molestado. Me volví y le sonreí esperanzado a Anna, pero ella seguía con el ceño fruncido.

—¿Está todo bien? —pregunté.

—Estupendamente. Lo que sucede es que mi padre tiene una cierta teoría sobre los restaurantes que están medio vacíos a estas horas de la noche.

Miré enigmáticamente a mi invitada, pero decidí no hacerle ningún comentario sobre el maquillaje de sus ojos, que se le había empezado a correr, o sobre su cabello, que se había puesto flácido en las puntas.

—Será mejor que me arregle un poco. Solo tardaré un par de minutos —dijo ella antes de dirigirse hacia la puerta señalada como SIGNORINAS.

Le hice una seña a Mario, que en aquellos momentos no servía a nadie en particular. Se apresuró a acercarse.

—Antes hubo una llamada para usted, señor Whitaker —dijo Mario mientras me acompañaba a través del restaurante, hacia mi mesa habitual—. Si llegaba, debía llamar urgentemente a Gerald. Su tono de voz sonaba bastante desesperado.

—Estoy seguro de que puede esperar. Pero si vuelve a llamar házmelo saber enseguida.

En ese momento reapareció Anna. Había restaurado el maquillaje, aunque el cabello todavía habría necesitado más atención.

Me levanté para saludarla.

—No tienes por qué levantarte —dijo ella mientras se sentaba.

—¿Quieres beber algo? —le pregunté una vez que estuvimos los dos sentados.

—No, no lo creo. Mañana tengo que empezar temprano, así que no debería exagerar la nota. Solo tomaré un vaso de vino con la comida.

Otro camarero apareció a su lado.

—¿Qué desea tomar la señora esta noche? —preguntó amablemente.

—Todavía no he tenido tiempo de mirar el menú —replicó Anna, que ni siquiera se molestó en mirarle.

—Le puedo recomendar los *fettucini*, señora —dijo el camarero, que señaló un plato a mitad de la lista de *entrées*—. Es nuestra especialidad del día.

—Entonces supongo que podré comer eso —dijo Anna, que le entregó el menú.

Asentí con un gesto que indicaba: «Yo también», y pedí media botella de vino de la casa. El camarero recogió mi menú y nos dejó.

—¿Pides siempre...?

—¿Puedo...?

—Tú primero —dije con una sonrisa.

—¿Pides siempre media botella de vino de la casa cuando se trata de la primera cita?

—preguntó ella.

—Creo que te parecerá bastante bueno —le dijo en tono de disculpa.

—Solo bromeaba, Michael. No te tomes demasiado en serio a ti mismo.

Miré más atentamente a mi compañera y empecé a preguntarme si acaso no habría cometido un terrible error. A pesar de los indudables esfuerzos que ella había hecho en el lavabo, Anna no parecía ser del todo la misma mujer que había visto al principio, evidentemente a cierta distancia, cuando estuve a punto de chocar aquella noche con el coche que iba delante.

Oh, Dios mío, el coche. De repente, recordé dónde lo había dejado y eché un vistazo a mi reloj.

—¿Ya te estoy aburriendo, Michael? —preguntó Anna—. ¿O es que esta mesa se comparte?

—Sí. Quiero decir, no. Lo siento. Acabo de recordar algo que debería haber comprobado antes de venir a cenar. Lo siento —repetí.

Anna frunció el ceño, lo que evitó que me volviera a disculpar.

—¿Es demasiado tarde? —preguntó ella.

—Demasiado tarde, ¿para qué?

—Para hacer algo con respecto a lo que deberías haber comprobado antes de venir a cenar.

Miré por la ventana y no me complació comprobar que había dejado de llover. Ahora, mi única esperanza era que los guardias de tráfico del turno de noche no fueran demasiado vigilantes.

—No, estoy seguro de que estará bien —dije con un esfuerzo por parecer relajado.

—Bueno, eso es un alivio —dijo Anna en un tono que rozaba lo sarcástico.

—Y bien. ¿Cómo es eso de ser doctora? —pregunté tratando de cambiar de tema.

—Michael, es mi noche libre. Preferiría no hablar de mi trabajo, si no te importa.

Durante un rato, ninguno de los dos dijo nada.

Luego, lo volví a intentar.

—¿Tienes a muchos pacientes masculinos en tu consulta? —pregunté cuando reapareció el camarero con nuestros *fettucini*.

—Apenas puedo creer lo que oigo —dijo Anna, incapaz de ocultar el abatimiento en su tono de voz—. ¿Cuándo aprenderéis las personas como tú a aceptar que una o dos de nosotras somos perfectamente capaces de hacer algo más que pasarnos la vida esperando mano sobre mano al sexo masculino?

El camarero sirvió un poco de vino en mi vaso.

—Sí, claro. Absolutamente. No, no pretendía que sonara de ese modo...

Tomé un sorbo de vino y le hice un gesto de asentimiento al camarero, que luego llenó el vaso de Anna.

—Entonces, ¿cómo pretendías que sonara? —preguntó Anna al tiempo que introducía firmemente el tenedor en los *fettucini*.

—Bueno, ¿acaso no es insólito que un hombre acuda a ver a una mujer médico? —pregunté.

Y en el mismo instante en que pronuncié las palabras me di cuenta de que no había hecho sino meterme en aguas más profundas.

—Santo cielo, no, Michael. Vivimos en una era ilustrada. Probablemente he visto a más hombres desnudos que tú... y no es una visión atractiva, te lo puedo asegurar. —Me eché a reír, con la esperanza de que eso aliviara la evidente tensión—. En cualquier caso —añadió ella—, son bastantes los hombres suficientemente seguros de sí mismos como para aceptar la existencia de mujeres médico.

—Estoy seguro de que eso es cierto —le dije—. Solo pensaba...

—No, no pensabas, Michael. Ese es precisamente el problema con otros muchos hombres

como tú. Apuesto a que nunca has considerado la idea de consultar con una mujer médico.

—No, pero... Bueno, sí, pero...

—«No, pero; sí, pero...». Cambiemos de tema antes de que me enfade de verdad —dijo Anna, que dejó el tenedor sobre el plato—. ¿Qué haces para ganarte la vida, Michael? No me da la impresión de que tengas una profesión en la que las mujeres sean tratadas como iguales.

—Estoy metido en el negocio de la restauración —le dije, con el deseo de que los *fettucini* fueran un poco más ligeros.

—Ah, sí, ya me lo dijiste en el descanso —asintió ella—. Pero ¿qué significa realmente estar «metido en el negocio de la restauración»?

—Me dedico a la parte de dirección. O, al menos, eso es lo que hago últimamente. Empecé como camarero, luego pasé a las cocinas durante unos cinco años y finalmente...

—... Te diste cuenta de que no eras bueno en ninguna de las dos cosas, así que empezaste a dirigir a los demás.

—Bueno, algo así —dije, fingiendo que me lo tomaba a la ligera.

Pero las palabras de Anna no hicieron sino recordarme que uno de mis restaurantes estaba sin chef esa noche, y que era precisamente allí adonde me dirigía cuando me tomé la libertad de sentirme encaprichado por Anna.

—He vuelto a perderte —dijo Anna, que empezaba a parecer exasperada. Te disponías a contármelo todo sobre la dirección de restaurantes.

—Sí, de eso era de lo que iba a hablar, ¿no? Y, a propósito, ¿cómo están los *fettucini*?

—No están mal del todo si tenemos en cuenta las circunstancias.

—¿Las circunstancias?

—Teniendo en cuenta que este fue el segundo restaurante que elegiste. —Volví a guardar silencio—. No están tan mal —añadió ella, que tomó de mala gana otro tenedor lleno.

—¿Quizá te gustaría tomar algo más? Siempre puedo...

—No, gracias, Michael. Al fin y al cabo, este fue el plato del que el camarero estuvo lo bastante seguro como para recomendarlo. —No se me ocurrió ninguna respuesta adecuada, así que guardé silencio—. Vamos, Michael, aún no me has explicado qué supone en realidad la dirección de un restaurante.

—Bueno, por el momento dirijo tres restaurantes en el West End, lo que significa que nunca dejo de correr de uno a otro, lo que depende de cuál es el que afronte la mayor crisis en ese día en particular.

—Me suena un poco igual que estar de guardia en urgencias —dijo Anna—. ¿Y cuál de ellos tuvo hoy la mayor crisis?

—Hoy, gracias a Dios, no fue un día típico —le dije con emoción.

—¿Así de mal están las cosas?

—Me temo que sí. Esta mañana perdimos a un chef que se cortó la punta de un dedo y no podrá volver a trabajar durante por lo menos una quincena. Mi camarero jefe en el segundo restaurante no acudió a trabajar afirmando que estaba resfriado, y he tenido que despedir al *barman* del tercero por haber falseado los libros. Los *barman* siempre falsean las consumiciones, claro, pero en este caso hasta los clientes habían empezado a darse cuenta. —Hice una pausa—. A pesar de todo, no quisiera estar en ningún otro negocio.

—Teniendo en cuenta las circunstancias, me extraña mucho que hayas podido tomarte la noche libre.

—En realidad, no debería haberlo hecho, y no lo habría hecho excepto que...

Mi voz se apagó mientras me inclinaba y llenaba el vaso de Anna.

—¿Excepto qué...?

—¿Quieres saber la verdad? —pregunté, y me serví el resto del vino en mi propio vaso.

—Yo lo intentaría, para empezar —dijo ella.

Dejé la botella vacía a un lado de la mesa y vacilé, pero solo un momento.

—A primera hora de esta noche me dirigía en el coche hacia uno de los restaurantes cuando de pronto te vi entrar en el teatro. Te miré durante tanto tiempo que estuve a punto de chocar con el vehículo que iba delante. Entonces giré de repente para meter el coche en el aparcamiento más cercano que encontré y esa vez fue el de atrás el que estuvo a punto de chocar conmigo. Bajé del coche, eché a correr hacia el teatro y te busqué por todas partes, hasta que te vi de pie, en la cola ante la taquilla. Me puse en la cola y te vi entregar la entrada que te sobraba. Después de que te hubieras alejado, cuando me llegó el turno, le dije al taquillero que no me habías esperado y, creyendo que llegaría tarde, habías entregado mi entrada para su reventa. Después de darle tu descripción, lo que pude hacer con gran detalle, el hombre me entregó la entrada sin un comentario.

—Más estúpido por su parte —dijo Anna, que dejó el vaso de vino y me miró como si yo acabara de salir de un manicomio.

—Luego metí dos billetes de diez libras en un sobre del teatro y ocupé el asiento contiguo al tuyo —continué—. El resto, ya lo sabes.

Esperé un momento con cierta agitación para ver cómo reaccionaba.

—Supongo que debería sentirme halagada —dijo tras un momento de reflexión—. Pero, la verdad, no sé si echarme a reír o a llorar. De una cosa estoy segura; la mujer con la que he vivido durante los diez últimos años pensará que es de lo más divertido, sobre todo porque tú pagaste su entrada.

El camarero regresó para retirar los platos medio llenos.

—¿Estaba todo bien, señor? —preguntó en tono de ansiedad.

—Bien, perfectamente —dije sin convencimiento.

Anna sonrió con una mueca, pero no hizo ningún comentario.

—¿Desea tomar café, señora?

—No, creo que no me arriesgaré —contestó ella, que miró su reloj—. En cualquier caso, ya debería regresar. Elizabeth ya se estará preguntando dónde me he metido.

Se levantó y echó a caminar hacia la puerta. La seguí a un metro de distancia. Estaba a punto de salir a la acera cuando se volvió hacia mí y preguntó:

—¿No crees que deberías pagar la cuenta?

—Eso no será necesario.

—¿Por qué? —preguntó echándose a reír—. ¿Acaso eres el propietario?

—No, pero es uno de los tres restaurantes que dirijo.

Anna enrojeció vivamente.

—Lo siento, Michael. Eso ha sido una falta de tacto por mi parte. —Hizo una breve pausa, antes de añadir—: Pero estoy segura de que admitirás que la comida no fue exactamente memorable.

—¿Quieres que te lleve a casa en coche? —pregunté, con un esfuerzo por no parecer demasiado entusiasmado. Anna levantó la mirada hacia las nubes negras.

—Eso sería útil —asintió— si es que no se aleja muchos kilómetros de tu camino. ¿Dónde tienes el coche? —preguntó antes de que yo tuviera la oportunidad de preguntarle dónde vivía.

—Lo dejé en la calzada.

—Ah, sí, lo recuerdo —dijo Anna—. Cuando bajaste rápidamente porque no pudiste apartar la vista de mí. Me temo que esta vez te has fijado en la mujer equivocada.

Finalmente habíamos encontrado algo en lo que podíamos estar de acuerdo, aunque no hice el menor comentario al respecto mientras caminábamos hacia el lugar donde había abandonado mi coche. Anna limitó su conversación a hablar de si volvería a llover o no, y de lo bueno que le había parecido el vino. Me sentí aliviado al encontrar el Volvo aparcado exactamente donde lo había dejado.

Buscaba las llaves cuando observé un gran adhesivo pegado al limpiaparabrisas. Bajé la mirada hasta la rueda delantera exterior y vi el cepo amarillo.

—Esta no es tu noche, ¿verdad? —preguntó Anna—. Pero no te preocupes por mí. Tomaré un taxi.

Levantó la mano y un taxi se detuvo inmediatamente a su lado. Se volvió a mirarme.

—Gracias por la cena —consiguió decir, aunque de un modo no muy convincente, para luego añadir, con menos convicción aún—: Quizá volvamos a vernos.

Antes de que yo pudiera decir nada, subió al taxi y cerró la portezuela.

Mientras la veía alejarse, comenzó a llover de nuevo.

Eché un nuevo vistazo a mi coche inmovilizado y decidí ocuparme del problema a la mañana siguiente.

Me disponía a echar a correr hacia la protección más próxima cuando otro taxi apareció en la esquina con una luz amarilla encendida que indicaba que estaba libre. Le hice señas frenéticamente y se detuvo cerca de mi coche inmovilizado por el cepo.

—Mala suerte, amigo —dijo el taxista, que miró la rueda delantera exterior—. Es el tercero que veo esta noche. —Le dirigí una sonrisa forzada—. ¿Adónde, amigo?

Le di mi dirección en Lambeth y me instalé en el asiento trasero.

Mientras el taxi se abría paso lentamente a través del tráfico azotado por la lluvia y se dirigía hacia el Waterloo Bridge, el taxista empezó a hablar. Yo me las arreglé para contestarle con monosílabos ante sus opiniones sobre el tiempo, John Major, el equipo inglés de críquet y los turistas extranjeros. A cada nuevo tema que abordaba, sus previsiones se hacían aún más pesimistas.

Solo dejó de ofrecerme sus opiniones cuando se detuvo frente a mi casa, en Fentiman Road. Le pagué y le sonreí tristemente al pensar que era la primera vez en muchas semanas que regresaba a casa antes de la medianoche. Subí lentamente el corto camino que conducía a la puerta principal.

Introduje la llave en la cerradura y abrí la puerta sin hacer ruido, para no despertar a mi esposa. Una vez dentro de la casa, procedí a efectuar mi ritual nocturno de quitarme la chaqueta y los zapatos, antes de subir la escalera en silencio.

Antes de llegar al dormitorio empecé a desnudarme.

Después de muchos años de regresar a casa a la una o dos de la madrugada, fui capaz de quitarme la ropa, plegarla y dejarla bien colocada, para luego deslizarme bajo las sábanas, junto a Judy, sin despertarla siquiera.

Pero justo cuando me tapaba ella me dijo con voz soñolienta:

—No creí que pudieras regresar a casa tan pronto, con todos los problemas a los que has tenido que hacer frente esta noche. —Por un momento, me pregunté si no estaría hablando en sueños—. ¿Causó muchos daños el incendio?

—¿El incendio? —pregunté al tiempo que me incorporaba.

—En Davies Street. Gerald telefoneó poco después de que tú te marcharas para decir que se había declarado un incendio en la cocina, que luego se había extendido al restaurante. Solo quería asegurarse de que tú ya habías salido para allá. Se disponía a cancelar todas las reservas para las dos próximas semanas, aunque comentó que no creía que pudierais volver a abrir el restaurante en por lo menos un mes. Le dije que habías salido de casa poco después de las seis, y que llegarías en cualquier momento. ¿Hubo muchos daños?

Cuando Judy estuvo lo bastante despierta como para preguntarme por qué no había aparecido por el restaurante, yo ya estaba vestido de nuevo. Bajé las escaleras a toda velocidad y salí a la calle en busca de otro taxi. Había empezado a llover de nuevo.

Un taxi giró por la esquina y se detuvo delante de mí.

—¿Adónde le llevo esta vez, amigo?

À point

—**G**racias, Michael. Eso me gustaría.

Le sonreí, incapaz de ocultar mi satisfacción.

—Hola, muchachita. Creía haberte perdido.

Me volví de golpe y me encontré ante un hombre alto, con una abundante cabellera pelirroja, que no pareció sentirse afectado por el continuo flujo de gente que trataba de pasar a ambos lados.

Anna le dirigió una sonrisa que yo no había visto hasta aquel momento.

—Hola, Jonathan —dijo ella—. Te presento a Michael Whitaker. Tienes suerte... Compró tu entrada y si no hubieras aparecido ahora mismo me disponía a aceptar su invitación para cenar. Michael, te presento a mi hermano, Jonathan... el que quedó retenido en el hospital por un caso de urgencia. Como ves, ahora ha escapado.

No se me ocurrió ofrecer una respuesta adecuada.

Jonathan me estrechó cálidamente la mano.

—Gracias por haberle hecho compañía a mi hermana —dijo—. ¿No quieres unirme a nosotros para cenar?

—Eres muy amable —repliqué—, pero acabo de recordar que a esta hora debería estar en otra parte. Será mejor que...

—Seguro que no tienes que ir ahora a ninguna parte —me interrumpió Anna, que me dirigió la misma sonrisa—. No seas tan débil. —Me pasó la mano por entre el brazo—. En cualquier caso, a los dos nos gustaría que cenaras con nosotros.

—Gracias —dije.

—Bien. Conozco un pequeño restaurante al final de la calle que, según me han dicho, es bastante bueno —dijo Jonathan.

Los tres echamos a caminar de inmediato hacia el Strand.

—Estupendo —dijo Anna—. Me siento famélica.

—Bueno, háblame de la obra —le dijo Jonathan a Anna, que le pasó la otra mano por entre el brazo.

—Ha sido tan buena como prometían las críticas —afirmó Anna.

—Tuviste mala suerte al perdértela —le dije yo.

—Pero yo me alegro de que no pudieras venir —dijo Anna cuando ya llegábamos a la esquina del Strand.

—Creo que este es el lugar que busco —dijo Jonathan, que señaló una gran puerta gris doble al otro lado de la calzada. Los tres nos abrimos paso por entre el tráfico, temporalmente detenido.

Una vez que llegamos al otro lado de la acera Jonathan empujó una de las puertas grises para permitirnos pasar. En el momento en que entramos empezó a llover. Jonathan nos condujo a Anna y a mí por un tramo de escalera que descendía a un restaurante situado en el sótano desde el que llegaba el zumbido de las conversaciones de la gente que acababa de salir de los teatros, y donde los camareros se apresuraban entre las mesas, con platos en las dos manos.

—Quedaré muy impresionada si consigues una mesa aquí —le dijo Anna a su hermano al ver a un grupo de clientes que se agolpaba junto a la barra del bar, esperando con impaciencia a que alguien se marchara—. Deberías haber reservado mesa —añadió al tiempo que le hacía señas al camarero jefe, que en ese momento estaba ocupado anotando el pedido de un cliente.

Me quedé a uno o dos metros por detrás de ellos y cuando Mario se les acercó me llevé un dedo a los labios y le hice una seña de asentimiento.

—¿No tendría usted una mesa para tres? —preguntó Jonathan.

—Desde luego, señor. Sígame, por favor —dijo Mario, que nos condujo hacia una mesa tranquila, situada en un extremo de la sala.

—Eso sí que ha sido tener suerte —dijo Jonathan.

—Desde luego que sí —asintió Anna.

Jonathan sugirió que me sentara en la silla del extremo, para que Anna pudiera acomodarse entre los dos.

Una vez sentados, Jonathan me preguntó qué es lo que deseaba beber.

—¿Qué te apetece a ti? —pregunté volviéndome a mirar a Anna—. ¿Otro *martini* seco?

Jonathan la miró sorprendido.

—Pero si no has tomado un *martini* seco desde que...

Anna le miró con el ceño fruncido y se apresuró a decir:

—Solo tomaré un vaso de vino con la comida.

«¿Desde cuándo?», me pregunté, aunque solo dije:

—Yo tomaré lo mismo.

Mario reapareció y nos entregó los menús. Jonathan y Anna estudiaron los suyos en silencio durante un rato, antes de que Jonathan preguntara:

—¿Alguna idea?

—Todo parece muy tentador —dijo Anna—. Pero creo que me conformaré con los *fettucini* y un vaso de vino tinto.

—¿Qué te parece un aperitivo? —preguntó Jonathan.

—No. Recuerda que mañana tengo que levantarme temprano... a menos que te presentes voluntario para ocupar mi puesto.

—No, después de lo que he tenido que pasar esta noche, muchachita. Yo también pasaré sin el aperitivo. ¿Qué te parece a ti, Michael? No dejes que nuestros problemas domésticos afecten tu decisión.

—Los *fettucini* y un vaso de vino tinto me parecen perfectos.

—Tres *fettucini* y una botella del mejor *chianti* que tenga —pidió Jonathan cuando regresó Mario.

Anna se inclinó hacia mí y me susurró en tono conspirador:

—Es el único vino italiano que es capaz de pronunciar correctamente.

—¿Qué habría ocurrido si hubiésemos elegido pescado? —le pregunté.

—También ha oído hablar del *frascati*, pero nunca ha estado completamente seguro de saber qué se supone que debe hacer cuando alguien pide pato.

—¿Qué andáis cuchicheando? —preguntó Jonathan, que devolvió su menú a Mario.

—Le preguntaba a tu hermana por el tercer socio de la consulta.

—No está mal, Michael —asintió Anna—. Tendrías que haberte dedicado a la política.

—Mi esposa, Elizabeth, es la tercera socia —dijo Jonathan sin comprender qué había querido decir Anna—. A la pobre le ha tocado guardia esta noche.

—¿Te das cuenta? —dijo Anna cuando el *sommelier* apareció al lado de Jonathan—. Dos mujeres y un hombre.

—Sí. Antes éramos cuatro —dijo Jonathan sin mayor explicación.

Estudió la etiqueta de la botella antes de asentir con una expresión de experto.

—No engañas a nadie, Jonathan. Michael ya se ha dado cuenta de que no eres precisamente un *sommelier* —dijo Anna, que pareció como si tratara de cambiar de tema de conversación.

El camarero destapó la botella y sirvió un poco de vino en la copa de Jonathan para que lo probara.

—¿Y a qué te dedicas tú, Michael? —preguntó Jonathan tras haber dirigido al camarero un

segundo gesto de asentimiento—. No me digas que eres médico, porque no busco a otro hombre que se una a nosotros en la consulta.

—No, él está metido en el negocio de la restauración —dijo Anna en el momento en que nos servían tres platos de *fettucini*.

—Entiendo. Por lo visto, vosotros dos os habéis contado la vida durante el descanso —dijo Jonathan—. Pero ¿qué significa en realidad eso de estar «en el negocio de la restauración»?

—Me dedico a la parte de dirección —expliqué—. O, al menos, eso es lo que hago últimamente. Empecé como camarero. Luego pasé a las cocinas durante unos cinco años y finalmente terminé en la dirección.

—Pero ¿qué hace realmente el director de un restaurante? —preguntó Anna.

—Evidentemente, durante el descanso no tuvisteis tiempo suficiente como para entrar en detalles —comentó Jonathan mientras ensartaba algunos *fettucini* con el tenedor.

—Bueno, por el momento dirijo tres restaurantes en el West End, lo que significa que nunca dejo de correr de uno a otro, lo que depende de cuál es el que afronte la mayor crisis en ese día en particular.

—Me suena un poco igual que estar de guardia en urgencias —dijo Anna—. ¿Y cuál de ellos tuvo hoy la mayor crisis?

—Hoy, gracias a Dios, no fue un día típico —le dije con emoción.

—¿Así de mal están las cosas? —preguntó Jonathan.

—Sí, me temo que sí. Esta mañana perdimos a un chef que se hirió la punta de un dedo y no podrá volver a trabajar durante por lo menos una quincena. Mi camarero jefe en el segundo restaurante no acudió a trabajar afirmando que estaba resfriado, y he tenido que despedir al *barman* del tercero por haber falseado los libros. Los *barman* siempre falsean las consumiciones, claro, pero en este caso hasta los clientes habían empezado a darse cuenta. —Hice una pausa—. A pesar de todo, no quisiera estar en ningún otro...

En ese momento me vi interrumpido por un estridente timbrado. No supe de dónde procedía el sonido hasta que Jonathan se sacó del bolsillo de la chaqueta el pequeño teléfono celular.

—Lo siento —dijo—. Son los gajes del oficio. —Apretó un botón y se llevó el teléfono al oído. Escuchó unos pocos segundos y una expresión seria se extendió por su rostro—. Sí, supongo que sí. Estaré ahí lo más rápidamente que pueda. —Cerró el teléfono y se lo volvió a guardar en el bolsillo—. Lo siento —repitió—. Uno de mis pacientes ha escogido este momento en particular para sufrir una recaída. Me temo que voy a tener que dejaros. —Se levantó y se volvió hacia su hermana—. ¿Cómo regresarás a casa, muchachita?

—Ahora ya soy una chica mayor —contestó Anna—, así que buscaré por ahí uno de esos objetos negros con cuatro ruedas que llevan en lo alto un cartel que dice en letras mayúsculas TAXI, y le haré señas para que pare.

—No te preocupes, Jonathan —intervine—. Yo la llevaré a casa en mi coche.

—Es muy amable por tu parte —dijo Jonathan— porque si todavía llueve cuando terminéis es muy posible que ella no encuentre ninguno de esos objetos negros con cuatro ruedas al que hacerle señas.

—En cualquier caso, es lo menos que puedo hacer, después de haber terminado por conseguir tu entrada, tu cena y a tu hermana.

—Un intercambio justo —dijo Jonathan cuando Mario ya se acercaba presuroso.

—¿Está todo bien, señor? —preguntó.

—No, no lo está. Acabo de recibir una llamada y me tengo que marchar. —Le tendió una tarjeta American Express—. Si es tan amable de pasar esto por su máquina, le firmaré el recibo y más tarde podrá completar la cuenta. Y, por favor, añada el quince por ciento.

—Gracias, señor —dijo Mario, que se alejó precipitadamente.

—Espero volver a verte —dijo Jonathan.

Me levanté y le estreché la mano.

—Yo también lo espero —le dije.

Jonathan se marchó, se dirigió al bar y firmó una corta tira de papel. Mario le devolvió la tarjeta American Express.

Mientras Anna despedía a su hermano con un gesto del brazo, yo miré hacia el bar y sacudí la cabeza con un ligero gesto negativo. Mario rasgó la tira de papel y echó los trozos a la papelera.

—Tampoco ha sido un día maravilloso para Jonathan —dijo Anna, que se volvió a mirarme—. Y, ahora que lo pienso, con todos tus problemas me extraña mucho que hayas podido tomarte la noche libre.

—En realidad, no debería haberlo hecho, y no lo habría hecho excepto que...

Mi voz se apagó mientras me inclinaba y llenaba el vaso de Anna.

—¿Excepto qué...?

—¿Quieres saber la verdad? —pregunté, y me serví el resto del vino en mi propio vaso.

—Yo lo intentaría, para empezar —dijo ella.

Dejé la botella vacía a un lado de la mesa y vacilé, pero solo un momento.

—A primera hora de esta noche me dirigía en el coche hacia uno de los restaurantes cuando de pronto te vi entrar en el teatro. Te miré durante tanto tiempo que estuve a punto de chocar con el vehículo que iba delante. Entonces giré de repente para meter el coche en el aparcamiento más cercano que encontré y esa vez fue el de atrás el que estuvo a punto de chocar conmigo. Bajé del coche, eché a correr hacia el teatro y te busqué por todas partes, hasta que te vi de pie, en la cola ante la taquilla. Me puse en la cola y te vi entregar la entrada que te sobraba. Después de que te hubieras alejado, cuando me llegó el turno, le dije al taquillero que no me habías esperado y, creyendo que llegaría tarde, habías entregado mi entrada para su reventa. Después de darle tu descripción, lo que pude hacer con gran detalle, el hombre me entregó la entrada sin un comentario.

Anna dejó el vaso de vino y me miró con una expresión de incredulidad.

—Me alegro de que se creyera tu historia. Pero ¿debo creérmela yo?

—Sí, deberías, porque luego metí dos billetes de diez libras en un sobre del teatro y ocupé el asiento contiguo al tuyo. El resto, ya lo sabes.

Esperé un momento a ver cómo reaccionaba. Ella no dijo nada durante un rato.

—Me siento halagada —dijo finalmente—. No me había dado cuenta de que todavía quedaran en el mundo románticos a la antigua usanza. —Inclinó la cabeza ligeramente antes de añadir—: ¿Me permites preguntarte qué tienes planeado para el resto de la noche?

—No he planeado nada hasta el momento —admití—. Que es la razón por la que todo resulta tan refrescante.

—Haces que me sienta como una menta After Eight —dijo Anna con una sonrisa.

—A eso se me ocurren por lo menos tres respuestas —le dije en el momento en que Mario reapareció, con expresión un tanto desilusionada al ver los platos semivacíos.

—¿Estaba todo bien, señor? —preguntó en un tono ansioso.

—No podría haber estado mejor —dijo Anna, que no había dejado de mirarme.

—¿Quiere tomar café, señora? —le preguntó Mario.

—No, gracias —contestó Anna con firmeza—. Tenemos que salir inmediatamente en busca de un coche abandonado.

—Solo Dios sabe dónde estará después de todo este tiempo —dije cuando ella se levantaba de la silla.

Tomé la mano de Anna, la conduje hacia la salida, subimos de nuevo la escalera y salimos a la calle. Luego, nos dirigimos hacia el lugar donde había abandonado mi coche. Mientras

caminábamos por Aldwych y charlábamos, me sentí como si estuviera en compañía de una vieja amiga.

—No tienes por qué acompañarme, Michael —dijo Anna—. Probablemente, eso te alejará mucho de tu camino habitual y, en cualquier caso, ha dejado de llover, así que puedo tomar un taxi.

—Quiero acompañarte —le aseguré—. De ese modo podré estar un poco más a tu lado.

Ella sonrió cuando llegamos ante un inquietante espacio vacío allí donde estaba seguro de haber dejado el coche.

—¡Maldita sea! —exclamé.

Rápidamente, recorrí la calle arriba y abajo, por si acaso había olvidado dónde lo dejé aparcado. Al regresar junto a Anna, ella se reía.

—¿Es este otro de tus planes para estar más tiempo en mi compañía? —preguntó burlona.

Abrió el bolso, sacó de él un teléfono móvil, marcó tres nueves y me pasó el teléfono.

—¿Qué servicio necesita? ¿Bomberos, policía o ambulancia? —preguntó una voz.

—Policía —contesté.

Inmediatamente pasé a escuchar otra voz.

—Comisaría de policía de Charing Cross. ¿Qué desea saber?

—Creo que me han robado el coche.

—Dígame la marca, el color y la matrícula, por favor.

—Es un Rover seiscientos azul, matrícula K857 SHV.

Se produjo una larga pausa durante la que pude oír voces que hablaban al fondo.

—No, no ha sido robado, señor —dijo el funcionario que había hablado conmigo cuando volví a ponerse al teléfono—. El coche estaba ilegalmente aparcado en una doble línea amarilla. Ha sido retirado y llevado al depósito de Vauxhall Bridge.

—¿Puedo pasar a recogerlo ahora? —pregunté con voz malhumorada.

—Desde luego, señor. ¿Cómo se desplazará hasta allí?

—Tomaré un taxi.

—En ese caso, dígame al taxista que le lleve al depósito de Vauxhall Bridge. Una vez que llegue, necesitará identificarse y un cheque por valor de ciento cinco libras con una tarjeta de crédito, si no dispone de esa cantidad en metálico.

—¿Ciento cinco libras? —pregunté con incredulidad.

—Así es, señor.

Anna frunció el ceño por primera vez aquella noche.

—Bueno, vale cada penique —dije.

—¿Qué ha dicho, señor?

—Nada, nada. Buenas noches. —Le devolví el teléfono a Anna—. Lo siguiente que voy a hacer es encontrarte un taxi.

—Desde luego que no, Michael, porque me quedo contigo. En cualquier caso, le prometiste a mi hermano que me llevarías a casa.

La tomé de la mano y detuve un taxi, que efectuó un giro brusco desde el otro lado de la calzada y se detuvo junto a nosotros.

—Al depósito de Vauxhall Bridge, por favor.

—Mala suerte, amigo —dijo el taxista—. Ya es el cuarto que llevo esta noche.

Le dirigí una amplia sonrisa.

—Espero que los otros tres también te persiguieran hasta el teatro —le dije a Anna mientras me acomodaba a su lado en el asiento trasero—. Aunque, afortunadamente, estaban detrás de mí en la cola.

Mientras el taxi se abría paso lentamente a través del tráfico mojado por la lluvia y se dirigía hacia el Waterloo Bridge, Anna dijo:

—¿No crees que se me debería haber ofrecido la oportunidad de elegir entre los cuatro? Al fin y al cabo, uno de ellos habría podido conducir un Rolls-Royce.

—No es posible.

—¿Y por qué no? —preguntó Anna.

—Porque no se podría haber aparcado un Rolls-Royce en ese espacio.

—Pero si hubiera tenido chófer, eso habría solucionado todos mis problemas.

—En ese caso, habría tenido que arrollarlo.

El taxi recorrió alguna distancia antes de que ninguno de los dos volviera a hablar de nuevo.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —preguntó finalmente Anna.

—Si es lo que yo creo, iba a hacerte la misma pregunta.

—En ese caso, tú primero.

—No... no estoy casado —dijo—. Estuve a punto una vez, pero escapé. —Anna se echó a reír—. ¿Y tú?

—Estuve casada —dijo ella en voz baja—. Era precisamente el cuarto médico de la consulta. Murió hace tres años. Me pasé nueve meses cuidándole, pero finalmente fracasé.

—Lo siento mucho —dijo, sintiéndome un poco avergonzado—. Ha sido una falta de delicadeza por mi parte. No debería haber planteado el tema.

—Fui yo quien lo planteó, Michael, no tú. Debería ser yo quien te ofreciera disculpas.

Ninguno de los dos dijo nada durante varios minutos más, hasta que fue Anna la primera en hablar.

—Durante los tres últimos años, desde la muerte de Andrew, he vivido totalmente inmersa en mi trabajo, y creo haber pasado la mayor parte de mi tiempo libre dedicada a darles la lata a Jonathan y a Elizabeth. No han podido ser más comprensivos, pero creo que a estas alturas ya deben de estar hartos de mí. No me sorprendería nada que Jonathan hubiera fingido una emergencia para esta noche, de modo que alguien más pudiera acompañarme al teatro, para variar. Hasta es posible que eso me dé la seguridad en mí misma necesaria para salir otra vez. Solo el cielo sabe la gran cantidad de gente que ha sido lo bastante amable conmigo como para preguntarme si me apetecía salir.

En ese momento, el taxi llegó al depósito. Le entregué al taxista un billete de diez libras y echamos a correr en dirección a una pequeña cabina.

Me acerqué al mostrador y leí la nota fijada con celo al cristal. Saqué la cartera, extraje mi permiso de conducir y empecé a contar.

Solo tenía ochenta libras en metálico, y nunca llevo conmigo un talonario de cheques.

Anna sonrió, sacó del bolso el sobre que yo le había entregado aquella misma noche, lo abrió, retiró los dos billetes de diez libras que contenía, añadió otras cinco libras suyas y me las entregó.

—Gracias —le dije, sintiéndome por primera vez en una situación embarazosa.

—Bueno, vale cada penique —dijo ella con una sonrisa.

El policía contó lentamente los billetes, los dejó en una pequeña caja de hojalata y me entregó un recibo.

—Está ahí mismo, en la hilera de delante —dijo, señalando desde la ventanilla—. Y si me permite que se lo diga, señor —añadió, entregándome las llaves—, ha sido muy imprudente por su parte dejar las llaves puestas en el encendido. Si el vehículo hubiera sido robado, la compañía de seguros no habría podido atender su reclamación.

—Ha sido por culpa mía —intervino Anna—. Debería haberle obligado a volver para recogerlas, pero no me di cuenta de lo que tramaba. Me aseguraré de que no lo vuelva a hacer.

El policía me miró. Yo me encogí de hombros y conduje a Anna fuera de la cabina y a través del pavimento, hacia mi coche. Abrí la puerta para dejarla subir, luego rodeé el coche hasta el asiento del conductor, y ella, ya sentada, se inclinó hacia el otro lado y me abrió la puerta. Me

instalé ante el volante y me volví a mirarla.

—Lo siento —le dije—. La lluvia te ha echado a perder el vestido. —Una gota de agua le resbaló por la punta de la nariz—. Pero ¿sabes?, sigues estando exactamente igual de hermosa, húmeda o seca.

—Gracias, Michael —dijo con una sonrisa—. Pero si no te importa y puedo elegir, preferiría estar seca.

Me eché a reír.

—Bien, ¿adónde te llevo? —le pregunté, repentinamente consciente de que ni siquiera sabía dónde vivía.

—A Fulham, por favor. En el cuarenta y nueve de Parsons Green Lane. Ya no está muy lejos de aquí.

Introduje la llave en el encendido sin que me preocupara lo lejos que pudiera estar la dirección. Hice girar la llave y respiré profundamente. El motor farfulló, pero se negó a arrancar. Entonces me di cuenta de que me había dejado encendidas las luces de posición.

—Oh, no me hagas esto —exclamé al tiempo que Anna empezaba a reír de nuevo.

Hice girar la llave por segunda vez y el motor tosió y se puso en marcha. Dejé escapar un suspiro de alivio.

—Ha estado muy cerca —comentó Anna—. Si no se hubiera puesto en marcha quizá habríamos terminado pasando juntos el resto de la noche. ¿O es que todo eso formaba parte de tu miserable plan?

—Hasta el momento, nada ha salido como estaba previsto —admití mientras sacaba el coche del depósito. Hice una pausa, antes de añadir—: Sin embargo, supongo que las cosas también hubieran podido salir de una forma muy diferente.

—¿Quieres decir si yo no hubiera resultado ser la clase de mujer que andabas buscando?

—Algo así.

—Me pregunto qué habrían dicho de mí esos otros tres hombres —dijo Anna en un tono burlón.

—¿Y a quién le importa eso ahora? Ellos ya no van a tener la oportunidad de conocerte.

—Pareces muy seguro de ti mismo, señor Whitaker.

—Si tú supieras —le dije—. Pero la verdad es que me gustaría volver a verte, Anna, si estás dispuesta a arriesgarte.

Ella pareció tomarse una eternidad antes de contestar.

—Sí, me gustaría —dijo finalmente—. Pero solo con la condición de que pases a recogerme por mi consulta. De ese modo podré estar segura de que aparcas legalmente y de que recuerdas apagar las luces de posición.

—Acepto tus condiciones —le aseguré—. Y ni siquiera añadiré las mías, siempre y cuando podamos poner en marcha el acuerdo mañana por la noche.

Una vez más, Anna no me contestó inmediatamente.

—No estoy muy segura de saber qué haré mañana por la noche.

—Yo tampoco —le dije—. Pero lo cancelaré, fuera lo que fuere.

—En tal caso, también lo haré yo —dijo Anna cuando ya entrábamos en Parsons Green Lane y yo empezaba a buscar el número cuarenta y nueve.

—Está unos cien metros más abajo, a la izquierda.

Me acerqué a la acera y aparqué delante de la puerta.

—No nos preocupemos esta vez por el teatro —dijo Anna—. Ven a buscarme hacia las ocho de la noche y te prepararé algo de cenar.

Se inclinó hacia mí y me besó en la mejilla antes de volverse para abrir la puerta del coche. Bajé rápidamente y rodeé el coche por su lado, cuando ella ya bajaba.

—Bien, te veré entonces a las ocho —dijo ella.

—Lo esperaré con ilusión —le dije. Vacilé y finalmente la tomé en mis brazos—. Buenas noches, Anna.

—Buenas noches, Michael —dijo ella cuando la solté—. Y gracias por haber comprado mi entrada, por no hablar de la cena. Me alegro de que mis otros tres supuestos pretendientes no fueran más allá del depósito de coches.

Le sonreí y cuando ya había introducido la llave en la cerradura de la puerta, ella se volvió y preguntó:

—A propósito, Michael, ¿en qué restaurante estuvimos, en el del camarero enfermo, el del chef de cuatro dedos y medio o el del *barman* que engañaba?

—En el del *barman* que engañaba —contesté con una sonrisa.

Ella cerró la puerta tras de sí cuando el reloj de una iglesia cercana hacía sonar una campanada.

Nota del autor

Un error de cálculo A mitad de precio*

El brazo derecho de Dougie Mortimer*

No pases*

Visión del Chunnel*

El limpiabotas*

Nunca vivirás para lamentarlo*

No se detenga nunca en la autovía*

No está en venta Timeo Danaos*

Ojo por ojo*

La carne de un hombre*

Los cuentos indicados con un asterisco se basan en incidentes conocidos (algunos de ellos tratados con considerable licencia). Los otros son el producto de mi propia imaginación.

J. A. Julio de 1994



JEFFREY ARCHER. Nació en 1940 y estudió en Oxford. Popular autor de *bestsellers*, cuenta con más de 120 millones de ejemplares de sus novelas vendidos en todo el mundo, entre ellas se encuentran *Ni un centavo más, ni un centavo menos* (1989), *Kane y Abel* (1989), *El undécimo mandamiento* (1998) y *En pocas palabras* (2001). En 1992 ingresó en la Cámara de los Lores. Reside actualmente en Londres y Cambridge.

Notas

^[1] «Temo a los danaos incluso cuando traen presentes». (Virgilio, Eneida, 2, 49). Son las palabras con las que Laocoonte intenta convencer a los troyanos para que no hagan entrar en la ciudad al caballo. El dicho se cita actualmente para poner en guardia de enemigos que proponen reconciliaciones fáciles. (N. del T.) <<